



**DEL AMOR Y DE
LA GUERRA**

silvia cruz

Del amor y de la guerra

Silvia Cruz

*“Quiero llorar mi pena y te lo digo
para que tú me quieras y me llores
en un anochecer de ruiseñores
con un puñal, con besos y contigo.”*

Federico García Lorca

El monstruo sobre mí

1

“¡Corre Aurora, no puedes parar! ¡¡¡Corre!!!”, me digo. Pero los siento tras de mí. Estoy más que asustada. No sé cuántos son, no me ha dado tiempo a verlos. Sólo a él. El escondite que nos tenía preparado mi padre tenía poca visibilidad y finalmente no ha servido para salvarnos. “¡Corre, maldita sea! ¡No puedes parar!” Escucho los caballos de la Guardia Civil a mis espaldas. Sé lo que harán conmigo si me alcanzan. Sé que será lo mismo que van a hacer con mis padres, aunque puede que mi hermana pequeña se salve. ¡Sólo tiene diez años, por dios! “¡Corre!” Los oigo. Están muy cerca. Miro hacia atrás constantemente y en un descuido me caigo de bruces al suelo. Ahogo un grito. Esto ha dolido mucho. ¡Maldición, no puedo andar bien! Miro a mi alrededor confusa, creo haber visto una luz en la oscuridad de la noche. ¡Sí! ¡Una casa! ¡Tengo que entrar como sea! Pero una maldita valla gigante de hierro me obstaculiza el paso. ¡No! Grito mientras la zarandeo. De pronto, escucho ladridos de perro. ¡Por todos los santos, si me cogen no dejarán nada de mí! Así que, a pesar del inmenso dolor de mi pierna y del enorme cansancio tras llevar largas horas escapando, me obligo a escalar la valla y a buscar refugio en el interior de la propiedad.

¡Lo he conseguido! Pero tengo que seguir corriendo hasta que encuentre el lugar correcto para esconderme. Veo una cuadra. ¡Perfecto! Los perros siguen rugiendo como música de fondo tras las rejas, pero no pueden entrar donde yo estoy, no pueden pasar la valla. Creo que estoy a salvo. Entro en la cuadra, con el corazón a mil, y me escondo tras la puerta, para estar atenta desde allí a lo que acontezca. ¡Maldita sea! ¡¿Son caballos de la Guardia Civil lo que veo llamando a las puertas?!

Desde el interior de la vivienda se escuchan gritos de un hombre discutiendo, creo que con otro.

- ¡Ya sé que estamos en guerra, no me jodas Pedro! Pero, ¡¿para qué demonios me sirve tener tanto dinero si no puedo comprarme una maldita

botella de vino?! ¡Así, que no me importa cómo lo hagas, pero tráeme una! ¡Y no tardes! – Los gritos van desde una habitación interna de la casa hasta el exterior. El hombre sale de su vivienda sacando de un puñado a otro al exterior que, cabizbajo y colocándose la gorra, asiente obediente.

No puedo ver al que da las órdenes, está de espaldas a mí. Pero puedo afirmar que es joven y corpulento. Al menos tiene una espalda fibrosa. El hombre se queda pensativo cuando ve que frente a su casa está la Guardia Civil que pide permiso para entrar. El hombre aguarda impasible frente a la puerta principal. Yo estoy tan muerta de miedo que me orino encima sin darme cuenta mientras los observo acercarse desde una grieta en un tablón de la cuadra. Por favor, que no me encuentren... ahogo un gemido y mi llanto aplastando mi boca con mi mano. Aguanta Aurora...

- Buenas noches, Alejandro. – Lo tutean. ¿Lo conocen? ¡Oh, maldición! – Disculpa la intromisión.

- Tranquilos señores. ¿Qué se les ofrece? – Pregunta el hombre con los brazos cruzados.

- Estamos buscando unos cuantos rojos que se han dado a la fuga. Nos preguntábamos si habrías visto algo raro.

- ¡¿Republicanos?! ¡No! ¡En absoluto! Pero tranquilos que si veo a alguna de esas malas bestias os lo comunicaré enseguida. ¿Queréis pasar a tomar algo? – El pulso se me desmorona. Estoy a punto de desfallecer. He ido a parar a la casa de un facha y parece que de los gordos. Tengo que salir de aquí como sea.

- No gracias. Estamos de patrulla. Pero estaremos merodeando por la zona. Si vieses algo, sería de ayuda que nos lo comunicases.

- Descuidad. – Veo a la Guardia Civil alejarse y suspiro un poco más tranquila.

Bien, Aurora, respira. Tienes que tranquilizarte. ¡Ah, me duele la pierna! Me he hecho una herida muy fea. Pero es sólo eso, una herida. Sigo viva. Evito pensar en mi familia y en cuál habrá sido su sino. No, ahora no. No puedo pensar en eso o me desmoronaré. Me quedaré aquí esta noche y me esconderé bien. Sí, eso haré. Si esos Guardias Civiles siguen por ahí

merodeando no es buena idea moverse. Además, no me manejo bien en el campo de noche.

Aunque llevo haciéndolo tres noches seguidas con mi familia. Desde que calló mi pueblo a manos del bando Nacional. Los pueblos pequeñitos del interior de la Axarquía de Málaga han caído casi todos en cuestión de días. Sé, por las noticias que escuchábamos mi familia y yo en la radio del bar del pueblo, que muchos malagueños han intentado huir por la vía de la costa en dirección a Almería y han sido masacrados y aniquilados por barcos nazis alemanes junto con el ejército Nacional. Ahora mismo no hay ningún lugar seguro. Pero éste me lo parece. Al menos para hoy ha de serlo.

Hay paja y heno en el suelo para los caballos, que están encerrados en sus habitáculos tranquilos, gracias a dios. Así que la amontono en una esquina y me improviso un lecho para dormir.

Me permito el lujo de llorar un poco pensando en mi familia, pero no puedo hundirme, no ahora. Tengo que encontrar la forma de escapar de esta situación, acomodarme en algún lugar en el que pase desapercibida y, cuando tenga la fuerza y el apoyo oportuno, ir a buscarlos. A todos. No pararé hasta no dar con mi padre, mi madre y mi hermana. Los halle como los halle.

Es noche cerrada y estoy completamente dormida, pero un ruido me sobresalta y me despierto. ¿Qué es? Juraría que he escuchado pasos fuera. Asomo un poco la cabeza por la puerta y no veo nada. Me duele la herida. Tiene mala pinta. Está justo sobre la rodilla y creo que se va a infectar. Además, estoy mugrienta. Mis ropas están llenas de barro y polvo por todos lados. ¿Habrá algún pozo o algún lugar en donde lavarlas cerca? Al menos para desinfectarme la herida. También podría lavar mi falda y hacerme un vendaje con ella. Al fin y al cabo, llevo las enaguas debajo. No me quedaré desnuda.

Salgo cojeando, pero con sigilo. No hay nadie. Posiblemente lo que escuché antes era un zorro o un perro del campo buscando comida. La inmensa luna llena da un poco de visibilidad, menos mal. ¡Sí! Acabo de ver un sustractor de agua junto a un pozo. Acciono la palanca y sale el agua cristalina. ¡Oh, qué bien sienta un poco de limpieza! Comienzo a quitarme la

ropa y me quedo en la ropa interior. Me esparzo un poco de agua por el cuerpo y luego más, y más... Menos mal es verano y su frescor se agradece. Después lavo un poco mi falda y rompo una tira del bajo para hacer una venda. Saneo la herida y coloco mi pierna herida sobre una piedra grande para vendarla y protegerla así de la suciedad.

- ¿Quién cojones eres tú? ¡Qué coño haces aquí! – Una voz viril me sorprende. Lo miro boquiabierto y sólo veo una sombra negra. Mierda, me han pillado. Y no puedo correr, estoy herida.

- Ho... Hola. – Digo titubeante. La sombra se acerca. – Pe... perdón, señor. – Está cada vez más cerca y puedo verle un poco la cara. Mi corazón es un tambor. Es un hombre joven, muy atractivo y se tambalea. Creo que está bebido. – No quería molestar, yo... me he caído y estaba perdida. – El hombre no dice nada. Me mira con una sonrisa maliciosa y levanta la mano. ¡Oh, no! ¡Está acariciando mi hombro desnudo! Se me hiela el pulso y soy incapaz de moverme.

- Qué suave... – Masculla arrastrando las palabras. Ahora ya estoy convencida de que está borracho. Desciende su mano por mi brazo y yo aprieto los ojos, vencida por el miedo. ¿Qué me va a hacer? – Debo estar muy borracho para imaginarme a una belleza tan magnífica como tú. – Piensa que soy una alucinación. Abro los ojos de golpe. Noto su dedo en mi cintura, acariciándome el vientre por debajo de mi camiseta interior que está empapada.

- Por favor, señor... – Consigo pronunciar para que se apiade de mí. Lo miro con la mirada más inocente que tengo. Pero no se detiene, sino que se acerca más. Coge mi cara en sus manos con fuerza y pone la suya muy, muy cerca de la mía. Noto su respiración en mi rostro. Es guapo, pero me da miedo. Tiene una mirada severa y rotunda. Sonríe de medio lado y sus claros ojos se achispan. – No me haga nada malo, por favor.

- No tengas miedo. Has venido a mis sueños para que no siga sintiéndome solo, lo sé. Cuando despierte mañana tú ya no estarás, como me pasa siempre que sueño que estoy de nuevo con una mujer. Aunque no había soñado nunca con un ángel como tú... Tú pareces distinta, pareces inocente, pareces inofensiva. – Está desvariando y sigue acariciándome el rostro. Creo

que es la primera vez en mi vida que tengo un hombre tan cerca. Desde luego es la primera vez que un hombre me toca. Y, aunque tengo verdadero miedo, en el fondo me siento atrapada en el verde de sus ojos. Y no sé por qué. ¡Se acerca más!

- Señor...

- Shhh. – Sisea en mis labios. Huele a alcohol, pero también a perfume caro. Cierro los ojos y me deleito en su perfume. Llevo varios días oliendo sólo a estiércol de cerdo o de caballo o a mi propio sudor. – Así, cierra los ojos y déjate llevar. – Me dice y me besa de forma sensual y aterciopelada. Me falta la respiración. Al principio, respondo a su beso con nerviosismo y pavor, pero poco a poco su lengua va abriéndose camino en mi boca hasta topar con la mía. Siento una corriente eléctrica y me dejo llevar. – Qué dulce estás. – Susurra en mis labios. – Te llevaría a la cama ahora mismo, pero creo que he bebido demasiado. – Dice tambaleándose. Se apoya en la pared. – Estoy muy mareado. – Aprovecho que se ha separado de mí y cojo mi ropa para salir de allí. Tengo que escapar. Pero el sonido de un golpe me detiene. Cuando me giro está en el suelo y parece inconsciente.

- ¡Señor! – Voy de nuevo hasta él. Se ha golpeado con fuerza la cabeza, aunque no está del todo inconsciente. De pronto veo en él mi salvación. Sé que es el dueño de esa finca y sé que debe tener comida en su interior. Y yo estoy muerta de hambre. Tiene los ojos medio abiertos y está balbuceando algo. – Tiene que levantarse, señor. Yo le ayudaré. Apóyese en mí. – Le ofrezco. Y con mucho esfuerzo consigo levantarlo con su mano aferrada a mí por encima de los hombros. Con la otra mano se apoya en la pared y rodeamos la casa hasta la puerta principal. – Eso es, así.

- Ella se fue. Era una maldita. – Pronuncia con dificultad. Trato de entender lo que me dice porque cualquier información puede ser válida para mi subsistencia. – Ella se fue, era el enemigo. Tú no, ¿verdad? – Me pregunta sonriente. Niego con la cabeza y trato de mostrarle una sonrisa. No sé si se refiere a que yo pueda ser republicana, pues estoy casi segura de que él es nacionalista, pero ahora mismo lo único que soy es un animal tratando de luchar por sobrevivir y poniendo en uso su instinto de supervivencia. Cuando llegamos a la entrada principal de la casa veo una silla de madera y esparto y lo siento ahí. Él lo hace encantado y reposa sus brazos y su cabeza sobre la

mesa que hay justo delante. – Ohhh, joder... – Masculla. – Todo da vueltas.

- Voy a entrar en la casa y a traerle un vaso de agua y algo para comer, señor. – Le pido permiso. – Para que se sienta mejor, ¿vale?

- Sí, sí. – Balbucea levantando la mano, pero sin poder levantar la cabeza. Está bien, tengo su consentimiento. Puedo entrar.

Lo hago a toda prisa a pesar de mi cojera porque la ansiedad de toparme al fin con algo comestible me supera. Llego a la cocina y veo una vasija de barro para el agua, de modo que sirvo un vaso hasta arriba. Pero el pulso se me dispara al ver un trozo de pan sobre la mesa junto a un trozo de queso. Me lanzo a ellos con desesperación y me los sumerjo en la boca sin apenas masticarlos. El alivio que siento en todo mi ser es indescriptible. Me bebo el vaso de agua y noto su apaciguador frescor por todo mi cuerpo. Cierro los ojos para saborearlo. Pero no tengo tiempo que perder. He escuchado a ese señor dar gritos y lanzar improperios desde fuera y no quiero que despierte a nadie, creo que sigue desvariando. Así que vuelvo a servir un vaso de agua y cojo dos magdalenas que veo en una encimera. Una para él y otra para mí. A ambos nos vendrá bien digerir algo dulce. Agarro un candil para tener un poco de luz y segundos después estoy saliendo por la puerta de la calle cuando veo que se ha levantado y que está frente a mí.

- Debería sentarse o acostarse, señor. – Le digo con miedo. Esa mirada otra vez. No sé si es astucia, suspicacia o malicia. No sé si me gusta o me disgusta. Sólo sé que me paraliza. Ahora que lo veo con más luz no puedo negar que es uno de los hombres con el rostro más bello que he visto. Tiene los ojos verdes rodeados de oscuras pestañas rizadas y un pelo negro brillante. También me percató de que se ha hecho una brecha a un lado de la frente por culpa de la caída.

- Acuéstate conmigo. – Me dice burlón y de una forma casi ininteligible. Me acaricia el rostro de nuevo con la otra mano apoyada en el quicio de la puerta para no caerse.

- Tómese esto, señor. – Le ofrezco de forma servicial y con una sonrisa inocente. Le tiendo el agua y la magdalena, él las mira y al final me hace caso. Da un mordisco a la magdalena con su fiera mirada clavada en mí y mastica con dureza sin dejar de mirarme. Después traga el agua. Ahora

parece un poco más vivo. – Bien, acuéstese señor. Necesita descansar y mañana se sentirá un poco mejor, ya lo verá. – Sonríe, pero de pronto le da una arcada. Consigue reprimir el vómito con dificultad. – Vamos, dígame dónde está su habitación. – Lo vuelvo a coger poniendo su brazo sobre mis hombros, para que se apoye, y él me señala unas escaleras.

Con mucho esfuerzo conseguimos llegar al final de las escaleras y hasta la habitación que él me indica. Lo siento en la cama y antes de que se desplome en ella logro quitarle la camisa. Acto seguido se deja caer hacia atrás. Le quito las botas, con mucho esfuerzo también los pantalones y me abrumo al comprobar que no lleva ropa interior bajo ellos.

Es la primera vez que veo a un hombre desnudo y el hecho de que esté casi inconsciente me permite hacerlo detenidamente. Es muy bello. Hay una palangana con agua y en su interior una esponja. Decido hacer acopio de valor y limpiarle la herida de la frente. Cuando me acerco y lo hago abre los ojos y trata de enfocarlos en mí. Sus pupilas están muy dilatadas, pero al final lo consigue. Le sonrío.

- Eres un ángel. – Pronuncia arrastrando las palabras. Se le ve tan bello y tan indefenso que sus palabras consiguen conmoverme.

De pronto se incorpora y comienza a vomitar en el suelo con vehemencia. ¡Mierda! Le sujeto la espalda hasta que descarga todo y vuelve a recostarse. Me levanto y busco un trapo con lo que limpiar el destrozo. Veo su camisa mugrienta en el suelo y no me lo pienso a la hora de usarla para limpiar el suelo. Quizá si se la lavo y se la hago llegar de nuevo limpia me gane su confianza. Después vuelvo a tomar la esponja del barreño y, bien estrujada, se la paso por la cara, el cuello el torso... aprovechando que ha vuelto a perder el sentido. Y me detengo en ese torso desnudo. Es muy hermoso. No debería estar pensando en esto ahora, pero necesito ver algo bueno en algún lugar donde quedarme. Necesito desechar esta sensación de soledad e indefensión.

- Tú podrías ayudarme. – Le susurro y no me doy cuenta de que ya no tengo la esponja en la mano, sino que es mi mano directamente la que acaricia su desnudo torso. De repente coge mi mano y abre los ojos. Me asusta.

- Ven, acuéstate conmigo. Eres mi ángel. Mañana ya no estarás. – Pronuncia bajito sus incoherentes planteamientos. Me obliga a tumbarme a su lado y me abraza con su fuerte brazo. Se me eriza el vello al sentir su ruidosa respiración en la oreja. Suspira. Lo miro con precaución. Se ha vuelto a dormir.

Permanezco así, a su lado, largos minutos hasta que estoy convencida de que está dormido profundamente. Después levanto su mano con cuidado, recojo su camisa sucia del suelo, lo contemplo embobada por última vez y me voy.

Pero antes de salir de la casa cojo algunas provisiones de comida más. Las necesitaré. Me ocultaré en un lugar cercano desde el que pueda observarlo. Desde el que pueda analizar si es seguro o no volver a acercarme a ese hombre. Necesito dejar de escapar. Necesito una identidad. Y sobre todo, necesito trazar un plan de supervivencia.

2

Llevo dos días ocultándome en los alrededores de la casa de Alejandro Mendoza. Ya sé su nombre y su primer apellido, lo he escuchado en varias ocasiones. Sé que él piensa que yo sólo fui un sueño, por eso no me he atrevido a acercarme más.

He rondado varios caseríos de la zona para hacerme con provisiones y algo de ropa limpia. También tengo una pastilla de jabón que uso para poder lavar mis pocas pertenencias en el riachuelo.

Por las noches duermo en su cuadra. No parece que le haga especial caso a los caballos y parece un lugar seguro.

Hace unas horas, sin ir más lejos, estaba lavando mi ropa y la camisa de Alejandro (porque duermo con ella siempre) en el río cuando escuché unos gritos primero y después un lamento. Reconocí su voz enseguida. Estaba otra vez borracho. Discutía con Pedro y con Francisco, algunos de sus mozos de trabajo, para que lo dejaran solo, para que lo dejaran en paz. Yo me escondí tras un olivo para no ser vista. Pero me quedé ahí para contemplarlo desde la distancia.

Sus mozos le obedecieron, no tenían más remedio al verlo así, hecho una auténtica furia. Y Alejandro se quedó sentado en una roca frente al riachuelo, con una bota de vino en la mano, llorando desconsoladamente. Me conmueve, la verdad. Pensé que quizá me gustaría salir y hablar con él. De hecho, él es la única persona con la que he hablado en días.

Permanecí un rato observante, desde la distancia. Había algo que le conmovía la conciencia. De otro modo no se pasaría el día bebiendo hasta perder el sentido y mucho menos llorando. ¿Qué te pasa, Alejandro? ¿Qué te han hecho para que acabes así? Porque tú no tienes problemas para encajar en el nuevo “sistema político” de nuestro país, por llamarlo de algún modo, pensé al observarlo.

El atardecer se hizo cada vez más oscuro. Entonces lo vi levantarse,

tambaleándose.

- ¡Argón! ¡Caballo estúpido! ¡Ven aquí y llévame a casa! – Bramó en dirección a su caballo. El caballo relinchó y él perdió el equilibrio al verse sorprendido por la queja de su caballo. ¡Oh, no! ¡Se ha caído al riachuelo! Sin pararme a pensar salí del árbol en el que estaba escondida y me lancé al agua a por él.

- ¡Señor Alejandro! – Me tiré y conseguí sacarle la cabeza del agua cuando lo alcancé. Me miró consternado.

- Eres tú... estoy alucinando de nuevo. – Me sonrió.

- Vamos, señor Alejandro, tiene que salir de aquí. No puedo sola con su peso. – Me hizo caso y ambos salimos del agua. Aunque en la orilla nos tiramos al suelo, agotados.

- Tengo un ángel de la guarda. – Me dice con su ya característico para mí tono de ebriedad. – Parece que al fin y al cabo no soy tan malvado. – Sonríe.

- ¿Se encuentra bien? – Le pregunté empapada. Él posó su mano en mi rostro y se me cortó la respiración.

- Ahora sí. He vuelto a verte. Aunque mañana desaparecerás de nuevo al despertar. – Me besó de nuevo en los labios y yo instintivamente cerré los ojos para saborearlo. Fue delicioso. A pesar del rancio del olor a alcohol, Alejandro tiene un olor corporal muy dulce y viril. Me reconforta. – No te vayas, quédate esta noche conmigo. Beberé más si hace falta. No quiero estar solo. No quiero que me dejes solo. – Me dijo con su frente pegada en la mía. – No quiero que vuelvan las pesadillas...

- No, señor, no beba más. Me quedaré con usted si promete no hacerlo. – No sé por qué dije eso, pero me escuece verlo así, derrotado, perdido. – Vamos, levántese. Lo llevaré a casa. – Me miró con los ojos achispados y una curva de felicidad en su boca.

- Tengo suerte de tener un ángel como tú. Eres preciosa. Tu pelo... del color de la miel. – Me acarició el húmedo cabello. – Tus ojos, tus enormes y brillantes ojos del color del caramelo... no te vayas.

- Señor, está desvariando. Vamos, le ayudaré a llegar a casa.

Con un enorme esfuerzo conseguí que subiera a su caballo. La herida de mi rodilla me impide caminar bien, finalmente se ha infectado y tiene mucho pus. Pero Alejandro tiró de mí y me subió a su caballo, justo después de recoger mis pocas pertenencias del lugar cercano en el que las tenía escondidas.

Ahora, por el camino, Alejandro se aferra a mi cintura y sumerge su nariz en mi cabello. Comienza a decir cosas sin sentido en mi oído, pero su ronco susurro consigue encenderme. Sus manos empiezan a acariciar mi vientre y yo estoy completamente desorientada y asustada. Le pongo una mano sobre las suyas para inmovilizarlas y que no sigan más allá y él se deja porque creo que lo interpreta como un gesto cariñoso.

Cuando llegamos al caserío de Alejandro, me reconforta ver que no hay nadie más por los alrededores. No sabría cómo explicar mi presencia a alguien sobrio. Alejandro se ha quedado prácticamente dormido. Bajo del caballo y le ayudo a bajar. Lo hace balbuceando algo incomprensible. Y, con su brazo de nuevo sobre mí, le llevo a su dormitorio, pues ya sé llegar fácilmente hasta él.

Suelto a Alejandro en la cama, lo miro. Él se esfuerza en abrir los ojos y lanza sus brazos en mi dirección, pero está tan borracho que no puede aguantar el gesto ni dos segundos. Ahogo una risa al verlo así. Parece un niño perdido. Pero en realidad es un hombre hermoso, muy hermoso. Lo desvisto con mucho cuidado y Alejandro se acurruca en la cama. Duerme plácidamente.

- Descansa. – Susurro en su boca y le beso suavemente.

- Ángel, quédate...

No puede ni abrir los ojos. Si él supiera quién soy realmente no me llamaría así y apuesto a que tampoco le gustaría que me quedase. Con esa idea en la cabeza, me convengo de que lo mejor es salir de ahí y resguardarme en mi escondite. Aunque me cuesta alejarme de él. Me cuesta soltar a la única persona con la que he establecido algún tipo de vínculo desde que he perdido de vista a mi familia y a mis amistades. Desde que

abandoné mi pueblo, Casabermeja. Aunque Alejandro Mendoza no sea exactamente el tipo de vínculo que me beneficiaría, pero no tengo otro. Sólo a él.

Salgo de su casa después de hacer intrusión en su cocina. En el caballo tengo mis pocas pertenencias, las cojo y me escondo en la cuadra. ¡Qué bien sienta comer algo de carne! Mientras saboreo el pedazo que he cogido de la cocina de Alejandro oigo llegar a Pedro y a Francisco junto con Antonia, la mujer de Francisco. Antonia es la cocinera. Ya los conozco a ellos también. Sigo masticando con ganas y contemplo entretenida la escena. Siempre hablan mal de Alejandro cuando él no está presente, pero he comprobado que se preocupan de él y lo cuidan. Quizá porque en los tiempos que corren poder vivir bajo la protección de un hombre poderoso es importante. Quizá porque de verdad haya algo en él que lo haga ser digno de cariño. No lo sé.

Cuando ya están todos dentro de casa me recuesto en mi montoncito de paja y heno y pienso en mis padres. No quiero hacerlo, pero es inevitable. Hasta hace unas semanas yo era una chica normal en el seno de una familia culta. Mi padre era profesor en la República y disfrutaba enseñando a niños y niñas, decía que la sabiduría era libertad, que un pueblo culto es libre y esa es la mayor riqueza a la que el ser humano podía optar. Pero la ansiedad por la libertad les ha costado la vida a muchos en mi pueblo, lo he visto. Sólo espero que no sea ese el caso de mi padre, de mi madre ni de mi hermana. Con lágrimas en los ojos me quedo dormida en el montón de paja, con el recuerdo de bonitos momentos en familia latiéndome en las sienes.

- ¡Aquí estás! – Su voz me despierta en medio de la noche. Alejandro está frente a mí y sigue borracho.

- ¿Qué haces aquí? – Me levanto asustada. Tengo su camisa en las manos, me abrazo a ella para poder dormir. La mira sonriente. – ¿Has vuelto a beber? – Le digo en tono de reproche. Me hace pucheros. Parece un niño pequeño.

- Me desperté y no estabas. Quería verte. No quiero estar solo...

- Alejandro... – Agacha la mirada ante mi regañina.

- Quédate esta noche al menos. – Se acerca hasta mí. Me acaricia el rostro y yo me encojo por dentro. Qué bien siento su contacto. – Duerme conmigo. – Se agacha y tira de mí. Está tan borracho que no le importa acostarse sobre una montaña de paja en lugar de en su cómoda cama. Sólo por no estar solo. Me abraza con fuerza y cierra los ojos con una sonrisa en el rostro.

- Duerme... – Le digo mientras acaricio su rostro y me acomodo junto a él.

3

Echo de menos la presencia de Alejandro y los chicos, pero he tenido que irme de allí. Tenía miedo. Alejandro me encontró en mi refugio y, aunque piense que soy irreal, un espejismo de su imaginación cuando se siente solo, no lo soy. Soy una tráfuga del ilegal régimen autoimpuesto. Un régimen que estoy segura que Alejandro apoya. Al menos no le hizo ascos a la Guardia Civil la noche que llegué a su casa. Pero, ¿quién en su sano juicio le plantaría cara a esos en una situación como la que vivimos?

No lo averiguaré. No me atrevo a volver. Sé que habrá ido a buscarme más veces a la cuadra. Prefiero que siga pensando que soy un ángel a una maldita proscrita. Así que llevo dos días dando bandazos de un lado a otro. La herida de la rodilla tiene muy mal aspecto y me cuesta muchísimo andar.

Tengo bajo vigilancia dos casas de las que he conseguido robar un poco de comida. No creo que se hayan dado cuenta porque ha sido poca. Tampoco tenían mucha y no quiero ser responsable del hambre de más personas.

Ya es de noche y las luces de la casa que estoy vigilando se apagan. Esperaré unos minutos más y entraré a ver que encuentro.

Al fin me armo de valor y me adentro en la casa. No se escucha nada, así que me dirijo rápidamente a la cocina. ¡Estoy hambrienta! Veo un mendrugo de pan y me lo sumerjo con ansias en la boca mientras cierro los ojos y siento que mis músculos abdominales se alegran y se relajan.

- ¿Con que tú eres la rata que nos roba comida? – Siento una mano aplastándome la boca que me ahoga. El mendrugo de pan duro se me ha clavado en la garganta y no puedo respirar. Abro los ojos asustada. – ¿Eres una sucia roja? ¡Contesta! – El hombre me empuja y me tira al suelo. Al fin puedo toser y desatorar el nudo de mi garganta con una estridente tos. Una mujer con un bebé en brazos me observa desde la puerta con ojos asustados.

- ¡No! Yo... lo siento. Tenía hambre. – Digo a modo de disculpa.

- ¡Bienvenida a España! ¿No sabes que robar es un delito? ¿No sabes

que es uno de los diez mandamientos de nuestro señor Dios? – Me acusa con el dedo. – ¡María! ¡Vamos a llamar a la Guardia Civil! – Ordena a la mujer.

- ¡No! ¡Por favor! Perdóneme, haré lo que quiera. Lo siento. – Digo con un amargo llanto. – Estoy sola. No tengo a nadie. – Sollozo. La mujer me mira con lástima. Pero el hombre coge un cuchillo enorme y se lo entrega a la mujer.

- No la pierdas de vista. Voy a por la Guardia Civil. – Le suplico que me deje ir sumida en un intenso llanto tirada en el suelo, el hombre me mira y aprieta los ojos. – No podemos esconder a una roja tráfuga María, lo sabes, ¿verdad? – Intenta convencer a la mujer que lo mira asustada. – Si se enterasen nos fusilarían, María. – Le dice tendiéndole el cuchillo. La mujer asiente sin poder pronunciar palabra y sujeta el cuchillo. – Bien, no la pierdas de vista, ahora vengo. – Y se va. La mujer me mira, yo la miro. Ambas asustadas. Se escucha el trote del caballo que lleva su marido y se aleja.

- ¡Corre! – Me dice de repente. Me quedo bloqueada. ¿Me está dejando escapar? – ¡¡Corre!! – Me vuelve a gritar. Me levanto apresuradamente y corro hacia la puerta de la cocina que da a la calle. Pero antes de salir me giro.

- Gracias. – Susurro con lágrimas en los ojos.

- ¡No me des las gracias y corre! Los verdes no tardarán en llegar. – Asiento, me giro y comienzo a correr en la oscuridad de la noche sin saber a dónde dirigirme.

El pánico hace que lllore. El dolor en mi pierna también contribuye a mi llanto. Estoy perdida, sola, hambrienta, mugrienta y tengo a la Guardia Civil pisándome los talones. Pero no puedo parar.

El pánico se intensifica cuando escucho las pisadas de unos caballos muy cerca. Grito de forma inconsciente y creo que me han escuchado, porque de pronto los tengo encima. Corro todo lo deprisa que me deja la pierna.

De repente me choco con alguien.

- ¡No! – Trato de zafarme. ¡Me han cogido! ¡No! Una imagen de mí frente a un paredón con las manos atadas mientras contemplo al verdugo que

me dará el tiro de gracia entre ceja y ceja me invade la mente y me sacudo con fuerza para tratar de escapar. – ¡Suéltame! ¡Suéltame!

- ¡Eh! ¿Quién cojones eres y qué has hecho? – Reconozco su voz. ¡Es Alejandro! Pero la negrura de la noche no me deja verlo bien.

- ¡Alejandro, eres tú! ¡Ayúdame, por favor! – Le suplico. Se queda callado. Debe estar confuso. – ¡Te lo suplico! – Lloro.

- ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? – Me zarandea.

- Soy yo. – Me limpio la mugre de la cara con el vestido que llevo y Alejandro se queda mudo. Me ha reconocido.

- Tú...

- Ayúdame, te lo suplico. – Se escuchan caballos de fondo. Sé que es la Guardia Civil. Él también lo sabe por como mira a su alrededor. Me vuelve a mirar. No sabe qué hacer.

- Ven. – Tira de mi mano. Pero me cuesta seguirle. – ¡Vamos! ¡Joder!

- No puedo... estoy herida. – Le señalo mi pierna. Él la mira y evalúa la situación. Pero no hay tiempo que perder y rápidamente decide cogerme en brazos. Avanzamos unos cuantos metros y veo que me suelta en una era de trillar. El sitio con más visibilidad del mundo. ¡Dios, estoy perdida! – Túmbate ahí. – Me señala el suelo. ¿Qué? – ¡Hazlo! – Me tumbo en el suelo, junto a una bota de vino, un sombrero y una manta que veo y me hago un ovillo. Después veo que se tumba él junto a mí. – No hagas el menor ruido. – Me ordena con una seriedad autoritaria y ya no lo veo más. Se tapa y me tapa con su manta. A mí me tapa hasta arriba del todo y él se cubre hasta la cabeza. De pronto oigo las pisadas de unos caballos. ¡La Guardia Civil! Mi corazón se desboca. Estoy convencida de que pueden escucharlo desde lejos.

- Buenas noches, señor Mendoza. – Dice uno de ellos. Dios mío... este es mi fin. Se acabó. Tengo unas inmensas ganas de llorar que apenas puedo controlar. – ¿Qué hace a estas horas aquí?

- Buenas noches, señores. – Dice Alejandro. Tiene un brazo apretándome con fuerza a su cuerpo. – Tenía mucho calor en casa y no podía dormir. Decidí venir aquí a contemplar las estrellas.

- Y, ¿quién es la persona que está recostada junto a usted? – ¡Maldición! – Noto que el brazo de Alejandro me aprieta aún más fuerte. Apenas puedo respirar. Me está previniendo de que no haga ruido.

- Es mi hermano pequeño, Guillermo. Ha venido a pasar un rato conmigo y se ha quedado dormido. – Aprieto los ojos con fuerza. Si alguno de esos guardias le da por comprobar si lo que dice Alejandro es cierto, no sólo yo estaré perdida, también él, Alejandro, por encubrirme.

- ¡Ah! Entonces no os molestamos más. ¿No habrás visto a una ladrona escapar por aquí?

- ¿Una ladrona? No, señores. Sabéis cuál es mi posición al respecto. Si viera algo os lo comunicaría. Descuiden. – Alejandro intenta dar por zanjada la conversación. Mi cabeza está atrapada en su pecho y noto como se le aceleran los latidos de su corazón. Está aterrado, como yo.

- Bien, buenas noches señor Mendoza.

- Buenas noches, señores. – Se escuchan los pasos de esos caballos desaparecer en la inmensidad de la noche. Alejandro aún no me ha soltado. Me aprieta con fuerza a su pecho y contiene la respiración. Hasta que al fin noto que todos sus músculos se destensan y me liberan poco a poco. Levanta la manta y sus ojos buscan mi mirada asustada. – Por qué poco... ¿Eres una ladrona? ¿Qué has hecho? – Me mira con ternura y yo al fin me siento libre de llorar. Comienzo a llorar como una niña.

- ¡Gracias, gracias, mil gracias! – Lo abrazo y me deshago en lágrimas en su pecho. Él no se atreve a devolverme el abrazo, pero poco a poco se deja llevar y lo hace.

- ¡Bueno, bueno, para ya! – Me coge de la cara y me mira. Parece sereno. Sé que es un cabrón nacionalista, pero no me da miedo. Por el contrario, me da calma y seguridad. – ¡Si te he salvado el culo es porque te debía una! ¡Bueno, dos! Con que eras real... Al final no estoy tan loco como pensaba. – Me mira extrañado. – ¡Por favor, dime que no eres una jodida roja y que no he cometido la mayor estupidez de mi vida! – Me increpa de repente poniéndose más serio.

- ¡No, no, no soy republicana! – Miento.

- ¿Entonces, por qué narices huyes? Porque estoy seguro que has estado huyendo, robando comida de acá y de allá y que te has estado escondiendo en mi cuadra y en lugares inhóspitos. ¡Sólo con ver la cantidad de mugre que llevas es evidente! – Mi mente se mueve rápido. ¡Piensa algo convincente!

- Huyo de mi padre. Él abusa de mí. – Apelo al chantaje emocional y en seguida me odio por inventar algo así de la persona más maravillosa que he conocido, mi padre. Pero parece que surte efecto y la mirada de Alejandro se reblandece. – Por favor, señor Alejandro, no me delate. No me haga volver a ese infierno. Le recompensaré. Trabajaré para usted a cambio de un plato de comida. ¡Sé cocinar, planchar, limpiar! Lo que me pida haré. Pero necesito un lugar donde quedarme. – Le imploro y vuelvo a llorar. Alejandro me mira como si no supiera qué decir.

- Una mujer ... en casa... no sé si es buena idea. – Piensa en voz alta.

- Pe... pero está Antonia, la mujer de Francisco.

- ¡Me tienes bien calado, por lo que veo! – Mierda. Parece enfadado. Pongo cara de inocente. – Antonia, como tú bien dices, es la mujer de Francisco y es la mujer menos atractiva de la maldita tierra. Tú eres sólo una niña, llena de mugre y vestida con harapos, sí, pero eres... bueno eres... bonita. – Dice con miedo. Creo que por ahí podré convencerle. Tiene miedo a su debilidad con las mujeres.

- Seré tuya. Haré lo que quieras. Pero no me dejes morir, Alejandro. – Le digo acariciándole el rostro. Contiene la respiración. – No sobreviviré mucho tiempo más así. Al final me cogerán porque el hambre me nuble la razón y cometa alguna torpeza. Me fusilarán y seré otro montón de huesos más que esconder en cualquier fosa común. Por favor, Alejandro...

- Bien. – Traga saliva. – Pero harás todo lo que yo te diga, ¿me has entendido? Te pida lo que te pida. – Dice con voz severa. Asiento con la cabeza. – Sea lo que sea. Serás mía.

- Lo haré...

- Pues vamos a casa. – Alejandro se levanta y me tiende la mano. – Olvídate de tu familia desde ya. – Me dice ya en pie. Espero no haberme

equivocado. Sé lo que significa para un hombre tener a una mujer a su entera disposición. Aunque no me queda otra opción. No hasta que pueda huir de aquí de forma segura y buscar a mis padres y mi hermana. – Yo seré tu familia, tu amo, tu dueño. – Me aprieta contra su cuerpo y contengo la respiración. – Vamos a casa, necesitas primero un baño.

Sin decir nada más para no estropear el alivio que supone para mí su refugio me dejo llevar. Alejandro me coge en brazos y me sube a su caballo para llevarme en dirección a su propiedad, como nueva adquisición.

4

- Quítate la ropa. – Me exige cuando estamos en el aseo de su enorme casa. No sé qué hacer. Estoy inmóvil frente a su dura mirada. – ¡Vamos! ¡Haz lo que te digo! – Grita y me estremezco. Parece a punto de perder la paciencia. Cierra los ojos cuando ve que permanezco igual y suspira con brusquedad. Entonces se acerca a mí y comienza a tirar de mis ropas hasta que se deshacen en sus manos. Yo ahogo los gritos de miedo, aprieto los ojos y me abrazo con las manos. – Si no vas a hacer lo que te digo volverás por dónde has venido, ¿me oyes? – Abro los ojos, que están colmados de lágrimas y asiento. – ¿Cómo te llamas? – Cuando voy a abrir la boca me la silencia con sus largos dedos. – No, mejor no lo digas. Te pondremos un nombre nuevo, uno que no puedan rastrear. Hablaré con mi amigo Juan Diego para conseguirte una documentación. A partir de hoy serás Ángela, Ángela López de la Cruz. Te vendrá bien un nombre cristiano.

- Seré quién usted mande, señor Alejandro. – Parece que mi promesa de obediencia le relaja, porque hace una mueca parecida a una sonrisa.

- Tienes un cuerpo muy bonito... me gusta contemplarte. Pero apestas. Entra en la bañera. – Me pide señalando el gran barreño. Entro con pasos temblorosos. – Bien, siéntate. – Lo hago. El agua está templada y me sabe a gloria. Hace que me relaje. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para no dejar escapar más lágrimas. ¿Cuándo fue la última vez que me di un baño? Pero abro los ojos de golpe al sentir las manos de Alejandro frotando mi cuerpo. Al abrirlos me encuentro con su cara de frente, con ojos achispados y vivos. – Tenemos que hacer que vuelvas a parecer una mujer, entre los dos. Así que lávate la cara, por dios. No se ve nada de lo que hay tras tanta mugre.

- Puedo lavarme sola, señor. – Digo con miedo y titubeante.

- Lo sé. Pero creo que te debía una limpieza. Tú también lo hiciste conmigo, ¿recuerdas? – Su sonrisa me inunda y me abrasa por dentro. – Me desnudaste y me lavaste aquella vez en mi cama. Y seguramente disfrutarías

de la vista. Ahora seré yo quien lo haga contigo, me lo debes. – Abro la boca.

- Señor, ¿quiere... usted quiere...? ¿Qué va a hacerme?

- Haré lo que quiera. Soy tu dueño. Recuérdalo. – Me ordena muy serio apuntándose la sien.

- ¿Va a hacerme lo mismo que mi padre? Estoy huyendo de eso. – Le advierto para que entienda que me marcharía en ese supuesto. Alejandro abre los ojos mucho, creo que comprendiendo lo que digo.

- Aquí no te faltará nada. Lávate la cara. – Lo hago sumergiéndome en el agua y pensando que, aunque decida abusar sexualmente de mí no tendría otro lugar mejor a donde ir. Me froto la cara y el pelo y salgo de nuevo a la superficie. Está mirándome fijamente. – Eres muy bella. Ahora por fin veo quién se escondía tras toda esa mugre. – Su mirada hace que contraiga mis piernas bajo el agua. Quiero hablar, pero me silencia levantando un dedo y posándolo en mis labios. – No habrá penetración si no lo quieres. – Me dice. Trago saliva. Nunca había hablado tan explícitamente de sexo en mi vida. Una mujer de bien no puede hacerlo. Pero sé que esta será la negociación más importante de toda mi vida. – Pero no voy a renunciar a disfrutar de placeres carnales contigo. Sabes que por eso te he traído. Sabes que te has ofrecido a ello a cambio de que te proteja y te alimente.

- Yo... le dije que puedo cocinar, planchar, limp...

- Shhh, nada de eso me interesa. Ya tengo a Antonia para eso. ¿Quieres quedarte? Porque si vas a hacerlo serás mi compañera de cama cuando me venga en gana. No pretendas engañarte. Además, haré que al final quieras hacerlo conmigo y me supliques que te folle. – Vuelvo a tragar saliva. – Si no quieres, tienes la puerta abierta para marcharte y no volver. No soy una hermanita de la caridad, Ángela. La comida es un bien muy escaso en los tiempos que corren y sé que tienes hambre. Estoy seguro que no sobrevivirías ahí fuera ni una semana sin un techo, sin comida y con la Guardia Civil pisándote los talones. Y apuesto que tu padre te dará una buena tunda si vuelves a casa. – Lo miro aturdida. Tengo que prostituirme para sobrevivir. Pensaba que Alejandro no era así. Me había creado una imagen falsa de él en mi mente en la que me esperaba de él más un salvador que un verdugo. Aun así, no tengo elección.

- ¿Qué quiere que haga, señor? – Pregunto solícita. Sonríe.

- Termina de lavarte. Te esperaré ahí sentado. – Acaricia mis labios y se levanta. Coge una silla de mimbre y la pone justo de frente a mí. Cruza sus piernas y apoya un codo en una de ellas y su cabeza en la mano, resbalando de vez en cuando sus dedos por su boca. – Enjabónate de pie. – Me levanto y lo hago. – Más despacio. – Me ordena. Lentamente, voy pasando la esponja por todo mi cuerpo. – Mírame. – Pide. Me cuesta un mundo hacerlo, pero lo hago. Estoy acalorada y sé que debe ser porque me muero de la vergüenza. “Tranquila Aurora, te acostumbrarás a esto con el tiempo”, me convengo. – Así, muy bien. – Entonces veo que cambia de postura. Sus piernas se abren y comienza a acariciarse la entrepierna. Si no fuera un hombre tan atractivo me resultaría repugnante. Pero francamente, agradezco al cielo que al menos sea un hombre guapo y elegante. Sus verdes ojos chispean y sé que tiene hambre de mí. – Date la vuelta. – Me pide y lo hago. – Agáchate y lávate los pies. – Lentamente me voy agachando sabiendo cómo me expongo a su visión. Oigo su gruñido. – ¡Ya está bien! ¡Sal! – Salgo rápidamente y me enfundo en una toalla para tapar mi desnudez. Él viene hasta mí. – Yo te seco. – Dice clavando sus ojos a escasos centímetros de los míos. No puedo ni respirar. Noto las manos de Alejandro descendiendo por mi cuerpo tras la tela de la toalla. Se agacha y se arrodilla frente a mí, a la altura de mi sexo. – Mmmm ahora hueles mejor. – Dice hundiendo su nariz en él. Ahogo un pequeño grito de pánico y me tapo la boca. Me mira y se pone en pie de nuevo. – Yo sé cómo callarte mejor. – Aprieta mis hombros para hacerme descender hasta clavarme de rodillas en el suelo. No paro de buscar con mis ojos su contacto visual para tratar inútilmente de apelar a su piedad. No la tiene y cuando ya estoy de rodillas se baja los pantalones y se queda desnudo de cintura para abajo. Frente a mí tengo su miembro erecto, duro y excitado. Me impresiono al ver sus dimensiones. No sabía que un hombre tuviera algo similar. Cuando lo vi desnudo no parecía tan grande. – Abre la boca Ángela. – La abro poco a poco y de pronto tengo su pene entrando por mis labios hasta tocar el fondo de mi garganta. – Ohhhhhhhh, ¡joder! ¡Síiiiiii! – Se aferra a mi pelo mojado y lo noto entrar y salir de mis labios llevando él el compás y el ritmo de tan impura acción.

Cierro los ojos para no pensar en lo que estoy haciendo. No quiero pensar en la de veces que mi madre me ha dicho que una mujer de bien jamás

piensa en el sexo hasta que está casada y necesita complacer a su marido. Aunque ahora soy propiedad de Alejandro y eso me convierte en algo parecido en una esposa para él, ¿verdad? O al menos, prefiero verlo así. De ese modo parece menos nocivo. Alejandro me agarra la mano y me muestra cómo aferrarme a su miembro para darle placer. Sigo sus instrucciones y noto que su excitación crece bajo mis dedos inexpertos y mi boca recién desflorada. Vuelvo a cerrar los ojos y me concentro en el dolor de mi rodilla para no pensar mucho en lo que estoy haciendo.

De un momento a otro, Alejandro gruñe con fuerza y noto un cálido y salado líquido en mi boca. Aprieta mi cabeza contra él con fuerza con lo que me siento obligada a tragar.

- ¡Oh, dios! Esto ha sido... liberador. – Me mira con, ¿admiración? Me levanta tomando mis manos en las suyas y nota una expresión de dolor en mi gesto. – ¿Qué? ¿Qué pasa?

- Me duele la rodilla, señor. – Digo con voz tímida y sin ser capaz de mirarle a los ojos tras un momento tan íntimo e impuro. No quiero admitir que me ha excitado verlo sentir placer por mi culpa.

- ¡Ah, sí! Estabas herida, ¿verdad? Déjame ver. – Se agacha y yo cubro mi sexo con mis manos instintivamente. Me mira desde abajo. – Tranquila, ahora mismo estoy más que sereno. – Sonríe. Creo que busca mi complicidad, pero no puedo dársela. Lo que acabo de hacer ha sido contra mi voluntad y contra las leyes de la moral y la ética. Sólo he buscado mi supervivencia. – Eh, no estés tan seria. Uff, esta herida pinta mal. Se te ha infectado. Ven, vamos a mi habitación. Te la curaré. – Se pone en pie, me lía en la toalla y me coge en brazos para mi sorpresa. Y así me lleva hasta su habitación para soltarme en su cama. – Esto te va a doler, Ángela, pero hay que limpiar la herida. – Dice mirándome a los ojos aferrado a mi mano. ¿Por qué me ha escogido ese nombre? ¿Es porque pensaba que yo era un ángel cuando creía que yo era irreal? Coge la esponja y comienza a frotar la herida.

- ¡Ahhhh! – Grito de inmenso dolor. – ¡Para, por favor! – Suplico.

- ¡Eh! Confía en mí. – Dice sujetándome la cara en sus manos. – Toma, muerde esto. – Me da un cinturón suyo de cuero y cuando veo que vuelve al acecho lo muerdo con fuerza.

- ¡Mmmmmm! – Grito en silencio y comienzo a llorar.

- Shhh, ya. Ya está casi. – Se levanta, veo que se acerca a su mesa y regresa a donde estoy yo con una botella de licor en la mano.

- ¡No, no, no! ¡Ya estoy mejor! – Le digo levantando la palma de la mano para que pare.

- Ángela, hay que desinfectar.

- Es de noche, voy a despertar a todos en la casa con los gritos. Mañana, por favor, señor... – Pruebo suerte.

- Ángela, aquí sólo estamos tú y yo. – Me dice y me sorprende. – Mis trabajadores viven en la casona que hay en la parte trasera de esta casa. Así que nadie va a venir a salvarte de mí. – Dice y me encojo. – Es sólo una broma, ¡vamos! ¡No te he comido! Hablando de comer. Si aguantas el tipo te daré de comer algo caliente. – Abro los ojos. – Seguro que te apetece.

- ¡Hágalo! ¡Vamos! – Muerdo de nuevo la correa esta vez con valentía y aprieto los ojos. Escucho una risa de Alejandro. Abro un ojo para ver. Parece divertido y admirado de mi valor repentino.

- Ciérralos mejor.

- ¡Mmmmmmm! – Me quejo al notar la quemazón del licor sobre mi herida.

- Muy bien. ¡Buena chica! Ahora sólo queda vendarla. – Comienza a dar vueltas por la habitación en busca de algo que sirva como vendaje. Lo miro analizando la situación. A pesar de la felación y de lo que sé que conllevará mi obediencia, estoy diez millones de veces mejor que estos días atrás, que han sido un auténtico martirio. Vuelve con una gasa y con una cinta de tela. Se arrodilla frente a mí y me quedo embobada mirando su cara de concentración. Es muy guapo. Me gusta la forma en la que arruga la frente cuando se concentra. – Listo. ¿Cómo te sientes? – Me busca con la mirada y se sorprende al ver cómo le miro.

- Hambrienta. – Le digo para evitar que mis pensamientos vayan por otro camino. Sonríe.

- Pues vamos a la cocina. ¿Puedes andar? – Asiento. – Toma, ponte esto. – Me tiende una camisa blanca de él, que me queda enorme. Es maravilloso sentir ropa limpia sobre mi piel. Se acerca y me pone un mechón de pelo tras la oreja. – Tienes el pelo del color del sol. Eres preciosa. – Me ruborizo y agacho la cabeza, pero él me la levanta de la barbilla. – Perdona mi entusiasmo. Hace mucho que no tengo una mujer como tú tan cerca.

- Ahora yo soy suya, señor Alejandro. – Le digo tratando de mostrar el mínimo entusiasmo. Por muy atractivo que sea es un maldito facha. No lo olvides, Aurora.

- No pareces muy feliz de ello. – Suspira y me coge de la mano para llevarme hasta la cocina. Le sigo el paso con esfuerzo.

Ya me duele menos la herida, aunque sigue siendo un fastidio. Llegamos a la cocina y me hace sentarme en una silla de mimbre. Lo veo encender unos troncos para meterlos en el hornillo y pone una cacerola sobre las brasas. Segundos después mi estómago ruge ante la sabrosa fragancia.

- Huele muy bien. – Digo extasiada.

- Es tu premio por haberme hecho tan feliz antes. – Pone un plato de sopa caliente frente a mí y vuelve a sonreír. Se sienta enfrente. No puedo devolverle la sonrisa. Sería aceptar que soy su puta con naturalidad. Comienzo a comer con ansias. ¡Dios! ¡Esto es gloria! Se me había olvidado el placer que resulta llevarse algo de comida caliente a la boca. Abro los ojos y me está mirando muy concentrado en algún pensamiento que no alcanzo.

- Está delicioso. Se lo agradezco, señor Alejandro. Cumpliré con mi labor. No se preocupe por ello. – Aseguro tras comprender que no puedo vivir sin comer. Que no habría durado mucho más por mí misma. Que, aunque tenga que darle mi alma al diablo, al menos, seguiré viva.

- No tienes que sentirte mal por lo que ha pasado, Ángela. – Dice mientras yo mastico el dulce manjar de una patata caliente en la boca. – No ha sido decisión tuya. Pero has dado a parar con el hombre más solitario de toda Andalucía y echo demasiado de menos el calor humano. Puedes contemplarlo como un intercambio de favores.

- Sé cuál es el apelativo de mi labor aquí, señor Alejandro. – Le digo

muy seria y asqueada con mi nueva identidad en parte. A pesar de que la he asumido sin más, no voy a olvidar nunca la educación que he recibido en casa.

- No eres una prostituta, Ángela. No lo veas así. Yo no permitiré que ningún hombre te toque. Tú serás sólo mía. Nos necesitamos mutuamente para sobrevivir. Créeme. Tú misma me lo hiciste ver en la era, cuando te encontré. Si no te hubiese traído aquí sabes muy bien cómo habrías acabado la noche. – Suelto la cuchara en el plato. Sí, sé cómo habría acabado. Cómo seguramente habrá acabado mi familia. Comienzo a llorar como una niña y siento que el corazón se me encoje. Ahora que me siento a salvo al fin, comienzan a florecer en mi mente los pensamientos que he evitado. – Eh, no, no llores. – Alejandro se levanta y se sienta junto a mí, abrazándome por los hombros y posando mi cabeza en su hombro. – No voy a hacerte lo que te hizo ese monstruo de tu padre, créeme. – Mi llanto se vuelve todavía más fuerte al oír hablar de mi padre y, por mi culpa, manchando su precioso nombre. – Shhhh, shhhh. Ya te he dicho que no tengo intención de penetrarte. Hay otras cosas que podemos hacer. Quizá no debí haberte obligado a hacerme una felación tu primera noche aquí... lo siento. Fui débil. Necesitaba... yo... pero es lo único que necesito de ti, Ángela. – Busca mi mirada. – No te sientas usada. Te deseo, Ángela. – Se me corta la respiración y me pierdo en sus verdes ojos. – Sí, desde la noche que te apareciste frente a mí, como una aparición divina. Eres muy hermosa. No voy a estar dentro de ti si no quieres. – Me acaricia el rostro. – Pero me harías muy feliz si me das más momentos como el de antes en el baño. Y sería enormemente dichoso si, con el debido tiempo, me permitieras disfrutar completamente de tu presencia. ¿Crees que podrás hacer al menos algo como lo de esta noche sin sentirte demasiado mal por ello? No quiero tener que estar lidiando después con el sentimiento de culpa de una niña ¿Qué edad tienes, Ángela?

- Diecisiete. – Vuelvo a mentir. Tengo diecinueve, casi veinte, pero quizá le conmueva pensar que soy menor.

- Diecisiete... eres una niña. ¡Te saco diez años! Pero con diecisiete las mujeres sois ya más que adultas. ¡Mi madre se quedó embarazada de mi hermano mayor a esa edad! ¿Entonces qué? ¿Te quedas? Ves que puedo cuidar bien de ti. Créeme que otro hombre sería mucho más exigente. – Trago

saliva.

- Me quedaré con usted, señor. – Sonríe de oreja a oreja.

- Voy a hacer de ti una señorita. – Me besa la frente. – Me hace muy feliz tu decisión, Ángela. Verás que aprenderás a disfrutarlo tú también. Seremos un gran apoyo el uno del otro. – Me coge de la mano para que me levante. Lo hago con poca decisión porque ya reconozco el brillo de sus ojos cuando me mira así. Pero me dejo llevar por su firmeza y me vuelve a llevar de regreso a su habitación. Subimos las escaleras a mi paso, porque la herida me molesta aún y entramos cogidos de la mano. – Desnúdate, Ángela. – Cierro los ojos y hago caso. – Bien, pero no tengas miedo. Mírame. – Lo miro tratando de buscar la forma de normalizar esta sensación de vulnerabilidad. – Eres preciosa. Ahora métete en mi cama. Quiero dormir contigo. Al fin no dormiré solo. – Lo hago rápidamente para cubrir mi desnudez con la sábana. Él se desnuda frente a mí y se acuesta a mi lado, abrazándome desde atrás. Siento su erección en mi espalda. – Duerme, es tarde. – Susurra en mi pelo. Huele una y otra vez mi aroma a limpio y acaricia con su nariz mi cuello y mi espalda.

Siento como se restriega contra mí y yo me quedo inmóvil. No para hasta que siento su eyaculación sobre mi trasero y se queda dormido. Yo no lo hago hasta horas después. Cuando mis ojos pesan, tras llorar y llorar pensando en la vida que he dejado atrás con la familia que un día tuve y que ahora veo lo valiosa que era, me sumerjo en un profundo sueño.

5

Alejandro está sentado frente a mí. Me come con los ojos mientras yo me desnudo y disfruto al ver su mandíbula desencajada cuando acaricio mi pecho con sensual erotismo. Mis pezones se yerguen duros ante la caricia de las yemas de mis dedos y una corriente eléctrica se apodera de mi cuerpo. Suspiro y echo mi cabeza atrás cuando una de mis manos alcanza mi sexo. Estoy húmeda, muy húmeda, y Alejandro me desea. Puedo verlo en sus ojos que se han vuelto oscuros, como su alma. Me acerco hasta él y me subo a horcajadas sobre él, traga saliva cuando comprende la determinación que he tomado. Torpemente, libera su sexo de la presión de sus pantalones y sin dejar de mirarlo a los ojos sé que lo voy a hacer; lo introduciré todo lo profundo que pueda en mi ser, quiero que se vacíe en mí y vacíe así su alma en mi cuerpo. Quiero ser la dueña de ese sentimiento. Sólo una vez. Lo noto en la entrada de mi vagina, froto mi humedad con su turgente sexo, anhelante de mí. Él me mira con adoración, esperando mi aprobación final...

- Ángela... mi Ángela. Abre los ojos. – Su mano cubre mi rostro. – Pequeña... vamos. – Abro los ojos aturdida y veo a Alejandro con una gran sonrisa en sus labios tratando de despertarme. ¡Mierda! ¿Eso ha sido un sueño? Me cubro con la sábana hasta la nariz y lo miro aterrada. He deseado inmensamente a este caballero oscuro hace unos escasos segundos. – Tranquila. No voy a forzar tus servicios ahora mismo. Pero tienes que despertar. Son casi las doce del mediodía.

- ¡Las doce! – Me sorprende. Él asiente risueño.

- Te hacía falta descansar. Pero ahora quiero que te levantes. Tengo una tarea que cumplir contigo dentro de un rato. – Me pongo roja y a la vez excitada. No puedo evitar sentirme así tras un sueño como el que acabo de tener. – Además quiero que bajes y conozcas a mis trabajadores. Aquí todos piensan que yo deliraba cuando hablaba de ti y quiero demostrarles que no es así. Aunque aún ni yo mismo lo sé...

- Estoy desnuda. – Digo tímidamente mirando hacia abajo.

- Tengo algunos vestidos de mujer que te servirán, estoy seguro. Ven. – Me tiende la mano y se la doy. ¿Vestidos de mujer? ¿De qué mujer? Me levanto y sigo sintiéndome vulnerable desnuda frente a él, aunque no tan incómoda como la noche anterior, he de decir.

Me sorprende verle dedicarme una mirada de devoción al recorrer mi cuerpo, de arriba abajo, para después lanzar una mezcla de suspiro y gruñido. Me alarma descubrir que me gusta crear ese efecto en él, no debería gustarme. Pero puede que así esté más a salvo. Si Alejandro siente atracción por mí no le será tan fácil desprenderse de mí y abandonarme a mi suerte. No si no se aburre de mí. ¡Aburrirse! ¿Qué sucederá si se aburre de mí? Ese sentimiento me hiela la sangre, porque automáticamente la voz de mi conciencia me responde; “Pues que te abandonará y posiblemente te denunciará a la Guardia Civil”. Entonces me hago consciente de la importancia de cumplir un buen papel a su lado. Le sonrío y me lleva hasta una puerta que hay en su habitación, saca una llave de su bolsillo y la abre.

Frente a mí tengo una habitación con una decoración muy femenina. Miro a todos lados para hacerme una idea de a quién habrá pertenecido. ¿Su madre? ¿Su hermana? ¿Habrá estado casado? Ahora no pienso en mi desnudez. Me paseo por la habitación y rozo con mis manos el raso de la colcha que cubre una bonita cama, la madera tintada de dorado del marco de un enorme espejo en el que me miro y no me reconozco. Tengo una maraña de pelo, ojeras muy oscuras, se me notan las costillas... solía tener mucha mejor apariencia. ¿Qué habrá visto Alejandro en mí? Él se pone justo detrás de mí y con una mano me abraza por la cintura. Esta vez no titubeo. Tengo que ser complaciente. Me mira en el espejo.

- Estoy horrible. – Digo. Él trata de hacerme un gesto de condescendencia.

- Has pasado muchas penurias, Ángela. Pero ya no más. Mientras estés aquí no te faltará de nada. – Respira en mi cuello y mi piel se eriza. – Y, quizá pronto... ¿quién sabe? Quizá no tardes mucho en entregarte del todo a mí. – Le sostengo la mirada en el espejo. Ahora no siento vergüenza. Parece que él se siente complacido con ese gesto tan insignificante. Me da la vuelta y

me mira fijamente. – Haré de ti toda una mujer de verdad. – Me acaricia el rostro con el reverso de su mano.

- Gracias, Alejandro. – Y sin darme cuenta le estoy besando lentamente los labios. Sin darme cuenta también lo he llamado por su nombre sin usar la palabra “señor” antes.

Alejandro se aferra a la maraña de mi pelo y hace el beso más salvaje. Clava su erección sobre mi vientre y yo abro la boca ante tal sensación. Dejando paso así a su lengua, que roza la mía con ansiedad. Creo que puedo hacerlo. Sí. Puedo hacerlo con él. Sabe disimular muy bien el monstruo que sin duda lleva dentro. O, ¿quizá no sea un monstruo?

- Te deseo. – Susurra. Mis tripas resuenan en la habitación y se rompe el mágico momento. Alejandro sacude la cabeza, divertido y se aleja de mí. – Creo que primero tengo que alimentarte. Toma, ponte esto. – Saca un precioso vestido de un armario. Un vestido blanco de lunares rojos. También saca unos zapatos negros con un poco de tacón, lo justo para parecer bastante cómodos.

- ¿De quién son? – No puedo evitar preguntar.

- De una persona que ya no está. – Ahora parece triste y alicaído. Muy serio. Como si una sombra negra le acechase desde el aire. Una desagradable aura de energía del color del azabache le recubre. Me visto sin preguntar nada más. – Ahora deja que te peine un poco, anda. – Me sienta frente a una coqueta con otro espejo. Allí hay un cepillo, un peine de marfil, un espejo de plata, un espolveador de perfume, polvos de maquillaje, carmín de labios... Alejandro comienza a peinarme con el cepillo. – Creo que vamos a necesitar las manos de una experta. Pero hoy tendrás que conformarte con mis manos. Esta será tu habitación, Ángela. – Me dice buscando mi mirada de nuevo en el espejo.

- No merezco tanto lujo, señor. – Trato de ser servicial.

- Es lo que tendrás a mi lado. Asume de una vez que tus penurias pasaron. Que no volverás a ver a tu familia, a nadie de tu pasado. Que no tienes pasado y tu futuro me pertenece. Que como fuera que te llamas antes de conocerme, esa mujer ya no existe. Murió anoche. Prometo recompensarte

con un futuro y con lujos y placeres. Pero no voy a cometer la torpeza de dejarte aquí si no renuncias a tu pasado. – Me agarra el pelo en una coleta en su mano y tira de mi pelo hacia atrás, colocando su rostro en mi cuello. Mirándome con desafío al espejo. – No voy a arriesgarme a que me denuncien por raptarte, o por tener a una delincuente bajo protección. No sé si entiendes al peligro al que me he expuesto al aceptar mantenerte bajo mi techo. – Abro los ojos.

- Sí, señor. Lo he entendido. Usted ha arriesgado su vida por una insignificante chica como yo.

- No eres insignificante. No lo habría hecho si fuese así. – Continúa peinándome y deja de mirarme. – Pero no nos pongas en riesgo de muerte, Ángela. Sólo por eso he decidido no llegar más allá contigo si tú no quieres. No quiero que te sientas violentada en exceso y no puedas soportarlo. Porque sé cómo reaccionan las mujeres con miedo y puedes cometer alguna torpeza. Pero tampoco sé si podré controlarme eternamente. – Sigue sin mirarme. Entiendo lo que dice. Sé que los hombres no tienen ese auto control que tenemos las mujeres. Ellos nunca han necesitado tenerlo. Su nombre no está en entredicho por realizar acciones sexuales con una mujer. Más bien lo contrario.

- Necesito un poco de tiempo, Alejandro. – Digo para que no se dé por vencido conmigo. Necesito complacerlo. Pero ahora mismo acostarme con alguien del bando nacionalista no es lo que más me seduce del mundo. A pesar de haberlo deseado tanto en mis sueños, sólo era eso, un sueño. Y él me da miedo. Alejandro me mira de nuevo.

- Me gusta cuando me llamas por mi nombre. En esos momentos parece que te acercas más a mí, sin miedo. Te daré tu tiempo, Ángela. Siempre y cuando no agotes en exceso mi paciencia. No soy un hombre con gran auto control. Deberías saberlo. No soy un hombre con una mente equilibrada. – ¿Qué? – Pero no quiero hacerte daño ni hacerte sentir mal. Aunque soy consciente de que a veces lo haré. Te haré daño sin poder evitarlo.

- ¿Por qué? – Digo en un hilo de voz.

- Porque la guerra ha causado estragos en mí. – Dice mirándome seriamente. – Sé que tú has pasado penurias. Pero no creas que mi vida ha

sido mucho más fácil.

- Pero, usted es alguien importante para los nacionalistas, ¿no? Usted tiene el favor del ejército, de la Guardia Civil y del régimen. Usted no sería un blanco para fusilar. Más bien lo contrario. Apuesto a que sólo tiene que nombrar a un sospechoso de ser republicano para que la Guardia Civil lo elimine en el acto. – Digo para evaluar qué pasaría si alguna vez descubre quién soy de verdad. Hace una mueca de dolor.

- Una guerra civil es una guerra civil, Ángela. Es eso y nada más. Muerte por todos lados. Sacos de huesos humanos de personas que ya no serán más y no podrás volver a verlos bailar, reír, llorar, gritar... Nadie en su sano juicio se sentiría protegido en un infierno así. Seas del bando que seas. Está bien, ya tienes mejor aspecto. Te espero abajo, en la cocina. – Se da la vuelta, cabizbajo y se marcha. Creo que él también ha sufrido y, contra mi voluntad siento lástima por él.

Al bajar a la cocina veo a Alejandro sentado, con la cabeza apoyada en sus dos manos, con una amargura palpable. Me apiado de él en el acto.

- Señor Mendoza, no piense más en eso. Ya no se puede hacer nada. – Le dice su mozo, Francisco, poniéndole la mano en el hombro. – Eso fue hace un año, acababa de empezar la guerra. Nadie sabía lo que ocurriría.

- Francisco, yo sabía que no era buena idea. La rabia me cegó...

- Señor, ya pasó. Tiene que superarlo. Y andar inventándose mujeres no va a solucionar nada. Tiene que conocer a alguien de verdad. Alguien de alta sociedad, que no lo meta en apuros. Muchas mujeres desearían estar con usted. – Estoy inmóvil observando. ¿Qué hiciste, Alejandro?

- Ella parece real, Francisco. Creo que es real. Y creo que en el fondo piensa que puede amar a alguien como yo. Aunque sea por necesidad. – Alejandro levanta la cabeza y me ve, sonrío y le devuelvo la sonrisa. – Es un ángel, Francisco. Ahora mismo puedo verla ahí. – Me señala. – Y parece tan real... – Francisco mira en mi dirección y da un salto hacia atrás.

- ¡¿Quién eres?! ¡¿Qué haces aquí?! – Me increpa. Yo me asusto. Alejandro mira a Francisco con el ceño fruncido.

- Es real, ¿verdad Francisco? Tú la ves como yo la veo. – Alejandro se levanta y me tiende una mano. – Ven. No tengas miedo.

- ¡Señor, no la conoce de nada! ¡Puede ponerse en peligro! ¡Puede ponernos a todos en peligro! ¡Pedro, Alfonso, Rodrigo, Antonia, venid! – Llama al resto de trabajadores. Yo le doy la mano a Alejandro para sentirme protegida. Me abrazo a él. Creo que Alejandro es el único que se siente a gusto con mi presencia aquí. – Señor, sáquela de aquí. Nos meterá en problemas.

- No. Ángela se queda. Ella está conmigo. – Me besa en el pelo. – Quien quiera irse es libre de hacerlo. Pero ella se queda. Ha venido a mí para salvarme.

- ¡Señor es una tráfuga! Usted nos dijo que la encontró en la cuadra. – En ese momento llegan el resto de trabajadores. Todos me miran con miedo. Los brazos de Alejandro me aprietan con fuerza a su pecho.

- Ángela es mi compañera ahora. Cualquier cosa que necesite se la daréis sin rechistar. No estoy dispuesto a seguir viviendo en la oscuridad en la que he vivido sumergido durante este último año. Ella me necesita y yo a ella también. – Las palabras de Alejandro me conmueven y me siento finalmente del todo obligada a hacerle feliz. Él es mi refugio. Antonia parece que asiente feliz. Pedro está más desconcertado que otra cosa. Rodrigo y Alfonso asienten quitándose la gorra en señal de respeto. – Bien. Siéntate, Ángela. Dile a Antonia qué quieres desayunar. – Me dice depositándome en una silla.

- ¿Tiene hambre, señorita Ángela? – Me dice Antonia y comienza a servirme una taza de café sin que yo se la pida y un trozo de pan con queso. Trato de comer sin demostrar abiertamente que estoy hambrienta. Todos me miran.

- Gracias, Antonia.

- Tengo que salir a resolver un tema, Ángela. – Me dice Alejandro y yo me quedo paralizada. Me da miedo estar aquí sin él. – No tardaré. Tú no puedes salir de la casa bajo ningún concepto, ¿me oyes? – Asiento obediente. – Si viniera alguien a casa durante mi ausencia, quiero que te encierres en tu

habitación, ¿entendido? Y no salgas de ahí. No hables con nadie de fuera. Ángela no existe hasta que yo decida. ¿Me oís todos? – Los trabajadores asienten.

- Tranquilo, señor. Nadie me verá. Lo prometo. – Francisco me mira con mala cara, lo sé.

- Bien. Vamos, Francisco. Quiero que vengas tú conmigo. – Dice Alejandro y yo siento un gran alivio al saber que no voy a tener la mirada acusatoria de ese hombre durante la ausencia de Alejandro. – Los demás, ya sabéis. Ángela vive ahora aquí, conmigo. Ella sabe bien cuál es su función. – Me mira y quiero que me trague la tierra. El trozo de pan que estoy masticando se me enreda en el esófago y no quiere bajar. ¿Está diciéndole a todos que soy su concubina? Maldita sea. – Cuando vuelva quiero que estés lista para mí. Adiós. – Y desaparece fríamente de mi vista. Va a querer mis servicios. Creo que el corazón se me va a salir del pecho.

- Tranquila, Ángela. ¿Te puedo tutear? – Me pregunta Antonia.

- Por favor, hazlo.

- Estupendo. Al fin hay una mujer con quien hablar en la casa. – Se sienta frente a mí. Los demás mozos han salido de la casa a trabajar. – Vas a tener que ser paciente con el señorito Alejandro. A veces es un buen hombre y a veces parece el mismísimo satanás. Pero cualquier humano lo sería en su lugar. – Me sorprende esa confesión.

- Háblame de él. ¿Qué le sucede para que esté tan gris?

- Ha tenido una vida dura, Ángela.

- No imagino por qué. Tiene todo tipo de lujos.

- Está claro que ser el hijo y el hermano de altos cargos del ejército Nacionalista da ese tipo de ventajas.

- ¡Joder! – Exclamo espantada.

- Sí. Su padre y su hermano mayor son dos hijos de puta peces gordos, y su hermano pequeño es político y es más tranquilo, pero no te puedes fiar de ninguno de ellos en realidad. Pero sobre todo su padre, el señor Adolfo

Mendoza, es un sanguinario, un sádico y el verdugo con menos escrúpulos que he conocido en mi vida y ha dedicado todos sus esfuerzos en educar a sus hijos a su imagen y semejanza. – Antonia me lo dice con una seriedad pasmosa. – Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? – Abro los ojos aterrada. – Sé que sí. Estás en la boca del lobo, querida. Así que si sientes algún tipo de simpatía por la República tendrás que vomitar todo eso y echarlo a un estanque de estiércol para no abrazar ese sentimiento nunca más. Porque si el señorito Alejandro llega a advertir que tú eres una simpatizante de la República no te salvará ni el bendito Dios.

- No parece tan insensible...

- No lo es. Pero luchará para serlo y complacer a su padre. Esa es su cruz, ser hijo de quien es. Es el precio de ser intocable en una guerra como esta, y, francamente, no sé qué situación es peor habiendo visto lo que he visto en esta casa. Y no sería la primera vez que tuviera que hacer de tripas corazón, así que no pienses que por ahí te salvarías. Isabel no me escuchó cuando le advertí. – Antonia se acerca más a mí y me agarra del brazo. – Ángela, Alejandro mismo vio cómo su padre disparaba a bocajarro a su madre por averiguar que la mujer era adúltera. Aquí. – Antonia se señala el entrecejo. – ¡Pum! Aquí mismo hundió la bala que le dio muerte frente al señorito Alejandro cuando éste apenas tenía once años.

- ¡Dios mío! – Clamo espantada y me tapo la boca. – Es horrible...

- Así es.

- Has hablado de una tal Isabel, ¿quién es?

- Mmmmm. No debí hacerlo. ¡Por favor no le digas nada al señorito de lo que te cuente o me azotará! – Niego rotundamente con la cabeza. – Pero necesitas saber cosas para no ponerte en peligro ni ponernos a los demás. Isabel fue su juguetito en la cama durante un tiempo, así como lo eres ahora tú. – Agacho la cabeza.

- No tengo más remedio que serlo.

- Y no te culpes por ello. Tienes que sobrevivir. Todos tenemos que hacerlo, hasta él. Esa es la obligación máxima de todo ser vivo. Pero escucha, el señor Mendoza es muy entregado cuando se encapricha de una mujer. A

Isabel le complacía con frecuencia, cuando estaba de buen humor. – Siento una punzada de celos que no entiendo al oír hablar de esa mujer y su relación con Alejandro. – Pero ella también padecía la ira del señor cuando tenía un día gris. ¡Tienes que prepararte para todo! ¡Todo! Yo siempre he estado convencida de que ese hombre quiere amar con toda su alma, pero no sabe cómo hacerlo. ¡Normal! ¡Con ese monstruo de padre que le tocó! ¡Virgen María y Espíritu Santo! – Antonia se persigna.

- ¿Amaba a Isabel? – Pregunto con miedo a escuchar la respuesta.

- La quiso mucho. Sí, Dios sabe que sí. Al menos era la única familia que tuvo de verdad durante años.

- Años... ya veo. ¿Qué pasó con Isabel, Antonia?

- Eso no será yo quién te lo cuente. Sólo tienes que saber que ella ya no está y no volverá.

- Este vestido que llevo es suyo, ¿verdad? – Intento sonsacar más información. Antonia me mira de arriba abajo, aprieta los labios y se levanta.

- ¿Tienes más hambre? – Y ya sé que nuestra conversación ha llegado a su fin.

Me levanto y la ayudo en silencio a poner orden en la cocina. Y así pasan horas, sin que nos volvamos a dirigir la palabra. Entonces escuchamos un caballo relinchar en el exterior y Antonia y yo nos miramos asustadas.

- ¡Sube! ¡Ve a tu habitación y cierra con llave! – Me grita y corriendo subo las escaleras y me dirijo a mi nueva habitación. Cierro con fuerza y me doy cuenta de que no tengo llave, Alejandro no me la dio antes de irse. Así que me quedo pegada a la pared mirando fijamente la puerta con un miedo abrasador. Escucho pasos. Alguien sube. ¡Maldita sea! ¿Qué hago?

6

La puerta se abre de par en par y ahogo un grito en la mano. A punto de sufrir un infarto intento no caerme al suelo.

- ¡Eh, tranquila! Soy yo. – Alejandro se acerca con precaución hasta mí. – Ya estoy de vuelta. – Sonríe, pero esta vez su sonrisa no parece tierna, sino todo lo contrario. – Mmmm, este vestido realza muy bien tu pecho. – Me roza suavemente con los dedos por encima de mis pechos. Contengo la respiración. – Quítatelo. – Ordena con una mirada oscura y siniestra. Mi pecho se mueve con brusquedad por culpa de mi respiración acelerada. Me bajo los tirantes sin dejar de mirarlo. No voy a amedrentarme.

- De acuerdo, señor.

- ¡Rápido o te lo arranco! – ¿Dónde habrá estado para venir tan enfadado? Me quito el vestido y lo dejo caer al suelo. Como no llevo ropa interior estoy completamente desnuda, sólo con los zapatos puestos. – Así mejor. – Su boca va en busca de mis pechos y comienza a succionarlos con brusquedad, haciendo que me retuerza de placer en contra de mi voluntad. – Agáchate, ya sabes lo que quiero. – Me dice de un momento a otro. Me agacho lentamente y él me empuja de los hombros para hacerlo más rápido. – Bájame los pantalones. Desnúdame tú. Ya sabes lo que tienes que hacer, Ángela. No me hagas perder el tiempo. Necesito desahogarme ya. – Masculla entre dientes. Torpemente le quito los pantalones, vacilo un momento al tener su miembro frente a mí, pero al final aprieto los ojos y me lo introduzco completamente en la boca. – Ahhhh, siiiii. Chupa fuerte, mmmm ¡más fuerte! – Me agarra del pelo y presiona su cadera contra mi boca. Casi me hace vomitar. Me siento tan ultrajada que me cuesta contener el llanto.

- Para. No puedo hacerlo tan rápido. – Le ruego y me mira completamente encolerizado.

- ¿Que no puedes hacerlo tan rápido? – Tira de mi pelo hasta hacerme

levantar de nuevo.

- ¡Ahhh! Señor, lo siento. Lo intentaré. – Digo lloriqueando, completamente aterrada y apretando los ojos.

- No lo vas a intentar, ¡lo vas a hacer! ¡Mírame! – Abro los ojos y lo miro. Tiene la mirada vidriosa y completamente ida. ¿Qué le pasa? – Me complacerás o voy a tener que follarte duramente para que lo entiendas. – No...

- Usted prometió sin penetración hasta que yo estuviera preparada. – Intento en vano no llorar.

- Y tú prometiste darme placer. ¡Y lo único que haces es lloriquear! ¡¿Tanta repulsión te causó?!

- No señor, es que... – No puedo decirle que soy virgen. Le dije que mi padre abusaba de mí y si se entera que lo engañé para que me acogiera me llevaría directamente a la Guardia Civil. Si me posee se dará cuenta, ¿verdad? ¿No se supone que las mujeres sangran la primera vez? Sólo tengo que esperar a tener la regla para hacerlo. Aunque no sé si podré hacerlo. Tengo la sensación que me va a doler y mucho y... no quiero que mi primera vez sea con alguien como él.

- Es que, ¡¿qué?! ¿Qué tienes que objetar? – Me empuja y me tira sobre la cama, echándose sobre mí. – Quiero enterrarme en ti y ni tú ni nadie puede impedírmelo. – Me abre las piernas con brusquedad y se incorpora sobre mí. El llanto acude a mí con fuerza.

- Tengo miedo...

- Tú no tienes que tener nada, sólo tienes que abrir las piernas para mí, ¿no lo entiendes? – Lo miro a los ojos tratando de encontrar el porqué de su cambio tan repentino. Está furioso, desesperado. Me besa lleno de rabia y le devuelvo el beso sin más remedio. Siento como coloca su miembro en la entrada de mi sexo. Se acabó... estoy perdida.

- Alejandro. Mírame. – Le pido tuteándolo, porque dijo que le gustaba, y sorprendentemente lo hace. Tengo unos segundos para aprovecharlos buscando su piedad como último recurso. – Quiero hacerlo contigo, pero no

así. No quiero sentirme violada ni que me hagas daño. Quiero hacerlo con el Alejandro que me despertó esta mañana con una sonrisa. Con el que me limpió la herida anoche. Con el que me dio de comer. – Respira con fuerza y creo que está meditando en lo que digo. – Hacerme daño no te hará sentir mejor. Sólo me tienes a mí y yo a ti. – Le acaricio la cara y cierra los ojos ante mi contacto, dejando escapar unas lágrimas de intenso dolor. Me incorporo un poco y las beso. – Eres precioso por fuera y sé que también puedes serlo por dentro. – Creo que he llegado al lugar que tiene bajo llave en su corazón.

- No sabes lo que dices... – Sacude la cabeza.

- Lo sé. He puesto mi vida en tus manos. – Beso sus labios con suavidad. Mi chantaje surte efecto y se relaja. – Darte mi cuerpo es fácil, como tú dices, darte mi alma y mi vida no. – Me mira confuso.

- ¿Por qué lo has hecho? Yo no soy el indicado para protegerte. Quizá sí del mundo, pero no de mí.

- Sé que escondes mucho más de lo que dejas ver. – Digo sin apenas creer en mis palabras. Suspira y se deja caer en la cama junto a mí.

Me sorprende que haya desistido de su plan. Pero debo ser cauta y no fiarme mucho. Ya he comprobado que tiene unos cambios de humor muy bruscos. Está mirando al techo, sin mirar nada realmente, y algunas lágrimas más se escapan de sus ojos. Sé lo que tengo que hacer para apaciguarlo del todo, así que me siento a horcajadas sobre él y voy besando su cuello y su pecho, descendiendo hacia el centro de sus pasiones. Alejandro me mira confuso, pero no pone resistencia. Cuando llego a su sexo me empleo a fondo en hacerlo como a él le gusta, como me enseñó la noche anterior. Comienza a respirar con brusquedad y noto crecer su erección en mi boca.

- Ahhh, siii, así, sigue. – Me acaricia el pelo y cierra los ojos para concentrarse en su propio placer. Dejando atrás la ira que unos segundos antes le envolvía. ¡Oh, por fin estoy a salvo! Sigue así, Aurora. – Oh, Ángela, sí, sí, me encanta. Sigue, sigue así, me voy a correr, pequeña. – Sigo un poco más y noto como se vacía en mi boca mientras gruñe con fuerza. Levanto la mirada con cautela. Me está mirando como un niño asustado. – Gracias, lo necesitaba. Ven. – Tira de mis brazos y me tumba en la cama, junto a él,

frente a frente. – Perdóname. No quise asustarte. – Acaricia mi rostro. – Me alegra que me hayas hecho entrar en razón. No quiero hacerte daño.

- Pues no lo hagas. – Cuando está así, sereno, parece un hombre digno del amor más profundo. Frunce los labios a modo de sonrisa de disculpa.

- Tengo serios problemas de personalidad. – Me besa dulcemente y cada vez me cuesta menos responder a sus besos. – No quiero que me odies. – Recuesta su cabeza en mi pecho y yo acaricio la maraña negra de su pelo alborotado y suave mientras pienso en cómo habrá echado de menos a su madre. Necesito empatizar de algún modo con él. Seguro que verla morir a manos de su propio padre cuando sólo era un niño lo ha marcado para siempre. Yo, al menos, he de decir que no envidio nada su infancia. Mis padres se amaban y nos amaban a mi hermana y a mí. Mi casa era un lugar precioso para crecer, lleno de amor y de respeto. A lo mejor él no sería así con otra familia...

- No te odio, Alejandro. – Digo casi convencida. – No deberías hacerlo tú tampoco. – Siento como contiene su respiración.

- Ojalá supiera cómo dejar de hacerlo. – Contesta sin mirarme y un minuto después siento que se queda completamente dormido sobre mi pecho.

Es un hombre difícil. Fruto de una familia y unos lazos afectivos difíciles. A lo mejor no es tan malo y sólo se esfuerza por serlo, por no defraudar a la parte de su familia que queda con vida. Su madre tuvo que ser una mujer pasional para arriesgar su vida por amor, porque seguro que sabía lo que haría su marido si la descubría. ¿Se parecerá Alejandro a su madre? Ojalá. Espero que no a su padre.

Sigo acariciando su pelo sumergida en mis pensamientos durante al menos media hora y me alegra sentir los músculos de Alejandro destensarse con mi contacto, durmiendo plácidamente.

Media hora después abre los ojos desconcertado. Al verme junto a él suspira y sonrío.

- Sigues aquí.

- Sí. – Le devuelvo la sonrisa.

El día pasa y Alejandro sigue estando más o menos relajado y tranquilo. Pero por la noche vuelve a pedirme que duerma con él en su cama y de nuevo vuelve a frotar su erección contra mi cuerpo desnudo hasta que consigue eyacular y se queda dormido. Estoy confundida. Siento que él me gusta a veces, o al menos me imagino a un hombre diferente del que deja ver, pero por otro lado, me hace sentir un mero objeto. Aunque creo que así contribuyo de alguna forma a rellenar una latente necesidad afectiva, creo que mi labor es más bien ocupar un rol que ha quedado vacío en el pecho de Alejandro con mi piel. No estoy segura de si ese vacío lo dejó Isabel o su madre, puede que ambas.

Pero estas últimas horas, horas que hemos pasado al atardecer en su jardín mientras me contaba historias de su niñez, me ha hecho sentir más que a gusto con él, incluso atraída por él, y ahora tengo que perdonarme por ello. No me condenaré injustamente por sentir cierto tipo de simpatía por un nacionalista. Mi padre siempre me decía que los fachas son personas sin escrúpulos, capaces de pisotear los huesos de sus propios hermanos por el simple hecho de ansiar poder, pero no estoy segura de que este sea el caso de Alejandro. Él no ansía poder, ni siquiera creo que tenga otra opción más que la de ser nacionalista dado el historial de su familia. Es el azar, el lugar en el que te nota nacer y crecer el que decide cuál será tu visión de la vida.

Lo observo dormir y parece tan inocente. Una hilera de oscuras pestañas rizadas cubre sus bonitos ojos verdes y sus gruesos labios están un poco entreabiertos. Con uno de sus brazos me aprieta con fuerza. Ni siquiera dormido es capaz de relajarse.

Después, antes de quedarme dormida, dedico mis últimos pensamientos a mis padres y mi hermana. Ojalá me hubiesen enseñado a creer en Dios y pudiera dedicarles al menos unas oraciones. Ojalá pudiese renunciar a la lógica escéptica que me han inculcado y de ese modo me resultase más fácil creer que, si mis padres ya no están en este mundo, al menos, puedan estar en un lugar mejor. Desde luego, acabar tiroteado en algún descampado maniatado y torturado no es el final que merece alguien como mi padre. Él siempre ha sido una persona compasiva. Ha ayudado a todo el que ha solicitado su ayuda. En mi casa siempre había un plato de comida caliente

para cualquiera que lo solicitase. De hecho, si estaba en el punto de mira del ejército nacionalista, fue precisamente por alimentar y guarecer a miembros de la guerrilla de la resistencia. Está claro que él simpatizaba con la República. Él era un profesor de ese sistema. Estaba feliz cuando al fin se consiguió la educación mixta de niños y niñas juntos. Estaba pletórico cuando se aprobó el sufragio femenino. No olvidaré la satisfacción en su rostro al ver que mi madre al fin podía expresar su opinión libremente. Aunque, lamentablemente, muchas mujeres no lo hacían tan libremente y votaban lo que sus maridos les decían. Pero al menos era un primer gran paso para llegar a hacerlo, ¿no?

Ahora ya nada de eso importa. Ni hombres ni mujeres. Nadie votará ni les preocupará si quiera que eso sea así. Ahora, como es mi caso, sólo importa sobrevivir, si es que a esto se le puede llamar vida... respirar, comer, sacrificar los sueños y las ilusiones personales; eso más bien será lo que haremos. Nadie está a salvo. El mundo mata, la vida muere.

Llevo varias semanas viviendo con Alejandro. Sus demonios internos hasta hoy permanecen más o menos callados, ocultos, gracias a la cercanía de mi piel y de mis caricias obligadas. La cercanía está haciendo que a ratos me confunda. Por momentos lo detesto, pero a decir verdad cada día me cuesta más hacerlo. La mayoría del tiempo me descubro disfrutando de él y de su compañía, hasta de sus lascivas y tortuosas caricias. Me asquea admitir que cuando pasa horas fuera, hasta lo echo de menos. Pero es así. Los chicos que trabajan en la casa me siguen mirando con recelo, aunque con Antonia me llevo muy bien y nos contamos muchas confidencias. Es un gran apoyo en la casa, ya que vivo aquí encerrada. Pero me ha sido imposible sonsacarle más información de Isabel.

Cada día estoy más convencida de que mi dueño es una persona rota y desgarrada por dentro hasta haberse desangrado. A veces deja asomar la persona que habría sido si no hubiese tenido una relación familiar tan demoledora. Cuando lo hace me sorprende a mí misma incluso sintiendo algo especial por él. Me ha despertado alguna mañana con un ramo de flores frescas y rociando mi cara de cálidos y sensuales besos. Un día incluso llenó mi habitación de flores, caramelos, bombones y ha puesto unos cuadros preciosos llenos de colorines y de vida. Me abraza y me coge de la mano cada vez que tiene ocasión y... me gusta. Su compañía es un bálsamo a veces para una persona como yo, que ha perdido el contacto con todo ser querido.

Hasta tengo que admitir que he sentido debilidad y casi me vencen las ganas de entregarle al fin mi cuerpo cuando al anochecer se abraza a mí y siento sus cálidos labios sobre mi cuerpo. Pero me he esforzado bien en recordarme a mí misma quién es Alejandro Mendoza cuando eso ha pasado. Yo ya he visto el demonio en él. A veces aparece, por poco rato, pero se deja ver. Aunque, la verdad es que, si no he sucumbido a abrirme a tener sexo fácil con él, ha sido por miedo a que descubra mi virginidad y reaccione mal ante mi mentira. También porque sé que el hecho de que no pueda hacer del todo lo que le plazca conmigo me da un cierto poder sobre él, pero sé que eso

no durará eternamente y no me gustaría que cuando finalmente me posea en todos los sentidos sea cuando él no sea él, cuando el demonio que lleva dentro le posee.

Porque esas veces he de admitir que me da miedo. Él lo sabe y, cuando ve que esto sucede, simplemente me encierra en mi habitación con llave para evitar que lo vea tan hundido. Sin embargo, desde detrás de esa puerta cerrada a cal y canto puedo escuchar sus gritos de desesperación y su dolor. Aunque estas semanas no ha pasado con frecuencia y no con la magnitud que sucedió aquel primer día en su casa. Sólo a veces...

Pero tengo que averiguar qué le tiene de ese modo cuando parece perdido. Quizá sea capaz así de controlarle.

Esta noche ha vuelto a beber y parece que el demonio ha vuelto a despertar, pero con más intensidad, tras tres semanas en las que ha permanecido medio aletargado en su interior. Escucho sus gritos arrastrando las palabras desde el interior de mi habitación, donde hace más de dos horas que estoy encerrada bajo llave. Dice cosas sin coherencia. Pero de pronto oigo que nombra a Isabel. El corazón se me descontrola. Pego mi oído a la puerta.

- ¡Fuiste una estúpida! ¡Cabezota, terca y estúpida! ¡Tú solita te lo buscaste! – Me quedo bloqueada. Ojalá supiera qué le sucedió. Debería preguntarle, cuando el Alejandro que me gusta vuelva. Hoy sin duda alguna no es él. – ¡Tengo que arrancar aquello ya de mi mente! ¡Ángela! ¡¡¡Ángela!!! – Oigo mi nombre en los labios del monstruo que posee a Alejandro y doy dos pasos hacia atrás. Oh, no. Está descontrolado y no sé cómo calmarlo. De repente escucho la llave de la puerta de mi habitación tantear la cerradura ¡Mierda! – ¡Contéstame, maldita sea! – Trato de pensar rápidamente cómo protegerme de su arrebató, que, clarísimamente, está acrecentado por su borrachera. Me meto en la cama y me hago la dormida. No puedo hacer otra cosa. – ¡Ángela! – Escucho finalmente abrirse la puerta de golpe y sé que está en el interior de mi habitación. Me aterra cuando está así y me doy cuenta de lo muchísimo que echo de menos en estos momentos al Alejandro atento, sonriente y cariñoso de estas últimas semanas. – ¿Estás dormida? – Dice pegándose a mi cuerpo por detrás. – Quiero follarte y tú tienes que complacerme. – Susurra en mi oído apestando a alcohol. Me

tiembla todo el cuerpo. – Despierta, joder. – Me sacude y abro los ojos poco a poco.

- Alejandro. ¿Qué pasa? Estoy cansada.

- No te va a servir de nada hoy que me llames por mi nombre. Quiero sexo y lo voy a tener. ¡Dame sexo, maldita arpía! ¡Hasta la fecha sólo te has aprovechado de mí y de mi estatus!

- Alejandro, sabes que siempre estoy dispuesta a todo cuando me lo pides. – Digo enfadada.

- ¿A todo? ¡Ja! ¡Pues bien, quiero ese todo y lo quiero ahora! – Comienza a dar tirones de mi camisón mientras forcejamos hasta que lo rompe y deja mi cuerpo completamente al aire.

- ¡Señorito Alejandro, no! ¡Así no! Ha bebido y puede hacerme daño. – Le hablo esta vez con lejanía. Este no es él. Alejandro comienza a devorar mis pezones con ansias e introduce dos dedos en mi vagina. ¡Dios! El miedo y la excitación recorren mi cuerpo, aunque es miedo más que otra cosa. Comienzo a llorar y él me sujeta la cara con una mano para que lo mire mientras que la otra sigue empleada en mi sexo.

- Eres mía, Ángela. Me perteneces. Mira, hasta te estás excitando. – Cierro los ojos, no lo quiero mirar, no así. Este no es el Alejandro al que he de admitir con decepción que sí me entregaría. – No me niegues más que me desees. Sé cómo me miras a veces mientras notas mi excitación en tu dulce boca, sé que incluso disfrutas provocándome orgasmos. Tu cuerpo me lo dice. Tu mirada te delata. Me desees. Mírame. – Me suplica mientras que noto su erección tanteando la entrada de mi vagina. No lo hago. – ¡¡Mírame!! – Y de pronto siento su mano golpear con fuerza mi rostro. Tan fuerte que un pitido se ha colado en el interior de mi cabeza. Estoy mareada, confundida, aterrada, pero sobre todo decepcionada. Abro los ojos y lo miro con toda la rabia que soy capaz de mostrar.

- Señor. – Le digo sin rastro de amabilidad. Está asustado. Asustado de sí mismo. Te lo mereces Alejandro.

- Pe... perdóname, yo.... No quería... si tú fueras... en fin, si me dejaras...

- Soy suya, ¿verdad, señor? Haga conmigo lo que quiera. – Digo impasible. – No gritaré, pero acabe ya.

- Sólo quiero que me obedezcas sin odiarme, sin hacerme sentir que estoy cometiendo una atrocidad por desearte cómo te deseo... – Gimotea. – Te estoy dando todo lo que tengo en mis manos y tú... ¡Tú sientes asco de mí! ¡¡¡De mí que te estoy dando todo, maldita sea!!! Te doy lo mejor de mí y sigues huyendo mi contacto. – Susurra introduciendo su nariz en mi cuello mientras intenta disimular su llanto. Me ablanda un poco, pero sigo temiéndole.

- ¿Lo mejor para mí es que me pegue, señor?

- ¡Ya deja de llamarme así!

- Usted ha dejado claro que sólo soy su esclava. Es mi señor. ¿O he de llamarle amo?

- ¡Ángela, no estoy dispuesto a mendigar tu atención! ¡Sólo eres una estúpida ladrona que se follaba a su padre! ¡Estarías muerta si no te hubiera dado mi protección! ¡Estás hablando con el mismísimo Alejandro Mendoza de la Vega! ¿Sabes acaso quién soy yo? ¿Sabes quién es mi familia? ¡Merezco mucho más que tu estúpida atención! ¡He tenido más que compasión contigo porque sé que han abusado de ti y no he querido herirte ni que te sintieras usada! ¡He esperado durante semanas a que te dignaras a darme lo que merezco por mis atenciones contigo! ¡Porque soy tu dueño y tú eres mía! ¡Mía! – Me grita pegando su cara a la mía. Tiene los ojos rojos y llenos de rabia. Parece el mismísimo Lucifer. – ¡Merezco poseerte cuando quiera! ¿Es que ni siquiera te lo has llegado a plantear una mísera vez? ¿No me deseas lo más mínimo? – Lo miro sin pestañear y sin contestar. – ¡Habla, joder! ¡¿Tanto asco te da entregarte a mí?! ¡¿No contestas?!
- ¿De verdad le preocupa lo que yo sienta o necesite? – Digo al fin desafiando a su escasa paciencia. Me observa perdido, analizando su respuesta. – ¿Le ha preocupado alguna vez cuando me ha obligado a hacerle una felación? ¿Cuándo ha manchado una y otra vez mi nombre como si yo sólo fuese un objeto de usar y tirar?

- Tú has disfrutado también, lo sé... – Dice en un hilo de voz buscando

que yo le constate su comentario.

- ¿Me ha preguntado alguna vez si lo he hecho? – Alejandro sacude la cabeza. De un momento a otro parece que ha llegado a alguna conclusión.

- Bueno, eso me constata lo que ya intuía; que estoy más que equivocado contigo y que tendré que buscarme otra compañía diferente. Alguien que realmente disfrute de mi presencia. – Se levanta de la cama y yo me quedo bloqueada. ¿Significa eso que me deja? ¿Qué haré ahora? No...

- ¿Qué quieres decir, Alejandro? – Pregunto antes de que salga de la habitación. Buscando de nuevo la cercanía con él. Se gira y me mira envuelto en cólera. – ¡Alejandro!

- Quiere decir que has conseguido lo que querías; que no te toque más. Adiós, Ángela. – Cierra la puerta y echa la llave. ¿Qué piensa hacer conmigo? Dios mío... ¿qué he hecho? Lo he rechazado y piensa repudiarme.

- ¡Alejandro! ¡¡Alejandro!! ¡Ábreme la puerta! ¡Deja que te explique! Perdóname, Alejandro, te lo imploro. Haré lo que me digas. Lo haré sin rechistar. ¡Alejandro, ábreme! – Lloro y grito a la vez que golpeo con fuerza la puerta. Pero se ha ido y no sé a dónde. Desde la ventana lo veo salir a caballo. ¿Qué hago ahora?

Alejandro vuelve a casa bien entrada la madrugada y no viene solo. Yo no he conseguido pegar ojo y no he parado de llorar. He tratado de tener una conversación mentalmente con mi madre para tratar de averiguar cuál sería su consejo en una situación como ésta. Y sé cuál sería la respuesta de cualquier madre al respecto: “Vive, hija, vive. Tienes que sobrevivir.”

Sus supuestas palabras me rondan en la mente mientras escucho los gemidos de Alejandro y de la mujer que ha traído a casa. Se la está follando... y sabe que yo estoy aquí... Una mujer que va a querer ocupar mi lugar, que se abre a él sin reservas y que no se deja amedrentar por el temperamento de Alejandro. Me imagino lo muchísimo que estará disfrutando de sus besos, sus caricias, la sensación de su lengua sobre la piel, su fiera intromisión en su cuerpo y no puedo evitar envidiarla, odiarla, no puedo controlar las ganas de querer ocupar su maldito lugar en este instante.

Me acerco a la puerta con los ojos colmados de lágrimas y hago acopio de valor para mirar por la cerradura. Lo que veo se me clava en la retina y atraviesa mi corazón como un puñal. Alejandro, mi salvador, mi única esperanza en la vida, devora sin piedad el cuerpo de otra mujer que parece extasiada de placer ante su ataque. Aprieto los ojos y comienzo a llorar con agonía mientras me tiro al suelo, junto a la puerta. Ya no tengo nada...

Es de día. Me despierto y estoy en el suelo. Automáticamente miro por la cerradura de nuevo, Alejandro no está en su habitación.

Me levanto aturdida y me siento frente a la coqueta. Me miro en el espejo y sólo veo a una cobarde que no está preparada para vivir en los tiempos que corren. ¿Cuántas personas más habrá como yo que no pondrán obstáculo alguno a dar placer de vez en cuando a cambio de protección, a cambio de vivir? Al final he conseguido que Alejandro se aburra de mí. Cojo el cepillo y comienzo a peinarme mientras atormentadoras imágenes de la noche anterior de Alejandro tomando a otra mujer me punzan la cabeza. No puedo evitar que me duela. No puedo frenar la sensación de haber sido

traicionada. Él piensa que me da asco y no es así, aunque me amargue tener que reconocerlo. Lo he deseado más veces de lo que me gustaría admitir y he deseado hacerle feliz y darle placer. Pero, para poder vivir con este sentimiento que comienza a nacer en mí he decidido que quiero ser pagada con la misma moneda. Quiero tener un lugar especial para él y no ser sólo un juguete sexual que use a su antojo. Quiero que también él se preocupe de darme placer a mí. ¿Es eso mucho pedir? Supongo que sí... que en la mente de alguien que ha sido educado como él no cabe una relación así con una “estúpida ladrona que se follaba a su padre” como me llamó. Además, a veces me da miedo y estoy convencida de que puede ser brusco e insensible conmigo.

Pasan las horas y sigo encerrada en mi habitación. Empleo el tiempo en maquillarme y arreglarme. Quizá si me ve guapa cuando venga no le resulte tan fácil echarme. Ni siquiera me preocupa no haber comido nada desde hace casi un día. Sólo quiero quedarme, con él, sí, aunque me quede con sus demonios también. No tengo a nadie más. Sólo a ese loco, desquiciado y atractivo mitad hombre, mitad demonio. Pero necesito que me deje entrar en él. Puedo intentar ayudarlo. Puedo hacer que cambie si consigo que... me ame. ¿Puedo? Puedo intentarlo al menos. Si lo consigo, su amor quizá me protegerá de su sombra oscura. Creo que es lo que necesitaría para desechar otros sentimientos más nocivos que le enturbian la mente, para controlar la parte negra de su alma. Hasta puede que con el tiempo aprenda a amarlo yo también. Aunque, francamente, lo dudo...

Las horas pasan y mi enfado con él se va diluyendo. El miedo ocupa el lugar de la ira. Un miedo infernal a no volver a verlo, a no poder hacer más nada por intentar recuperarlo. “Es un facha de los gordos. No debes engañarte”, me dice la voz de mi conciencia y yo le respondo que él no es así, no en realidad. Él sólo es víctima de su realidad. Al fin y al cabo, es humano, ¿no? Tiene sentimientos como cualquier otro humano. Las ideologías a veces no hacen a la persona. Condicionan sus actos, sí, pero no son más que una cárcel de la conciencia para impedirte actuar libremente ante cualquier obstáculo. Como una religión. Como un dogma sagrado al que no te atrevas a cuestionar por miedo a lo desconocido. “Te estás ablandando, Aurora. Pero es lógico. Tienes que sobrevivir y la única forma es intentando encontrar la parte bonita, si la hay, de pasar el resto de mis días o al menos una larga

temporada con Alejandro. Mientras no esté a salvo en el mundo sin él.”

Escucho un ruido en la habitación de Alejandro y me alerto. No me atrevo a levantarme y mirar. No sé si es él o si viene solo o acompañado. La cerradura de la puerta de mi habitación comienza a moverse. Tranquila Aurora, respira. No, Aurora no, soy Ángela, Ángela, soy Ángela. La puerta se abre y veo a Antonia. Mi ánimo se desploma.

- ¡Ángela, niña! – Entra con una bandeja de comida en sus manos. – ¿Cómo estás? ¡Qué guapa te has puesto! – Hace un gesto con la mirada para indicarme que Alejandro está al otro lado, escuchando. Suspiro.

- ¿Cómo está él? ¿Cómo está Alejandro? – Pregunto para que él piense que me preocupo por él.

- El señorito me ha dicho que está decepcionado contigo. Quiere que sepas que está planteándose qué hacer contigo. – Trago saliva. No ha decidido echarme, no todavía. Puede que tenga alguna esperanza.

- Debe estar muy enfadado. Lo comprendo. Ayer le defraudé, pero él no entiende mis motivos. Antonia, por favor, dile que no es por él. Dile que tengo que confesarle algo, antes de que me eche de su vida para siempre. Él debe saberlo. Quiero que sepa la verdad. – Miro en dirección a la puerta esperando a que, si está escuchando mis palabras, decida entrar y darme una oportunidad para hablar con él. Tengo que enmendar este lío. No da señales. Mierda.

- Se lo diré. Tienes que comer algo, niña. – Me dice Antonia. Yo miro a la comida con desgana.

- Llévatela. No quiero comer. No hasta que no hable con él. – Digo. Antonia me mira como si yo hubiera perdido la cabeza, pero creo que sé lo que hago. – Llévatela, Antonia.

- Quizá te apetezca comer después.

- No. Llévatela, por favor. – Antonia me hace caso y pasa por mi lado con la bandeja en las manos. Me acerco a su oído y susurro mi pregunta. – ¿Sigue la mujer esa aquí? – Antonia me mira y niega con la cabeza. Suspiro. Al menos no me ha encontrado sustituta tan pronto. Antonia sale de la

habitación y cierra la cerradura tras de sí. Yo vuelvo a sentarme frente a la cómoda.

La verdad es que hoy me veo guapa. El maquillaje y un bonito peinado hacen mucho. Quizá debería acompañarlo de un buen vestido. Echo un vistazo en mi armario. Está lleno de vestidos carísimos y preciosos que me apuesto el cuello a que pertenecieron a Isabel. ¿Qué le habrá pasado a esa mujer? ¿Qué diabluras le hizo Alejandro?

Me pruebo algunos y finalmente, cuando está anocheciendo me decanto por un camisón azul cielo de raso y encajes que me acaricia la piel con suavidad. Vuelvo a escuchar ruido en la habitación de Alejandro. Me debato entre acercarme a mirar o no y finalmente lo hago. A través de la cavidad de la cerradura lo veo sentarse en la cama.

Está solo, menos mal, y parece que está triste y desganado. Se quita la camisa y los pantalones y se sienta en la cama, enterrando la cara entre sus manos y sin parar de suspirar. A veces mira hacia la puerta de mi habitación, cómo debatiéndose entre venir a verme o no. Y yo me muero por poder salir de aquí, acariciarle, arroparle y hasta hacerle el amor, pues sé que eso le agradaría y hasta puede que a mí también. Me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared junto a la puerta, abrazándome las piernas. Un rato después lo escucho salir de su habitación y bajar las escaleras. Se está alejando de mí, lo sé. Apoyo mi cabeza en las rodillas, pienso que tengo que hacer algo como sea para convencerlo de que soy la compañera que necesita y sin darme cuenta me quedo dormida.

9

- Ángela, despierta. – Oigo su voz. ¿Está junto a mí? Levanto la cabeza y lo veo de rodillas frente a mí con una bandeja de comida en las manos. – Vamos, tienes que comer. Llevas muchas horas sin probar bocado. – Sus palabras son amables, pero su tono no lo es.

- ¡Oh, Alejandro! – Me echo sobre él y lo abrazo y con mi gesto hago que casi se le caiga la bandeja. La deja en el suelo. – Perdóname, por favor. No me eches, no me apartes de ti. Por favor, te lo suplico. – Él no responde a mi abrazo, aunque siento que contiene la respiración. Vamos, Aurora, convéncelo.

- No voy a echarte. No por ahora. Pero tienes que comer. – Intenta separarme y yo me niego, sin embargo, al final opto por hacerlo y mirarle a los ojos para evaluar su estado. – Estás muy guapa. Deberías arreglarte más a menudo. – Se levanta con la intención de irse. ¡Páralo!

- ¡Soy virgen, Alejandro! – Grito antes de que se vaya. Él se queda parado sin atreverse a mirarme. – Sé que te mentí. Pero no era una completa mentira. Lo que te dije que me hacía mi padre es lo que realmente habría sucedido si me hubiese quedado en casa. Además de... que me pegaba, mucho. – Vuelvo a mentir, pero esta vez he tenido más tiempo para meditar sobre las consecuencias de mi mentira. Y, aun así, me sigo sintiendo igual de maldita por hablar así de mi padre. Él se gira al fin y me mira consternado.

- ¡¿Eres virgen?!

- Sí... Por eso tenía tanto miedo. Temía que lo descubrieses y que me repudiases por mi mentira. Temía que me hicieras daño. Temía no estar a la altura. – Alejandro se acerca hasta quedar de pie junto a mí, yo sigo de rodillas y no soy capaz de averiguar si me mira enfadado o preocupado.

- ¿Me tomas por imbécil? ¡He hecho cosas contigo que ni siquiera sabías que se podían hacer con un hombre! ¡¿Me vas a convencer ahora que te sientes más segura conmigo que con tu propio padre?! – Me señala con el

dedo y sé que está muy enfadado. Agacho la cabeza sentada todavía en el suelo. – ¡Me he corrido en tu boca y frotándome con tu cuerpo varias decenas de veces! ¡He saboreado tus pechos y tus labios cada noche! ¡¡Hasta te he pegado, maldita sea!! A una virgen... estoy condenado. ¡Qué Dios me perdone! ¿Qué me hace mejor compañía para ti que tu progenitor, Ángela? ¿Mi dinero? ¿Es eso? ¡Mírame!

- Me gusta estar aquí... Las cosas que me haces no son tan graves con un hombre ajeno a mí. Con mi padre el sentimiento sería mucho peor. – Digo sin poder mirarlo haciendo un intento desesperado por apelar a su comprensión y si le queda algo, a su compasión. Se queda callado y observándome durante unos largos segundos. Al fin levanto la mirada para tantear su estado. – Contigo no me siento tan mal. Incluso... puede que me guste lo que hacemos. – Abre los ojos sorprendido. Traga saliva y se muerde los labios. Al fin creo que lo estoy consiguiendo. Tengo que ser convincente.

- Me has mentido... – Susurra.

- Lo sé, lo sé. Perdóname, te lo suplico. No quiero volver a casa. Quiero quedarme aquí, contigo. – Intento el chantaje emocional. Me pongo al fin en pie y levanto mi mano para acariciarle y él me la sujeta para frenar mi caricia.

- Todo este tiempo pensando que me detestabas... ¿no era así? Necesito saberlo.

- No, Alejandro. No te detesto. Quiero quedarme contigo. Quiero ser digna de ti.

- Digna de mí... ¡Eres virgen! ¡Eres una niña, joder! Apuesto a que aún crees en los cuentos de hadas. No quiero ser yo quien corrompa un alma cándida como la tuya, Ángela. Ya llevo suficiente peso sobre mis espaldas.

- ¿Ya no me deseas? – Pregunto asustada y mis ojos se llenan de lágrimas. No era consciente del dolor que podría causar en mí sentir la indiferencia de Alejandro. Sin quererlo se ha colado muy dentro de mí. Sin darme cuenta se ha convertido en mi todo. Maldita sea, quiero que me desee.

- Desearte es lo único que he hecho desde que te conocí. – Confiesa y yo me quedo de piedra. Mi cuerpo me traiciona y me aflora un gran alivio al

escuchar sus palabras. – Y ahora, que sé que eres virgen más, si cabe. Pero no quiero ser débil otra vez. Me he dejado embaucar por una principiante. ¡Soy un estúpido! No quiero condenar mi alma y la tuya por una necedad, sólo por desearte no. Dios me mandará al infierno si lo hago. – Sacude la cabeza. Después me mira entre preocupado y extrañado. – Me haces débil, Ángela. Yo no soy así. Ni siquiera he sido capaz de echarte mientras pensaba que te estabas riendo de mí, que me estabas utilizando. Y ahora... me dices que no ha habido jamás un hombre en tu vida. Que todas tus experiencias sexuales me pertenecen a mí. Haces que me sienta dichoso y maldito a la vez. He abusado de una menor que creí que al menos tenía experiencia. Nos he condenado a los dos.

- Dios no está presente aquí, Alejandro. Sólo tú y yo, y yo quiero quedarme, contigo. – Contesto furiosa. Maldigo sus creencias religiosas en este momento. Me lo ponen más difícil.

- ¡Cuidado! – Levanta el dedo de forma amenazadora. – Estás hablando como una roja y eso en esta casa está prohibido. – Me muerdo la lengua. Tiene razón. Tengo que medir mis palabras. – No voy a flaquear en eso.

- Lo que quiero decir es que Dios fue quien me puso en tu camino, ¿no lo ves? – Intento cambiar el rumbo de mi chantaje. – Fue Dios quien te eligió como mi protector, él quiso que fueras mi nueva familia. – Alejandro parece más relajado con lo que le digo. – Te necesito, Alejandro. – Digo acercando mis labios a los suyos, antes de que siga con su tortura emocional. – Tú me has hecho sentir mujer, tú me has enseñado lo que es el deseo. – Lo beso con dulzura y pasión. Cierro mis ojos y al fin me dejo llevar por un sentimiento bonito y esperanzador que me abriga el pecho y sacia mis ansiedades. Él me responde al beso temeroso. Entonces me armo de valor. “¡Dilo, dilo ya!”, me digo. – Quiero ser tuya. – Alejandro gruñe en mis labios y al fin reacciona. Se aferra a mi pelo y me besa desafortunadamente.

- ¿De verdad? – Pregunta sin aliento apoyando su frente en la mía.

- Sí. – Contesto buscando su mirada. Vuelve a devorar mis labios y me guía hasta la cama. Esta vez me recuesto en ella con menos miedo. Tengo que demostrarle que puedo ser capaz. Que puedo ser complaciente, a todos

los niveles. Contengo la respiración y me armo de valor para ir desabrochando su camisa y descubrir así su maravilloso torso.

Siento su tacto recorrer mi cuerpo sobre la fina tela del camisón y me dejo llevar por la pasión de sus besos. Sus manos abarcan mis pechos, sus dedos pellizcan mis pezones y gimo. Es delicioso, la sensación es celestial. Sí, puedo hacerlo, quiero que siga. El peso de su cuerpo es un abrigo necesario para mi cuerpo hambriento de él en estos momentos. Me besa con hambre y clava su erección en mi entrepierna. A pesar de la barrera de nuestras ropas, puedo sentirla con rotundidad y en respuesta me pego a ella, arqueando mis caderas en su dirección. Sí, quiero que siga. De pronto se para y me mira serio.

- No voy a hacerte mía esta noche. – Me dice y me quedo desconcertada, todavía jadeante. – No después de cómo me comporté contigo anoche. No después de lo que me has confesado. Tengo que pensar y analizar lo que estoy haciendo. Pero quiero dormir contigo, si me dejas. – Asiento con una sensación que mezcla la felicidad de mi pecho con el vacío de mi vientre. Al menos no se aleja de mí. – Intentaré no perder el control de nuevo de esa forma. No me odies por favor.

- No lo hago. – A pesar de la desazón de mi cuerpo, siento un alivio infinito de haber arreglado en cierta forma mi situación con él. Aunque sigo pensando que puede llegar a ser un hijo de puta insensible, creo que no lo hace de forma consciente ni con la intención de herirme. Creo que, aunque le cueste admitirlo, se ha encariñado un poco de mí y hasta se siente responsable de mí. Se levanta y me trae un trozo de pan y de embutido a la cama. – Come algo, por favor. – Le obedezco y me como lo que me tiende mientras veo que me observa bastante más sereno. Cuando he terminado de comer me apoya la cabeza sobre su pecho y me abraza con fuerza. – No estoy seguro de que puedas cumplir tus funciones en esta casa, Ángela. No quiero aprovecharme de una virgen, eso me haría odiarme mucho más. Quizá pueda encontrarte trabajo en una buena casa. – Dice buscando la conexión visual conmigo.

- ¡¿Qué?! ¡No! – Me alarmo y me aterra la idea de salir de mi refugio. Fuera de estos mundos el mundo está maldito. Lleno de verdugos y de muerte por doquier. – Yo... ¡Puedo hacerlo, señor Alejandro! Le doy mi palabra que

no le defraudaré. – Me mira con preocupación.

- No, tú no me defraudas, pequeña. – Vuelve a hacer que me recueste sobre su pecho y me acaricia el pelo. – Créeme que no quiero que te vayas, pero...

- ¡No me iré! – Afirmo convencida. – Mi lugar está aquí, contigo. No tengo a nadie más. – Me da la impresión de que sonrío. Siento el corazón de Alejandro latir con fuerza. – Le aseguro que le complaceré en todo, señor Alejandro. No tendrá que buscar nada fuera, en los brazos de otra mujer, de nuevo. – Digo sin atreverme a mirarlo. Sólo sé que contiene la respiración.

- Eso fue una jugada sucia por mi parte, discúlpame. Espero no haberte ofendido demasiado. – Me acaricia de nuevo y lo siento recostarse hacia atrás y lanzar un suspiro al aire. Entonces vuelvo a recordar a Alejandro con esa mujer. Un fuego desconocido me invade por dentro. Es un fuego venenoso y doloroso.

- ¿Quién era? ¿Piensa seguir viéndola, señor?

- No, Ángela. No pienses en eso. – Dice a modo de reprimenda. – No haré algo así en tus narices de nuevo. No quiero humillarte. No es mi intención. No podrás darme lo que quiero si te hago sentir así.

- Entonces, sí la verá fuera de casa, ¿no es así? – Lo noto ahogar una risa y busco su mirada de nuevo. – ¿Qué le hace tanta gracia? – Pregunto porque no entiendo para nada su reacción. Sus ojos me miran chispeantes y divertidos.

- Hablas como una esposa celosa. Precisamente lo que llevo evitando toda mi vida. – Agacho la cabeza confundida. ¿He sonado así?

- Perdón, señor. – Alejandro me levanta de la barbilla para que vuelva a mirarlo.

- No tengo nada que perdonar. Es más, me sentiría alagado y feliz de que así fuese, de que alguien como tú sintiera celos conmigo. – Frunzo el ceño. No le sigo. – Al fin siento que alguien se preocupa verdaderamente por mí. Aunque yo no sepa amar a una mujer como sin duda tú te mereces, no puedo evitar sentirme seducido por ti. – Esa aclaración me deja distraída.

Finalmente, no creo que sea capaz de enamorarlo. Quizá al menos pueda hacerle sentir el aprecio familiar del que acusa en falta. – Eres una auténtica belleza. Eres angelical, delicada, tierna y... uff muy temperamental. Aunque no sé si esa es una buena cualidad en una mujer. – Vuelve a sonreír. – Pero yo lo encuentro también delicioso en ti. Bueno, pero ya está bien de charla. Duerme, Ángela. Es tarde.

- No. – Le sorprende mi descaro. Yo quiero saber más. Necesito saber más y comprender lo que le sucede. Ahora que está más relajado, quizá se abra a mí. – Quiero hablar un poco más, Alejandro.

- ¡Vaya, vuelves a tutearme! Eso quiere decir que ya estoy perdonado. – Sonríe. – Sí, ya te voy conociendo, pequeña brujita. ¿De qué quieres hablar, a ver? – Lo miro detenidamente, evaluando si es un buen momento. Creo que no habrá otro mejor. Así que con la voz temblorosa formulo mi pregunta.

- Háblame de Isabel. – Alejandro inspira con fuerza y echa su torso hacia atrás, como queriendo huir de mi pregunta.

- ¿Quién te ha hablado a ti de ella? ¡Dime quién cojones se ha atrevido a pronunciar ese nombre aquí! – Me sujeta de los hombros y me sacude con fuerza. He despertado al demonio de nuevo, pero tengo que seguir.

- Tú. – Me mira asustado. – La nombras en sueños y cuando estás borracho y desvarías. Sé que ésta era su habitación. – No dice nada. Me observa atormentado sin saber qué decir. – Por tu silencio intuyo que era alguien importante para ti. – Veo que el pecho de Alejandro se agita severamente debido a que su respiración se vuelve más alterada. – Supongo que ella era la que ocupaba el lugar que ahora mismo ocupo yo aquí, contigo.

- ¡Tú no tienes nada que ver con ella! ¡No deberías nombrarla siquiera! – Me dice alterado y separándose de mí.

- ¿Tanto la amabas que no puedes superar su pérdida? – Pregunto temerosa de escuchar la respuesta. Me mira incrédulo.

- No, Ángela. Yo no he amado nunca a ninguna mujer. No me atraen el tipo de mujer de las que se supone que debería enamorarme y no me permito amar a aquellas que verdaderamente me atraen, porque son de bajo

mundo.

- No puedes decirme que no sentías nada por ella si te tiene así su pérdida, Alejandro.

- ¡Por supuesto que sentía! ¡La quería, pero no de esa forma! E hice mal en hacerlo. Una mujer así no merecía mi cariño. Estaba maldita. No pude evitarlo... – Se acaricia el pelo nervioso. Su dolor me duele. ¿Por qué? – Fue mucho tiempo junto a ella. Al final me conocía demasiado bien, más que yo mismo. Y me desarmaba. Me hacía sentir indefenso. – Me mira con los ojos de un niño perdido. – Como tú... Jamás he permitido a nadie llamarme de tú, y menos a una mujer. – Mi corazón se encoge. – Tú lo haces y me traiciono a mí mismo dándome cuenta de que me gusta, hasta incluso me enciende. Creo que incluso tú tienes más poder sobre mí que Isabel... ¡Oh, Dios qué estoy haciendo! – Se levanta de la cama y comienza a dar vueltas por la habitación sin dejar de pasarse las manos por el pelo y la cara. – Te estoy dejando que marques las pautas en mí. Eres tú quién decide el siguiente paso a seguir, siempre. – ¿Yo hago eso con él? ¿O es más bien al revés? Jamás me había sentido tan débil ante la cercanía de alguien como lo soy con él.

- ¡¿Qué?! ¡No digas tonterías, Alejandro! ¿Acaso no hago siempre lo que me ordenas? – Me muerdo la lengua cuando veo cómo me mira. A lo mejor no debería haberlo tuteado ahora mismo. – Mi señor, yo estoy aquí para servirle. – Me levanto y busco su contacto de nuevo.

- Sabes que digo la verdad. – Dice rodeándome entre sus brazos. – Sabes que no te he hecho mía del todo porque no he tenido tu consentimiento. – Siento su aliento en mi boca. Es como si me hipnotizara. Siento unas enormes ganas de besarle y perderme en su piel. Sus ojos desprenden llamaradas.

- Pues ahora lo tienes. – Pronuncio con voz seductora y le beso dulcemente. Gime y hace que me maree. Soy una traidora por dejar que un facha me encienda como él lo hace. Soy una maldita, lo sé. Pero no podría evitarlo, aunque quisiera.

- ¿Lo tengo...? Apenas puedo creerlo. Casi me vuelvo loco de deseo por ti. – Me besa abrigando mi rostro entre sus manos y con su lengua me acaricia el alma. – Quiero guardarme ese premio. Será para mí. Pero lo

tomaré cuando la ocasión lo merezca. – Me empuja hasta la cama de nuevo y antes de lanzarme sobre ella me quita el camisón y se lanza sobre mí.

La sorpresa me sobrecoge y comienzo a reír. Me abre de piernas y se ríe también mientras observa la diversión en mi rostro. Creo que es la primera vez que lo veo reír así y... me gusta. No había estado tan guapo jamás. Se deshace de la camisa, después de los pantalones y finalmente de su ropa interior. Sus labios buscan los míos y me deshago de pasión por dentro. Siento fuego, me siento salvaje, libre. Enredo mis dedos entre su pelo para hacer el beso más salvaje. Alejandro gruñe en mis labios y ese sonido me hace gemir de pasión.

- No seas mala... Hoy no será el día de mi premio. Ahora es hora de que mande yo, niña traviesa. – Me susurra en el cuello. Siento su erección en mi vientre y me remuevo bajo su cuerpo. Chasquea la lengua dedicándome una mirada febril. Es tan sensual... me muerdo el labio. – Señorita Ángela, es usted muy osada para ser una virgen.

- Te deseo... – Mi voz suena ronca y casi etérea. Alejandro suspira y cierra los ojos.

- Dios... eso es lo único que quiero... Yo más a ti, preciosa. Buscaremos otra fórmula de consuelo, por hoy. Pero no te voy a conceder más el derecho a elegir sobre mí sino. A partir de ahora, seré yo quien elija. ¿Me oyes? – Vuelve a besarme y con sus manos dibuja mi cuerpo. Siento su mano sobre mi sexo y presiono los muslos por la sorpresa. – Shhh, tranquila. No te haré daño. – Mi respiración está acelerada, me arde la piel, quiero seguir y a la vez no quiero. Creo que estoy enamorándome de una parte de Alejandro, pero detesto otra parte de él. Sin embargo, mis piernas al final han tomado su propia decisión y se han abierto para él.

- Ahhhhh. – Gimo. Siento sus dedos en el vértice de mi sexo, en un lugar que no sabía ni que existía y que hace que me retuerza de placer. De un placer descomunal. – A. Le. Jandro. – Pronuncio su nombre a trompicones, al compás de mis gemidos. Jamás pensé que una acción impura podría ser tan celestial.

- ¿Qué, mi niña? – Su voz también suena ronca. Su voz me enciende a niveles superlativos. Tanteo con mi mano temblorosa su cuerpo hasta que me

encuentro con su miembro, más duro y anhelante que nunca antes. – Ohhhhh.
– Gime. – Siiii. Ángela, eres mi droga. Ahhhh... Sí, sigue...

Su piel también arde. Su aliento arde. Es mucho más que excitante. Cierro los ojos y me permito disfrutar de lo que estoy haciendo. Porque es la primera vez que lo hago por propia voluntad. Es la primera vez que deseo hacerlo y que deseo a un hombre, a él. En el fondo de mi ser sé que no debería, que Alejandro y yo no estamos hechos el uno para el otro, pero no tengo fuerzas ni ganas de detenerlo. Éste será el comienzo de una relación de amor y de guerra.

Siento su dedo pulgar trazando círculos en una zona prohibida de mi cuerpo, provocando una reacción en mi cuerpo que hace que me eleve hasta el cielo. Aún mayor es la sensación cuando introduce dos de sus dedos en mi sexo. No puedo contener los gemidos. Sus manos expertas me están llevando directamente a las llamas de un infierno que es más mágico de lo que me habían contado. Moriría en sus llamas una y otra vez bajo el embrujo de las manos de Alejandro. La pasión produce una osadía en mí inaudita. Lamo la palma de mi mano para después presionar el miembro duro de Alejandro con fuerza y masajearlo de arriba abajo. Yo sé cómo le gusta y esta vez lo hago con firmeza y decidida.

De un momento a otro estallo en una ola de pasión que me produce espasmos y eleva el volumen de mis gemidos. ¿Qué ha sido eso? Apenas puedo respirar. Escucho a Alejandro gritar mi nuevo nombre también en mis labios y acto seguido noto sus fluidos sobre mi vientre. Apoya la frente en la mía y parece que está sin aliento. Pestañeo. No me creo lo que acabo de experimentar. Lo miro atónita, admirándolo. ¿Cómo ha hecho eso? Sin tan siquiera entrar en mí... Tampoco lo había escuchado a él gemir de esa manera antes. Ni siquiera con la mujer con la que estuvo anoche. Me mira.

- Ahora puedo confirmar que eres un regalo del cielo. – Me besa. – Quiero dormir contigo. ¿Me dejas? – Sonrío y asiento feliz. – Déjame un sitio.

Se recuesta a mis espaldas y me abraza desde atrás, con fuerza. Sus brazos se vuelven un bálsamo más que prodigioso para mi mente y mi cuerpo y al final nos dormimos abrazados y agotados.

10

Estoy aplastada contra el suelo. Sobre mi cabeza los tablones de manera crujen por los pasos del militar que pregunta a la familia Flores si sabe algo de mi familia. Mi padre nos mira aterrado a mi hermana Lourdes y a mí y nos hace un gesto para que estemos calladas. Nadie sabe que nos escondemos en el sótano de los Flores, ¿no? Yo abrazo a Lourdes con fuerza y le dedico una mirada amable para que no tenga miedo, pero estoy segura que escucha el tamborilear de mi corazón aterrado.

- ¿Entonces no habéis visto al profesorucho ese ni a su familia? – Se escuchan la voz del siniestro mando nacionalista sobre nuestras cabezas. – Por lo tanto, no les preocupará que abra aquí. – Da un pisotón en el suelo, justo sobre nuestras cabezas. Mi hermana Lourdes grita del susto. ¡No, joder! ¡¿Qué has hecho Lourditas?! Mi padre se levanta del suelo y nos mira.

- ¡Corred! – Nos grita. No tengo tiempo para pensar. Con el miedo palpitándome en las pupilas cojo la mano de mi hermana mientras escucho el romper de los tablones del suelo. Nos han descubierto. – ¡¡Corred!!!

Sólo hay un recoveco que da al exterior. Salgo yo primero para examinar que el exterior es seguro, con un llanto ahogado y a punto de estallar haciéndose un nudo en mi garganta.

- ¡Vamos, Lourdes! ¡Es seguro! – Cojo las manos de mi hermanita. La tengo. Pero, de pronto, alguien tira de ella desde el otro extremo de nuevo hacia el interior. Lourdes grita. – ¡Noooo! ¡Suéltala! – Mi hermana desaparece y vuelve a enterrarse en el escondite. En su lugar veo la cara enfurecida de un alto mando del ejército. Me mira con asco y yo no sé qué hacer.

- ¡Corre, Aurora! – Oigo la voz de mi padre desde el interior. Sin más me giro y comienzo a correr campo a través. Llorando por la pérdida tan enorme que acabo de sufrir y rogando al cielo por que no me cojan.

- *¡Te cogeré, roja de mierda!*

Me despierto de golpe. ¡Mierda! Papá... mamá... Lourdes...

- ¿Dónde está mi hijo, Francisco? – Parpadeo al escuchar una voz ronca que no sé si está en mi cabeza o es real. Alejandro está dormido a mi espalda, me aprieta con fuerza y me cuesta girarme para mirarlo.

- Alejandro... – Susurro en sus labios para tratar de despertarlo. Gruñe.

- Señor, el señorito Alejandro está dormido. Yo iré a despertarlo. – Se vuelve a escuchar.

- ¡¿Dormido?! ¡¿A estas horas?! – Alejandro abre los ojos de golpe y se le corta la respiración al reconocer la voz que suena de fondo. – ¡Iré yo! Mi hijo me prometió hacerse cargo de asuntos importantes y tengo que hablar con él.

- ¡Vístete! Y no se te ocurra hacer el menor ruido. – Dice consternado mientras da un salto de mi cama y se va hacia su habitación rápidamente, cerrando la cerradura de mi puerta tras de sí. Escucho el crujir de las escaleras, alguien se acerca. Yo me quedo congelada y bastante asustada. – ¡Papá! ¡Qué sorpresa! No te esperaba de visita. – ¿Papá? Oh, no...

- ¡Alejandro! ¿Qué narices haces dormido a estas horas? – Me asomo temblorosa por la cerradura y veo a un señor de unos cincuenta años con bigote impoluto y traje militar. Tiene pinta de pez gordo y cara de criminal. ¡Mierda! En seguida lo odio. Alejandro parece incómodo ante su presencia, puede que sea porque yo estoy aquí. Estoy segura de que no quiere que su padre sepa con el tipo de mujer que mantiene relaciones. – ¡Te dije que necesitaba tener resuelto el asunto ese con los alemanes! ¡No te he dado permiso para escaquearte de esta guerra! Guillermo y tú estudiasteis para ocuparos de esas cosas y Adolfo y yo nos encargamos de los asuntos de armas. – Da una vuelta por la habitación de Alejandro mientras le echa la reprimenda. Alejandro permanece observante y tenso, muy tenso. – ¿En qué malgastas tu tiempo, hijo? ¿No estarás de nuevo embaucado por una rata roja? – ¿De nuevo embaucado por una roja? ¿Isabel era republicana?

- ¡No, papá! Ya admití mi error y aprendí de él. – Dice Alejandro queriendo mostrar rotundidad. – Lo de los alemanes está casi resuelto. Mañana será la entrega. Yo mismo iré a recibirla. – El militar con aspecto de sanguinario sonrío a su hijo.

- Bien, me alegro escuchar eso, hijo. – Le aprieta los hombros y Alejandro parece bastante más aliviado. – Sé que eres un gran hombre, pero debes demostrarlo. ¡Eres un Mendoza, coño! – Lo abraza brevemente y da palmadas en la espalda de Alejandro. – Aunque te parezcas tanto a tu maldita madre eres un Mendoza, sí, lo eres. Lo que deberías hacer es encontrar una maldita mujer de bien y casarte de una jodida vez. Nuestro apellido merece ser perpetuado, Alejandro. – Vuelve a agarrarle de los hombros para buscar el contacto visual con su hijo. Alejandro tiene cara de estar viendo un fantasma. – Haremos historia en esta guerra. Le haremos ver al mundo que esas sucias ratas rojas serán reducidas a polvo por nuestras manos. Sé que tú puedes ser un digno sucesor de tu padre, me lo demostraste aquella vez. Confío en ti, hijo. – Su áspera voz me retumba en el estómago creándome náuseas y parece que creo que en Alejandro hace el mismo efecto.

- Sí, papá. Cuando pase lo más gordo tal vez me plantee encontrarme una esposa. Pero ahora mismo tengo demasiadas preocupaciones que atender. ¿Quieres un café, papá? – Ofrece Alejandro para salir de mi cercanía. Seguramente le pone muy nervioso tenerme ahí, tan cerca de su padre.

- No, hijo. Sólo he pasado para comprobar que atiendes a tus obligaciones. Pero ya me voy. – Vuelve a darle unas palmadas en la espalda a Alejandro y desaparece de la habitación. Al fin respiro tranquila.

Minutos después, Alejandro aparece en mi habitación. No sé de qué humor está.

- Vístete, Ángela. Vamos a salir. – Me dice y se gira. ¿Salir? ¡No he salido de aquí desde que llegué! No me parece seguro y para él tampoco lo ha sido nunca.

- ¿Salir? ¿A dónde? – Digo antes de que se vaya de nuevo.

- A la ciudad. – Se gira y me mira con precaución. Entonces viene hasta

mí. – Escucha, sé que el lugar más seguro que conoces es éste, mi casa. Pero no estás segura del todo aquí tampoco. Tu aspecto te delata. Eres preciosa, pero eres demasiado humilde y para algunos puedes resultar vulgar. Nadie de mi entorno te conoce y van a sospechar de ti de inmediato cuando lo hagan. – Me acaricia el rostro mientras dice esto. – Está claro que para mí no eres nada vulgar, sino excepcional, pero mis gustos no se adecúan bien a lo establecido. La cuestión es que voy a tener que pasar largas temporadas fuera de casa y hacerme cargo de ciertos asuntos y, cuando yo no esté aquí, necesitarás sentirte a salvo por ti misma.

- ¿Y cuál es tu plan, Alejandro? – Pregunto confundida.

- Voy a hacerte pasar por una dama de la alta sociedad. – Abro los ojos perpleja. – Vamos a interpretar el papel de dos personas que se están conociendo y enamorándose, Ángela. Como si yo estuviese cortejándote. – Dice muy serio. – De ese modo todos sabrán que estás bajo mi protección y serás intocable, dentro y fuera de estas paredes.

- Pero... ¿y si me descubren? – Comienzo a temblar. Estoy segura de que en las altas esferas militares se sabe que la hija del profesor Diego Martín, el gran encubridor de republicanos de Casabermeja, consiguió escapar.

- No lo harán. Te adiestraré bien. Y, además, nadie presta atención a simples ladronas en tiempos de guerra, Ángela. Todos los esfuerzos son para coger a rojos, esos son el verdadero enemigo. – Me dice Alejandro. Trago saliva. Joder. Alejandro entrecierra los ojos. – Y sobre eso tú no tienes nada que temer, ¿verdad? – Vamos, Aurora. Demuéstrale que no.

- ¡Por supuesto que no! – Digo y parezco enfadada. – ¿No tengo ya bastante con ser una ladrona y además vulgar? – Eso, así. Más, enfadada aún si puedes. – ¡Me ofendes, Alejandro! – Me doy la vuelta haciéndome la indignada, pero sobre todo porque no puedo mirarlo a los ojos mientras digo esto. Siempre fui muy mala mentirosa. Aquí estoy aprendiendo a marcha forzada.

- ¡Eh, perdona! – Me da la vuelta y me abraza por la cintura. Después me besa tiernamente. – No, no eres tan estúpida para ser republicana. Y desde luego nada vulgar, pero no conoces los mecanismos de la clase alta. Seguro

que ni siquiera fuiste a la escuela durante la república. Esos malnacidos sólo enseñaban veneno en la escuela. – En estos momentos vuelvo a odiar a Alejandro y a mí misma por haberlo deseado alguna vez.

- ¡No! – Vuelvo a mentir de nuevo y me suelto de su abrazo. ¿Cómo puedes ser tan estúpida de pensar que Alejandro puede ser un buen hombre, Aurora? Él se alarma ante mi gesto de desprecio y lo arreglo rápidamente. – Soy analfabeta, ¿vale? Pero no hace falta que te burles de mí. – Ahí va otra mentira. Mi gran pasión han sido siempre los libros. Me sitúo frente a la ventana de mi habitación con los brazos cruzados. De verdad te odio, Alejandro. Puedes ser muy atractivo, pero tú y los tuyos habéis acabado con la vida de miles de personas inocentes durante este último año, incluso puede que con mi familia también. Alejandro me abraza desde la espalda y sumerge su nariz en mi cuello, rociándolo también de pequeños besos.

- Perdóname. No me estaba burlando de ti. No pasa nada porque no sepas leer ni escribir. – Ahora dirá que para qué lo necesito siendo mujer. Mi ira crece por momentos. – No lo necesitas...

- Porque soy mujer. – Me giro y lo encaro con la ira cegándome los ojos.

- No. Iba a decir que no lo necesitas para ser inmensamente inteligente. Porque sé que lo eres. – Me aclara desconcertado al ver mi estado. – Estás enfadada. No sé qué he dicho, pero me da igual. – Me aprieta contra él y me besa con dureza. – Me pone muy cachondo verte así. – Qué cabrón...

- ¿Quiere follar ahora, señor? – Le desafío y le hablo con distancia. Me mira extrañado por mi falta de tacto al hablar. Y yo, que ya estoy dominada por mi odio continuo provocándolo y me resbalo por los hombros los tirantes del camisón haciéndolo caer hasta el suelo. Él mira mi cuerpo y me enciende. Lo deseo a la par que lo odio, ¿puede eso suceder?

- ¿Tú quieres? – Comienza a acariciar mi cuerpo con sus manos, con una mirada que no sé descifrar. ¿Me pregunta si quiero? ¿Qué le pasa? ¿No era yo su esclava sexual? ¿No era él el que tiene el poder sobre mí? – Dime que quieres, por favor. – Gruñe en mis labios y me levanta del suelo haciendo que enrosque su cintura con mis piernas, para depositarme sobre el poyete de la ventana. – Dime que siga y te lo haré ahora mismo como un salvaje.

- Fólleme, señor. – Le pido sin rastro de miedo. El odio y la pasión me ciegan de tal manera que no temo a lo que me haga. Ahora mismo incluso siento que soy yo la que tengo el poder.

- ¡Ohhh, será un placer! – Comienza a desvestirse mientras devora mis labios.

- ¡Señor! ¡Señor! ¡Venga rápido! – Se escuchan los gritos de uno de sus mozos desde la parte baja de la casa. Alejandro suelta una maldición mientras me mira con los ojos inyectados en deseo. Yo le sonrío maliciosamente. No te has salido con la tuya, Alejandro.

- ¡¿Qué cojones pasa, Francisco?! – Lo escucho gritar mientras baja las escaleras.

Yo aprovecho para vestirme, peinarme y maquillarme para cuando vuelva a por mí. Unos minutos más tarde aparezco por la cocina. Allí está él ayudando a Pedro a deshacerse de una trampa para animales que no sé cómo narices ha acabado atrapándole una pierna. Grito al verlo. Alejandro me mira y me da un repaso. Se ve su desilusión y su enfado cuando se percata de que me he vestido y que no lo espero en la habitación para acabar lo que habíamos empezado. Frunce los labios y devuelve su atención a la pierna de Pedro.

- Tranquilo, ya casi está. ¡Antonia! – Grita a la mujer que también observa consternada. – ¡Muévete y ve a buscar al médico! – Antonia sale desaforada de la casa y hace lo que se le ordena.

Alejandro está haciendo un esfuerzo titánico. Con un mazo consigue hacer palanca y abre la trampa finalmente. Se quita la camisa rápidamente y hace un torniquete con ella sobre la pierna de Pedro, para cortar la hemorragia. Después, entre él y Francisco, lo cogen en brazos y lo tumban sobre un enorme sofá de diseño que hay en el salón. No puedo evitar pensar que la sangre de Pedro va a estropear la cara tapicería. Alejandro está también lleno de sangre. Lo miro atónita. Acaba de actuar como mi propio padre lo habría hecho y sin haber sido educado para hacerlo, más bien lo contrario.

Se acerca hasta mí, enfadado.

- Ya veo que tú ya estás lista para salir. – Me dice furioso y se acerca

a mi oído. – No vas a escaparte por mucho tiempo. En cuanto volvamos esta noche pienso follarte como un salvaje. Una y otra vez. Hasta que grites que pare y no puedas más. – Le miro sonriente. No, Alejandro. Acabo de comprobar que tienes razón, que aquí mando yo. Que yo seré la que decidirá qué hacer y cuándo.

- Sí, señor. – Le digo con voz ronca en el oído.

- Más vale que me dé un baño... frío...

Se aleja de mí y sube las escaleras. Creo que empiezo a entender las reglas del juego y creo que me va a gustar esta partida. Soy una sucia roja, ladrona y esclava de un maldito nacionalista, tengo todo en mi mano para perder la batalla, pero algo me dice que no. Que puedo acabar sorprendiéndole. Que puedo hacer que acabe sometido a mí. Ya sé que él no sabe amar. ¿Cómo va a saber hacer tal cosa un nacionalista de los gordos? Pero sí sabe desear y Alejandro me desea. Así que jugaré esta partida y ya no me sentiré más indefensa y poca cosa ante él.

11

Alejandro se ríe de mi gesto cuando vamos caminando por la Calle Larios. Jamás había estado en un lugar así. Pensaba que hoy nada me sorprendería más que haber visto a Alejandro con traje y sombrero. Es todo un galán. Pero Málaga es una ciudad bella, grande, cosmopolita. Yo, lo más lejos que jamás había ido era al pueblecillo, como se le llama a Villanueva de la Concepción. Bueno, y la casa de Alejandro, que está a las afueras de Colmenar, creo. Pero nunca había visto una gran ciudad, con sus calles, sus gentes, sus negocios, el olor a mar... Mi boca se abre ante cada nuevo estímulo que aprecio cogida del brazo de Alejandro. Él me mira... distinto. Será el efecto de la ciudad, pero es la primera vez que le veo sonreír tanto.

Me ha llevado a varias boutiques donde hemos comprado vestidos nuevos, sombreros, bolsos, zapatos y en realidad todo lo que se me ha antojado a mí y algunos caprichos que se le han antojado a él también. Como un bañador que no sé cuándo piensa que voy a estrenar. Se queda boquiabierto cuando le digo que yo nunca he visto el mar ni sé nadar. Después se encoge de hombros y dice que me lo puedo poner para desfilas para él, que es sexi ver a una mujer en bañador. Puede que sea buena idea. Le sonrío ante la propuesta. Quiero ser sexi para él. Quiero desquiciarlo y tenerlo a mi merced. Esa será la única fórmula de venganza que me quede contra los de su especie.

Después pasamos por un salón de belleza muy pijo, donde pide que me peinen y me maquillen bien, pero se niega a que me corten el pelo. A pesar de que la moda en la alta sociedad es llevar una melena corta, él dice que le gusta mi pelo largo y rubio del color del sol. Mientras me arreglan, se escusa un rato para ir a comprar el periódico y comprar algunas cosas que necesita, que no puede comprar en los alrededores de donde vive, sólo aquí, en la ciudad.

Cuando vuelve a por mí se queda impresionado. Me he puesto un vestido negro con lunares blancos que me ha comprado, que tiene una falda

voluptuosa y se ciñe bien a mi cintura. También una pámela negra, unos guantes blancos y unos tacones negros. Y me han maquillado de forma muy glamurosa con los labios rojos. Parezco más mayor, pero sobre todo parezco una señora con clase, con mucha clase.

- ¡Dios mío! ¡Pareces una diosa! – Me dice al verme y le premio con una sonrisa coqueta. Besa mi mano sin dejar de mirarme de forma muy seductora.

- ¿Te gusto?

- ¡Me encantas! – Deja varios billetes en el mostrador y tira de mi mano para sacarme fuera a la calle y me susurra en el oído. – No había visto una mujer más deseable en mi vida. Te lo haría aquí mismo si no fuese un delito.

- ¡Qué descarado, señor! – Me burlo interpretando el papel de mujer de alto standing. Él se ríe.

- No te hagas la ofendida. Tú y yo sabemos bien quién eres. Y me pone muchísimo ser el único que lo sepa, a partir de ahora.

- Puedo acostumbrarme a ser una señora. – Digo amenazante y le guiño un ojo. – En el salón me han enseñado a maquillarme y a peinarme.

- Pienso despeinarte en cuanto llegue a casa. – Me ofrece su brazo y me agarro a él con fuerza.

- Estupendo. Así veré de una vez si estás a la altura de alguien como yo. – Abre la boca sorprendido.

- ¡Cada día eres más osada! Y más sensual, todo sea dicho. – Se burla de mí y yo sonrío. – Ya no te doy miedo, al parecer. – Se acerca de nuevo a mi oído. – Recuerda que lo que te ha protegido de mí hasta ahora es que eres virgen. Cuando dejes de serlo no mostraré tanta piedad.

- Si mal no recuerdo, tú pensabas que no lo era, hasta ayer. – Digo discrepante.

- Touché, señorita.

Alejandro me lleva a Café Central, una cafetería famosa por su chocolate caliente y sus churros, y yo me atiborro de ellos. Hacía demasiado

tiempo que no comía algo tan delicioso y me sabe a gloria. Sí, me puedo acostumbrar a esta vida. Creo que hasta puede acabar gustándome.

Bromeamos, charlamos de trivialidades. Me cuenta cómo es el mar. Me susurra también pensamientos indecentes. Creo que lo tengo donde quiero. Que puedo hacer de esta situación algo provechoso para mí. Creo que Alejandro no es tan malo, al fin y al cabo. Y termino hablándole de forma muy seductora y acariciando su mano de vez en cuando. Sé que me mira lleno de deseo. Creo que esta noche, cuando lleguemos a casa, será mi momento. Toda esta ropa cara, el viaje a la ciudad, el haber comprobado que Alejandro es más vulnerable a mi persona de lo que yo me creía, todo eso me ha dado un valor del que acuciaba en falta desde hace meses para finalmente tomar la decisión que he tomado. Esta noche será la noche. Alejandro tomará mi cuerpo y yo cumpliré bien con mi papel para que sienta que me necesita, que mi piel, mis besos y mi cuerpo son importantes para él.

- ¡Alejandro! ¿Qué haces tú por aquí? – Lo saluda un hombre que se acerca a la cafetería donde estamos.

En seguida me fijo en su uniforme militar. Mis ojos recorren con asco su figura desde los pies hasta la... cara. ¡Oh, por favor, no puede ser! ¡Es él! ¡El hombre que nos descubrió a mi familia y a mí en nuestro escondite! Reprimo un grito. ¡¿Qué has hecho con mi familia, sucio bastardo?! Mierda. Me está mirando fijamente. ¿Me ha reconocido? Tapo todo lo que puedo mi cara con la pameleta que llevo.

- ¡Hola, Alfredo! ¡Qué alegría verte! – Alfredo... ¿Alfredo qué más?

- Veo que estás muy bien acompañado. – Alejandro se levanta le estrecha la mano. Acto seguido me señala.

- Sí, ella es... una mujer muy especial para mí. – Levanto levemente los ojos buscando la mirada de Alejandro. Es lo único que me calma ahora mismo. Le sonrío para que me devuelva la sonrisa y lo hace. “Por favor, Alejandro, pase lo que pase en unos minutos, da la cara por mí.” Me aferro al brazo de Alejandro y miro a Alfredo de nuevo, con una falsa sonrisa pintada en la cara. – Es Ángela López de la Cruz. Él es Alfredo Ayala Gómez, Ángela. – Grabo su nombre en mi cabeza. El hombre me mira muy sonriente, no parece que me haya reconocido.

- Encantada, Alfredo.

- Un placer, señorita. – Besa mi mano y yo quiero escupirle. – Es usted una preciosidad. Una auténtica belleza. Afortunado eres Alejandro de lucir tan bella compañía. – Alejandro me aprieta fuerte contra sí y le dedica una mirada envenenada al tal Alfredo. Yo miro la mesa en busca de algún objeto punzante. Me encantaría sacarle un ojo a ese hijo de puta ahora mismo.

- Lo soy. Y ella parece igualmente feliz de acompañarme, ¿no es así, Ángela? – Alejandro busca que yo confirme que soy suya.

- Así es, querido Alejandro. – Le sonrío. Alejandro besa mi mano.

- Bueno pues, no os interrumpo más. Nos vemos el mes que viene en la fiesta de Nuestro Caudillo, Alejandro. – Alejandro asiente. – Espero contar con su maravillosa presencia también, señorita López. Será un deleite para la vista. – Vuelve a besar mi mano. Alejandro respira con dureza. Creo que no le está sentando muy bien las atenciones que me dedica el cabrón que tengo enfrente. Yo no puedo evitar mirarlo embobada, imaginando todas las maneras en las que le asesinaría.

- Ojalá nos veamos allí, señor Ayala. – Contesto conteniendo la malicia de mi voz. Alejandro me aprieta con más fuerza aún. – Sería para mí un placer verlo de nuevo.

Por el camino a casa, en el vehículo que nos lleva de vuelta, Alejandro está muy serio y distante. Casi no me mira y no me dirige la palabra en todo el camino. Yo pensaba que hoy sería el gran día, pero parece que no está muy emocionado con volver a casa de nuevo y estar a solas por fin conmigo. No quisiera desistir de mi idea ahora que al fin me encuentro fuerte para seguir adelante y llevar el rumbo de las cosas a mi manera.

- ¿Qué te pasa? – Pregunto.

- Nada.

- No me engañes, Alejandro. – Me mira furioso.

- Creo que prefiero que ahora mismo no me tutees. – Frunzo el ceño. –

Creo que prefiero que recuerdes bien quién soy. No soy tu novio. No te estoy cortejando en la realidad. Soy TU DUEÑO y sólo yo tengo potestad para lanzarte piropos y para hacerte mía. No tienes capacidad de decisión sobre eso.

- ¡Eso ya lo sé! ¿A qué vienen ahora esas ganas de hacerme sentir ninguneada? ¡Has sido un galán de cuento todo el día y ahora te vuelves un estúpido! – De repente tengo a Alejandro sobre mí agarrándome del cuello. ¡Oh, no!

- La próxima vez que me llames algo así te azotaré veinte veces, ¿me has entendido? – Asiento asustada. – Y te sugiero que no me tomes por tonto. He visto cómo os mirabais Alfredo y tú. Olvídate de que puedas alguna vez entregarte a un hombre sin mi previo consentimiento.

- ¡¿Qué?! ¡Yo no lo he mirado de ninguna manera, Alejandro! ¡Digo, señor! De hecho, no me ha caído bien en absoluto. Ha sido un descarado y un impresentable.

- No sé si es cierto o no lo que dices. Pero esta noche haré que se te olviden todos los hombres de este planeta. – Muerde mis labios y vuelve a su posición original. A veces me cuesta mucho seguir sus cambios de humor. Me quedo completamente confusa y bloqueada.

Cuando estamos llegando a casa de Alejandro algo nos impide avanzar. Escucho jaleo y decido mirar por el cristal. ¡Son miembros de la guerrilla republicana! ¡Oh, joder! Han increpado al chófer que se muestra rendido con los brazos en alto frente a esos jóvenes envueltos en cólera. Nos gritan todo tipo de insultos y uno de ellos me amenaza incluso por el cristal cuando me ve. Me grita airado que me va a violar hasta que me desangre por dentro. Seguro que piensa que soy simpatizante de los nacionalistas por las pintas que llevo. Miro a Alejandro que saca de una de sus piernas una pequeña pistola y otra arma de mayores dimensiones de la maleta que lleva a su lado.

- No se te ocurra salir del coche. Por nada del mundo. – Me dice con un arma en cada mano y con mirada fiera. ¡Oh, no! ¿Qué va a pasar? Alejandro es uno solo frente a tres o cuatro guerrilleros.

- ¡No! ¡No salgas por favor! – Le digo asustada cogiéndole del brazo. –

No quiero que te pase nada. – Me observa precavido.

- Tranquila. – Me da un rápido beso y sale del coche.

El estómago se me cierra, también los pulmones. Por más que respiro es como si no llegase el oxígeno a ellos. Me doy cuenta de que no quiero que le pase nada malo a Alejandro, no podría soportarlo. Una cosa es provocarle un poco de sufrimiento con el sexo, pero otra muy diferente es que... lo maten. ¡No! Sé que me ha dicho que me quede aquí, pero creo que puedo convencer a esos jóvenes de que desistan de hacerle algo malo. Al fin y al cabo, son de los míos, ¿no?

Me asomo de nuevo por la ventana y veo que Alejandro los tiene casi diezmados, apuntando a todos lados con sus dos armas. Tampoco quiero que Alejandro los mate. ¡Apenas son chavales! Sé que están asustados, sólo eso. Como yo...

- Idos de aquí, rojos de mierda, o me desharé de todas las balas que me quedan. – Tiene los dos brazos en alto y mira para todos lados. Sin embargo, no ve a uno que tiene justo a sus espaldas. ¡Es Enrique! ¡Yo conozco a ese muchacho! Es de Casabermeja, como yo. Creo que una vez quiso cortejarme. – Pablo, llévate a la señorita López a casa. – Le dice Alejandro al chófer. ¿Qué? ¡Está loco! No pienso irme sola, sin él. Entonces veo como Enrique que está detrás de él golpea con fuerza la cabeza de Alejandro, que cae al suelo. “¡Matémoslo!”, les escucho gritar mientras comienzan a sacudirlo a patadas. ¡Dios, lo van a matar! Sin pensarlo un segundo más salgo del coche. Yo puedo intentar hacer algo con esta situación.

- ¡Parad! – Digo con la mano en alto.

Todos los presentes me miran boquiabiertos y de repente parece como si se hubiera congelado el tiempo. Miro uno por uno a todos esos chicos llenos de rabia y sed de muerte mientras escucho los gritos de Alejandro desde el suelo pidiéndome que corra. No lo voy a hacer. No voy a volver a dejar todo lo que tengo atrás. Sólo me iré de allí con Alejandro. Uno de ellos me apunta con un arma en la frente y de repente veo que Enrique pone su mano sobre el arma de su compañero para hacer que lo baje. Me ha reconocido. Le sonrío.

- Eso es, parad. – Digo mirando a Enrique con amabilidad. Alejandro se levanta con dificultad y me agarra con fuerza por la cintura para situarme tras de él.

- Por favor, dejen irse a la señorita al menos de aquí. Me quieren a mí, no a ella. Ella no tiene nada que ver con esta guerra. – Dice sin aliento. Yo busco a Enrique de nuevo con la mirada, que me mira sin comprender qué hago yo con alguien como Alejandro. Gracias a que Alejandro no me ve, porque estoy detrás de él, le hago un gesto a Enrique para que entienda mi mensaje. Me señalo a mí, después a Alejandro y después hago un gesto en mi cuello queriendo decirles que yo seré quién mate a Alejandro, que ese es mi plan, que no ensucien en vano sus manos. Enrique y sus acompañantes me ven y lo entienden en seguida. Se miran confusos. No saben qué hacer. Pero él sabe quién era mi padre y eso hará que me crean.

- Prometo que si la dejáis ir no tomaré ni yo ni mi familia represalias contra vosotros. – Dice Alejandro con mirada fiera. Él sabe amedrentar. Los chicos le miran evaluando la situación. – De lo contrario no habrá Dios ni arma que os proteja de la ira de mi familia. – Vuelvo a hacer un gesto a Enrique asintiendo para que nos dejen marchar. Él baja su arma.

- ¡Vámonos! – Dice finalmente Enrique y los demás se giran. Menos uno de ellos que se queda mirando a Alejandro durante unos segundos envuelto en cólera y apuntándole con su arma. Aunque finalmente se gira para marcharse.

Suspiro con fuerza. Nos hemos salvado. Pero, cuando miro en dirección a Alejandro veo que levanta su arma para disparar a los chicos.

- ¡No! – Grito y bajo su brazo. Alejandro me mira encolerizado. Está nublado, lo sé. Lo que acaba de pasar ha hecho que despierte su demonio interno. Lo miro precavida, aunque no tengo miedo. No como las otras veces. Él me mira lleno de odio. – Déjalos ir. Volvamos a casa.

- Han estado a punto de matarnos, Ángela. Son sucios asesinos rojos. – Pronuncia con dificultad.

- No lo han hecho. Si disparas volverán y no saldremos vivos de ésta, porque no pienso irme a ningún sitio sin ti y ellos son más. – Suspira y da la

orden al chófer de volver a casa.

Pero lo poco que queda de camino lo hace en tensión. Yo también, pero ya no temo por nuestra vida. Alejandro mira sin cesar por la ventana y después a mí. Cuando me mira intento comprender qué hay detrás de esa mirada. Es miedo. Ha intentado protegerme con su vida. Entonces lo veo cerrar los ojos y quejarse del costado. Me siento a su lado y limpio con mis guantes la sangre de su nariz y de una brecha que se ha hecho en el cuero cabelludo. Él me mira atentamente.

- ¿Los conocías? – Me sorprende justo cuando pretendía darle un beso en los labios de gratitud.

- ¡No! – Respondo asustada.

- ¿Cómo has conseguido que se vayan entonces?

- Supongo que, porque soy mujer y no querían matar a alguien inofensivo como yo, no sé. – Me encojo de hombros.

- Inofensivo... cada día estoy más convencido de que no tienes nada de inofensiva. – Me agarra con fuerza el rostro y esta vez sí que siento miedo. – Esos salvajes no tienen escrúpulos a la hora de matar, Ángela. Yo he visto a mujeres y niños simpatizantes del nuevo régimen reducidos a huesos por sus manos. – Abro los ojos. ¿Tendrá razón? Supongo que el odio ha infectado ambos bandos.

- Me da igual. – Confieso mirándole con toda la serenidad que puedo mostrar. – Lo único que me importa es que tú estés a salvo. – Me mira sorprendido.

- Me has salvado la vida, gracias. – Me besa y al fin se relaja.

12

Nunca había sentido tanto alivio como ahora que al fin estoy en la casa de Alejandro de vuelta. Le ayudo a salir del coche, le duele el costado, y me lo llevo directamente a su habitación. Quiero desvestirlo y limpiarle la sangre seca de su cuerpo. Me hace caso y se sienta en su cama, observándome con alguna preocupación que no comprendo vistiéndole el rostro.

- Ya estamos en casa, Alejandro. – Digo con voz dulce mientras paso la esponja por su frente y por su cuello. El demonio que vive en él está medio despierto, lo sé. Paso la esponja por sus labios y después le beso. Su respuesta es distante. – ¿Qué sucede, señor?

- Deberías irte a la cama. Ha sido un día muy intenso. Estarás cansada. – Me dice tratando de no mirarme demasiado.

- Me gustaría dormir usted. – Digo porque no me he rendido aún. Creo que hoy es el día. Creo que es nuestra oportunidad para acercarnos mutuamente el uno al otro. Para crear algún tipo de vínculo fuerte que nos haga más fuertes, juntos.

- No es buena idea. – Dice y se levanta, haciendo una mueca de dolor. Lo veo aproximarse al armario y saca ropa limpia. – Es mejor que por hoy dejemos de jugar a ser pareja. – ¿Qué hace? ¿A dónde pretende ir? Se viste mientras me mira impasible. – Ve a tu cama. No me hagas enfadar.

- ¿A dónde vas a estas horas? No quiero que salgas. Quédate conmigo. – Se acerca muy serio hasta mí mientras se coloca la chaqueta del traje que se ha puesto.

- ¿No me has escuchado? No eres mi novia, ni mi mujer. No tienes ese poder sobre mí. Voy a salir y quiero que tú te quedes en tu habitación. Sin rechistar. Sin poner inconvenientes a lo que ordeno.

- No entiendo por qué estás así conmigo...

- No me ha gustado nada lo que ha pasado cuando nos han asaltado en

el coche, Ángela. – Mierda. Se refiere a que sigue pensando que yo conozco a esos muchachos.

- Alejandro yo...

- Tú. Ese es el problema. Tú. He sentido pánico al pensar que algo te pudiera suceder. He antepuesto tu vida incluso a la mía. – Dice y me ruborizo. – No va a volver a suceder. Tú no eres más importante que yo. Tú no eres la que manda aquí, en mí. – Lo miro suplicante. No quiero que se vaya. – Créeme que me apetece más que nada en este mundo perderme en ti y en tu precioso cuerpo esta noche. Pero eso no va a suceder hoy. No ahora sintiéndome tan vulnerable a tus encantos. Así que duerme. – Me da un beso rápido en la frente. – Mañana nos vemos. – Se gira.

- ¿Vas a pasar la noche fuera? – Muero de dolor. Va a ir a por esa mujer de la otra noche. Estoy segura. – Alejandro. No me hagas esto. – Suplico y comienzo a llorar. Él no se detiene. – ¡¡Alejandro!! – Se para, pero no se gira. – Te lo suplico...

Su espalda se mueve por el fuerte suspiro que emite. Pero no me escucha. Me ignora y se va.

Por la ventana de mi habitación lo veo salir a caballo. Está volviendo a poner distancia entre los dos, precisamente ahora, cuando más cerca lo he sentido que nunca. Las lágrimas ruedan por mi rostro y me tiro en mi cama a llorar. No lo va a poner fácil nunca. Siempre que sienta que alguien se acerca a él y a sus sentimientos va a poner esa oscura barrera entre él y el mundo. Y yo... tengo que quedarme aquí, con él y con su lejanía. Con su maravillosa forma de besar y acariciar y después con su rechazo.

Pero hoy he sentido poder en mí y ha vuelto a hacer aparición la joven fuerte que siempre fui. Segura de sí misma y con plena conciencia de sus actos. Así que esta vez no pienso dejarle hacerme esto. Sé que no es del todo indiferente a mí. Pues de otro modo no habría puesto tanto ahínco en salvarme a mí, y no a él.

No sé qué hora es cuando me duermo, pero Alejandro aún no ha vuelto y yo tengo los ojos hinchados de llorar y en el pecho un sentimiento muy feo de traición.

Un balbuceo extraño me despierta. Ya está amaneciendo y Alejandro entra dando tumbos en mi habitación. Apesta a alcohol desde lejos. Abro los ojos y lo veo tirarse en mi cama, con la camisa y el pantalón medio abiertos y sin chaqueta. Se tumba junto a mí y me abraza desde la espalda. Creo que no es consciente siquiera de que lo está haciendo. Lo odio.

Me levanto. Quiero huir de su presencia. Y ni siquiera lo nota. Se ha quedado dormido en décimas de segundo y con su mano medio inerte busca mi cuerpo en la cama. No lo encuentra y gruñe. Pero no se despierta. Yo me visto y salgo de la habitación. Lejos de él.

- Buenos días, Ángela. – Me saluda Antonia en la cocina. – ¿Quieres desayunar? Estarás hambrienta.

- Hola, Antonia. Sólo café, por favor. – Contesto secamente.

- ¿Qué te pasa? Parece que has comido limón. ¡Alegra esa cara, niña!

- Me pasa que ayer casi nos matan a Alejandro y a mí un pequeño grupo de la resistencia, Antonia. – Ella abre los ojos de par en par. – Sí. Y Alejandro quiso hacerse el héroe y mandarme a casa para lidiar él sólo con esos vándalos. – Ahora Antonia abre la boca hasta casi desencajarla. – Menos mal intervine y todo quedó en un susto. Y después, cuando llegamos a casa, Alejandro se enfadó conmigo, ¡sin un maldito motivo! Y se fue de casa. ¡Ha pasado la maldita noche entera fuera! ¡Y no sé con quién ni dónde!

- ¡Oh, Jesús, María y José! – Antonia se persigna. – Lo que me dices es tremendo, niña.

- Estamos bien. Sólo fue un susto. – Digo levantando la mano.

- No me refiero a eso. Me refiero a que el señorito Alejandro se está encaprichando de ti de verdad. – La miro ceñuda. – Yo se lo decía a Francisco, pero no me quería creer, el muy tonto. Yo he notado al señorito demasiado feliz desde que estás tú aquí. – Me dice sentándose frente a mí y cogiendo mi mano.

- ¡¿Feliz?! ¡¿Cuándo ha estado ese hombre feliz?! – Le increpo.

- Cuando te mira. – ¿Será cierto? Busco en los ojos de Antonia algo que me diga que realmente está convencida de lo que dice. Y de repente siento que mi pecho explota. Quiero que Alejandro me ame. Sí, lo deseo con todas mis fuerzas porque... yo lo amo a él. Me ha costado un mundo admitirlo. Pero anoche lo supe. Me he enamorado del enemigo y quiero ser suya y que él sea sólo mío. – Lo conozco bien, créeme, niña. También he visto que tú le miras a veces igual, y otras veces con miedo. Es normal, niña. Ese hombre está maldito por dentro.

- ¡No, Antonia! ¡No digas eso! Yo puedo ayudarle. Si de verdad está comenzando a sentir algo por mí, puedo hacer que se libere de su pasado y de esas malas sensaciones. – Antonia me mira seria.

- Ten cuidado, Ángela. No sabes de lo que son capaces los Mendoza. Tú sólo has visto cómo son en la cama, nada más.

- Aún no me he entregado a él. – Confieso.

- ¡¿Aún no?! ¡Madre mía! No sé cómo lo haces hija, pero tienes que ser muy convincente para tenerlo tan a tu merced.

Termino mi café y me voy al salón a ayudarle a Antonia con la limpieza. Necesito estar distraída. Al cabo de varias horas, cuando estoy planchando algunas sábanas mientras que Antonia está dando la comida a los caballos, noto su presencia tras de mí. Sin verlo ya sé que está ahí, clavando sus ojos en mí. No me giro para comprobarlo. No quiero verlo ahora mismo.

- Hola. – Dice con suavidad.

- Hola. – Contesto sin girarme.

- Sabes que no tienes que hacer cosas de la casa, ¿verdad? – Ahora noto su aliento en mi cuello, tras de mí. – Antonia se encarga de eso. – Siento sus manos por mi cintura y suben hacia mi pecho. Contengo la respiración.

- Quiero hacerlo. No me distraiga, señor, por favor. – Su mano frena en seco.

- Sube a la habitación conmigo. Tengo otra tarea para ti.

- No. – Respondo con sequedad y contengo mi respiración. No sé de

qué humor se encuentra hoy.

- ¿No?

- No. – Vuelvo a repetir. Alejandro me gira y hace que lo mire. Está con la misma camisa con la que llegó, desabrochada, el pelo alborotado y la brecha de la frente tiene mucho mejor aspecto. Parece entre furioso y divertido y está condenadamente sexi esta mañana.

- No era una pregunta, Ángela. Vas a venir y vamos a acabar cierto asunto que tenemos tú y yo pendiente. – Tira de mi mano para hacerme ir a la habitación.

- ¡No quiero! – Trato de soltarme.

- ¿Qué? ¡Ángela, qué te pasa! Ayer parecías decidida a complacerme al fin.

- Estuviste con una mujer anoche, ¿verdad? – Pregunto sin pensar. Pero quiero saberlo. Quiero saber si ha sido capaz después del día tan bonito que pasamos juntos. Después de que casi le entrego mi virginidad. Me dedica una mirada entrecerrada.

- No creo que eso sea asunto tuyo.

- ¡Quiero saberlo! – Maldición. Estoy a punto de llorar.

- ¡Pues no estuve con una mujer! – No sé si creerlo, pero siento un gran alivio. – ¡Estuve con dos! ¿Contenta? – ¿Cómo? Mi ánimo se desploma y se me llenan los ojos de lágrimas. – ¿Tienes algo que objetar al respecto? – Niego con la cabeza mientras las lágrimas salen de mis ojos. Agacho la cabeza porque no quiero que me vea llorar por él. – Pues entonces sube a mi maldita habitación. ¡Ya! ¿O hay algo más que quieras saber o decir antes de desnudarte de una puta vez?

- Quiero irme. – Digo casi sin voz. Lo he dicho sin pensar, pero realmente lo quiero ahora mismo. Quiero irme lejos, muy lejos del maldito Alejandro Mendoza. Quiero causarle el daño que me está causando él a mí.

- ¿Cómo dices? – Pregunta perplejo.

- Quiero irme de aquí. – Digo con más firmeza, mirándole a los ojos y

sin rastro de dudas en mí. Me mira asustado. Comienza a pasarse la mano por el pelo.

- Ángela... oye... no tienes por qué estar celosa o sentirte humillada. Esas mujeres no significan nada para mí. Tú eres la que comparte mis días y mis noches conmigo.

- No me interesa lo que digas, Alejandro. Quiero irme. Ahora mismo. Dime si me dejas o si por el contrario voy a tener que forcejear contigo para que no me retengas contra mi voluntad. – Sus ojos rebosan miedo. Traga saliva sin cesar. No quiero dejarlo, pero tampoco quiero amar a un monstruo como él. Y sólo hay una manera de evitar ese sentimiento; yéndome.

- ¿Lo dices en serio? ¿Quieres irte? – Parece desarmado. De repente ya no quiero irme. Quiero abrazarlo y que me haga el amor. Pero tengo el orgullo demasiado herido para admitir tal cosa.

- Sí. Creo que no soy capaz de darte lo que necesitas y no tiene sentido que me quede.

- Tienes razón. – Asiente. ¡Oh, no! ¿La tengo? ¡No la tengo! ¡Déjame demostrarte que puedo darte mucho más de lo que necesitas, Alejandro! – Haz tu maleta entonces. Te llevaré a algún lugar en el que puedan hacerse cargo de ti. – Dice ahora con frialdad. ¿Puede ser capaz de hacerlo? Tengo que averiguarlo.

- No tengo nada más que llevarme de aquí. Nada de lo que hay en esta casa ni en la habitación donde duermo me pertenece. Podrá utilizarlo su próxima acompañante, señor. – Digo seriamente.

Y sé que me arrepentiré de lo que digo por el gesto de dolor que hacer Alejandro. Pero ya está dicho y necesito otra actitud por su parte para olvidar su actuación de la noche anterior. Nos echamos un pulso con la mirada. Si Alejandro verdaderamente siente algo por mí lo sabré ahora mismo. No podrá deshacerse de mí tan fácilmente.

- Bien. Pues vámonos. – Dice y me quedo petrificada. Se acabó. Es un insensible. Antonia estaba completamente equivocada. Es un monstruo. Lo es.

Alejandro se abrocha la camisa y los pantalones frente a mí con una mirada helada y yo cada vez me siento más pequeña. Tengo muchas ganas de llorar. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para controlarme.

Antonia y Francisco entran en el salón y le preguntan a Alejandro qué vamos a comer. Alejandro les dice que él comerá solo hoy, porque “la señorita Ángela López se va de casa para no volver”. ¿Cómo puede ser tan duro? Antonia me mira horrorizada. Incluso Francisco parece conmocionado con la declaración de Alejandro. Acto seguido, Alejandro me agarra del brazo con fuerza y me saca de la casa. Saca un caballo de la cuadra, se sube y me tiende la mano para subirme a mí también, delante de él.

No me habla más. Y no quiero que lo haga. Yo no podría contestarle o notaría que estoy llorando como una estúpida. No sé dónde me lleva. La verdad ahora mismo me da igual. El único lugar en el que quisiera estar es en su cama haciendo el amor con él. Pero él eligió otro camino la noche anterior.

Sus manos me rodean para aferrarse a las riendas del caballo y a veces tengo la sensación de que huele mi pelo. ¿O son mis ganas de que se esté arrepintiendo de sus dolorosas ganas de deshacerse de mí?

Llegamos a un caserío, en donde varias mujeres de aspecto poco decente saludan a Alejandro, sorprendidas de verle de nuevo allí. ¿Es un burdel? ¿Alejandro me lleva a un burdel? Él baja del caballo y me tiende la mano. Lo miro asustada. No... Alejandro, no hagas esto. Pero sigue con su mano tendida firmemente. Finalmente le doy la mía y bajo del caballo.

- ¿Me traes a un burdel? Eres un maldito. – Le digo al oído.

- Es una casa de mujeres. Aquí te encontrará Eduardo alguna labor. – Dice ignorándome y tirando de mí.

- No hagas esto...

- ¡Tú querías irte! ¿Recuerdas? – Grita furioso girándose en mi dirección. – ¿Dónde quieres que te lleve? ¿Crees que en los tiempos que corren cualquiera acogería en su casa a una desconocida que no se sabe bien de qué huye? – Sus palabras me encogen el corazón. Él lo hizo. Sin titubear me protegió de la Guardia Civil la noche que me encontró en el campo y me resguardó en su casa. – Al menos aquí nadie preguntará quién eres o qué has

hecho. Al menos aquí tendrás un plato de comida que llevarte a la boca. Yo me encargaré de ello. ¡Vamos! – Vuelve a tirar de mí. Cuando al fin voy a suplicarle que me lleve de vuelta a casa y que me perdone sale el tal Eduardo. Es un viejo gordo, calvo y feo. Tiene cara de sádico y está mugriento. Se relame al verme.

- ¡Señor Mendoza! ¿Qué desea? ¿Viene de nuevo a contratar los servicios de Teresa y Valeria? – Teresa y Valeria... tengo ganas de vomitar.

- ¡No, Eduardo! Traigo a esta mujer para que la protejas en tu caserío. – Eduardo me observa de arriba abajo. Levantándome la falda y pasando su mugriento dedo por mi mentón. Yo agacho la cabeza abochornada y de reojo miro a Alejandro, que contiene la respiración mientras Eduardo me toca y me come con los ojos. – Sabe hacer labores.

- Eso espero. Es una preciosidad. Pero parece tímida. Y ya sabes que nuestros clientes buscan una mujer osada en la cama. Como usted. ¡Jajajaja! – ¿Eso es lo que busca él en una mujer? Ya veo...

- Es virgen. – Dice Alejandro y yo aprieto los ojos. No debería hablar de mí como si fuese mera mercancía. ¡Es mi intimidad! – Así que te ruego que no la pongas a ejercer, Eduardo. Yo pagaré su manutención durante los meses que haga falta. – ¿Qué? ¿Hará eso por mí? Lo miro y sigue sin querer mirarme. – Pero guárdala de ejercer, al menos por un tiempo, por favor.

- Mmmm. Si usted se hace cargo de sus gastos por mí bien. Pero no le prometo nada, señor Mendoza. Si algún pez gordo se encapricha de la chica no podré negarme.

- Bien... bueno... pues hazlo. Te recompensaré si lo haces. Cuídamela, Eduardo. – Le estrecha la mano. ¡¿Cómo puede hacerme esto?! Veo a Alejandro darse la vuelta para irse, sin despedirse siquiera de mí. Comienzo a llorar como una niña.

- ¡Alejandro! – No me hace caso. – Alejandro... mírame por favor. – Pronuncio entre lágrimas. Se gira y me mira. Juraría que sus ojos también están llenos de lágrimas. – No me hagas esto, te lo suplico...

- Tú también sabes que es lo mejor, pequeña. Adiós Ángela. – Y se va.

Pataleo cuando el tal Eduardo me agarra de la cintura para meterme dentro. Lo veo desaparecer por el sendero, a caballo, girando de vez en cuando su cara en mi dirección, y me siento morir por dentro. Alejandro... vuelve...

13

Eduardo me ha dado una paliza por no querer comer, me ha abierto una brecha en una ceja y tengo el muslo derecho lleno de moratones. Las mujeres de este lugar son odiosas. Todas me miran como si fuese estúpida, se ríen de mí y me tiran comida a la cara, me escupen... ¡Las odio! Especialmente a Teresa y Valeria. Les escupiría en la cara si pudiera. En cuanto consiga hacerme respetar aquí lo haré.

Me han hecho limpiar los baños de rodillas y las sábanas llenas de fluidos de los clientes también a mano en la pila. Me duelen las manos, las rodillas y sobre todo el alma. Jamás pensé que echaría tanto de menos a Alejandro. Es un maldito. Me limpio las lágrimas y los mocos con el antebrazo y sigo con mi tarea. Intentando inútilmente no pensar en él.

Ya está anocheciendo. El señor Eduardo me llama. Supongo que querrá que acuda a comer. Voy rápidamente. Aunque no tenga apetito, no quiero volver a enfadarlo.

- ¡Tú! ¡Ven aquí de una vez, joder!

- ¡Voy señor! – Estrujo los trapos que tengo en mi mano, los echo en una palangana y entro corriendo en el caserío. – Dígame señor Eduardo. – Digo solícita.

- Lávate y ponte una peluca morena. Tenemos un cliente de los gordos y a estas horas tengo a todas las chicas ocupadas. – Se me hiela el alma. – ¡Vamos! ¡¿No me has oído?! ¡Mira que a ese hombre es mejor no hacerle esperar o te las verás con su mal genio!

- Señor, usted prometió al señorito Alejandro que...

- ¡Que vayas te digo! – Me golpea con fuerza en la mejilla y ahogo un grito. – Lávate y ponte un maldito conjunto de lencería negra y una peluca negra también. ¡Y pobre de ti si no queda satisfecho! – Me coge del brazo y me empuja hasta el aseo.

Miro la palangana con la esponja que hay en ella y comienzo a tiritar. Lavo mi cuerpo con el pulso tembloroso. Eduardo entra sin importarle que yo esté desnuda y deja un camisón y una peluca tirados en el suelo. Me apremia para que me dé prisa.

Maldita sea. ¿Cómo salgo de ésta ahora? Miro en dirección al techo pidiendo un milagro mientras me pongo el camisón. Pero no hay nadie ahí arriba que se apiade de mí. Después de colocarme la peluca y comprobar frente al espejo que sí que parezco una puta salgo del aseo. Un hombre de unos cincuenta años con bigote, pelo negro y atuendo militar me mira y me sonrío con malicia. Eduardo me señala dándole a entender que soy yo su mercancía. Sin mediar palabra se dirige a mí y me lleva a tirones hasta una habitación.

En cuanto llega a la habitación comienza a desvestirse sin siquiera mirarme.

- Quitate la ropa. – Me dice con aspereza. Lo hago mucho más que asustada. Cuando me mira se acerca. – No me mires a los ojos. – Agacho la mirada. – Ahora mastúrbame. – No puede ser cierto lo que oigo. Hasta Alejandro era más cálido que este asqueroso. Tanteo su entrepierna y en seguida se endurece con el roce de mis dedos sudorosos. – Para. Ahora acuéstate y ábrete de piernas. – Lo hago. No tengo más remedio que hacerlo. Aprieto los ojos y trato de ocultar el pánico de mis ojos. – ¿Qué coño te pasa? ¡Ábrete más!

- Señor, soy virgen. – Trato de conmovérmelo.

- ¡Me da igual, maldita sea! ¡Ábrete bien! – Se sube sobre mí, tratando de encontrar la entrada en mi cuerpo. De pronto el miedo se apodera de mí y trato de forcejear. No puedo hacerlo. No puedo. No con él.

- ¡No! ¡Pare, por favor! ¡Seguro que hay alguna chica ya disponible!

- ¡Estate quieta, zorra! – Me aprieta del cuello hasta casi asfixiarme, pero no dejo de forcejear. Entonces se levanta, me golpea y siento el sabor metálico de la sangre en la boca. Me da la vuelta y me reduce con el peso de su cuerpo, aplastando mi cara contra la mugrienta almohada. Me ha inmovilizado por completo y siento su miembro erecto en mi trasero. – Así

no podrás moverte. Te voy a follar por todos lados hasta que se te quiten las ganas de menearte como una culebra. – Siento rasgarse las paredes de mi ano por la despiadada intromisión de su carne.

- ¡Ahhhhhhh! ¡Noooo! – Grito y lloro al mismo tiempo. Es un dolor punzante y desgarrador.

- Síiii, te voy a follar ese precioso culo que tienes y después tu delicioso coñito. – Entra y sale de mi trasero y el dolor es indescriptible. Siento como mi carne se desgarrar por dentro.

- ¡Ahhhhh! ¡Pare, se lo imploro! – Lloro con fuerza. Entonces se oye un estruendo. Alguien entra.

- ¡Joder! ¡Pare, Señor Ojeda! – Creo que es la voz de Alejandro. No puedo moverme. Tengo el cuerpo entumecido. Sea quien sea ha separado a ese asqueroso de mí con un manotazo.

- ¡¿Qué cojones haces aquí, Mendoza?! – Es él... es Alejandro. Lloro por la mezcla del dolor y del alivio.

- ¡Señor Ojeda! ¡Ha habido un error! ¡Esta mujer no es una prostituta! ¡Suéltela ahora mismo! – Alguien me coge del brazo y grito. – Tranquila, soy yo... tranquila, pequeña. Señor Ojeda, salga de aquí, por favor. – Miro a Alejandro y su cara es el exponente máximo de consternación al ver la sangre en mis labios y mis ojos rojos colmados de lágrimas. – ¡Quién cojones te ha hecho esto! – En ese momento entra el señor Eduardo gritando.

- ¡¿Qué coño hace, señor Mendoza?! – Alejandro me abraza en sus brazos y yo comienzo a llorar como una condenada.

- ¡¿Que qué hago?! ¡Llévame de aquí, maldito estafador! ¡Te dije que la cuidaras, no que la prostituyeras! ¡Ella no es una puta, joder! ¡Te lo dije!! – Intenta soltarme para pegarle a Eduardo, pero yo me aferro a su cuello con fuerza. No quiero que me suelte. – Tranquila, pequeña. Estás a salvo.

- Alejandro, perdona, yo no sabía nada. – Dice el maricón que me violaba hace escasos minutos, mientras se viste, desbordado por la situación.

- Sal de nuestra vista Ojeda. – Masculla Alejandro. – No vuelvas a

acercarte a esta mujer en la vida. ¿Me entiendes?

- Ni siquiera sé cómo es. ¿Estás con ella? A tu hermano no le va a gustar que estés con otra puta...

- ¡¡¡¡No es una maldita puta!!!! – Esta vez Alejandro consigue que me suelte de él y se encara con ese bastardo. – ¡Ni se te ocurra cuestionarme o te las verás conmigo! – El bastardo se amedrenta y levanta las manos en son de paz.

- Tranquilo amigo. Tendrás que pedir cuentas entonces a Eduardo. Él fue quien me la ofreció. – Alejandro mira al señor Eduardo envuelto en cólera.

- Eres un hijo de puta. – Masculla.

- Señor Mendoza, esto es un burdel. Usted sabe perfectamente bien lo que se hace aquí. ¡Es uno de nuestros mejores clientes! ¿Qué pretendía que hiciera? Mi intención era cuidarla, como usted me pidió, pero llegó un cliente importante y tenía a todas las chicas ocupadas... no tenía otra opción.

- ¡¡¡No con ella!!! – Me señala. – ¡Te dije que yo me haría cargo de sus gastos, maldito cabrón! – Le agarra del cuello de la camisa de un puñado. – Te voy a matar. – Sisea entre dientes. Mi violador coge sus pertenencias y se marcha sin siquiera mirarme. – Eres un patán y una sucia rata. Haré que te fusilen, lo juro por la memoria de mi madre.

- Por favor, señor. Sólo cumplía con mi trabajo. – Lloriquea Eduardo.

- ¿Y tenías que pegarle y prostituirla, asqueroso maricón? ¡Mírala! ¡¡¡Mírala!!! – Lo pone de frente a mí y yo sigo sin atreverme a mirarlos a ninguno de ellos. Avergonzada por lo que acaba de suceder. Sé que tengo una brecha en la ceja y ahora también en la boca. Sé que mis piernas están llenas de moratones por la paliza que me dio hoy Eduardo. Sé que debo dar realmente pena. – ¿Te parece que eso es cuidar de una persona? ¡Eh! ¡Contesta!

- Lo... lo siento.

- ¿Lo sientes? ¡Yo me encargaré que lo sientas! – Le da un puñetazo que lo tumba. Yo sigo llorando como una loca. Alejandro me mira y viene

hacia mí. – Vamos, Ángela. Te llevo a casa. – Me coge en brazos y yo me aferro a su cuello, enterrando mi cara en él y deshaciéndome en lágrimas. No puedo mirarlo. No puedo perdonarle lo que me ha hecho. Pero el alivio de que haya vuelto a por mí es inmenso. – Perdóname, pequeña. No volveré a dejarte.

Mi llanto no mengua en fuerza mientras me saca en brazos de aquel apestoso lugar y me introduce en un coche. No me suelta en el asiento y lo agradezco. Mi trasero no está para hacer frente a la dureza de un asiento ahora mismo. Sigo apretada a su cuello, sin querer mirarlo, pero sin querer soltarlo tampoco. Es una extraña sensación. Alejandro es mi salvador y mi verdugo al mismo tiempo.

- Eh, mírame, Ángela. – No contesto ni le hago caso. Sigo llorando en su cuello. – Lo siento mucho. Me dejé llevar por la ira. Pensé que realmente querías irte. Supongo que de verdad lo querías, pero sé que sólo era porque estabas enfadada. No volveré a dejarte. Nos iremos a casa y cuidaré de ti, lo prometo. – Tengo miedo de creerle. Quiero hacerlo, pero me cuesta. Cuando sus demonios aparecen, desaparece todo síntoma de amabilidad por su parte para convertirse en un auténtico tirano.

Permanezco en la misma posición todo el camino a casa. No sé qué hora es, pero parece que es de madrugada. ¿Qué le habrá hecho cambiar de opinión y venir a buscarme? Sea lo que sea lo ha hecho demasiado tarde. El dolor punzante que siento en mi trasero no para de recordármelo.

Al llegar a casa oigo la voz de Antonia, Francisco y Pedro alegrándose de mi vuelta. Tampoco puedo mirarlos a ellos. Estoy aniquilada por dentro. Acabo de vivir uno de los momentos más dolorosos de mi vida, casi tanto como la pérdida de mi familia. He vivido por unas horas el abandono de Alejandro, que es mi otra familia ahora y una violación anal en toda regla.

Alejandro sube conmigo en brazos a su habitación, pero no me suelta todavía.

- Dime Ángela. ¿Dónde quieres dormir? ¿En mi cuarto conmigo o en el tuyo? – Me está tanteando. Quiere saber cómo de enfadada estoy con él.

- En el mío, señor. – Pronuncio bajito en su cuello. No lo quiero cerca. Al menos no tanto. Hoy no.

- Está bien, pequeña. – Me lleva a mi habitación y me deposita con mucho cuidado en la cama. Hago un gesto de dolor al posar el trasero sobre él y me recuesto de lado. Alejandro me mira y sé que siente lástima. – Voy a buscar al médico. Dile a Antonia, Francisco o Pedro si necesitas algo, ¿vale? – No le contesto. Sólo le miro sin mostrar ninguna emoción. – Trata de descansar. – Me besa la frente, suspira y se va.

Yo vuelvo a llorar con todas mis fuerzas. Antonia acude al oír mi llanto y trata de consolarme, pero es imposible.

Alejandro aparece con el médico minutos después. Le pido que se vaya de la habitación mientras el médico me reconoce. No lo quiero cerca. Si se siente culpable no me importa. Mejor. Es exactamente como debería sentirse. Su ira ha tenido efectos horribles en mi dolorido cuerpo y mi alma. Él obedece sin rechistar y con una tristeza terrible. El médico me reconoce y me pone un ungüento. Después me pide que descanse.

Y paso la noche durmiendo a trompicones. A ratos duermo, a ratos lloro. Las primeras veces que desperté, Alejandro preguntaba al otro lado de mi puerta si necesitaba algo y, al no responder, finalmente desistió de seguir haciéndolo.

Quise gritarle que se fuera al cuerno, pero temí su reacción. Ya sabía yo que él no era la persona adecuada a la que acercarme, pero me dejé llevar por las señales de mi cuerpo, que me gritaban a pleno pulmón que lo amara y me abriera a él. Yo no debería amarte, Alejandro.

Me despierto aturdida. ¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? Me quedo pasmada al ver toda la habitación llena de flores. Alejandro... sonrío. Pero la sonrisa se evapora cuando me siento y las punzadas de dolor me devuelven a la realidad.

Decido levantarme. No puedo estar sentada. Miro por la ventana. Las risas de los mozos me hacen sonreír levemente. Vuelvo a estar a salvo... por ahora. La puerta de mi habitación se abre y me tenso al ver a Alejandro en el umbral. Parece un perro maltratado. Me mira avergonzado. Yo me miro y veo que llevo el maldito minúsculo camisón negro del burdel, que muestra abiertamente mis moratones. Miro con brusca seriedad a Alejandro. Mírame. Mira lo que has conseguido.

- Hola. – Dice tímidamente. No le contesto. – Estás muy enfadada, lo entiendo. – Se acerca con precaución. No me muevo. Cuando lo tengo de frente acaricia la herida de mi labio y me quejo un poco. – No sabes cuánto me odio por esto. Espero que alguna vez puedas perdonarme. No creí que pasaría algo así. No sé cómo lo haré, pero conseguiré que metan preso a Eduardo. A ser posible que lo fusilen por esto.

- No le deseo la muerte. – Alejandro se sorprende por mi declaración. – Tendría entonces que desear la muerte de todos los responsables de lo que pasó y no quiero hacer tal cosa. – Agacha la cabeza.

- Me lo merecería. Tienes carta blanca para insultarme y reprocharme lo que quieras, Ángela. No haré nada para frenarte. Sólo quiero que me perdones... algún día. – Las palabras se le atragantan en la garganta. Su mirada perdida casi me conmueve. – Casi me vuelvo loco las horas que estuve en casa pensando en lo que podía sucederte por haberte dejado allí. No me equivoqué. He sido un imbécil, podría haberte destrozado. Si hubiera llegado más tarde tú...

- Llegó tarde, señor. – Le digo impasible. Me vuelve a mirar y sus ojos

están llenos de lágrimas. La sorpresa que eso causa en mí es enorme. ¿Le preocupó tanto?

- Perdóname, pequeña. – Se aferra a mi rostro y me besa con angustia y yo trato de no devolverle el beso. – Ha sido mi culpa. No sé reaccionar con cordura a tus desafíos. Me haces sentir indefenso y vulnerable. No debería sentirme así. He sido educado para ejercer poder, no para someterme. – Me dice con plena sinceridad en sus ojos.

- Yo he sido educada para tratar a las personas como seres humanos, no como animales. Ni siquiera los animales son tan ruines para mostrar tanto desprecio. Tú me desprecias por no ser como tú, por no tener tu estatus, por no ser hombre, por no tener familia a quien acudir. Por eso te crees con el derecho a venderme como si fuera simple mercancía. – Las lágrimas ruedan por su rostro al escuchar mis palabras.

- No, no te desprecio. Pero he creído erróneamente que debía hacerlo. Porque me da miedo que te cueles tan dentro de mi pecho que no sepa cómo arrancarte de él. – Su confesión me deja sin respiración. – Creo que ya es tarde para intentar hacer tal cosa. Creo que ya te has convertido en algo demasiado importante para mí. – Se acerca y yo retrocedo. No quiero creerlo. No quiero cometer esa torpeza otra vez. Frunce los labios ante mi gesto. – Sólo dime si necesitas algo. Estaré abajo. – Acaricia mi mejilla y mis ojos traicioneros se cierran ante su contacto. Al abrirlos me sonrío entre lágrimas. – Eres maravillosa. Lucharé para que me perdones. – Vuelve a besarme tiernamente y se va.

Yo vuelvo a mirar por la ventana sin saber qué sentir. Esto no va a quedar así, Alejandro. No porque hayas venido a por mí voy a olvidar lo que me has hecho pasar...

Los días pasan y mi frialdad hacia Alejandro se mantiene intacta. No ha vuelto a reclamar mi cuerpo ni mis caricias. Alguna vez me ha besado levemente, pero al ver mi antipatía ante ese gesto se ha frenado en seco. No se atreve a cruzar ese umbral de nuevo conmigo, por ahora. Cada noche duermo sola en mi habitación y cada mañana me despierto rodeada de flores. Su culpabilidad no me pesa. La encuentro necesaria.

Al fin las molestias de la violación anal pasaron. Al menos las físicas. Pero las heridas del alma tardan más en curar.

Sin embargo, él ha ideado el plan perfecto para mantener mi atención y reclamar mi presencia durante gran parte del día, supongo que buscando de nuevo un acercamiento conmigo que reestablezca la confianza entre los dos. Cada día Alejandro ha decidido emplear horas en adiestrarme en cuáles son los modales que hay que mostrar en alta sociedad y yo me dejo. Él está convencido de que así estaré a salvo y yo lo estoy de poder así trazar una buena venganza con algún demonio que otro, si me acabo mezclando con ciertos fachas a los que detesto. Además, de este modo paso tiempo con Alejandro sin tener que sentirme violentada con su presencia y disfruto viendo su nueva amable personalidad. Sé que es la culpa la que hace que sea más que atento y amable conmigo, sé que él no es así, pero me encanta esa nueva actitud.

Ya sé saludar como toda una dama, sentarme, utilizar los cubiertos adecuados a la mesa y como coger una copa para beber. Estoy casi lista. Si algo quiero es volver a encontrarme con ese tal Alfredo Ayala Gómez, el carnicero que apresó a mi familia y con el que me crucé en Málaga, cuando Alejandro y yo estábamos en la cafetería aquella. Así que, esas horas de entrenamiento con Alejandro, las paso divertida de imaginar lo que le haría. Alejandro parece más tranquilo cuando me ve sonreír, aunque no es gracias a él.

No voy a negar que sigo encandilada de él y que cada día lo deseo más. Pero se ha convertido en un amor imposible y ya me he hecho el cuerpo a ello. Alejandro no es para mí ni yo soy para él. Si lo deseo es porque no tengo a nadie más a quién desear, sólo a él, y él sólo me tiene a mí. Y sé que con el tiempo tendré que despedirme de él, pues nunca pretendí que mi lugar fuese éste, junto a un facha de los gordos. De modo que lo amaré en silencio. Ahora, gracias a su culpabilidad por lo que me pasó, no me obliga a practicar sexo con él ni a nada. Y su culpabilidad también mantiene al demonio completamente dormido. No tengo clara mi posición en esta casa, pero estoy convencida de que no me echará fácilmente.

Pero esta mañana algo ha cambiado. Me levanto y no hay flores por ningún sitio. Voy a la habitación de Alejandro y no está, no está por ningún

lugar de la casa. En la cocina están Antonia y Pedro, charlando distendidamente.

- Buenos días. – Digo sonriente. Ellos me devuelven el saludo. –
¿Dónde está Alejandro?

- El señorito tuvo que ir anoche a una entrega con los alemanes, aún no ha vuelto. – La cara de Pedro mientras dice esto no me gusta ni un pelo.

- ¡¿Que no ha vuelto desde anoche?! – Ambos niegan con la cabeza. Una mala sensación se abre paso en mi estómago. ¡Oh, no! ¡Es muy raro! O se ha ido al burdel o algo malo le ha pasado. ¡Si es capaz de haberse ido con prostitutas de nuevo juro que lo mato! – Voy a ir a buscarlo. – Confirmando poniendo rumbo a mi habitación para vestirme. Antonia me sigue.

- Ángela, no salgas. No es seguro. Al señorito le daría un patatús si vuelve y tú no estás. Ni siquiera sabes dónde buscarlo. – Me dice.

- Antonia, pero, ¿y si le ha pasado algo malo? ¿Sabes al menos dónde vive alguno de sus hermanos? – Pregunto.

- El señorito Guillermo no vive lejos.

- Bien, quiero ir a hablar con él. Seguro que tiene poder para averiguar. – Decido y me parece una buena idea. Si se ha vuelto a ir al burdel me gustaría que alguien con el suficiente poder lo ridiculizara y lo pusiera en su sitio. Y si le ha pasado algo malo necesitará un apoyo fuerte.

- ¿Tú? ¡No le va a gustar ver a una campesina interesándose por su hermano, Ángela!

- Me haré pasar por una dama de bien. Alejandro me ha enseñado a hacerlo. Y tú vendrás conmigo para apoyar mi tesis. – Digo mientras me visto.

- ¿Yo?

- Sí, tú. No hay más que hablar, Antonia. Prepara un caballo.

- De verdad que sí que aprendes rápido a comportarte como una estirada. ¡Ya me estás dando órdenes y todo! – Sonrío amablemente.

- Sé que tú también te preocupas por Alejandro, Antonia.

- ¡Eso era antes de saber lo que te hizo! Ahora no me gusta ni un pelo.

- A mí tampoco. Pero tú y yo sabemos que ninguno de los que vivimos aquí estaríamos a salvo sin él.

- En eso tienes razón. Voy por el caballo.

Cuando me he arreglado a conciencia bajo las escaleras apresuradamente. Antes de salir, le doy instrucciones a los mozos de que si viene Alejandro le hagan saber que fui a ver a su hermano para averiguar sobre su paradero. Sé que si ve que no estoy en casa le dará un infarto. Acto seguido Antonia y yo nos montamos en el caballo y nos dirigimos a casa de Guillermo Mendoza.

La casa de ese hombre es todavía más majestuosa que la de Alejandro. Al menos está mucho mejor cuidada. Bajo del caballo y Antonia se pone a mi lado. Una muchacha del servicio nos pregunta qué deseamos y le digo con toda una digna pose altanera que exijo ver a Guillermo Mendoza. La chica me mira con recelo, pero obedece y va en busca de su señor.

Un guapísimo hombre moreno con los ojos del color de la miel y vestido con un traje impoluto aparece ante mis ojos. Lleva el periódico en la mano y se queda embobado al verme. Yo también tengo que admitir que es bastante atractivo.

- ¿Qué desea, señora...

- Señorita. Mi nombre es Ángela López de la Cruz, señor Mendoza. Mucho gusto. – Le tiendo la mano y le saludo como Alejandro me ha enseñado.

- Usted dirá, señorita López. – Me sonrío y su sonrisa me recuerda a la de Alejandro. No parece un mal tipo a simple vista. Lo averiguaré pronto.

- Quiero, antes de nada, presentarme como la futura pareja de su hermano, el señor Alejandro Mendoza. – Abre los ojos sorprendido. – El señor Alejandro y yo nos estamos conociendo y ha pedido permiso a mi familia para verme. Cosa que mi familia ha permitido con especial agrado.

- ¡Vaya! Por fin ese necio se ha fijado en alguien de valor. Esto... perdone mi osadía, señorita, pero mi hermano tiene fama de no saber apreciar

como es debido a una buena mujer. Ya veo con gratitud que estábamos todos equivocados. Simplemente esperaba algo excepcional. – Sonríe. – Pero dígame. ¿Quién es su familia? – Miro de reojo a Antonia y me doy cuenta de que no tengo una respuesta preparada.

- La señorita es hija de Eugenio López, un antiguo diplomático de la CEDA que ha sido asesinado por los rojos, señor. – Dice Antonia y veo en la cara de Guillermo que se preocupa más por mí. – Ella vivía con un primo suyo y ahora está bajo la protección del señorito Alejandro, en casa.

- Mmmm. ¿Viven en pecado mi hermano y usted? Creo que debería visitar a mi hermano más a menudo.

- No, señor. Su hermano respeta mi virginidad y nuestro compromiso es mantenerla intacta hasta el matrimonio. – Digo rotundamente. – Pero no es eso lo que me trae aquí. Su hermano, el señor Alejandro Mendoza, salió anoche de su casa para hacerse cargo de una entrega con los alemanes y todavía no ha regresado a casa. – Guillermo inspira con fuerza al darse cuenta de la gravedad de los hechos que narro. – Me temo que algo haya podido sucederle, y vengo a implorar su ayuda para dar con su paradero y llevarlo de nuevo a casa, sano y salvo.

- ¡Mercedes! – La chica de antes vuelve a aparecer cabizbaja. – Dile a José que prepare mi coche, la señorita López y yo tenemos que hacernos cargo de un asunto importante. – La chica asiente y sale rápidamente. – Bien, vamos. Antonia, ¿tú también vienes? – Antonia asiente.

Poco después estamos en el vehículo de Guillermo, dando vueltas por los alrededores. Dos coches más nos siguen y nos custodian con hombres armados hasta las cejas por orden de Guillermo Mendoza. No paro de buscar alguna señal de Alejandro por la ventana. Si algo le pasara me moriría. Ese cabrón ha conseguido que lo ame con todo mi ser. Que lo necesite más que a nada en este mundo. No sería ya nada sin él.

Guillermo también parece preocupado. Quizá por eso no me pregunta mucho sobre mi vida. Menos mal. Tan sólo me pide que le diga qué rumbo creo que debemos seguir para buscarlo, cuáles son los lugares a los que suele acudir y yo, sin decirle directamente que vamos hacia el burdel de Eduardo, simplemente voy dándole instrucciones de por dónde se va. Ya se dará cuenta

cuando lleguemos.

Pero eso no me importa. Sólo quiero encontrar a Alejandro con vida. Sólo necesito volver a verlo y que mi distanciamiento no haya sido el último contacto entre Alejandro y yo. Estamos llegando al burdel y Antonia de repente habla.

- ¡Pare aquí, señorito Guillermo! ¡He visto un hombre esconderse allí, entre la maleza! Tengo un palpito. – Dice. Guillermo y yo miramos hacia atrás, donde está sentada Antonia.

- ¿Aquí por qué, Antonia? – Pregunta Guillermo.

- Sé que en ese monte se esconden rojos, señorito. – Dice señalando a nuestra izquierda. Miro al monte. ¿Rojos? ¿Le habrán cogido? – Deberíamos comprobar que no lo han cogido como moneda de cambio. Sé que eso es lo que a veces hacen.

- ¿Cómo sabes tú que aquí se esconden rojos, Antonia? – Pregunta Guillermo enfadado.

- ¡Eso no importa! – Digo. – ¡Salgamos! Si alguien se ha escondido al vernos puede ser porque sabe que buscamos algo que ellos tienen. – Grito ya con un pie fuera del coche. Guillermo me mira como si fuese un fantasma.

- ¿Piensas ir tú a por él? ¿En vestido y con tacones?

- ¡No me voy a quedar aquí esperando! ¡Así que sí!

Los otros dos vehículos que nos custodian paran y seis hombres armados hasta las cejas salen de los vehículos. Guillermo ordena a dos de sus hombres que me custodien y lanza las órdenes oportunas para rastrear el monte.

Yo casi me descalabro en varias ocasiones, pero sigo mi búsqueda como si mi vida dependiera de ello. A ver, yo he sido tráfuga, ¿dónde me escondería yo si merodeara por aquí?

A lo lejos veo unos matorrales. Guillermo y sus hombres están mirando por otro lado. Yo decido ir hacia los matorrales, en donde, tras apartar algunas ramas, veo un recoveco entre las piedras. ¡Es una gruta!

- ¡Guillermo! – Grito y después entro. Para que sepa que estoy buscando ahí.

Guillermo me grita que no entre sola y lo ignoro. Los hombres que me custodian no siguen mi paso, puede que por miedo o porque sean más precavidos que yo. Entonces siento una mano tapándome la boca.

- ¿Qué quieres? ¿A qué has venido? – Me pregunta y me gira la cara para que lo mire y le conteste. ¡Es Enrique! – ¡Tú! – Grita. – Vienes a por ese facha de mierda, ¿verdad? ¡Al final lo protegías!

- Escúchame, cálmate. Ahí fuera hay muchos hombres con mucho poder buscando al señor Mendoza. – Trato de calmarlo. – Si lo devuelves con vida haré lo posible para que no te pase nada. – Quiere creerme, lo sé, está temblando y teme por su vida. – Dime dónde está, por favor. – En ese momento entra Guillermo en la gruta con varios hombres.

- ¡Maldito rojo! ¡Suéltala! ¡¿Dónde cojones está mi hermano?! – Enrique tiembla y pone un cuchillo sobre mi cuello y yo contengo la respiración.

- Si lo digo, ¿qué hará que no me matéis? – Contesta asustado.

- Guillermo, relájate. No quiere hacer daño. – Digo intercediendo a favor de Enrique.

- ¡¿Qué dices?! ¡¡Dime qué has hecho con Alejandro, sucia rata, o te reviento los sesos ahora mismo!!

- Se lo devolveré con vida si me deja salir de aquí, con ella. – Aprieto los ojos.

- ¡Ni hablar! – Grita Guillermo.

- Está bien. – Contradigo yo.

- Señorita López, no podré protegerla si sale de aquí con este salvaje.

- Sé lo que hago, señor Mendoza. Voy a salir con él y traeré a Alejandro de vuelta. – Enrique afloja un poco el cuchillo de mi cuello. – Sé que no quiere hacerme daño. Sé que quiere seguir vivo. Porque si me pasara algo a mí o a Alejandro, este hombre no debe ser tan estúpido de creer que se

librará de una muerte dolorosa y lenta. Pero si, por el contrario, me devuelve a Alejandro sano y salvo, le dejaremos ir en libertad.

- ¡Lo devolveré con vida, lo prometo! – Asegura Enrique muerto de miedo. Supongo que esta es la vez que más cerca ha encarado la muerte en toda su vida.

Guillermo da la orden a sus hombres de salir de la gruta, después sale él y tras él salimos Enrique y yo. Enrique se gira constantemente a todos lados sin soltarme del cuello. No se fía de ninguno de los hombres de Guillermo ni de Guillermo tampoco. Pero yo sé que Guillermo no será tan estúpido de poner la vida de Alejandro en riesgo.

Enrique tira de mí monte abajo, cubriéndose conmigo, mientras Guillermo y sus hombres nos observan desde arriba.

- ¡Tienes diez malditos minutos para que aparezca mi hermano o te abriré la tapa de los sesos! – Grita Guillermo. Algunos de sus hombres comienzan a seguirnos a la distancia, para no perdernos de vista. Siento el cuchillo afilado sobre mi garganta, pero no temo por mi vida. Sí lo hago por la de Alejandro.

- ¿Con que señorita López? – Me increpa Enrique al oído cuando ya no pueden oírnos los hombres de Guillermo.

- Tenía que sobrevivir, Enrique.

- Creo que ese tal Alejandro te preocupa más que sólo tu supervivencia. Y sea como sea, yo también quiero eso, sobrevivir. – Me dice mientras nos acercamos a un riachuelo. – De hecho, te podría delatar ahora mismo y ganarme la confianza de esos putos fachas.

- Si me delatas habrás jodido a la única persona aquí que quiere tu libertad. A tu única aliada.

- ¿Aliada? ¡Si te follas a un facha! Pero tienes razón. Espero que algo haya calado en ti de las enseñanzas de tu padre. Él si era un buen hombre. Se moriría si te viera con un facha como Alejandro Mendoza.

- ¿Sabes algo de él? ¿Sabes algo de mi familia?

- ¿Cómo? ¿Le ha pasado algo a tu padre? – Parece sorprendido y yo le miro asustada. – Ya estamos aquí. – Miro a todos lados. Los hombres de Guillermo y Guillermo mismo nos observan desde arriba de la colina.

- ¿Aquí? ¿Dónde está? ¡Dime dónde está! – Enrique mueve la corteza de un tronco gigante. Lo que mis ojos ven tras ese tronco es el horror más grande que he presenciado en mi vida. – ¡¡¡Noooooooooo!!!

- ¡Alejandro! – Frente a mí tengo el cuerpo amordazado, maniatado y envuelto en sangre de Alejandro. Con los ojos cerrados, sin vida. Me tiro sobre él y lloro amargamente. – ¡¡Alejandro, Alejandro!! ¡Despierta mi amor! – Lloro mientras sacudo su cara. – ¿Qué has hecho, desgraciado? – Grito a pleno pulmón a Enrique con toda la rabia de mi corazón. Enrique me mira sin dar crédito.

- ¡Yo no he sido! ¡Yo lo dejé vivo!

- Alejandro, mi amor. Abre los ojos... te lo suplico. – Me echo sobre su pecho y lo abrazo con fuerza. – Por favor... no. No me dejes. No soy nada sin ti. – Le quito la mordaza de la boca y lo beso con todo mi amor. No puede ser. Lo he perdido. Lo he perdido para siempre. No... No puedo dejar de besarlo. No. Quiero que despierte. Lo olvidaré todo. Empezaré desde cero con él. Aguantaré su demonio cuando aparezca. Haré lo que sea. – Alejandro, di algo mi amor. – Vuelvo a besarlo envuelta en llanto y de pronto creo que escucho un gruñido. ¡Está vivo! – ¡Alejandro, soy yo, Ángela! ¡Mírame, por favor! – Abre los ojos un poco.

- Án... gela. – Susurra.

- Sí, mi niño, soy yo. – Digo más que feliz mientras me limpio las lágrimas de los ojos. – ¡¡Guillermo!! – Grito. – ¡Está aquí! ¡Necesita ayuda! – Me giro y veo a Enrique mirar hacia todos lados, asustado. – Corre, Enrique. Más te vale que corras o yo misma te mataré. – Le digo fieramente. Enrique me hace caso. Lo veo correr hasta que suena el estruendo de un disparo y cae al suelo. Supongo que muerto. No lo sé ni me importa. Sólo tengo ojos para Alejandro. – Vamos, mi amor. Vámonos a casa. – Le quito las cuerdas de las manos y trato de levantarlo, pero no puedo. Es peso muerto. Segundos después Guillermo y sus hombres están junto a mí. Entre todos consiguen cargarlo y llevarlo hasta el coche de Guillermo. Por el camino no puedo evitar mirar en dirección hacia donde yace el cuerpo sin vida de Enrique y me estremezco. Al llegar al coche yo me siento en la parte trasera, con la cabeza

de Alejandro recostada sobre mis piernas. Antonia, que estaba en el coche esperando, se espanta al ver así a Alejandro y se sienta en la parte delantera junto a Guillermo.

- Gra... cias. – Dice Alejandro con mucho esfuerzo y comienza a toser. Hace un gesto de dolor. Supongo que lo han golpeado por todos lados.

- Shhh, no hables Alejandro. – Digo acariciándole el pelo.

- Hermano, por poco no lo cuentas. Mañana mismo mandaré a mis hombres a rastrear la zona y limpiarla de sucios rojos. Tienes suerte de haber encontrado una mujer como Ángela. – Dice Guillermo y yo me sorprendo. Miro a Alejandro que me dedica una mirada cansada pero tierna. – Ella ha sido la que ha organizado tu rescate. – Alejandro hace un ruido y después parece perder la consciencia.

- Alejandro. ¡Alejandro!

Al llegar a la casa de Alejandro, Antonia sale corriendo en busca del médico. Francisco y Pedro suben a Alejandro a su habitación y yo les sigo sin parar de llorar. Recuestan a Alejandro en su cama y yo comienzo a desvestirlo para evaluar los daños. No ha recuperado la consciencia y eso me preocupa. Tiene moratones por todos los rincones de su precioso cuerpo. ¡Dios mío, casi lo pierdo! Sólo unos minutos más y... no puedo ni pensarlo. El médico llega cuando estoy lavando su cuerpo y Guillermo me pide que salga de la habitación para dejar al médico hacer su labor. Me cuesta un mundo separarme de él, pero finalmente lo hago, cogida de la mano de Guillermo, que me lleva hasta la cocina.

Soy un mar de lágrimas. Los minutos se me hacen horas mientras espero en la cocina junto a Guillermo que el médico salga y nos dé su diagnóstico. Antonia me ha preparado una tila que yo observo sin enfocar la vista en nada en realidad.

- Tómatela, te sentará bien. – Guillermo me dice y me saca del trance. Le miro y me sonrío. – Me conmueve ver a una mujer tan exquisita preocupándose tanto por mi hermano.

- Él lo es todo para mí en estos momentos. – Suspiro. Es la verdad, no tengo a nadie más.

- Supongo que perder a tu padre habrá sido duro. – Me coge de la mano y la acaricia para consolarme y yo me escamo. Después recuerdo la historia que se inventó Antonia con respecto a mi padre. Si mal no recuerdo le dijo que era miembro de la CEDA y que había sido asesinado por rojos. – Y, ¿qué es de tu madre, Ángela? – Lo miro aturdida y triste.

- Murió también. – Agacho la mirada. Al menos eso es lo que siento. Que están muertos todos y que no me queda nadie más en este mundo.

- ¡Oh, vaya, lo siento mucho! Antonia mencionó que vivías con un primo, ¿es eso cierto?

- Ahora vivo aquí. Mi primo está en la guerra, como todos. – Me encojo de hombros. Odio vivir una mentira que cada vez se hace más y más enorme. – Ahora Alejandro es mi única familia.

- Tranquila. – Me vuelve a apretar la mano. Acto seguido se levanta y me levanta para abrazarme con ternura. Es el primer abrazo que me dan así en mucho tiempo y me sabe a gloria. – Si a Alejandro le pasa algo me haré cargo de ti. – Pego un brinco en sus brazos. ¡Oh, no! Alejandro es el único que puede hacer tal cosa. Él conoce de mi mentira, es mi protector.

- A Alejandro no va a pasarle nada. – Digo con fiereza. En ese momento escucho el crujir de las escaleras. ¡El médico! Me zafó de sus brazos de golpe y voy a su encuentro. – ¡Doctor, dígame cómo está! – Guillermo se pone tras de mí y me sujeta de los hombros para tranquilizarme.

- Está muy débil. A simple vista no parece que tenga daños en órganos internos, pero no está claro porque se queja mucho. Lo he sedado con éter. Lo mejor es que descansa, pero es necesario que se turnen en la vigilancia. Estas primeras horas son cruciales para que sobreviva.

- ¡Yo me quedaré con él! – Afirmo rotundamente.

- Podemos turnarnos, Ángela. – Se ofrece Guillermo.

- No voy a separarme de él, Guillermo.

- Bien, pues señorita López, esté atenta y, si ve alguna señal de peligro, no dude en avisarme cuanto antes. Yo estaré disponible y atento por si me necesitaran. – Dice el médico.

- Muchas gracias doctor Cifuentes. – Dice Guillermo que acompaña al doctor hacia la calle. Yo me quedo mirando las escaleras desde la parte inferior de ellas. Guillermo vuelve a mi lado cuando el doctor ya se ha ido. – Ángela, si quieres puedo quedarme contigo esta noche para cuidar a mi hermano juntos.

- No hace falta, Guillermo. Yo me ocuparé de ello. – Digo con una sonrisa amable.

- Bien, entonces me iré. Tendré que avisar a mi hermano mayor y a mi padre de lo ocurrido. Pero volveré a primera hora de la mañana a ver cómo sigue. – Guillermo me acaricia la mejilla con su pulgar y le sonrío. Asiento. No me hace ninguna ilusión conocer a esos sanguinarios, pero entiendo que no me queda otra opción. – Buenas noches, Ángela. – Guillermo me da un cordial beso en la mejilla de despedida y yo hago lo mismo. Acto seguido subo rápidamente las escaleras hacia la habitación de Alejandro.

Lo veo postrado en su cama, tan indefenso, debatiéndose entre la vida y la muerte y... siento que me moriría si algo le pasara. Sólo quiero que despierte. Lo quiero vivo. Con sus demonios, con sus miedos, con sus contradicciones, con todo. Con cuidado de no sacarle el tubo del suero que el médico le ha puesto me tumbo a su lado y lo acaricio con ternura.

- Te vas a poner bien, ¿verdad? Hazlo por mí. – Me abrazo a su cuerpo y lloro.

No sé en qué momento de la noche me duermo, pero ya es casi de día.

Abro los ojos y Alejandro está frente a mí sonriendo. Casi no puedo creerlo. Lloro de felicidad al verlo despierto, al verlo... bien. Ha sobrevivido y soy la mujer más feliz del mundo. No puedo evitar lanzarme a su cuello, pero... no puedo tocarlo. Su cuerpo parece etéreo, como si fuera... un fantasma. Una aparición. “¡Nooo!”, grito al comprender que está muerto.

Entonces despierto sobresaltada y Alejandro sigue inconsciente junto a mí. Lo beso en los labios y lloro en su boca.

- Tienes que despertar. – Susurro.

La mañana pasa y no abre los ojos. El doctor dice que no tiene buen

aspecto y que es posible que los golpes en la cabeza le hayan hecho entrar en un estado comatoso produciéndole algún tipo de derrame y no se sabe si tendrá algún tipo de secuela mental si despierta. Yo soy un maldito mar de lágrimas. Extraño tanto sus besos y sus abrazos que me estoy volviendo loca.

Antonia y los chicos están más pendiente de mí que de Alejandro y eso, a pesar de que me alaga, me molesta a la misma vez. ¡Tenemos que hacer entre todos que despierte!

Guillermo también ha vuelto para interesarse por su hermano y la verdad lo agradezco. Es el único que parece preocupado. Habla de él con cariño, aunque acuso cierta distancia entre ellos dos por sus palabras y me pregunto por qué será. Lo cierto es que creo que Alejandro se alegrará de verlo allí cuando despierte y sus palabras de apoyo hacia mí son un bálsamo bastante necesario. Se ha creído por completo mi mentira acerca de que pertenezco a la alta sociedad gracias al buen entrenamiento que me ha dado Alejandro y parece contento con la historia de que el descarriado de su hermano al fin se ha enamorado de alguien de bien. Y yo he decidido creerme esa historia también por si algo sale mal. Si Alejandro no sale de ésta lo recordaré como el gran amor de mi vida. Pero no hay nada que desee más que verlo despertarse y devolverme a la realidad confirmándome que nunca me ha amado ni lo hará, sino que soy sólo una compañía que necesita a su lado.

El momento más tenso sin duda es cuando Adolfo Mendoza padre y Adolfo Mendoza hijo hacen aparición por la casa de Alejandro. Guillermo insiste en presentármelos y me cuesta un mundo aparentar normalidad y simpatía frente a esos dos. Ellos llevan dentro el mismo demonio que Alejandro, pero, la diferencia es que a ellos sí que les ha controlado perpetuamente ese negro ser. Se les nota con solo mirarlos a los ojos.

El padre de Alejandro ni siquiera sube a verlo y apenas me mira de reojo. Se ve que desconfía de mí. Sólo da ciertas instrucciones con respecto a lo que hay que hacer con la herencia si su hijo muere y asume algunos cargos médicos. Después se va sin más. No puede ser más odioso.

Su hermano Adolfo sí que me mira, y lo hace con recelo. Creo que algo de mi historia con Alejandro no le cuadra y espero que no tenga la intención de averiguar qué es. Si Alejandro no sobrevive no me quedará cerca

de este monstruo. Agradezco su breve visita y me alegro de que no tengan ni él ni su padre un vínculo fuerte con Alejandro. En la despedida al fin me dirige la palabra.

- Tal parece que tienes algún tipo de vínculo con mi hermano mediano. ¿Quién eres y por qué no hemos sabido de ti? – Me pregunta seriamente.

- Su hermano Alejandro y yo nos estamos conociendo, señor Mendoza. – Respondo sin querer mirarlo fijamente. Este hombre me intimida todavía más que Alejandro. – Ambos nos procesamos un afecto especial.

- Creo que Guillermo también lo hace, ¿me equivoco? – Esta vez lo miro y lo hago sin comprender a qué se refiere. – Está bien, no importa. Averiguaremos de ti si mi hermano despierta, que lo hará. Es un Mendoza y no creo que una paliza de unas mariconas rojas sea suficiente para quitarle del medio. – No entiendo cómo puede ser tan frío e insensible al hablar de su hermano. Asiento porque no sé cómo narices reaccionar a ese comentario. – Sólo espero que no seas una caza fortunas o un veneno mucho peor para el obtuso de mi hermano Alejandro. – Me dedica una mirada entrecerrada que demuestra recelo. Yo también desconfío de ti, facha cabrón e insensible. Pero opto por sonreír.

- Alejandro lo es todo para mí. – Le doy un beso de despedida y parece que mi comentario lo serena un poco. Después vuelvo al interior de la casa.

Durante la cena, mientras el doctor está haciendo otro chequeo médico a Alejandro, Guillermo me mira con tristeza.

- Estás muy apagada y comes poco. Si quieres puedo llevarme a Alejandro a mi casa para que lo cuiden allí y podrías quedarte tú también. Mi casa también es grande, hay sitio para los dos. Así podría encargarme bien del cuidado de mi hermano y de... ti. – Lo miro extrañada. ¿Por qué quiere cuidarme a mí? Supongo que porque piensa que soy importante de verdad para su hermano y porque le alegrará ver que en su ausencia alguien cuida de una pobre chica sola como yo. Me alegra que al menos Guillermo se

preocupe de Alejandro.

- Eres muy amable, Guillermo. Pero no sé si es buena idea.

- Es una buenísima idea. Mi casa no está tan alejada del pueblo y tendremos al doctor muchísimo más cerca también por si hay alguna emergencia. Piénsalo. – La verdad es que es una buena idea para cuidar a Alejandro, pero, para mí no lo es tanto. Es meterme en la boca del lobo.

- Lo pensaré esta noche y mañana te diré la respuesta. – Me levanto y recojo mi plato. – Ahora es tarde y deberías volver a casa.

- ¿No vas a comer más? – Pregunta Guillermo extrañado.

- No, me voy a la habitación con Alejandro. No quiero que esté solo.

Me despido de Guillermo y me voy para la habitación de Alejandro. Sigue igual, inconsciente, ausente. Me pregunto al verlo con qué estará soñando, parece tranquilo. Voy a mi habitación un momento para ponerme el camisón de dormir y vuelvo con Alejandro, recostándome junto a él.

- Buenas noches, mi amor. Ojalá mañana pueda volver a ver por fin tus preciosos ojos verdes mirándome con esa profundidad tan hermosa. – Acaricio su rostro y me recuesto en su pecho. – Hoy ha sido un día raro. ¿Sabes? Tu hermano Guillermo parece un buen hombre y se preocupa por ti. Quizá nos vayamos tú y yo mañana para su casa. Allí podremos cuidarte mejor. Yo iré también, no pienso separarme de ti. Sé que en algún lugar de tu interior sigues estando ahí.

<< También conocí hoy a tu hermano mayor y a tu padre. – Alejandro hace un sonido ronco al respirar. Lo miro ansiosa. – ¿Me escuchas? ¿Estás ahí? ¡Oh, hazme alguna señal, por favor! – No hace nada. – No te preocupes, no creo que vuelvan mucho por aquí. – Vuelvo a acariciarle. – Sólo preocúpate por ponerte bien. Tienes que volver. Te necesito. Necesito volver a sentir tus besos, tus caricias, tu mirada y... me gustaría entregarme a ti. Quiero que tú seas el primer hombre en mi vida. Quiero que seas el único. ¡Oh, por favor, despierta!

16

Me despierto de repente al notar que el cuerpo de Alejandro da fuertes sacudidas junto a mí y comienzo a gritar asustada.

- ¡Alejandro! ¡Alejandro! ¡¿Qué te pasa?! ¡¡¡Antonia!!! ¡¡¡Francisco!!! ¡¡¡Pedro!!! – Me siento de rodillas en la cama junto a Alejandro y lo sujeto de los hombros, sin saber qué más hacer. – Por favor, no te mueras, por favor... – Apoyo mi cabeza sobre su pecho y lloro. Antonia y Francisco vienen en seguida y Francisco sale corriendo en busca del doctor. Yo me niego a separarme de Alejandro. – Alejandro, quédate conmigo, te amo...

Entonces el cuerpo de Alejandro deja de convulsionar y vuelve a parecer tranquilo. Yo estoy completamente desquiciada y Antonia se ofrece una y otra vez para hacerme una tila.

- Ángela, debes relajarte un poco, te va a dar un infarto, niña.

- ¡Antonia, en lugar de preocuparte por mí, preocúpate por él! – Señalo a Alejandro. – Lleva más de un día inconsciente y no da señales de mejorar. ¡Mierda! ¡¿Qué más podemos hacer?! ¡Vendería mi alma al diablo ahora mismo por saber cómo demonios hacer que vuelva! Antonia, trae agua tibia y una esponja. Voy a lavarlo bien.

- Ojalá el señorito despierte algún día y sepa lo que estás haciendo por él. Nadie nunca ha hecho algo así por él. – Miro a Antonia con tristeza.

- Porque nadie lo ha querido antes. Yo sí. – Vuelvo a mirar a Alejandro. Antonia me aprieta los hombros.

- Eso se ve. Pero no sé si este hombre merece tanto amor de alguien como tú, Ángela. – Vuelvo a mirarla, esta vez con rabia.

- Él no tiene la culpa de lo que ha vivido. No creas que tú o yo seríamos mejores que él si estuviéramos en su lugar.

- Está claro que no eres republicana si hablas así de bien de él. – Antonia se está abriendo demasiado conmigo. Más de lo que me gustaría.

- Republicana o no, antes que eso soy persona. Y tú también. Este hombre ha cuidado de nosotras lo mejor que ha sabido hacerlo y se ha esforzado en darnos lo mejor de sí mismo. Sí, sé que a veces es muy duro, pero con quien es más duro es consigo mismo. Y yo no tengo a nadie más que a él, Antonia. – Señalo el cuerpo dormido de Alejandro. – Y voy a hacer por él lo que no he podido hacer por mis otros seres queridos. Sea de la ideología que sea. Haya cometido los errores que haya cometido en el pasado. – Antonia asiente, se da media vuelta y se va a por el agua tibia y la esponja.

Con mucho esfuerzo, consigo asear bien el cuerpo de Alejandro. Las heridas están cicatrizando bien. El médico viene y poco después también lo hace Guillermo, a quien he mandado llamar. El doctor dice que las convulsiones pueden haber sido provocadas por algún sueño incómodo o mal recuerdo, pero que parece estable, dentro de su inestabilidad...

Con la aprobación del doctor, finalmente, opto por trasladar a Alejandro a casa de Guillermo, siempre y cuando yo pueda quedarme allí también. No quiero perderlo de vista. Guillermo accede encantado y decido llevarme a Antonia también conmigo. No sé por qué, pero creo que necesitaré algo de compañía de confianza.

Guillermo me ayuda encantado a trasladar mis cosas y las de Alejandro a su casa. Parece contento con la idea de poder cuidar a su hermano.

Me ha instalado en una habitación junto a la que ha instalado a Alejandro. Ha puesto a dos enfermeras cuidando de él día y noche, algo que no me hace mucha ilusión, pero que es necesario. La verdad, quisiera cuidarlo yo misma.

Por la mañana, Guillermo y yo damos un paseo por los jardines de su preciosa casa y trata de averiguar algo sobre mí. Yo sólo me centro en hablar de mis preferencias como la lectura, la pintura y mi curiosidad por el cine, aunque no he visto una película en mi vida. Él me muestra después su despacho, lleno de libros, y me da carta blanca a coger el que quiera para leer, con la excepción del montón de libros que tiene en su mesa, pues tiene la intención de destruirlos. ¡Es una biblioteca increíble! Mi padre disfrutaría

mucho aquí. Con mi dedo índice acaricio el lomo de algunos libros y me detengo en uno que solía leerme mi padre de pequeña; las mil y una noches. Lo tomo entre mis manos y acaricio el cuero de su portada, recordando las noches en las que mi padre solía leerme partes de esta preciosa historia para dormirme, pero en realidad me mantenía todavía más despierta por la emoción que suscitaba en mí. Ahora que lo pienso, la historia de Scheherezade y Shahriar tiene su paralelismo con Alejandro y conmigo. Lo aprieto contra mi pecho.

- Una historia apasionante. – Comenta Guillermo. Su comentario me saca de mi ensoñación.

- Sí... me recuerda a mi padre. Solía leérmelo de niña.

- Te lo regalo. – Lo miro extrañada. Guillermo se me está pareciendo peligrosamente a Alejandro. No quisiera que se confundiera conmigo. Es muy guapo, sí, y parece un buen hombre, también, pero no es mi otra mitad. Niego con la cabeza. – Vamos, es poco el precio por haber cuidado tan bien de mi hermano. Y significa mucho más para ti que para mí.

- Guillermo, yo cuido de tu hermano porque es lo más importante que tengo en la vida ahora mismo. Si lo pierdo a él, lo pierdo todo. – Guillermo traga saliva.

Después decido salir de su presencia y me meto en mi habitación para leer un poco. Con la puerta abierta, para estar pendiente a Alejandro.

Desde mi sillón, en mi habitación, veo la cama en la que él está recostado y cuidado por las enfermeras. Cada día está más lejos de mí. Suspiro.

Durante la comida decido que voy a comer en la habitación de Alejandro. Estoy empezando a perder los nervios al ver que no despierta. Allí paso la tarde también, leyendo de vez en cuando el libro que me ha regalado Guillermo. Antonia viene a hacerme algo de compañía, pero al atardecer decide volver a casa de Alejandro para ver cómo está su marido y los muchachos. Cuando está anocheciendo Guillermo decide acompañarme para ver cómo sigue su hermano.

- Ya debería haber despertado... el doctor piensa que si sigue así el

daño mental será más que seguro. – Me dice y estallo en llanto al escuchar sus palabras. – Ehhh, tranquila. No he dicho nada. – Me abraza. – Lo siento, no debería hablar así de mi pobre hermano.

- No, no deberías. – Digo con la cabeza hundida en su pecho. – A veces siento que soy la única que quiere verlo vivir.

- ¡No digas eso! – Acaricia mi pelo. – Por cierto, para animarte te diré que mis hombres han encontrado a dos rojos más por los alrededores de donde encontramos a mi hermano. Seguramente contribuyeron a apresar a Alejandro. – Lo miro y me tensa. – Los han frito a tiros. – Me sonrío. Se supone que esa noticia me debería alegrar, no lo hace. Pero muestro una media sonrisa falsa.

- ¿Sabéis nombres? – Niega con la cabeza. – Ya veo... ¿no existe un registro de las muertes de republicanos? – En mi mente está rondando la idea de averiguar cómo sea sobre lo que ha ocurrido con mi familia.

- Mi hermano Adolfo tiene un amigo, Alfredo Ayala, que lleva el registro de esos bichos. – Trago saliva. Ese hombre... tendré que sonsacarle esa información si vuelvo a encontrármelo, antes de intentar vengarme de él de algún modo. Tampoco se me escapa el comentario despectivo de Guillermo hacia los “rojos”, pero eso ya no me sorprende. – Ángela, quiero decirte algo. – Lo miro expectante. – Si mi hermano... bueno... si Alejandro no despertara, yo podría hacerme cargo de ti. – Mis ojos se abren y doy dos pasos atrás alejándome de la cercanía de su cuerpo.

- No creo que eso sea apropiado, Guillermo.

- No digo que lo desee, entiéndeme, es mi hermano. – Dice volviendo a cogerme con sus brazos. – Pero también me preocupas tú. – ¿Yo? ¡Si apenas me conoce! ¡Esto no me está pasando! Pero sí... sus ojos brillan mientras espera mi respuesta.

- La verdad, Guillermo, no deberíamos estar hablando de esto cuando tu hermano está aquí. – Señalo a Alejandro. – Luchando por vivir.

- Eso no es un no... Pero tienes razón. Supongo que para ti debe ser muy duro verlo así.

- ¿Para ti no? – Digo en un tono de voz más enfadado del que debería.

- ¡Por supuesto que sí! Está bien. – Se pasa la mano por el pelo. – Ya es tarde, querrás ir a tu habitación a dormir.

- Prefiero dormir aquí, si no es mucho pedir. – Digo aún molesta.

- ¿Aquí? Bueno... no, claro que no me molesta. Pero puedo ponerle vigilancia nocturna.

- Prefiero quedarme yo. – Miro a Alejandro y casi puedo verle tenderme sutilmente sus dedos. – Quiero estar con él. Quiero hablar con él.

- ¿Hablar con él? Ángela él...

- ¡Él me oye, lo sé!

- De acuerdo, buenas noches. Mañana por la mañana nos vemos. Descansa. – Guillermo besa mi mejilla y yo le devuelvo el beso.

- Buenas noches. – Guillermo cierra la puerta y me giro en dirección a Alejandro. Parece tener mucho mejor aspecto. O son mis ganas de escuchar de nuevo su voz. El caso es que sí, parece más... vivo. Lo miro con la cabeza ladeada, intentando convencerme a mí misma de lo que veo. Me quito la ropa y me recuesto a su lado. – Alejandro, ya es hora de volver. – Le acaricio y me acomodo a su lado. – Te perdonaré lo de entregarme a ese burdel. Olvidaré que estuviste con esas mujerzuelas, aunque... ¡maldito estúpido, por qué tuviste que desquiciarme de esa manera! ¡¿En serio creías que eso era lo mejor si pensabas mantenerme en tu casa, contigo?! ¡Puedo asumir que te pertenezco, que tengo que complacerte! Pero... ¡¿En serio tenías que humillarme tanto?! ¡No! ¡Estoy loca si creo que tienes solución alguna! – Me masajeo la frente mirando al techo. Después lo vuelvo a mirar. – Da igual, pero vuelve...

Le doy un beso en los labios de buenas noches y siento su carne más cálida. Lo miro por última vez y me duermo.

Abro los ojos y Alejandro me está mirando. ¡Ha despertado! Me mira con mirada lasciva y su sonrisa pícaro. Sus maravillosos ojos verdes brillan más que nunca. Vivos. Ansiosos.

- ¡Alejandro! – Grito y comienzo a llorar, emocionada.

- Hola pequeña. – De pronto se abalanza sobre mí y me atrapa con el peso de su cuerpo. Me besa cálidamente y yo me dejo hacer, explorando con mi lengua el interior de su boca hasta dar con la suya. – Dime que no sigues enfadada. Dime que eres mía. Sólo mía. Para siempre mía. – Suplica con mirada febril.

- Sólo tuya. – Digo jadeante. Sonríe y vuelve a devorar mis labios. Con sus manos dibuja mi cuerpo y siento sus dedos sobre mi sexo. Gimo. – Ahhh, te deseo tanto... – Gruñe en mis labios. De pronto siento su carne abrir la mía y grito ante la sorpresa.

- No te haré daño, mi amor. – Me dice y yo asiento, jadeante. Entra y sale de mi cuerpo sin parar de mirarme. Gimiendo en respuesta a mis gemidos. – Ahh, sí, Ángela. Te amo...

Estoy a punto de sentir un potente orgasmo, pero de un momento a otro sale de mí. Me mira serio.

- Alejandro, ¿qué pasa?

- Tienes que despertar. Es el momento. – Entonces lo sé. Es sólo un sueño.

- ¿El momento? ¡Oh, no! ¡No! No quiero despertar y ver que no estás. – Comienzo a llorar.

- Tienes que hacerlo. Despierta.

- ¿Por qué? ¿Qué veré? – No dice nada. Sonríe. No... ¿Por qué no habla? Siento sus labios sobre los míos. Siento su calidez, la humedad de su boca y aprieto los ojos.

- Ángela, pequeña. – Me resisto a abrir los ojos.

- No, no quiero que me dejes.

- Estoy aquí. – ¿Sigo soñando? Abro los ojos y veo los benditos ojos verdes de Alejandro mirándome con ternura. – Soy yo. Estoy aquí. – Me acaricia. ¿Es real? Estoy en shock. Mis ojos se llenan de lágrimas y no soy capaz de pronunciar palabra para no romper la magia de mi sueño, del que no

quiero despertar. – No te voy a dejar. – Vuelve a besarme. ¡Es él!

- ¿Alejandro? ¿Eres tú? – Asiente con una sonrisa mientras borra las lágrimas de mis ojos con su dedo pulgar. – ¡Oh, Alejandro! ¡Creí que te perdía! – Me tiro a sus brazos y gruño para ahogar un quejido. – ¡Lo siento! – Digo cuando me percató de que le he hecho daño.

- No lo sientas. Sólo te vas a librar de tu castigo por hoy, porque no tengo fuerzas para darte tu merecido. – Me río a la vez que lloro. – Eres mi ángel de la guarda. – Me acaricia. – ¿Qué haría sin ti? Por cierto, ¿dónde cojones estamos? – Dice extrañado, mirando a su alrededor.

- En casa de tu hermano Guillermo. – Levanta una ceja mientras me mira. No puedo creerme que esté despierto. – Es una historia larga, ya te la contaré. Debes estar hambriento.

- No sabes cuánto. – Dice volviendo a besarme y acariciándome con una de sus manos. – Te lo haría como un loco si tuviera fuerzas. – Dice pegado a mis labios.

- Para eso tengo que alimentarte primero con comida de verdad. – Le doy un rápido beso y me levanto de la cama, para vestirme y buscarle algo de comida. Me observa mientras me visto. Yo tampoco lo pierdo de vista.

- Eres un regalo para la vista. – Sonrío con picardía.

- Avisaré a Guillermo de que has despertado. Se alegrará.

- No, Ángela. Pasemos la noche en calma, los dos, y mañana será otro día. – Sus tripas rugen.

- Está bien, te traeré algo para comer. – Asiento feliz cuando ya me he vestido y le doy un rápido beso en los labios.

Voy a la cocina y vuelvo a la habitación todo lo rápido que puedo, rogando para que no haya sido una alucinación y siga despierto. Suspiro al volver a verlo mirarme de ese modo. No sé si es una alucinación, pero prefiero vivir sin cordura y con él. Sonrío y le tiendo un trozo bien grande de bizcocho y un vaso de leche, que se toma enseguida, pausadamente, pero con ganas. Cierra los ojos para saborearlo. Debe estar muerto de hambre.

Yo me siento a un lado y lo observo atónita y emocionada. Es la imagen más bonita que he visto en mucho tiempo; Alejandro vivo, comiendo, relajado y feliz. Cuando da el último bocado me mira.

- Gracias.

- No me las des a mí, lo ha hecho Antonia. – Sonríe. – ¿Quieres más?

- No. Ven. – Me hace un hueco junto a él en la cama. Yo me quito el vestido y me vuelvo a acurrucar junto a él con mucho cuidado de no herirle. – No me refería al bizcocho solamente. Gracias por salvarme la vida, por cuidarme, por... no odiarme. – Lo miro con prudencia. Debería odiarlo. Antes lo hacía. Ahora no puedo. He sufrido demasiado pensando que lo perdía. – Eres demasiado bonita para ser real. – Acaricia mi rostro y me besa. No puedo evitar soltar un suspiro en sus labios. He deseado tanto volver a besarlo... es un sueño. – Perdóname, por favor.

- No quiero pensar en eso ahora, Alejandro. Estás vivo. Estamos a salvo. Cuando te recuperes del todo habrá tiempo para que me expliques por qué hiciste aquello. Si quieres. ¿Cómo te sientes?

- Sorprendentemente bien. – Sonríe y yo también. – Me alegra que me vuelvas a llamar Alejandro. Duerme, estarás cansada.

Me recuesto junto a él y por fin, en muchos días, duermo con completa tranquilidad. Todo va a salir bien porque él está bien.

Abro los ojos con una sonrisa pintada en el rostro. Sonrisa que se esfuma al ver que Alejandro no está en la cama. Las vías del suero que tenía puesto están sueltas y yo me escamo. ¡Qué ha pasado! ¿Dónde está? ¿Habré soñado todo? Me levanto y me visto con rapidez. Ando de un lado a otro mirando en cada habitación hasta que, al fondo, en la cocina, escucho la voz de Alejandro hablando con su hermano Guillermo. Me oculto tras la pared y escucho la conversación.

- Alejandro, escucha. Estás débil, hermano. Deberías quedarte unos días en reposo y yo puedo cuidarte. – Le dice Guillermo.

- ¡Estupideces! ¿Cuándo me has cuidado tú a mí? Soy yo tu hermano mayor y, además, lo único que tú harás es ponerme vigilancia día y noche pagando a alguna enfermera. Eso también puedo hacerlo yo. No estoy arruinado, Guillermo. De todos modos, me encuentro bien. Un poco dolorido, pero bien.

- Bueno, pero me gustaría tenerte unos días aquí, conmigo. Hace mucho que no pasamos tiempo juntos.

- ¡Mira, Guillermo! ¡No me tomes por imbécil! ¡He visto muy bien cómo acariciabas a Ángela mientras dormía a mi lado! ¡No voy a pasar otra vez por eso! ¿Me entiendes? – Masculla Alejandro y yo frunzo el ceño extrañada. – He visto cómo la mirabas. ¡Olvídate de ella! ¡Ella es para mí! ¿Me oyes?

- Perdón, pensaba que seguías inconsciente... ¿La amas? – Pregunta Guillermo y yo contengo la respiración aguardando su respuesta. No dice nada. – Ya veo... otro capricho como Isabel. Escucha, esa muchacha no es como Isabel, ella merece algo mejor. Es una chica refinada y delicada y ha sufrido mucho por tu estado. No la hagas sufrir más innecesariamente.

- ¡Ja! ¡¿Qué sabes tú de ella?! La ame o no eso no es asunto tuyo. ¡Nada de lo que me atañe lo es! Ella ha sufrido porque no tiene a nadie más

que a mí. Ella me necesita. ¡A mí! Y yo a ella.

- Tú no puedes darle lo que necesita.

- ¡Tú no tienes ni puta idea de lo que Ángela necesita, estúpido panoli enamorado! ¡Apenas dos días a su lado y ya sientes que la amas? ¡Qué narices habéis hecho a mis espaldas! Mira, Guillermo, esta vez no voy a permitir que papá, Adolfo o tú os metáis en mi vida. ¿Ha pasado algo entre los dos? ¡Contesta!

- Nada, yo... no. No ha pasado nada, hermano.

- ¡Más te vale, Guillermo, porque en caso contrario me las vas a pagar! ¡Ella es mía! ¡¡Mía, maldita sea!! – En ese momento noto movimiento y me alejo todo lo que puedo de la cocina.

Entro por la primera puerta que veo. Cierro la puerta tras de mí. Estoy en el despacho de Guillermo. Mierda. ¿Cómo se supone que debo disimular aquí? Fácil. ¡Ponte a ojear libros, Ángela! No, joder, soy Aurora, Aurora. Ya no sé ni quién soy. La puerta se abre a mi espalda y yo cojo el primer libro que veo de una montaña que hay sobre una enorme mesa.

- ¿Qué haces aquí? – Pregunta Alejandro extrañado de verme en el despacho de su hermano.

- Tu hermano me dejó coger prestados los libros que quisiera. – Digo con sonrisa inocente encogiéndome de hombros. Alejandro se acerca a mí, con el ceño fruncido, y mira en dirección al libro que tengo entre manos.

- Y te gusta ese...

- Sólo curioseaba. – Mierda, es un libro de Lorca, bodas de sangre. No es el escritor preferido de los fachas... ¿Qué hace Guillermo con un libro de Lorca? Ah, sí, dijo que los de este montón eran para destruirlos. Lo suelto con cuidado en el montón en el que estaba.

- Creí que no sabías leer ni escribir. – Palidezco. Maldición. No recordaba que le dije eso a Alejandro. Lo miro con los ojos muy abiertos.

- Me gustan los dibujos. Me gusta el tacto de los libros y su olor. Y... no sé... me pareció un buen lugar donde meditar a solas. Tu hermano piensa

que soy de buena familia y que sé leer y escribir. – Me río tratando de parecer graciosa. Y ahí está esa mirada felina y fiera de nuevo de Alejandro. Está débil, pero sigue impresionando igual.

- Nos vamos a casa. Coge tus cosas. – Se da la vuelta sin más para irse.

- ¿Te he molestado? – Pregunto confusa. Él se gira y me mira. Vuelve de nuevo hasta mí. Muy cerca. Su semblante serio impone muchísimo.

- Dímelo tú. – Pasa su dedo índice por mi perfil hasta llegar a mis labios.

- No entiendo...

- ¿Hay algo entre mi hermano y tú, Ángela? – Arrugo la frente.

- ¡¿Qué?! ¿A qué viene eso?

- Dime entonces por qué está tan encandilado contigo. Tengo muchísimo que agradecerte, Ángela, pero no podré controlar mucho mi ira si me entero de que entre mi “hermano” y tú ha habido o pueda haber algo, ¿me entiendes? – Remarca mucho la palabra hermano. – Estoy seguro de que me entiendes. Ya me conoces bien.

- ¿Es esta tu manera de agradecerme todo lo que he hecho por ti? ¡Pensaba que me volvería loca si algo te pasaba! ¡Pensaba incluso que me estaba enamorando de ti! – Suelto sin pensar. Alejandro abre mucho los ojos. Se queda de piedra. – ¡Está claro que eso es imposible con alguien como tú! ¡Estaría loca! – Decido irme antes de arrancar a llorar en su presencia, pero Alejandro me agarra del brazo con fuerza y me exige con su gesto que me quede frente a él.

- ¿Por qué estarías loca? ¿Es que acaso piensas que no podrías amarme? ¿Acaso no soy tan hombre como cualquier otro? ¿No soy digno de ti? ¡Mírame, Ángela! – Me cuesta un mundo mirarlo. No quiero que vea en mis ojos lo muchísimo que me he encaprichado de él, no lo merece. Aunque no sea nadie sin él. Aunque casi me muero pensando que lo perdía.

- ¿De qué me serviría hacerlo? ¿Acaso cambiaría en algo la relación que hay entre tú y yo? ¿Dejaría de tener la obligación de obedecerte? ¿Me

daría algún puesto de honor en tu vida real, no sólo en la ficción? – Finalmente le miro y lo hago con seriedad. En sus ojos veo la duda y también mi perdición. ¿Por qué lo deseo tanto? Es tan bello por fuera... No me contesta. – ¿Ves? Sería una pérdida de tiempo y de energía por mi parte.

- No he contestado con una negativa. – Me sorprende. ¿Se plantearía algo real conmigo? ¿Una relación en la que yo tuviera voz y voto? Me cuesta creerlo. Busco la verdad en sus ojos, que tampoco saben qué quieren.

- Entonces, ¿qué? ¿Tengo que obedecerte si me dices que nos vamos ya? – Pregunto para saber si tengo esperanzas de decidir alguna vez a su lado.

- Sí. Recoge tus cosas. – Recupera la compostura y decide irse de nuevo, pero antes de hacerlo del todo se gira cuando alcanza la puerta. – Cuando recupere las fuerzas quiero hacerte mía. Sé que no te estoy preguntando, pero necesito saber si puedo confiar en ti. No quiero hacer el imbécil. – Y se va. Y yo me quedo paralizada. ¿Hacer el imbécil? ¿Por qué dice eso? ¿Piensa que me he follado a su hermano? ¡Es un estúpido! ¡Soy yo quien hace el imbécil sin lugar a dudas! Por enamorarme de alguien que no tiene corazón. “No te des por vencida con él”, me dice la voz de mi conciencia y yo intento evadirla con un manotazo al aire.

La despedida de Guillermo y Alejandro se hace algo tensa, aunque acabasen dándose un fuerte abrazo de hermanos. Creo que son los únicos que podrían acabar teniendo un vínculo familiar lo suficientemente fuerte y positivo, pero algo en el interior de ambos hermanos les impide conectar del todo.

Mi despedida con Guillermo es cariñosa. Creo que en el fondo no es tan mal tipo. Si soy justa, él me ha ayudado mucho a cuidar a Alejandro en sus horas más bajas, me ha tratado muy bien en su casa y ha puesto a mi disposición todos sus recursos en estos dos días.

Soy consciente de la cara de entierro de Alejandro cuando ve que abrazo con tanta amabilidad a su hermano, pero me resulta gratificante. Un poco de celos no le vendrá nada mal, a pesar de su mal genio y de lo mal que gestiona las sensaciones negativas, él debe aprender a que uno no debe hacer sentir a los demás lo que a uno no le gustaría sentir. Aunque me dé miedo su reacción posterior, tengo que ser valiente con esto.

Sé que por ese motivo no me habla mucho hasta llegar a su casa. Sé que debe tener un debate interno acerca de mí. Sé que no le soy indiferente del todo. Pero necesito que se abra de una vez y se exprese libremente sobre qué soy para él.

Los muchachos se alegran mucho de verlo bien al llegar a casa. ¿Ves Aurora? Lo quieren también. Será por algo...

Yo me voy directamente a mi habitación a colocar mis cosas y a la hora de comer, nos sentamos a la mesa Alejandro y yo.

- Estás muy seria. – Me dice.

- ¿Yo? Creí que eras tú el que estaba enfadado...

- No estoy enfadado, al menos no lo enfadado que estaría si descubrieses que me traicionas. – Levanto una ceja. – Mira. No me gustaría nada pensar que entre mi hermano y tú...

- ¿Otra vez con eso?! ¿Qué te hace pensar que yo te haría algo así? – Suelto la cuchara en la sopa y lo miro seriamente.

- No creo que lo hayas hecho.

- Bien, entonces, ¿cuál es el problema?

- El motivo. – Frunzo el ceño y lo miro esperando a que me aclare a dónde quiere llegar a parar. – No lo has hecho porque me temes. No lo has hecho porque sabes que yo soy tu dueño. Pero, ¿quién me dice que no lo desees?

- ¿Desde cuándo te importa a ti lo que yo desee? – Le acuso.

- ¡No me hables así, Ángela! – Me señala con el dedo.

- Parece que te encuentras mucho mejor, por lo que veo. – Le pongo los ojos en blanco y vuelvo a dedicarme a mi comida.

- ¿Te gusta mi hermano? – Este hombre es realmente estúpido. Mastico mirando en su dirección y decido no contestar. De verdad deseo que sienta celos y se ponga en mi situación por lo que yo sentí cuando se folló a esa mujercuela en su cama a pocos metros de mí. – Contéstame, no me hagas perder la paciencia.

- Señor, yo sólo estoy aquí para complacerlo a usted. – Sonrío falsamente. – Así que cuando guste de mis servicios, hágamelo saber. – Me levanto y dejo mi plato en el poyete.

- ¿No piensas contestarme? Ángela, te estás librando de una paliza porque eres una menor, porque, aunque no tenga muchas fuerzas, las sacaría ahora mismo para darte una buena zurra. – Me dice mientras yo estoy de espaldas a él. Me giro y vuelvo a desafiarle con la mirada.

- No, señor. No soy menor. En eso también le mentí. – Abre los ojos como platos. – Dentro de dos días es mi cumpleaños y cumpliré veinte. Toda una mayor de edad. Así que, si quiere pegarme, adelante. Está en su derecho como mi dueño. – Digo dando dos pasos en su dirección hasta plantarme frente a él. Alejandro se pone en pie en seguida y me mira serio.

- ¿Por qué demonios me mentiste? – Sus ojos expulsan llamaradas. Lo estoy tentando demasiado.

- Para protegerme de amos maltratadores y sin escrúpulos. – Contesto igual de desafiante.

- ¿Eso crees de mí? ¿Que soy un maltratador sin escrúpulos?

- Depende del día. A veces pienso una cosa de usted, a veces otra.

- Deja de provocarme, Ángela. Estoy a punto de perder la paciencia. En casa de mi hermano dijiste que pensabas que te estabas enamorando de mí. ¿Era eso cierto? ¿O es otra de tus mentiras para protegerte de un maltratador sin escrúpulos?

- ¿Quién sabe? – Ni en sueños le diría lo que siento por él.

Alejandro expulsa el aire por la nariz con fuerza y me agarra del pelo con firmeza. No me hace daño, pero casi. Me inmoviliza y me mira con furia. Está furioso. Pero no es el demonio el que me mira ahora mismo. Es sólo Alejandro perdiendo el control. El demonio ya me habría pegado o vejado.

- Quiero que me lo digas.

- Temí mucho por su vida, señor. Supongo que al no tener a nadie más en la vida, sólo a usted, me obliga a pensar que lo quiero. – Digo un

poco asustada y enseguida me creo mis propias palabras. Lo quiero porque no he tenido otra opción.

- Temiste por la vida de un maltratador sin escrúpulos... – Me dice con la voz temblorosa y juraría que con los ojos llorosos. – No me has perdonado, ¿verdad?

- Estoy aquí, ¿no? – Me encojo de hombros y aparento frialdad.

- ¿A dónde irías si no? Escúchame. Quiero saberlo. ¿Te resultaría tan horrible amarme? – Pregunta sorprendiéndome, con una mirada suplicante y rozando con la yema de su dedo índice mi mandíbula.

- ¿Para qué quieres que haga tal cosa, Alejandro? – Vuelvo a tutearlo. – ¿Estás dispuesto a verme como algo más que tu esclava sexual?

- ¡Ja! Si fueras mi esclava sexual te lo habría hecho más veces que días tiene el año, Ángela. Creo que he atendido a tus peticiones de respeto más de lo que me gustaría.

- Y dime, ¿cuál es entonces mi función en tu vida? ¿Qué soy para ti, Alejandro? – Me mira evaluando su respuesta.

- Eres mi compañera. La persona con quien comparto todo.

- Tu compañera de cama...

- Creo que te he demostrado que eres mucho más que eso para mí. – Afirma ofendido.

- ¡Ah sí, olvidaba lo que me demostraste cuando me abandonaste en ese burdel! – Le reto furiosa.

- Jamás me perdonaré por ello, Ángela. No vuelvas a nombrarlo. – Ahora me acaricia las mejillas con la yema de sus pulgares. – Créeme que significas mucho para mí.

- ¿Qué me estás queriendo decir, Alejandro? – Me está despistando. No entiendo dónde quiere ir a parar. Se queda callado. ¿Qué le pasa? No habla, sólo me mira.

- Nada. Voy a salir a arreglar unos asuntos. – Dice dándose media vuelta.

- ¡¿Qué?! ¡Estás todavía débil! ¡No deberías salir! – Grito consternada. Alejandro se da la vuelta antes de salir y me sonrío.

- No tardaré. Será algo rápido.

Se va y, tal y como prometió, vuelve a casa pronto. Cuando lo hace dice estar cansado. Yo le echo una reprimenda por su insensatez de salir habiendo estado tan grave. Pero en lugar de ofenderse o avergonzarse por mi regañina, parece estar esforzándose en contener la risa. Después de aguantar mi chaparrón decide irse a la cama a descansar a su cama.

La tarde se me hace lenta y aburrida sin nada que hacer. Las tardes que he pasado con Alejandro mientras me adiestraba para parecer de clase alta eran más amenas. Incluso cuidarlo cuando estaba mal lo era. Pero pasar las horas muertas sin saber qué hacer es aburrido. Sobre todo, si no puedo ni siquiera salir de casa.

Al menos, Guillermo pasó un rato por casa para ver cómo seguía Alejandro y tomamos un café juntos. Ahora que ambos estamos más tranquilos y Alejandro ha vuelto, he decir que Guillermo parece un buen hombre y tiene una conversación entretenida. Pero su visita fue breve y el entretenimiento también.

A la hora de la cena estoy yo sola en la mesa. Los muchachos siempre comen y cenan en la casona que hay tras la casa de Alejandro, donde viven. Esta noche parece que tienen fiesta. Les envidio. Escucho sus risas y cánticos desde la cocina y, finalmente, asfixiada por tanto tedio, me levanto de la mesa y me dirijo hasta la casona de los muchachos.

Llamo a la puerta y todos callan de golpe. Rodrigo es quién me abre con cara de póquer, mientras que Pedro, Alfonso, Antonia y Francisco me miran con cara de inocentes desde el interior del pequeño salón.

- Hola, ¿necesitas algo? – Pregunta Rodrigo.

- Hola chicos. Yo... no quería interrumpir...

- Pues, ¿qué va a necesitar? – Grita Antonia divertida al verme. – ¿No es obvio? ¡Un poco de diversión! ¡Anda pasa! – Le sonrío agradecida y entro. Me siento en la mesa y Pedro coloca un vaso de aguardiente frente a mí.

- Yo... no he bebido nunca. – Afirmo observando el vaso. Por una parte, tengo ganas de beber, por otra, temo cuál será mi reacción ante ese nuevo estímulo.

- ¡Pues es la mejor manera de olvidar los males! – Me anima Antonia. Tiene la voz achispada. Ellos han estado bebiendo también.

- ¿Alejandro os deja? – Curioseo mientras doy un trago al vaso. ¡Siento mi garganta arder! – ¡Puag! ¡Esto está asqueroso! – Exclamo soltando el vaso en la mesa.

- ¡Vamos, Ángela! ¡Bebe! No te preocupes por el demonio ese, le metí somníferos en la comida y dormirá un buen rato, ¡jajajaja! – Exclama Antonia.

- ¡Antonia! – Le regaño, pero me echo a reír enseguida.

- Vamos, Ángela, bebe. – Me dice Alfonso risueño mientras da un buen

trago a su vaso. ¡Se ha tomado todo de un trago! – Tú también puedes hacerlo. – Me guiña.

- ¡Tápate la nariz y es más fácil! – Me anima Pedro. Los miro, miro al vaso y, con toda la decisión del mundo, me bebo su contenido de un solo trago. Comienzo a toser y Alfonso me da unas palmaditas en la espalda. – ¡Muy bien! ¡Ahora otro! – Pedro rellena mi vaso de nuevo.

- ¿Quieres una calada? – Alfonso me ofrece de su cigarrillo.

- Vale. – Digo conforme. Es la primera vez en mi vida que cometo tantas travesuras seguidas. Ya he probado el tabaco antes y sé fumar, pero sólo lo he hecho en las fiestas del pueblo. Alfonso se sorprende al ver que sé fumar y no toso.

Con el segundo vaso de aguardiente la habitación comienza a tambalearse frente a mis ojos. No paro de reír y me duele hasta la mandíbula de hacerlo. No sé cómo pueden tener tanto aguante al alcohol estos. Rodrigo comienza a cantar y Antonia y Francisco se ponen a bailar al ritmo de su melodía. Alfonso me saca a bailar a mí, dándome vueltas por todos lados. Me estoy mareando, pero me estoy riendo más que en toda mi vida. Doy otro trago de aguardiente y continúo mi baile, esta vez con Pedro.

Me cuesta hablar, no obstante, consigo decirle a Pedro que ahora tiene dos narices y me río. Me río muchísimo. Todo da vueltas. ¿Qué hora es? Las tres de la madrugada ¡Jajajajaja! Quiero otro trago, pero Pedro no me suelta. De pronto, un estruendo suena. Se abre la puerta de par en par y aparece Alejandro con cara de estar poseído por el mismísimo satanás. Yo me tapo la boca para aguantar la risa. Los demás parecen asustados, ¿qué? ¿Qué pasa? Su mandíbula se desencaja.

- ¡Qué cojones...

- ¡Alejandro! – Me tiro a sus brazos y lo abrazo con fuerza. – Ven, baila conmigo. ¡Vamos! – Tiro de su brazo y me sigue sin saber muy bien qué está ocurriendo con la mirada más fiera que he visto en mi vida y... también la más sexi. – ¡Venga, Rodrigo, sigue cantando! ¿Pero qué os pasa a todos? ¡Si estábamos en lo mejor! – Miro a Alejandro y le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa. Imito su cara de entierro. Ahora parece que aguanta la risa.

- Estás borracha. – Masculla.

- ¡Correcto! ¡Qué divertido, Alejandro! ¡Jamás me lo había pasado tan bien! Vamos, baila, hombre. – Me agarro a su cuello. Ahora sí que sonrío abiertamente, para mi sorpresa.

- Pensé que te habías escapado. No estabas por ninguna parte. Me asustaste... Y te encuentro aquí, borracha como una cuba y bailoteando con mis empleados. – Le echa una mirada furiosa a Pedro, mi último compañero de baile, que agacha la cabeza, arrepentido por su conducta.

- ¡Ehh! ¡No hagas eso! ¡Por fin hago algo divertido en meses! – Alejandro frunce el ceño. – ¡Sí! ¡Aguantar tus constantes gruñidos cansa demasiado! ¡Eres un cascarrabias! – La boca de Alejandro hace una O perfecta y veo algunas caras escamadas de ver cómo le estoy hablando a Alejandro. Pero no me frena.

- ¿Tanto gruño? – Me agarra de la cintura cuando ve que estoy a punto de perder el equilibrio. Se me escapa una risa tonta y asiento con la cabeza. – Ya veo... ¿por qué no continuamos con la fiesta en mi casa? Tengo un tocadiscos. – ¡Al fin parece animado!

- ¿Un qué? – Pregunto extrañada.

- Un cacharro muy caro. Ven, te lo enseñaré. – Me coge en brazos y doy un grito divertida. – Bueno, ¿qué? ¿Os venís o no? – Pregunta al resto de muchachos. Todos asienten confundidos, pero me apuesto el cuello que también intrigados. Alejandro me lleva en brazos hasta el salón de su casa y yo cada vez estoy más animada. – ¿Con que quieres bailar? – Me dice con una mirada que jamás había visto en él y media sonrisa. – Está bien, no queremos que la jefa se aburra en la casa. – Me suelta en mitad del salón.

- ¿La jefa? – Me río. Él sigue sonriendo.

- No te había visto tan alegre nunca. – Me tiende otro vaso de aguardiente. Doy un pequeño trago.

- Ni yo a ti.

- Es el efecto que tiene en mí verte así. – Alejandro se acerca a un mueble y acciona una palanca. De repente comienza a sonar música por todo

el salón. Y se acerca de nuevo a mí, tendiéndome las manos. – Espero que no te importe bailar con un cascarrabias en pijama. – Vuelve a hacer que me ría. No sé si es el alcohol o que por fin lo veo como el joven que es. Miro a mi alrededor y todos comienzan a bailar animados. Jamás había visto esta casa tan llena de vida. Vuelvo a mirar a Alejandro. Él está permitiendo este momento sin poner trabas. Está controlando al demonio. Sin darme cuenta de lo que hago le estampo un caluroso beso en los labios y él contiene la respiración sorprendido. Pero me devuelve el beso con ganas. – Voy a tener que emborracharte más a menudo. – Dice casi sin aliento en mis labios. Me río. Entonces coge mi mano y comienza a darme vueltas por todo el salón. Apretándome después contra su cuerpo.

- Bailas muy bien. Si sigues sorprendiéndome así creo que sí podría enamorarme de ti. – Vuelvo a reírme y él me vuelve a atraer contra su cuerpo. Pegando su frente con la mía.

- Creo que ambos podríamos cometer esa insensatez. – Suspira. Mi falta de prudencia por culpa del alcohol hace que lo vuelva a besar. Mi lengua busca la suya con ansiedad. Gruñe. – Si sigues así te llevaré directa a mi cama. – Sonrío. Y, aunque sepa que me arrepentiré de mi conducta temeraria, busco con mi mano su entrepierna. Abre los ojos ante mi gesto. Está más que excitado.

- Si yo soy la jefa te ordeno que me lleves a tu cama ahora mismo. – Sin mediar más palabras me coge en brazos y me lleva con decisión hacia su habitación.

Por el camino me río de su falta de sensatez. Él no está bebido. Yo agradezco estarlo. No podría hacer lo que voy a hacer sin sentirme mal estando sobria. La luz de una inmensa luna llena entra por la ventana de su cuarto. Me suelta y ambos quedamos de pie el uno frente al otro junto a su cama. Me observa embobado, esperando mi nueva orden.

- Usted dirá, señorita López.

- Quítame la ropa. – Mi osadía crece por momentos. Él traga saliva y me da la vuelta para desabrochar los botones de mi vestido. Lo deja caer al suelo. Se aferra de los bajos de mi combinación interior y la sube lentamente haciéndome levantar mis brazos para facilitarle la tarea de desprenderme de

ella.

- Cuánto te deseo. – Dice en mi cuello apartándome la melena hacia un lado. Yo le doy acceso a mi cuello y comienza a besarlo con lentitud y pasión. Después rodea mis pechos desde la espalda y clava su erección en mi trasero. Gimo y me aprieto contra él. – Oh, dios. No sabía que podías ser tan sensual.

- Quiero quitarte la ropa ahora yo. – Me giro y le miro con hambre. Asiente con la cabeza.

Le quito primero la camisa y recorro con mis manos su maravilloso torso. Su respiración se acelera. Después voy agachándome hasta bajarle los pantalones y dejarlo completamente desnudo. Sin dejar de mirarlo introduzco su miembro en mi boca hasta escuchar que libera un gemido de éxtasis. No puedo cerrar los ojos, me mareo. He bebido demasiado. Así que rápidamente me levanto. Estamos frente a frente. Observándonos con deseo.

- ¿Estás segura de esto?

- Sí. – Se escuchan las risotadas y cantes de los muchachos desde el salón. Ellos siguen con la fiesta. Me hacen sonreír. – Haz que sea un bonito recuerdo de mi primera vez. – Le pido mientras acaricio sus labios. Suspira y se muerde el labio. Después cierra la puerta de su habitación y vuelve a ponerse frente a mí.

- No debería aprovecharme de que estás borracha. Mañana me montarás el numerito del siglo. – Dice divertido.

- No estoy borracha.

- ¡Como una cuba! – Nos miramos y estallamos los dos en una sonora carcajada. Me acerco y acaricio su mandíbula con mis labios.

- Sé muy bien lo que hago. – Llego a su boca y nos devoramos ansiosos. – Llevo queriendo hacer esto mucho tiempo. – Mis manos recorren su espalda.

Alejandro se aferra a mi pelo y me empuja hasta tirarme en la cama, colocando perfectamente su cuerpo entre mis piernas. Estoy gimiendo a un volumen mayor del que me permitiría si estuviese sobria. Pero la expectación

me atrapa y me seduce. Siento sus labios por mi cuello, por mi hombro, en mi pecho... se detiene en él y juguetea con su lengua y mi botón rosado, consiguiendo que aumente de volumen, como si quisiese adentrarse más en su experta boca. Sus dedos se deslizan por mi sexo y estoy a punto de explotar. Entonces levanta su cara hasta ponerla frente a la mía y apoyando sus codos a ambos lados de ésta. Me mira fijamente. Le observo jadeante.

- No te haré daño. – Promete y lo siento entrar en mí de un solo movimiento. Aspiro todo el aire que mis pulmones admiten ante la sorpresa y noto como su carne abre la mía. Sale despacio sin dejar de mirarme. – Eres preciosa... te deseo. – Vuelve a entrar y el dolor desaparece siendo sustituido por una divina sensación. Aprieto los ojos para saborearla y gimo. – Ahhhh, ¡cómo te he deseado, Ángela! – Vuelve a salir de mí y vuelve a entrar, pero esta vez no espera tanto. – Mmmm... Dime que te gusta tanto como a mí. ¡Dios, eres exquisita!

- Ahhh, síiii, sigue, no pares. – Arqueo mi cuerpo para recibirlo del todo. Esto no puede ser algo prohibido. Esto no puede ser algo malo.

- No... ni lo sueñes, no pienso parar. – Dice en un gruñido. Aumenta su ritmo en mí y yo grito de placer. Estoy muy cerca de explotar. De pronto para. Abro los ojos. ¿Qué pasa? – Ángela, no te me vayas nunca. No me abandones. – Suplica y yo me quedo congelada.

- No lo haré. Te amo... – He dicho sin pensar. Alejandro se muerde el labio inferior sellando una sonrisa que quiere salir. – Seré suya, señor. – Levanto mi cabeza para buscar sus labios y los muerdo. Alejandro vuelve a empujar tímidamente en mi interior y gime.

- Te amo, pequeña diabla. – Confiesa en mis labios y vuelve a devorar mis besos, creo que para evitar tener que mirarme a los ojos y ver mi cara de estupor. Vuelve a avivar su baile en mi interior sin dejar de besarme y yo me siento subir y volar en una espiral de placer y de amor divino. De pronto exploto con intensidad a su alrededor.

- Ahhhh, ¡Alejandro! – Él también gruñe fuerte mientras que apoya su frente en mi pecho y siento sus fluidos en mi interior.

- ¡Dios, Ángela! ¡Ahhhhh! – Me mira y yo aún estoy sin respiración.

Sujeta con una de sus manos mi cara y me da un fuerte beso. – Eres sólo mía.
– Poco a poco sale de mí y se recuesta a mi lado, haciendo que me recueste sobre su brazo y sin dejar de besarme.

- Sabía que si querías podías ser encantador. – Pronuncio muy bajito.
No sé por qué me pesan tanto los ojos.

- ¿Estás bien? ¿No tienes molestias? – Lo miro con mucho esfuerzo y sacudo la cabeza sonriente. Me sonrío y besa la punta de la nariz. – Llevaba dos meses soñando con este momento. Agradezco que hayas sido tú la que me lo pidiera, no hubiera disfrutado tanto si hubiera sentido que te obligaba. Porque, tú lo deseabas como yo, ¿verdad?

- Mmmm. – Sólo consigo pronunciar un sonido grave tratando de asentir. Un segundo después estoy completamente dormida.

Me despierto en mitad de la noche muy mareada. ¡Dios, me quiero morir! Me siento en la cama. ¿Estoy en la cama de Alejandro? ¡Joder, sí! Los últimos recuerdos de mi consciencia asoman por mi mente y me tapo la boca. Después me río como una estúpida. ¡Maldición, todavía estoy borracha! Tengo el estómago hecho un desastre. El brazo de Alejandro me sorprende cogiéndome por la cintura y arrastrándome hasta él, hasta quedar recostada de espaldas a él.

Hace un ruidito muy sensual en mi cuello y en mi oreja y comienza a oler mi pelo. Acabo de encenderme muchísimo. Los recuerdos de la pérdida de mi virginidad acentúan mi excitación. Siento su erección en mi trasero y sin pensarlo estoy aplastándome contra su miembro, revolviéndome excitada. Alejandro vuelve a gruñir en mi oreja y comienza a darme seductores besos por el cuello mientras la mano con la que sujeta mi cintura va descendiendo hacia mi sexo. ¡Por favor, esto es increíble! Comienzo a gemir de nuevo con su mano acariciando mi sexo, su aliento y sus besos en mi cuello y su duro sexo rozándose con mi trasero apretándose contra mí.

- Quiero más. – Susurra en mi oído. – Déjame hacértelo otra vez.

- Mmmmm, por favor, hazlo. – Digo en un susurro. Me levanta un poco de las caderas y vuelvo a sentirlo deliciosamente en mí de nuevo. Esta vez es más exquisito y no hay molestias. Y, sorprendentemente, quiero más. Así que, en un arrebatado de deseo, me doy la vuelta y me subo sobre él, haciéndole de nuevo entrar en mí. Su sorpresa me excita todavía más. Nuestros besos y caricias se hacen más voraces. Podría morir así...

Durante largos e intensos minutos nos devoramos hasta que un potentísimo orgasmo nos hace explotar y caer al fin rendidos. Creo que yo me duermo sobre él.

Es de día. La luz entra y apuñala mis pupilas, que siguen dilatadas. Un

tambor en mis sienes me devuelve a la cruda realidad y estoy a punto de vomitar. Me levanto rápidamente y me dirijo a la palangana que hay en la habitación, vaciando el interior de mi estómago en él. Creo que me estoy muriendo, al menos la sensación al morir debe ser similar. Las arcadas son constantes y no cesan. ¡Ay, por favor! ¿Qué me pasa? Cuando cesan las arcadas me limpio con una toalla y miro hacia la cama de Alejandro. Una mancha de sangre en ella me devuelve a la realidad. ¡¿Qué he hecho?! Y todos los recuerdos de la noche anterior vuelven a mí de golpe. No puedo evitar sonreír. Mi cuerpo también responde, erizándose el vello que lo recubre. Especialmente cuando unas palabras de Alejandro acuden a mi mente “Te amo, pequeña diabla...” ¡Dios! ¿Lo diría en serio o sólo para tenerme donde quería? No se lo puse tan difícil, creo recordar. Y, ¿dónde está él ahora mismo? Porque al despertarme estaba sola. Otra arcada viene a mí y vuelvo a vomitar.

Después de limpiar el estropicio que he creado en la habitación, de asearme y de tratar de volver a recuperar un aspecto más o menos saludable, bajo temerosa las escaleras.

En la cocina está Alejandro leyendo el periódico y Antonia con la misma mala cara que yo sirviéndole el desayuno. Alejandro levanta la vista brevemente y me ve. Después vuelve a apuntarla a las letras de lo que está leyendo. ¿Se va a poner frío ahora? ¡Justo en el momento más importante de una mujer! ¡Estúpido, no te hagas, tú me amas!

- Buenos días, Ángela. – Dice cortés y secamente. Frunzo los labios.

- Buenos días, señor. – Digo para demostrar mi enfado. Él me conoce bien y vuelve a mirarme, cerrando esta vez el periódico y estudiándome con la mirada. Como si no supiera qué me pasa.

- ¿Has dormido bien? – Pregunta serio, pero conteniendo una sonrisa. Antonia también aguanta la risa, aunque lo hace bastante peor que él. Sé que se ha dado cuenta de la diversión de Antonia y me mantiene la mirada, el muy estúpido, esperando a que responda. ¿Qué se supone que debo responder?

- Sí, señor. Su cama es muy cómoda. – Digo al fin y por fin se ríe, sacudiendo la cabeza. Después se pone en pie y viene hasta mí. Se me corta

la respiración cuando noto su mano en mi barbilla.

- Es cómoda, sí. Y a partir de hoy es un santuario en el que rezar. – Abro la boca. – Anoche se dio un milagro en ella. Dejaste a un lado tu arrogancia y terquedad y fuiste tú misma para mi más profundo deleite. – Voy a abrir la boca para contestar y me la sella con un rápido beso. – Ni se te ocurra decirme que fue porque estabas borracha. Los borrachos dicen la verdad y tú y yo nos dijimos muchas cosas.

- Usted no estaba borracho...

- Sí, lo estaba. Borracho de pasión por ti, pequeña diablo. – Sonrío. – Y deja de hablarme de usted. Ahora estamos en otra tesitura, gracias a ti y al maravilloso regalo que me hiciste. – Vuelve a besarme.

- Al fin pensé que lo merecías, Alejandro. – Contesto más relajada.

- ¿Puedo saber por qué? No sé qué hice o dije para merecerte y me gustaría saberlo.

- Dejaste que todos fuésemos felices. – Alza las cejas. – Dejaste que apartásemos la guerra por un instante de nuestras cabezas y que consiguiésemos divertirnos y sentirnos vivos. Cuando me encontraste en la casa de los muchachos, pensé que pondrías el grito en el cielo y no fue así, te aguantaste.

- Me parecía que tenías una sonrisa demasiado bonita para estropearla. Siéntate, desayuna conmigo. – Me dice invitándome con su mano.

- No creo que pueda. He vomitado dos veces. Siento que estoy enfermando. – Digo con mala cara al ver la comida.

- Es sólo resaca. Antonia, hazle una manzanilla. Vamos, tú y yo vamos a la cama. – Lo miro escandalizada. – A descansar. – Aclara riéndose de mí. Mañana nos espera un día ajetreado y tienes que recuperarte. – Tira de mi brazo y me lleva a su habitación.

- ¿Ajetreado por qué? – Pregunto mientras subo las escaleras.

- Ya lo verás. Pero te necesito con buena apariencia. Vamos, a la cama. – Me señala su cama. Yo miro en dirección a mi habitación. – Quédate aquí,

podré atenderte mejor.

- ¿Ahora eres tú quien se ocupa de mí? – Pregunto extrañada mientras me acuesto.

- ¿Ves cómo eres más jefa aquí que yo? – Me da un beso en la frente y me arropa.

- ¿Quién eres tú y qué has hecho con el señor Alejandro Mendoza? – ¡Y vuelve a sonreír! Está muy raro...

- Sólo por hoy te concederé ser la ama y señora de mi casa, pero tienes que quedarte en la cama.

- Así no podré saborear el poder. – Libera una carcajada y yo le sonrío. – Las sábanas están manchadas. – Digo avergonzada. Lo que hicimos anoche es la causa. Alejandro me sujeta de la barbilla para que no me esconda y lo mire.

- Fue la mejor noche de mi vida. No tienes de qué avergonzarte. Es la muestra de tu entrega a mí, de que me amas. – Trago saliva. Yo le confesé eso. Ahora lo sabe y no sé si lo usará en mi contra. – ¿O no es así, Ángela?

- Es así, señor. – Confieso triste.

- Eh, ¿qué pasa?

- Ocurre que he perdido toda posibilidad de entregarme pura a un posible matrimonio. Ahora la sociedad me señalará. – Alejandro se pone al fin serio. – No seré digna de ningún hombre de bien. Especialmente en este nuevo régimen.

- Yo no voy a juzgarte por darme tu amor jamás. Eres humana, Ángela. Somos humanos. Nos conocemos desde hace dos meses, compartimos cama, los días, las horas, nuestros buenos y malos momentos... ¿Cómo no iba a enamorarme de ti si lo eres todo para mí? Si eres la mujer más extraordinaria que he conocido, Ángela. – Se me empañan los ojos de lágrimas. – ¡Oye! ¡Para, por favor! ¡Vas a hacer que me sienta ruin! ¡Tú me buscaste, Ángela!

- Ni siquiera es ese mi verdadero nombre, Alejan...

- ¡Shhh! – Me calla con sus dedos. – Ambos acordamos que quién

quiera que fueras antes de venir aquí ya no existía más. ¿Qué más da un nombre?

- ¿Qué soy para ti? ¿Tu concubina? – Alejandro expulsa el aire por la nariz de forma ruidosa.

- ¿Eso te sientes tú?

- No... yo...

- ¿Qué quieres que haga, Ángela? ¿Quieres que grite a los cuatro vientos que me he enamorado de una vulgar ladrona? – Lo miro con rabia.

- ¡Si tanto te avergüenzas de mí no deberías amarme!

- Mira. Esta conversación no es la que esperaba tener contigo hoy. Duerme y descansa. Después hablaremos de esto. – Se levanta para irse.

- ¡Quiero saber qué soy para ti, Alejandro! – Se vuelve y me mira.

- Mañana lo sabrás.

- ¿Mañana? ¿Por qué no ahora? – Pregunto con un tono de voz más suave.

- No creo que estés en condiciones.

- Quiero saberlo ahora. – Me reafirmo.

- Está bien. – Comienza a desvestirse y yo lo miro pasmada. – Quítate el camisón.

- ¿No me vas a responder?

- Te voy a responder ahora mismo, en cuanto te quites el camisón. – Y en lo que tarda en decir esta frase ya se ha quedado completamente desnudo.

- Abajo están los chicos. – Digo con timidez. – Nos van a escuchar...

- Tú querías ahora, y ahora complaceré a la jefa. – Se tira sobre mí y me quita el camisón. No puedo parar de reírme como una estúpida. Y comienza a besar mis pechos con ansias.

- Ahhh, no, para Alejandro. – Suplico aferrándome a su pelo.

- ¿De verdad quieres que pare? – Me mira con cara de pillo. Me muerdo el labio. No, no quiero. – Ya lo suponía. – Sigue descendiendo sus labios hasta mi sexo. ¡Oh, dios mío! ¡¿Qué va a hacer?! Y de pronto siento su lengua en el vértice de mis piernas y todo mi cuerpo comienza a temblar. ¡Por favor, cómo hace eso! No puedo evitar gemir como una condenada y me olvido de que abajo están los muchachos, de que estoy cometiendo una indecencia. Tan sólo quiero que no pare nunca.

Estoy a punto de explotar. Cierro los ojos con fuerzas y me retuerzo bajo su embrujo. Y justo cuando voy a llegar al punto álgido para y se introduce en mí con fuerza, liberando un gruñido al hacerlo. Yo llego al clímax en cuanto hace y me acalla con un sensual beso. Es demasiado. No para y yo vuelvo a sentir esa llamarada interna enseguida de nuevo.

De un momento a otro me gira y me pone de espaldas, volviendo a invadir mi cuerpo desde esta postura. Es todavía más sabroso, lo noto entrar más profundamente y vuelvo a querer explotar a su alrededor.

- Ahhh, no puedo más, estoy... estoy a punto de explotar, Alejandro.

- Córrete conmigo, preciosa. ¿Querías saber qué eres para mí? Esto eres. Mi diosa, mi inspiración, la mujer que más me ha cautivado en toda la vida. Y haré lo que esté en mis manos para que el mundo lo entienda. Y, si no lo hace, haré lo que esté en mis manos para que a pesar de eso no me dejes nunca. – Susurra en mi oído y yo ya estoy en mitad de otro fortísimo orgasmo. Lo escucho gruñir y se desploma sobre mí. Estoy exhausta. Casi no puedo respirar. Alejandro sale de mí y se recuesta a mi lado. Me mira. – ¿He contestado a su pregunta, señorita?

- Sí. – Sonrío y busco sus labios. – Te amo. – Digo esta vez sin miedo.

- Duerme, pequeña. Te necesito entera mañana.

- ¿No me vas a decir dónde vamos?

- Es una sorpresa. – Lo último que veo es su sonrisa al decir esto y me quedo profundamente dormida.

Menos mal que hoy me he levantado mucho mejor. Alejandro tiene algo preparado para este día y no sé qué es. Sólo sé que llevamos en coche casi tres horas y que ha cubierto los cristales con telas en la parte trasera donde él va junto a mí para que yo no vea a dónde nos dirigimos. Dice que es una sorpresa. Él es la mayor de las sorpresas. Ayer pasamos la tarde jugando con los muchachos a las cartas. Después, me sorprendió con un columpio que había hecho con la ayuda de Pedro en su jardín para mí. Por la noche volvimos a hacer el amor antes de dormirnos y, simplemente, no creí que pudiera llegar a ser tan feliz y sentirme tan amada como lo estoy haciendo ahora mismo. Es un sueño, tiene que serlo, y sé que un día despertaré de él, pero eso no me impedirá seguir soñando mientras pueda.

Lo miro y no me lo creo. Es él y parece tan distinto.

- ¿Curiosa?

- Mucho. Jamás pensé que podías ser tan... dulce. – Levanta una ceja.

- ¿Te parezco dulce? Sólo estoy siendo atento contigo. Te debo mucho.

- Nos hemos salvado la vida mutuamente, no me debes nada, Alejandro.

- Te debo mucho más que eso, Ángela. – El coche se detiene. – Bien, parece que hemos llegado. Cierra los ojos.

- ¿Qué? ¿Por qué?

- Vamos, hazlo. – Me sonrío y los cierro, obediente. – Buena chica, espérate ahí, te ayudaré a salir por el otro lado. – Lo hago. Escucho el abrir de la puerta y pronto noto su mano en la mía. – No los abras hasta que yo te diga. – Niego con la cabeza y noto como me coge en brazos. Grito ante la sorpresa y abro los ojos sin querer tropezándome con los suyos. – ¡Ciérralos!

- Vale, vale. – Entonces me suelta y noto la tierra moverse bajo mis pies. Oigo un susurro y el aire huele distinto. No huele a tierra.

- Ya puedes abrirlos. – Los abro y una inmensidad azul se abre paso frente a mis narices. Estamos en la playa de algún hermoso lugar. El mar canturrea un vaivén de lenguas de espuma en la orilla. Se respira la sal, el sol, el agua... libertad. Estamos a finales de septiembre, pero hace un precioso y maravilloso día soleado. Miro a Alejandro perpleja.

- Feliz cumpleaños, Ángela. – Sonríe.

- ¡Oh, Alejandro, muchas gracias! – Le abrazo con fuerza. – Es el lugar más precioso que he visto nunca. – Se me llenan los ojos de lágrimas. Frente a mí tengo la inmensidad. No me lo imaginaba tan bonito, aunque las descripciones que mi padre me hacía del mar eran así de bonitas, pero siempre pensé que exageraba.

- Deberíamos darnos un baño, ¿no te parece?

- ¿Un baño? No he traído ropa de baño...

- Yo sí. ¡Vamos! Estamos en un lugar muy solitario. Fuera de bombardeos y de guerrilleros. – Suspiro. He escuchado algún que otro estruendo por el camino en coche. Sé que no estamos muy lejos del mundo real y que no muy lejos debe haber alguien muriendo por los disparos de su cazador de turno. Pero es un momento único que me está regalando Alejandro. Voy a disfrutarlo.

- ¡Vamos!

Alejandro ha traído una maleta con trajes de baño para ambos, algunas toallas y comida preparada para comer en la playa. Nos cambiamos de ropa en el coche y disfrutamos de una maravillosa mañana en la playa. Jugueteadando en el agua, en la arena, besándonos y acariciándonos constantemente.

El agua está fresca y deliciosa. Jamás había sentido tanta inmensidad a mi alrededor. He de decir que me impone un poco, puesto que no sé nadar. Alejandro se burla de mí, ya que él sí sabe. Me coge en sus brazos cuando me pilla desprevenida y me introduce en el interior.

- ¡No! ¡Para! ¡Sácame fuera, Alejandro, por favor! – Pataleo en sus brazos y me abrazo a su cuello con toda la fuerza de la que dispongo.

- ¿Crees que dejaría que te pasara algo malo?

Al atardecer, el chófer que nos trajo hasta aquí nos recoge. Supongo que vamos a de vuelta a casa y mi sonrisa por el día tan bonito que hemos pasado no puede ser mayor. Sólo se me empaña un poco al pensar en mi hermana Lourdes. A ella le habría encantado ver el mar también. Ha sido siempre una niña enérgica y viva. Muy aventurera.

- ¿Estás feliz? – Me pregunta Alejandro a medio camino sacándome de mis pensamientos. Le sonrío.

- Mucho. – Me tiro a sus brazos y le beso con pasión. – Ha sido un día muy bonito. Gracias. Estoy deseando llegar a casa y contarle a Antonia lo que he visto.

- Antonia y tú os habéis hecho grandes amigas, ¿no es así? – Me pregunta Alejandro apretándome contra su regazo. Yo hundo mi cabeza en su cuello.

- Sí. Es como parte de mi familia para mí. Agradezco tenerla cerca.

- No vamos a ir a casa, Ángela. – Lo miro intrigada.

- ¿Y a dónde vamos?

- A Sevilla. El día 1 de octubre se va a celebrar el día del Caudillo Francisco Franco. Eso es en dos días. – Trago saliva y trato de no mostrar sentimiento alguno ante lo que Alejandro dice. Él parece muy contento. – Muchas amistades importantes acudirán a esa fiesta y quiero que tú vengas conmigo. ¿Te gustaría? Pareces tensa...

- No pertenezco a tu mundo. Ya sabes que tengo miedo de no encajar y que alguien sospeche de mi procedencia.

- No te preocupes por eso, Ángela. – Alejandro acaricia mi rostro. – Si has engañado al desconfiado de mi hermano Guillermo, es que ya eres una de las nuestras. Me he tomado la libertad de hacer la maleta para los dos. – Sonríe ampliamente y yo trato de mostrar la misma sonrisa, conteniendo la respiración y rogando por que esto sea una buena idea para mí.

Hemos llegado a Málaga capital. Estamos a la entrada de la casa de

Adolfo Mendoza Ugarte, el padre de Alejandro. Miro tensa por la ventanilla del coche. No me apetece en absoluto estar aquí. Alejandro también parece tenso. No sé por qué se le ha ocurrido traerme aquí. Estamos llenos de sal y de arena, despeinados y con ropa sucia de haber pasado el día en la playa.

- No me parece buena idea que tu padre nos vea llegar así. – Le comento cuando el coche para al fin.

- ¿Cómo quieres que vengamos después de estar en la playa? No te preocupes por eso. Hemos venido aquí porque vamos a ir todos juntos a Sevilla. Mi padre ha insistido en ello y no es conveniente disgustarle. – Trago saliva y me acaricio las manos. – No estés preocupada, estás conmigo. No voy a dejar que te intimiden.

- ¿Cómo vas a conseguir eso si ni siquiera consigues que dejen de intimidarte a ti? – Alejandro suspira.

- No tenemos más remedio que ir, Ángela. Es un acto muy importante, el más importante desde que estamos en guerra por parte del nuevo régimen. En ese acto las caras más complacientes con el nuevo régimen harán aparición. Yo tengo que ser uno de ellos.

- ¿Por qué? ¿No estás contento con tu pequeño mundo en tu enorme casa? No conoces verdaderamente este nuevo mundo que se está abriendo frente a nosotros derramando sangre por todos lados.

- Todo cambio conlleva sacrificio, Ángela. – Dice y yo me quedo muda ante su reflexión. ¿Cómo puede ver tan natural la cantidad de sangre derramada para simplemente imponer un criterio que sólo unos pocos, o puede que unos muchos, consideran mejor para el país? Por muchos que sean no son más de los que están en contra de este nuevo régimen. De lo contrario no habría ganado la postura contraria unas elecciones democráticas. Y, francamente, por muy correcta que él pueda ver su verdad, nadie en su sano juicio defendería una ideología que se ha impuesto a base de asesinatos en masa. Ahora me viene a la memoria el libro de Lorca que tenía en mis manos en casa de Guillermo. Era un genio. Un genio al que asesinaron simplemente por tener preferencias sexuales que a algunos incomoda. Alejandro me mira nervioso. – No deberíamos estar debatiendo sobre política frente a la casa de mi padre. No deberías poner en tela de juicio el nuevo régimen, Ángela. Nos

puedes meter en un buen lío. – Coge mis hombros y me obliga a mirarlo fijamente. – No lo hagas o estaremos condenados los dos.

- Tú no...

- No voy a permitir que te entierres en vida. He visto ya demasiado sacrificio derramado a mis pies. – Alejandro aprieta los ojos y me pregunto a qué se refiere.

- ¿Lo dices por tu madre? – Ahora abre los ojos de golpe.

- ¿Quién te ha hablado de ella? – Trago saliva y guardo silencio. No debería haber pronunciado su recuerdo. Veo el dolor en sus ojos. – No, no es sólo por ella. Por favor, Ángela. Puedo darte una vida digna, bastante digna, en esta nueva realidad. Pero tienes que dejar de pensar en la vida que existía antes de esto. Recuerda que ahora eres Ángela López de la Cruz, hija de un diplomático de la CEDA muerto por culpa de los republicanos. – Agacho la cabeza y no puedo evitar que una lágrima se me escape. Posiblemente mi padre esté muy muerto, pero los motivos son completamente los contrarios. – Eh, ¿por qué lloras? ¿Echas de menos al cabrón de tu padre? – No puedo mirarlo. – Él te trataba mal, Ángela. Él no veía al ángel que yo veo en ti. Yo... te quiero. Jamás había pronunciado estas palabras antes y no puedo evitar decírtelas a ti, porque es lo que siento. – Lo miro llena de tristeza. Yo sí lo quiero a él, porque sé quién es. Él no sabe quién soy yo y no creo que pudiera quererme si lo supiera. Mi padre era lo que él consideraría un enorme enemigo.

- No estoy en contra del régimen. – Miento para tranquilizarlo. – Sólo lo estoy de cómo se está imponiendo. Las formas. La sangre. Las vidas que se están quedando atrás por defender unos simples ideales. Las personas somos más que unos ideales.

- Los ideales de una persona son el libro sagrado de sus creencias, Ángela.

- ¿Y tú matarías por defender tus ideales? ¿Matarías a un familiar o... a mí? – Gruñe. No le ha gustado mi pregunta.

- Se acabó la discusión. Vamos. Salgamos.

Salgo del coche con el ánimo aún más decaído. Una chica de la servidumbre nos abre la puerta de la enorme casa del sanguinario Adolfo Mendoza Ugarte. Alejandro me aprieta fuerte de la mano al entrar. No sé si para tranquilizarme o tranquilizarse. Sé que no le ha gustado la conversación que hemos tenido en el coche, pero cada día me resulta más difícil fingir. Ya no soy un animal herido y abandonado que busca refugio. Ahora tengo mi lugar en el mundo, en su mundo, en su casa. Tengo una posición que día a día avanza y me hace sentir más importante a su lado. Y, si Alejandro es la única persona que voy a tener en mi vida en quien pueda confiar de alguna manera, voy a necesitar expresarme alguna vez con un poco de libertad.

Su padre aparece con su hijo primogénito a su lado. Los dos Adolfos me miran con recelo. Puede que por nuestra apariencia sucia o porque no se fíen de mí. Yo tampoco lo hago de ellos. Alejandro les ofrece disculpas por nuestra parte y me guía hasta el aseo. Me señala una habitación frente al aseo y me dice que dejará ahí mi ropa limpia. Después me da un beso en la frente y me deja sola en el aseo de aquella lujosa casa. Me aseo con rapidez y trato de recordar algunos trucos que aprendí en el salón de belleza al que me llevó Alejandro la vez que estuvimos aquí, en Málaga capital, y más o menos consigo darme un aire distinguido. Después me enfundo en la toalla y me dirijo a la habitación en la que Alejandro ha dejado mi ropa.

Me apresuro a vestirme, pero las medias me las coloco lentamente para no romperlas. No estoy acostumbrada a llevarlas. Entonces un magnetismo capta mi mirada. Miro hacia la puerta y creo ver a alguien mirándome por el quicio de la puerta, pero no sé si es una alucinación porque pestañeo y ya no está. ¡Mierda! Espero que si realmente había alguien ahí fuera Alejandro. Ahora que ya estoy vestida del todo no me atrevo a salir. Alguien llama a la puerta.

- ¿Sí?

- Señorita López, los señores Mendoza le esperan para la cena. – Dice la voz de una muchacha que intuyo que es del servicio. Abro la puerta rápidamente.

- Está bien, estoy lista. ¿Me puedes indicar dónde están? – La muchacha tiene una cara pálida, ojeras y una apariencia de estar bastante

desnutrida. Agacha la cabeza mientras le hablo. Como si yo fuese un ser superior o algo así. – Te agradecería mucho que me acompañaras. – Digo con amabilidad. Me mira de reojo y le sonrío. Oh, esta mujer es la muestra viva, o medio viva, del sufrimiento. Imagino las penurias por las que habrá pasado, como yo, y ha tenido que dar a parar con el sanguinario del padre de Alejandro. “Alejandro tampoco es mucho mejor” me dice la voz de mi conciencia y yo sé que tiene razón. He padecido varias veces a su demonio interno.

- Desde luego, venga por aquí.

La chica me guía hacia una amplísima sala en la que están ya sentados todos los hombres de la familia Mendoza. Adolfo padre me dedica una sonrisa forzada y me indica con la mano que me siente. Adolfo hijo hace un mohín de disgusto al verme. Guillermo y Alejandro se ponen en pie para recibirme. Alejandro me señala la silla que hay junto a él y tira de mí al pasar junto a Guillermo, que me dedica una tímida y amable sonrisa a la que respondo de igual modo. No se me escapa la mirada de desafío que le dedica Alejandro a su hermano Guillermo.

Hay otra mujer a la mesa, sentada junto al hermano mayor de Alejandro, que me mira con desgana. ¿Es su mujer? Pobre... tener que estar casada con ese cabrón no debe ser muy placentero. No sabía que Adolfo estuviera casado. La verdad es que no sé mucho de la familia de Alejandro, él no habla de ellos.

21

- ¿Así que tú eres la novieta de Alejandro? – Me dice la mujer con desdén cuando ya estoy sentada junto a Alejandro. Alejandro y yo nos miramos.

- Ángela y yo nos estamos conociendo. Ángela, ésta es la mujer de mi hermano Adolfo, mi cuñada Carmen. – Le tiendo la mano y me la estrecha brevemente.

- Un placer conocerte, Carmen.

- Igualmente.

- ¡Vaya, parece que mi hermanito por fin ha olvidado su pena por Isabel! – Comenta Adolfo en tono jocoso y yo hiervo de celos. ¿Tan importante era Isabel para Alejandro? Cuando miro a Alejandro está al borde de una hecatombe. Oh... no...

- ¡Cómo se te ocurra volver a nombrar a Isabel en mi presencia o la de Ángela te arrancaré los huevos, Adolfo! – Grita envuelto en cólera. Mierda... con lo bien que estaba últimamente.

- ¡Adolfo! – Le regaña su padre. – ¡No hablamos de putas rojas en esta casa, y menos a la hora de comer! – Me recorre un escalofrío. Alejandro expulsa llamaradas de humo invisible por los orificios nasales. Guillermo parece contener una risita.

- Alejandro y yo estamos muy felices de habernos encontrado. – Digo para tratar de cambiar el rumbo de la conversación. Adolfo hijo y Guillermo me miran turbados. – Soy muy afortunada por tener su grata presencia en mi vida. – Aprieto la mano de Alejandro y le dedico una sonrisa. Él hace el esfuerzo de devolvérmela, pero la sonrisa no le llega a la mirada. Maldita sea, está pensando en Isabel. Decido beber un poco de vino que tengo frente a mí, en mi copa, para digerir esta incómoda situación.

- ¿Te la has follado ya? – Espurreo el vino que estoy tragando cuando escucho la pregunta hiriente del hermano mayor de Alejandro.

- ¡Adolfo! – Gritan a la vez el padre de Alejandro y Guillermo. Alejandro dedica su mirada más envenenada a su hermano. Y la estúpida de Carmen se ríe sin parar.

- Eso no es asunto tuyo. – Masculla Alejandro.

- ¡Adolfo, por favor hijo!

- ¡¿Qué pasa?! ¡Vamos! ¡Todos sabemos que mi hermanito es de picha suelta! – Sigue con sus estupideces y Carmen sigue riéndose. Ahora Guillermo parece que contiene también la risa. – Dudo mucho que no la haya desflorado ya... aunque, no es por ofenderte, Ángela, pero a mi hermano le suelen gustar las mugrientas. Me alegro que tú seas la excepción. – ¡Será bastardo! Alejandro está muy lejos de encontrar esto divertido y, francamente, yo también. Tengo ganas de levantarme y agarrar a ese capullo por el cuello.

Y es exactamente lo que hace Alejandro. Se levanta con la velocidad del rayo y agarra a Adolfo del cuello. Carmen grita y yo me tapo la boca.

- Si querías que te hundiera la nuez y te matara aquí mismo delante de papá y tu mujer sólo tenías que pedírmelo. – Gruñe Alejandro.

- Vamos, Alejandro, tranquilo. – Guillermo consigue calmarlo y separarlos. Adolfo pasa del pánico por no poder respirar a la risa por ver a su hermano completamente desquiciado.

La cena es de todo menos agradable. Adolfo persiste en sus comentarios provocadores, también dirigidos a mí e incluso a Guillermo. Alejandro decide ignorarlo y cuando termina de cenar me coge del brazo y me guía a una habitación, sin siquiera pedir permiso para levantarse de la mesa. Sin dar las buenas noches. Nada. Al llegar a una habitación me introduce y cierra de un portazo tras de sí.

- ¡Quítate la ropa! – Me ordena y sé que estoy hablando de nuevo con el monstruo. Está completamente fuera de sí.

- Alejandro, no creo que aquí debamos...

- ¡¡¡Que te desnudes te digo!!! – Me encojo y aprieto los ojos. – Necesito relajarme de alguna manera y no se me ocurre otra mejor que

follando.

- De veras puedes ser todo un insensible... ¿ahora soy una terapia anti estrés?

- Escúchame bien. – Me dice apuntándome fieramente con el dedo. – No eres nadie para hablarme así. Eres mía y te tomaré cuando quiera. Te vas a desnudar ahora mismo y pienso follarte como un loco hasta que reviente en tu interior. – Me estremezco. ¿Qué puedo hacer para que el Alejandro de estos últimos días vuelva?

- No soy tu esclava.

- Es exactamente lo que eres.

- Dijiste que me amabas...

- Déjalo Ángela, no sigas por ahí.

- ¿Por qué? ¿Es porque no soy digna de ti? ¿O porque todavía amas a Isabel? – Me mira con rabia y me agarra del cuello. Joder. Su fuerza hace que me cueste respirar.

- Si vuelves a nombrarla te repudiaré y te echaré a la maldita calle para no volver a cruzarme con tu cara nunca más.

- Me... me haces daño.

- Tú a mí también nombrándola. – Dios mío. Aún la ama. ¿Querrá volver con ella? ¿Dónde está Isabel? Joder, no puedo respirar.

- Suéltame, por favor. – Trato de soltar su mano de mi cuello, pero no puedo. Con una sola mano tiene más fuerza que yo. Me mira encolerizado. Lleno de rabia y de dolor. Dolor por Isabel. Pero no le duele verme así, de nuevo, sometida por su demonio interno. Algunas lágrimas salen de mis ojos. – Ale... jandro...

- ¡Joder! ¡Suéltala! – Guillermo ha entrado y de un manotazo separa a Alejandro de mí. Alejandro parece reaccionar y yo comienzo a toser. – ¡¿Qué coño haces, Alejandro?!

- Nada... yo... no te metas, Guillermo. Esto es entre Ángela y yo. Sólo estamos discutiendo. – Lo miro aterrada y muy enfadada. No puedo parar de

llorar.

- ¿Que no me meta? ¡Ibas a matarla! – Alejandro abre los ojos y me mira. Yo estoy hecha un ovillo en el suelo, tiritando de miedo y llorando de pena.

- Pequeña, ¿te he hecho daño? Perdóname... es por culpa de mi hermano Adolfo. Yo... – Se acerca a mí y yo me hago una pelota. No quiero que me toque. Sumerjo la cabeza entre las rodillas.

- Vete... – Le pido con un hilo de voz. – No me toques.

- Déjala, Alejandro. Mejor será que te fumes un cigarrillo y te tomes una copa. Relájate. – Dice Guillermo abrazándome y levantándome del suelo. Su abrazo me resulta muy necesario ahora mismo.

- Aléjate de ella, Guillermo. No me toques los cojones. – Barrunta Alejandro. Lo miro de reojo desde los brazos de Guillermo y, cuando sus ojos se cruza con los míos asustados, su mirada se vuelve de repente tierna. – Oh, pequeña, de verdad, lo siento mucho. – Lo miro un poco más tranquila.

- Déjanos a solas, Guillermo, por favor. – Le pido.

- ¿Estás segura? – Asiento. – Estaré en la habitación de al lado. Si necesitas algo sólo llámame.

- ¡Lárgate de aquí, ridículo! – Alejandro controla a duras penas su mal genio. Guillermo finalmente sale. – Ángela, he perdido el control. Por favor... – Se acerca y yo retrocedo. – No... no me temas. No voy a hacerte nada. Nada que tú no quieras que te haga.

- ¿Qué más da lo que yo quiera si soy tu esclava? – Le reto.

- No digas eso, no lo dije en serio.

- ¿No? Pues parecías muy convencido. – Vuelvo a llorar. Alejandro se acerca y esta vez le dejo que me abrace. Necesito que lo haga. – No tenía suficiente con lo horrible que me ha hecho sentir tu familia. Además, tú me tenías que dar la puntilla final. – Lloriqueo en su hombro.

- Vamos, no llores. Perdóname mi amor.

- ¿Mi amor? – Busco su mirada. – No me llames así. Tú amas a Isabel.

– Alejandro abre los ojos y se le corta la respiración. – ¿Ves? No puedo ni siquiera nombrártela. Mira cómo te pones. – Sigo llorando como una estúpida.

- Yo no amo a Isabel, no seas ridícula.

- ¿Por qué entonces estás así por ella?

- Porque me traicionó. Me hizo la jugada más horrible que me podía hacer y me convirtió en un monstruo. – Confiesa. Me quedo mirándolo esperando a que me aclare y me cuente más. – Me provocó para que cometiera algo atroz y lo hice. Y me odio por ello. También la odio a ella por ello.

- No puedes negar que la amas, Alejandro.

- No la amo, ya no...

- Pero la amaste...

- No lo sé. Puede que sí. Al menos la sentí importante para mí. Ella me enseñó mucho en el sexo. – Trago saliva, no sé si quiero escuchar esto. Pero sí que quiero. Quiero saber qué demonios pasó. Quién es Isabel para él y en qué puesto estoy definitivamente yo. – Si la amé o no, no era a la verdadera Isabel a quién yo amé. Sino más bien a la persona que ella fingía ser. Pero créeme si te digo que lo que siento por ti es mil veces más fuerte y más desquiciante. – Me abraza con fuerza y besa mi frente.

- Tampoco me conoces a mí realmente...

- No. Y no sé si quiero. – Suspiro. Él también tiene miedo de lo que pueda descubrir de mí. Y sé que no quiere escucharlo por eso mismo. Ahora entiendo que siempre supo que yo podía ser lo contrario de lo que él quería que yo fuera. – Pero sé que eres leal, sé que eres sincera en tus actos. Isabel jamás habría hecho tanto por mí. Ella simplemente quería arrastrarme a su infierno consigo misma y casi lo consiguió. Lo habría conseguido si no hubieras aparecido en mi vida. – Alejandro me mira con ternura y me da un rápido beso en los labios. – Deberíamos descansar. Quédate en esta habitación, yo me hospedaré en otra.

- ¿Qué es lo que hiciste, Alejandro? – Agacha la cabeza y la mirada.

- No quiero hablar de eso, te lo suplico. Me arrodillaré si es necesario para que me perdones, pero no me hagas pasar por eso otra vez. – Levanto su barbilla para que me mire y me sorprende al ver su mirada vidriosa.

- Sólo dime que no la amas.

- Te amo a ti. Con todas las fuerzas de mi martirizado corazón. – Me besa y en su beso desata toda su rabia.

- Quiero creerte. Necesito creerte...

- Créeme porque jamás había llegado tan lejos con nadie. Jamás había sentido que pondría mi mundo entero bajo los pies de alguien y por ti lo haría. No es Isabel la que me martiriza, Ángela. – Me agarra la cara con las manos para fijar su mirada en la mía. – Son todas las demás personas que utilizó en su endiablado plan los que me mortifican día y noche. Quizá lo hizo porque no fui capaz de amarla como ella quería, como te amo a ti. Lo hiciera por lo que lo hiciera su venganza fue durísima y casi acaba conmigo.

- Yo no te dañaré jamás. – Prometo entre lágrimas y enseguida me doy cuenta de que nunca podré cumplir mi promesa. Pero la mirada esperanzada de Alejandro ante mi promesa me hace vibrar y me ilumina el alma.

- Ya ves que yo no puedo prometerte eso, Ángela. No estoy bien y tú no tienes la culpa de ello. Pero te prometo que te amaré por siempre porque jamás pensé que en mi pecho podría albergar un sentimiento tan bonito como éste desde que mi mundo se resquebrajó del todo. Ya tuve que hacer frente a lo de mi madre cuando aún era un crío. Después a la venganza de Isabel. Y, ahora, que te tengo en mi vida, a veces pienso que puedo volver a recomponerme, aunque sea un poco.

- Sabes que cuando quieres eres maravilloso. – Le digo mientras acaricio su rostro. Sonríe.

- Todo es gracias a ti. Duerme, pequeña. – Besa mi frente. – Mañana nos espera un largo viaje en tren. – Se separa y se dirige a la puerta.

- Buenas noches, Alejandro.

- Buenas noches, ángel mío. – Y se va.

Es la primera vez que me subo a un tren y al principio estoy totalmente emocionada. Alejandro ha reservado un habitáculo para que estemos solos los dos, aislados de los demás miembros de su familia, y yo lo agradezco. Ahora vuelve a parecer más tranquilo. Odio el efecto que sus hermanos y su padre tienen en él, y también el efecto que Isabel tiene en él. Anoche pasé gran parte de la noche imaginando qué clase de venganza sería la que Isabel planeó contra Alejandro por no ser correspondida por él como ella quería.

Miro a Alejandro y me sorprende constatar que es mucho más fácil enamorarse de él de lo que cualquier persona pudiera imaginar. Está claro que tiene sus sombras y que son muy oscuras, pero tiene un lado dulce, sensual y muy envolvente que hace que una olvide constantemente su lado oscuro.

Ahora estamos en el habitáculo del tren, con las cortinas echadas y él sonrío sin cesar con cara de niño travieso mientras me besa y trata de meterme mano bajo el vestido que llevo. Le hace mucha gracia mi cara de escándalo y cómo me revuelvo nerviosa en mi asiento.

- ¡Alejandro, para! – Trato de mostrarme vehemente. Sigue sonriendo.

- Mmmm, la verdad es que no quiero parar. Me encantaría hacértelo aquí, en el tren. – Afirma el muy insolente y después comienza a besar mi cuello con sensualidad. Sin darme cuenta estoy hiperventilando ante esa idea.

- No puedes ser tan inmoral...

- Sabes que sí. Y todavía puedo serlo más. Mmmm, me encanta cómo hueles. – Su mano vuelve a subir por mi muslo en busca de la zona prohibida. Estoy mareada de pasión. Quiero resistirme, pero lo hago de forma pésima e incluso creo que he abierto mis piernas. – Sí... así... Ohhh qué húmeda estás.

- Alejandro, como sigas así vamos a dar un espectáculo en el tren.

- Nada me gustaría más. – Noto dos de sus dedos en mi interior y ahogo

un gemido como puedo. Entonces suenan unos golpes en la puerta del compartimento.

- ¡Billetes! – Me tenso de un brinco y me separo de Alejandro.

- ¡Mierda! ¡El revisor! – Le digo. Alejandro se ríe. – ¿De qué te ríes, degenerado?

- Qué mal hablada te estás volviendo, me gusta. ¡Pase! – Le grita al revisor. Yo me levanto en busca de algún aseo donde poder devolver la calma a mi cuerpo.

Ese maldito de Alejandro sabe cómo desquiciarme. O más bien encenderme. Encuentro un aseo en primera, que es donde estamos. Agradezco ver una palangana y una jarra con agua fresca. Necesito un poco para refrescarme. Esparzo unas gotas por mi cuello y por mi pecho, me miro en el espejo y me prometo a mí misma que no voy a dejarme seducir por Alejandro en un tren atiborrado de gente.

Al mirarme en el espejo siento un escalofrío. Casi no me reconozco. Parezco toda una facha de clase alta. Pintada, peinada y arreglada para celebrar el maldito día del Caudillo Francisco Franco y con la maldita compañía de todos sus vasallos. Seguro que Alejandro piensa que me hace ilusión estar ahí. Yo sólo quiero saber qué ha sido de mis padres y mi hermana y encontrarme con el tal Alfredo Ayala Gómez para averiguar algo más de él y poder tramar así algún tipo de venganza. Hace un par de semanas fue el cumpleaños de mi hermana Lourdes, si está viva habrá cumplido ya los once... Ese hijo de puta debe pagar por lo que quiera que ha hecho con todos nosotros.

Salgo del aseo y de camino a mi compartimento me encuentro con Alejandro. Está hablando con un par de señores y reconozco al tal Alfredo Ayala Gómez como uno de ellos, junto a este hay una chica muy joven con la cabeza gacha, seguro que es su sirvienta. Debería matarlo ahora mismo. Me acerco a ellos con paso decidido y mi mundo se detiene por el camino. La chica se gira y reconozco perfectamente a mi hermana Lourdes en ese rostro demacrado, delgado y ojeroso que me mira dando paso a la mayor de las sorpresas. ¡Dios mío, Lourdes! ¡Ese hijo de puta se quedó contigo!

Mi hermana me mira sin creerse lo que ve. ¿Qué hago? No puedo descubrirme aquí, delante de todos. Nos llevarían presas a las dos. Pero necesito hablar con ella.

- Ángela, amor mío, ahí estás. – Dice Alejandro alegremente. Lourdes gira su cabeza en dirección a Alejandro y después vuelve a mirarme a mí, incrédula. – Ven, ¿Recuerdas a Alfredo? – Sonrío con pocas ganas. – Quiero presentarte también a mi gran amigo Juan Diego Diez, un experto en burocracia. – Me acerco lentamente, beso con pocas ganas a Alfredo y después a Juan Diego, tratando de ignorar la mirada atónita de mi hermana. Tengo que buscar otro lugar para hablar con ella.

- Hola, Alfredo. Mucho gusto, Juan Diego.

- Juan Diego, tenemos que hablar del asunto que te pedí. – Dice Alejandro. ¿De qué hablan? Lourdes no para de mirarme. Seguro que se pregunta si soy yo realmente. Le sonrío de soslayo cuando nadie más me ve y ella abre la boca. Al fin se da cuenta de que sí soy yo. – Ángela, cariño, vamos al bar del tren a tomar algo, vente.

- Necesitaría primero un momento de intimidad femenina, Alejandro. Creo que me he mareado un poco. Qué lástima que Antonia no esté aquí para ayudarme.

- Mi sirvienta te acompañará, preciosa Ángela, no te preocupes. – Ofrece Alfredo señalando a mi hermana y veo la ocasión perfecta.

- ¡Oh, mil gracias Alfredo!

- ¿Estás bien, pequeña? No quiero dejarte sola si te sientes mal. – Pregunta Alejandro.

- No, querido, no te preocupes. Me reuniré con vosotros en el bar en unos minutos. – Beso la mejilla de Alejandro y me apresuro a llevarme a Lourdes hasta el compartimento que tenemos Alejandro y yo reservado para nosotros.

En cuanto llegamos la introduzco allí, miro a todos lados y cuando veo que nadie más nos ha visto entrar cierro la puerta con pestillo y compruebo que las cortinas estén bien echadas. Después me vuelvo y la veo allí, toda ella

ojos asombrados, mirándome sin creerse lo que ve.

- Lourdes, por el amor de dios... – Me abrazo a ella y comienzo a llorar como una estúpida. – Estás viva. ¡Estás viva!

- ¿Aurora? – Pregunta temerosa. La sujeto por los hombros y sonrío llena de lágrimas.

- Sí, mi niña, soy yo.

- ¿Eres una de ellos? – Da un paso atrás. Maldita sea, me tiene miedo.

- ¡No, cariño, es sólo una máscara! He tenido que hacer de todo para sobrevivir, igual que tú. He dado a parar a la casa de un nacionalista, pero he conseguido que se encapriche de mí y me proteja. ¿Qué pasa contigo? ¿Ese tal Alfredo es tu señor? – Lourdes asiente lentamente, con la mirada perdida. – ¿Qué pasa? ¿Te trata mal? – Los ojos de Lourdes comienzan a llenarse de lágrimas y yo me temo lo peor. – ¡¿Qué?! ¡¿Qué sucede, Lourdes?! ¿Te ha tocado ese bastardo? – Lourdes comienza a llorar y yo vuelvo a abrazarla. Mis ojos también se colman de lágrimas. Sé bien a lo que se ha tenido que enfrentar. Pero está viva. Puedo intentar rescatarla de ese monstruo.

- Ha sido horrible, Aurora. – Lloro en mi hombro.

- Tranquila, te rescataré de ese monstruo. Hablaré con Alejandro para sacarte de esa casa. – Prometo.

- ¿Qué cambiará ser de un monstruo u otro?

- Alejandro no es así, él es diferente. – Lourdes me mira extrañada. – De verdad. A veces tiene un fuerte debate interno, pero yo puedo controlarlo. Dime una cosa, ¿qué ha sido de papá y mamá? – Lourdes no habla. – ¿Están...

- Ya no están. Mi señor se encargó de hacerlos desaparecer. – Dice al fin. Trago saliva e intento contener como puedo el llanto.

- Pero tú y yo seguimos aquí. Tenemos que salir de este país, Lourdes. Pero antes tenemos que vengar la memoria de papá y mamá como sea. – Afirmo cargada de rabia. Lourdes me sonrío. – Pero no puede descubrirse mi identidad. Todavía no. Tienes que ayudarme. Yo haré lo posible para que te

vengas a vivir a casa de Alejandro, Lourdes. – Ella asiente al fin ilusionada. – Pero tendrás que ser paciente porque no sé cómo ni cuándo lo conseguiré. Intentaré que sea cuanto antes. – Lllaman a la puerta.

- Mi amor, ¿estás ahí? – Oigo la voz de Alejandro. – ¿Estás bien? Me tienes preocupado. – Intenta abrir la puerta. Lourdes me mira y le guiño. Ella también.

- Estoy mucho mejor, mi amor. Ya salgo. – Lourdes se limpia las lágrimas y me limpia a mí las mías, ayudándome con el maquillaje para que no se note mi llanto. Abro la puerta después de unos minutos y me encuentro a Alejandro esperando, preocupado. – Ya estoy bien. – Le beso en los labios y Alejandro se sorprende. – Gracias a esta maravillosa chica que me ha ayudado. – Lourdes sonrío tímidamente a Alejandro. Alejandro la mira sorprendido. Espero que no vea ningún parecido entre mi hermana y yo.

- ¿Has llorado? – Me pregunta acariciando mis mejillas.

- Oh, no. Es sólo que me froté los ojos cuando me mareé. ¿Estoy muy mal?

- Tú no podrías estar mal ni aunque quisieras. – Alejandro besa mi frente y me abraza. – Quizá no sea muy buena idea que bebas si no te sientes bien.

- La verdad es que una copa me sentaría tremendamente bien. – Le digo convencida. Necesito beber y digerir que al fin he encontrado a Lourdes y que ya sé que mis padres ya no están.

- Estupendo. Ven, agárrate a mí. Vente tú también. – Le dice Alejandro a Lourdes con amabilidad. – Te invitaré a lo que quieras para agradecerte la ayuda que le has ofrecido a la mujer que amo.

En el bar nos reunimos con Alfredo y Juan Diego. Alfredo regaña a Alejandro por ofrecerle algo de beber a una roja como Lourdes, pero él decide ignorarlo y le explica que es de Dios estar agradecido con las personas que se portan bien con uno. También le dice que Lourdes es sólo una niña como para saber qué ideales son los que quiere seguir. Alfredo trata de explicarle la historia de mi padre, el padre de Lourdes, describiéndolo como alguien peligroso a quien temer porque refugiaba a rojos guerrilleros. A duras

penas consigo esconder mi odio hacia Alfredo al oírlo hablar así de mi padre.

- No creo que haya nada de temerario en ofrecer un zumo fresco a una niña. – Me animo y Alejandro aprieta mi mano para que me calle.

- Oh, señorita López. No querría ser yo quien le llevara la contraria a una mujer tan extraordinariamente bella como usted. – Responde el cabrón. Alejandro me aprieta más contra él, marcando territorio. – Veo que has hecho que el soltero más codiciado de toda Andalucía se rinda a tus encantos también. – Bromea con poco gusto.

- Si te refieres a mí no cabe duda que estoy completamente hechizado por Ángela. Más aún desde que sé que ella corresponde a mis sentimientos también. – Dice Alejandro sonriéndome y le devuelvo la sonrisa.

- Completamente hechizada por ti. – Le digo sabiendo que molestaré así a Alfredo. Alejandro besa mi frente porque resulta menos obsceno que besarme en los labios en público.

- Me alegro por vosotros. – Dice Alfredo con pocas ganas. Guillermo aparece también en ese momento.

- Buenas, señores. – Todos le saludan de vuelta. – Ángela, un placer contar con tu presencia también. – Me dice y parece triste al verme abrazada a Alejandro.

- Hermano, toma lo que quieras, invito yo. – Dice Alejandro. – Estaba haciendo oficial mi noviazgo con Ángela en sociedad. – Guillermo hace una mueca parecida a una sonrisa.

- Tu hermano es un hijo de puta con suerte. – Comenta Alfredo.

- Lo es. – Guillermo me mira fijamente y me pone nerviosa.

Alfredo se disculpa y se lleva a mi hermana consigo. Yo los sigo como puedo con la mirada. Según Alfredo nos veremos de nuevo en la celebración del Caudillo. Jamás pensé que me alegraría tanto de acudir a dicha celebración. Tengo que trazar un plan para traerme a Lourdes a casa de Alejandro y creo saber cómo.

23

Estamos en una habitación lujosa de un hotel carísimo. Alejandro entra radiante a mi habitación. Dice que tiene una sorpresa para mí y que me la dará esta noche en la fiesta que se hará en la recepción de este mismo hotel. Yo ya he comenzado a arreglarme para dicha fiesta, quiero estar explosiva. Necesito que mi plan salga bien. Creo que lo estoy consiguiendo por cómo él me mira. Se aproxima al espejo en el que me estoy dando los últimos retoques y me abraza desde atrás.

- Estás realmente deslumbrante. Quiero hacerte el amor ahora mismo.
- Comienza a besar mi cuello.

- Ni se te ocurra estropear todo mi trabajo ahora. – Me giro y lo miro tratando de echarle una reprimenda. La verdad es que le haría el amor sin cesar. Está guapísimo con ese traje y peinado hacia atrás. – Reservemos ese momento para después. – Le beso cálidamente y me aprieta contra su erección.

- Mmmm no creo que pueda esperar tanto. Llevo dos días sin poder tocarte.

- Has estado meses sin hacerlo, podrás unas horas más.

- Siempre tan contestona. – Me levanta en sus brazos y grito ante la sorpresa. Me lleva en brazos hasta la cama de mi habitación y me tira en ella. – Sé que te estás haciendo la dura. Sé que te mueres como yo por que entre en ti y te haga mía otra vez, y otra, y otra. – Me besa apasionadamente y yo comienzo a hiperventilar.

- No te lo voy a negar, Alejandro. Pero nos estarán esperando y no me gustaría que nos cortaran el momento en mitad de lo mejor. – Alejandro gruñe en mis labios.

- Bueno, pues después te daré tu merecido entonces. – Se levanta y me tiende su mano para levantarme a mí también. Llaman a la puerta. Alejandro va a abrir y suspira cuando ve a Guillermo tras la puerta. – ¿Qué? ¿Vienes a por MI acompañante, hermanito? – Guillermo me lanza una mirada

triste por encima del hombro de Alejandro. No me gusta lo que parece sentir por mí. Puede complicar mucho las cosas. – Pues has llegado tarde.

- Sólo venía a decirles que papá nos espera en la recepción del hotel para ir todos juntos. – Se da la vuelta y se marcha.

- Vamos, ángel mío. – Alejandro me tiende su brazo y me agarro a él con demasiado entusiasmo. Creo que todo puede salirme bien al fin. Creo que puedo recuperar a mi hermana y vivir una vida feliz al lado de Alejandro. – Guillermo disimula muy mal que se muere por tus huesos. – Me dice en el ascensor y yo lo miro haciéndome la sorprendida. – No pongas esa cara, las mujeres notáis esas cosas rápidamente. Estás muy bella con ese traje rojo. – Me besa rápidamente antes de entrar en la enorme sala de festejos.

- Yo sólo tengo ojos para ti. – Le digo cuando estamos entrando y Alejandro sonrío como nunca.

El salón está a rebosar de personas, muchas de ellas ataviadas con indumentaria militar. Los ignoro. Mis ojos buscan rápidamente a Lourdes, y la encuentro junto a una mesa de cócteles sirviéndole algo al indeseable de Alfredo Ayala. Ella me ve y me sonrío. La fiesta para mí va a empezar.

Durante largos minutos Alejandro me presenta a todo tipo de personajes importantes del panorama militar. Para mí son los sublevados, los sanguinarios asesinos de profesores liberales como mi padre. Pero hago un esfuerzo enorme para encajar y aparentar cordialidad con todos ellos. Sus nombres quedan grabados en mi mente, en donde estoy haciendo una lista mental para que el día de mañana se sepa bien qué clase de monstruos eran y su memoria no sea ensalzada injustamente. El acto es cuanto menos importante, hay varias enormes cámaras de video grabando el festejo en varios rincones.

No sé si se me hace más tedioso hablar con todos esos fachas o con sus féminas acompañantes. Ellas, sin duda, son más cruentas en sus comentarios. No paran de ensalzar las hazañas de sus respectivas parejas narrando las muertes de personas inocentes como si fuesen la broma más graciosa de la tierra. Tengo ganas de vomitar. Me alejo de ellas y me voy a la barra de cócteles a tomarme una copa, la necesito.

- ¿Qué tal todo? – Pregunto a mi hermana disimulando.

- Bien, el señor Alfredo está muy feliz hoy, no se ha portado excesivamente brusco conmigo. – Eso me tranquiliza. Pero tengo que hacer que mi hermana salga de su alcance cuanto antes.

- Me alegro. Voy a ver cómo lo hago para que...

- Señorita López, está usted muy guapa. – Una voz me sorprende por la espalda. Me giro bruscamente y veo a Adolfo, el hermano mayor de Alejandro, vestido con traje militar y con una copa en la mano. Sonriendo con malicia.

- Gracias Adolfo. – No le digo nada sobre su apariencia.

- Me pregunto qué habrá visto una dama de clase como tú en un descarriado como mi hermano Alejandro. – Dice en tono burlón dándole un trago a su copa. Yo le doy uno bien grande a la mía. – Estoy francamente sorprendido de su elección contigo. La hija de un miembro de la CEDA... siempre pensé que le iban más las del otro bando. Siempre pensé que Alejandro simpatizaba con la República muy a su pesar y que no quería admitirlo. Pero veo que me equivoqué.

- Alejandro es más listo y noble de lo que te crees. – Digo envalentonada y convencida. Quizá Alejandro no sea tan facha, al fin y al cabo. Esa idea me reconforta en mi interior y decido creérmela.

- Ya veo... Ángela López de la Cruz... ¿Es ese tu nombre completo? ¿Me dejas ver tu identificación para ver cuál es tu nombre completo? – Mierda. Me paraliza. Se me corta la respiración. Siento la boca seca. Me tiembla el pulso y tomo un enorme trago de mi copa. Acto seguido busco a Alejandro con la mirada. Está con el tal Juan Diego que me presentó en el tren hablando distendidamente. En seguida me ve con su hermano Adolfo y creo que ha notado mi cara de estupor. ¡Bien! Viene a mi rescate.

- Tu hermano es quien guarda mi documentación. Cómo ves, no he traído bolso conmigo. – Digo alegremente. Alejandro llega y me sujeta por los hombros.

- Hola belleza. – Me sonrío. – Adolfo. – Le dice a su hermano más

seriamente. – ¿Puedo saber qué conversación comparten la mujer más hermosa del planeta y mi hermano mayor?

- ¿Te preocupa que te la robe? – Adolfo trata de parecer despreocupado, pero cada vez estoy más convencida de que odia a Alejandro.

- Siento curiosidad. – Alejandro sonrío amenazante.

- Sólo quería ver su identificación para ver su nombre completo. – Comenta Adolfo también de forma amenazante. Alejandro le mantiene la sonrisa con la mirada entornada. Yo estoy cada vez más temblorosa y no paro de beber de mi copa. – También sentía curiosidad, hermanito. – Alejandro se mete la mano en el bolsillo interno de su chaqueta del traje y saca una libretita.

- Toma hermano. Curioseas. – Abro la boca de par en par. ¿Tiene papeles míos? ¿Ha conseguido hacerme unos papeles falsos? ¿Cómo? ¿Cuándo? Adolfo se queda tan pasmado como yo y abre la libretita.

- Ángela María López de la Cruz. – Dice en voz alta. – Nacida el 29 de septiembre de 1917. – ¡Esa es mi fecha real de nacimiento! Adolfo me mira y yo sonrío como puedo y asiento. – Acaba de cumplir veinte añitos, señorita. Mis felicitaciones atrasadas. – Alejandro sonrío victorioso.

- Gracias Adolfo.

- Bien, no te la robo más, hermano. – Adolfo le da una palmada en la espalda a Alejandro y parece que de un momento a otro Alejandro se ha convertido en una persona grata para él. – Disfrutad del evento. – Y se va a saludar a otro hombre vestido de militar que ve. Miro a Alejandro y tengo ganas de desmayarme. He pasado realmente miedo.

- Acabas de salvarme la vida. – Le digo bajito. Él me sonrío, me aprieta por la cintura y me besa la frente.

- Creo que acabo de salvar la vida de ambos. – Susurra.

- ¿Cómo has conseguido esos papeles?

- Esa era la sorpresa que tenía para ti. Mi amigo Juan Diego tiene muchos recursos. – Me mira fijamente. – A partir de hoy ya eres oficialmente

Ángela María López de la Cruz, la mujer de mi vida a la que no tendré que seguir escondiendo. – La cara de Alejandro no puede brillar más. Está feliz. Yo también. Al fin me siento del todo protegida.

- ¿Crees que Adolfo se lo ha tragado?

- No me cabe la menor duda, pequeña.

- ¡Alejandro! – Alfredo Ayala nos sorprende a ambos. – Aquí estás, amigo mío. Mira, ¿recuerdas a mi prima Remedios? – Una joven morena de alta sociedad pestañea coquetamente al mirar a Alejandro. Él asiente y parece sentirse incómodo ante la presencia de esa joven. ¿Quién es?

- ¡Claro! ¡Cómo iba a olvidarla! ¿Cómo estás, Remedios? – Alejandro besa la mejilla de Remedios.

- Bien. – Responde ella tímidamente.

- Ya sabes que mi prima vive aquí, en Sevilla. Me ha dicho que tenía muchas ganas de verte y de bailar contigo. Si no te parece mal, baila un poco con la pequeña Remedios y yo amenizaré mientras tanto a la preciosa Ángela. – Me froto las manos mentalmente. Es precisamente lo que necesitaba. Alejandro me mira, no sabe qué hacer.

- Ve, mi amor. Alfredo y yo te esperaremos aquí.

- Mmm no sé... – Sé que debe hacerle muy poca ilusión dejarme sola con Alfredo. Siempre ha sido un descarado conmigo.

- ¡Vamos, Alejandro! ¡Sólo un baile o dos! – La tal Remedios tira del brazo de Alejandro y él se deja llevar por ella de forma obligada. Rechazarla en público podría resultar muy descortés. Segundos después están ambos bailando en mitad de la sala junto a otros invitados que también bailan. No me gusta nada la forma en que Remedios mira a Alejandro, ni la confianza con la que le abraza. Él, por otro lado, parece bastante incómodo.

- Al fin puedo hablar contigo a solas. – Me dice discretamente Alfredo. Ha sido planificado. Bien.

- Sí. Al fin puedes hablarme a solas y yo a ti también. – Le digo. Él sonrío sorprendido. Creo que tiene unas expectativas erróneas.

- ¿Te importaría que buscásemos un lugar más privado, Ángela? – Me pide.

- Tú dirás. – Alfredo me indica el camino con su mano y yo le sigo. No estoy muy conforme con alejarme tanto con él a solas, pero confío en que el celoso de Alejandro aparezca en breve en mi busca. Le sigo hasta detrás de unas cortinas que dan a una sala donde hay un despacho. Creo que el tal Alfredo conoce bien este hotel.

- Gracias por concederme unas palabras en privado, Ángela.

- ¿Qué querías decirme? – Pongo cara de inocente.

- Pues... verás... yo... no me voy a andar con rodeos, Ángela, no tengo mucho tiempo para decírtelo. Me gustas. – Me hago la sorprendida. – Sí, te vi aquel día en el centro de Málaga y pensé que no había visto nunca criatura más bella que tú. Sé que te gusta Alejandro, pero yo sé que él puede ser muy rudo y temperamental. – Lo dejo proseguir. – Si es por su fortuna, déjame decirte que la mía es mucho mayor. Si me das una oportunidad, podría convencerte agasajándote como tú quieras. – Se acerca a mí y yo retrocedo. Ojalá Alejandro esté ya buscándome.

- Alfredo, yo...

- No te niegues sin intentarlo. ¿Sabes que ese patán va de prostitutas constantemente? – Trago saliva. No quiero escucharlo y tener que darle la razón. Alfredo me agarra de la cintura y me aprieta contra él.

- Lo quiero a él. – Le digo firmemente y él acaricia mis labios. – Apártate, por favor, Alfredo. Alejandro vendrá a buscarme. No quiero que piense que yo he buscado esto, porque jamás le haría algo así. – Trato de zafarme de sus brazos y él me coge las muñecas inmovilizándolas detrás de mi espalda. ¡Mierda! ¿Dónde está Alejandro? – Por favor... no...

- ¿Eres virgen? Me encantaría desflorarte yo mismo. – Sus labios besuquean asquerosamente mi cuello.

- ¡Para!

- No. Déjame poseerte.

- ¡Te ha dicho que pares, Joder! – Guillermo está en la puerta y justo detrás de él veo a Alejandro con el rostro desencajado.

- ¡Hijo de puta! ¡Apártate de ella! – Alejandro viene como una fiera y Guillermo lo contiene. – ¡Suéltame, Guillermo!

- Eh, tranquilo, era sólo una broma. – Dice Alfredo y me suelta. Yo, sin saber qué decir, lo único que hago es abrazarme a Alejandro.

- Mi amor, déjalo. Vámonos fuera. – Su hermano Adolfo, su padre y algunos invitados más entran y preguntan qué sucede. Alfredo palidece y yo veo mi momento.

- ¡Nada! No ha pasado nada, señores. Estábamos los cuatro conversando, nada más. – Añado.

- ¡De hecho, iba a decirles algo a mi hermano Guillermo y a Alfredo Ayala que me gustaría que todos escucharan! – Afirma Alejandro y yo lo miro extrañada. Alejandro me aprieta contra su cuerpo y, mirando a toda la audiencia, suelta su insensatez. – Ángela y yo vamos a casarnos y Alfredo ha propuesto regalarnos cincuenta mil pesetas como regalo de boda. – ¡¿Qué?! La audiencia murmura asombrada. Yo miro a Alejandro y sé que está tratando por todos los medios de contener al monstruo interno. Me alegra que esté tratando de extorsionar a Ayala para así no delatarlo. No es ni la mitad de la venganza que yo deseo contra ese asqueroso, pero es algo. Alfredo se queda mudo. Alejandro me mira y me sonrío con malicia. – Dime que sí, Ángela.

- Alejandro, no te precipites... – Intercede Guillermo.

- Guillermo, no me estoy precipitando. Amo a Ángela y ella a mí. Será mi mujer y yo su esposo. ¿Verdad, Ángela? – Yo estoy todavía en shock, pero asiento involuntariamente sintiendo la ilusión colmar mi pecho. Realmente me ama. No puede ser de otra forma si está dispuesto a casarse conmigo. Soy feliz. Puedo conseguir mi plan con él, con su ayuda, lo sé.

- Sí, Alejandro. – Lo beso apasionadamente sin importarme el público y todos aplauden a la vez.

- Vámonos a la habitación, pequeña. – Me pide en el oído y yo

asiento.

Cogidos de la mano, Alejandro y yo nos alejamos de ese odioso público para refugiarnos en las cuatro paredes de mi habitación en ese hotel, para guarecernos en nuestro mundo, alejado de la terrorífica realidad mundana que nos rodea.

Alejandro aprieta mi mano con fuerza y yo no dejo de sonreírle, aunque muy en el fondo sé que esto jamás saldrá bien. No podrá haber un final feliz. De todos modos, intentaré buscar la fórmula.

24

- Ese imbécil casi me hace perder el juicio otra vez. – Relincha Alejandro una vez llegamos a mi habitación y cierra la puerta.

- Lo sé. – Digo sin poder evitar contener una sonrisa.

- ¡Casi pierdo el control y le parto la cara ahí, en mitad de la celebración!

- Soy del todo consciente, créeme.

- ¡Debería bajar ahora mismo y partirle la crisma! ¡Debería contarle a todos lo que ha intentado hacer con mi futura mujer! ¡Me cago en la puta!

- No, Alejandro, no deberías. No ha pasado nada, menos mal. Pero se merece un castigo.

- ¡Entonces, por qué cojones te ríes! – Me acerco a Alejandro y le acaricio. Está haciendo un esfuerzo titánico para que el monstruo que lleva dentro no le domine.

- Porque estoy feliz. – Frunce el ceño.

- ¿Feliz?

- Sí, eso he dicho, feliz. Me has pedido matrimonio delante de toda la alta sociedad. – Una sonrisa malévola comienza a asomar por su rostro.

- Y tú has dicho que sí. – Asiento risueña. Comienza a devorar mis labios y entierra sus manos en mi melena. Yo hago lo mismo y aprieto mis manos en su pelo y mi cuerpo contra el suyo. – Deberíamos celebrarlo, ahora que al fin estamos a solas.

- Me parece una buena idea. – Comienzo a luchar contra su ropa. Quiero tocarlo. Ya. Sentirlo. Sentir su amor y su furia muy dentro de mí. – Eres un insensato. – Murmuro entre beso y beso. Alejandro hace descender mi vestido hasta el suelo.

- Y tú una valiente. Has dicho que sí a pesar de que sabes bien quién soy. – De pronto me paro. Eso precisamente he hecho. Sé quién es y no sólo me preocupa su demonio interno, a ese puedo controlarlo, creo. Lo que realmente me preocupa es el demonio de su padre, su hermano mayor y lo que Guillermo está comenzando a sentir por mí. Si se descubre quién soy realmente estoy perdida. – Lucharé por ser mejor para ti. – Gimoteo mientras escucho esas palabras y siento su lengua en mis pezones. – Lucharé por estar siempre así, fundido en ti. – Ambos estamos ya completamente desnudos y Alejandro me tiende sobre la cama para tomar posición sobre mí.

- Estás loco. Completamente loco. – Sonrío mientras aferro su sexo y lo guío hasta la entrada del mío.

- Loco por entrar en ti. – Y es entonces cuando lo siento invadir deliciosamente mi cuerpo. Gimo fuerte. Es delicioso. Puede que inmoral también, pero ahora que sé que vamos a casarnos (o al menos esa es la intención) me siento más libre para disfrutarlo por completo. Esta será sin duda la vez que me sentiré más libre de saborear la pasión del cuerpo de Alejandro.

Y por eso me dejo llevar y acompaño con mi cuerpo cada una de sus embestidas para recibirla plenamente. Por eso grito su nombre pegada a sus labios y vierto mi sensualidad rozando con mi lengua la suya cada vez que lo siento muy dentro de mí. Él gime, descontrolado. Todo su cuerpo está en tensión. Se esfuerza por no sucumbir al éxtasis que le genera mi actitud provocadora. Yo me aferro a sus nalgas y lo empujo más y más dentro. Podría morirme así. Con su mirada llena de lujuria y admiración. Con su boca entreabierta libreando una respiración entrecortada y muy muy sexi.

Consigo girarlo y me sitúo sobre él, dando rienda suelta a mi imaginación subida a horcajadas sobre su cuerpo. Aún siento su incursión más profunda en mi cuerpo. Aferra mis senos con fuerza y maestría, pellizcando mis pezones que están más sensibles que nunca antes.

- Eres una diosa. – Me dice al incorporarse y quedarse sentado frente a mí. Aferra con fuerza mi melena y me besa con fuerza, ansias, hambre y mucha pasión.

- Te amo. Quiero ser siempre tuya. – Digo y quiero creérmelo. En ese

momento quiero pensar que existe alguna fórmula milagrosa en este mundo, en este país resquebrajado y dividido en dos para que dos personas de mundos opuestos tengan una sola oportunidad de quererse y entregarse a pesar de luchar contra corriente.

- Y yo a ti. Te amo con toda mi alma.

Su ritmo sube en mi interior y yo estoy al borde de la locura. Alejandro se percata de que estoy llegando, me coge en brazos y me sube hasta sentarme en una cómoda que hay junto a la puerta, para, de este modo, subir su ritmo en mí y llevarnos a ambos a la liberación de nuestra sed del uno por el otro en el mismo momento. Grito fuerte cuando siento esa corriente eléctrica sacudir mi cuerpo y me desarmo por completo de pasión al escucharle gemir a él cuando llega también al clímax en mi interior.

- Ahhh. Ha sido increíble. – Susurro con la cabeza apoyada en su pecho.

- Gracias por este regalo de bodas, señorita López. Jamás te había visto tan apasionada y entregada. Ha sido lo más placentero que he vivido jamás. – Me dice. Lo miro. Está feliz y... tranquilo y relajado. Este ha sido mi regalo, según él. Ahora quiero el mío.

- Ha sido un enorme placer. – Digo coquetamente y con segundas. Él se ríe y me mira con un brillo que jamás antes he visto en él.

- Lo ha sido. Debería pensar en un regalo para ti que esté a la altura de dicho placer. – Es el momento.

- Se me ocurre uno. – Levanta una ceja entretenido.

- Pues hable, señorita López. Es el momento adecuado. Ahora mismo no habría nada que no hiciera para complacerla.

- Quiero a Lourdes, la sirvienta de Alfredo Ayala, como mi muchacha en casa. – Frunce el ceño. Sé que está confuso y que necesita alguna razón de peso. – Si a partir de hoy seré Ángela María López de la Cruz y olvidaré para siempre quién un día fui, necesitaré al menos algo que no me haga echar de menos en absoluto mi vida anterior. Esa chica me recuerda enormemente a la hermana que un día tuve, Alejandro. – Me mira confundido.

- ¿Tienes una hermana?

- Sí, la tenía. Ya no la veré más y, aunque tú no tengas ese lazo de unión con tus hermanos, yo sí que lo tenía con ella. Ella es lo único que echo de menos de mi vida anterior ahora mismo, Alejandro. – Miento de nuevo a Alejandro, pero tengo que sonar convincente. Aunque no es una mentira del todo. Mi hermana es lo único que queda con vida de mi familia. – Y, además, será una buena forma de vengarme de la actuación de ese bastardo conmigo antes. Sé que él no se negará si no quiere tener problemas de credibilidad ante la sociedad. Pero no quiero ponerte en un aprieto, mi amor. – Le acaricio el rostro y pongo mi mejor cara de inocente. – Sólo si crees que puedes...

- Lo haré. Cualquier cosa para que no echés de menos nada, para que seas feliz, para que quedarte a mi lado sea suficiente para ti. – Promete y unas lágrimas de felicidad rebosan de mis ojos. ¡Sí! ¡Soy feliz! ¡Lourdes volverá conmigo! Al menos podré salvarla a ella.

- ¡Gracias, gracias! – Le abrazo con fuerzas y me deshago en llanto. – Eres lo mejor que me ha pasado desde que la guerra comenzó, Alejandro. Eres mi bote salvavidas. – Él me aprieta con fuerza contra su pecho y besa mi pelo.

- Tú eres lo mejor que me ha pasado jamás.

Nos vestimos y nos quedamos un rato abrazados en la cama. Después le digo que es mejor que se vaya a su habitación.

- Alejandro, si viene tu padre y te ve aquí se molestará. Sabes que es muy tradicional y no deberíamos compartir cama hasta no estar casados.

- Ahora ya me da igual lo que piense ese estirado. Al fin he tomado una decisión por mí mismo y es la mejor decisión que he tomado nunca. – Me mira y me besa la punta de la nariz. – ¡Me haces tan feliz, pequeña ladronzuela robacorazones! – Sonrío como una estúpida.

- Preferiría que no nos complicaran más las cosas, por si acaso.

- ¿Entonces me echas después de haberte aprovechado sexualmente de mí? ¡Qué maliciosa! Ya te estás comportando como toda una esposa de la alta sociedad. – Ambos soltamos una carcajada.

- He tenido un buen adiestrador.

- Está bien. Me iré a mi habitación, pero mañana por la mañana volveré a primera hora a por ti. Espero poder venir ya con tu regalo de bodas. – ¡Lourdes! Lo vuelvo a besar apasionadamente. – No me tientes a quedarme. Descansa, yo voy a ir a hablar con Alfredo y tratar de solucionar la situación para que la sirvienta nos acompañe mañana mismo.

- Gracias, mil gracias mi amor. – Alejandro se levanta de la cama y a duras penas le dejo ir. Ahora siento que no podría amarlo más. Que me hace tan feliz y tan pletórica que le daría todo a ese hombre. En la puerta de mi habitación, cuando está a punto de marcharse, le doy otro fuerte beso.

- ¡Para ya o no me voy! – Rio con fuerza.

- Hasta mañana, mi amor, mi futuro esposo. – La sonrisa de Alejandro no tiene precio.

- Hasta mañana, dueña mía. – Se cierra la puerta y yo me apoyo en la puerta sonriendo y suspirando como una tonta.

¡Qué felicidad! ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? Pasan pocos minutos y llaman a la puerta. ¡No se quiere ir! Sonrío de nuevo. Pero al abrirla me encuentro con la mirada vidriosa de Guillermo.

- ¿Qué haces aquí, Guillermo? – Pregunto extrañada.

- ¿Te vas a casar con él? – Mierda.

- Guillermo, ya lo has escuchado. Si tienes algo que añadir, háblalo con tu hermano. – Intento cerrar la puerta, pero me lo impide con su mano.

- Sí, lo he escuchado. He escuchado también vuestros gemidos. ¿De verdad te quieres tan poco para dejarle desvirtuarte de esa forma?

- ¿Desvirtuarme? Yo soy una persona adulta y sé lo que hago. Tampoco me he acostado con cualquiera. Alejandro es mi futuro esposo. – Añado enfadada.

- Tu futuro esposo... ¿sabes acaso quién es tu futuro esposo?

- No soy estúpida, Guillermo. Sé el temperamento que tiene tu hermano. Estoy dispuesta a soportarlo, porque lo amo. Él también me ama y

sé que intentará controlarse.

- Yo también te amo, Ángela. Más que Alejandro. Yo puedo hacerte más feliz que él. – Guillermo se aproxima con los ojos llenos de lágrimas y apestando a alcohol. Retrocedo asustada.

- Guillermo para.

- ¡No! ¡Quiero que sepas dónde te metes antes de que sea también demasiado tarde para ti! – ¿De qué está hablando?

- No entiendo...

- No eres la primera, Ángela. Alejandro ya quiso entregarse con Isabel. – Trago saliva. No quiero escucharlo. Eso es pasado. Mi presente es Alejandro. Tengo que aferrarme a él como pueda.

- No quiero saber eso, Guillermo. Eso pasó antes de conocernos.

- ¡Vas a escucharme! – Me grita encolerizado. Aprieto los ojos amedrentada. – ¡Vas a escuchar cómo Alejandro mató a su amada Isabel! – ¡¡¡Qué!!! ¡No, no, no! ¡No puede ser posible!

- ¡Eso es mentira! ¡Él jamás llegaría tan lejos!

- ¿Eso es lo que crees? ¿O lo que quieres creer? ¡Pues lo hizo! – Mi cabeza está a punto de explotar. – Él descubrió que era republicana, que tenía amistades muy peligrosas para él e incluso que quiso seducir a un pez gordo de una guerrilla de la resistencia.

- Para...

- No lo voy a hacer. Quiero que me oigas. – Me agarra de los hombros y creo que estoy a punto de desmayarme. – Ella tenía un plan trazado para hacer sucumbir a mi hermano al lado oscuro, junto a ella. Pensó que su amor por ella sería suficiente, pensó que si él averiguaba que esperaba un hijo suyo no sería capaz de matarla, de matarlos a ambos.

- ¡¡¡Para, joder!!! – Grito desesperada y me aprieto los oídos.

- No lo hizo y la denunció. Posibilitando así que su amada Isabel y su futuro hijo cayeran abatidos en la línea de fusilamiento. A manos de mi mismísimo hermano Adolfo. – Comienzo a gritar y a llorar horrorizada.

¡¿Cómo pudo hacer algo así?! ¡¿Cómo es posible que sea tan despreciable?! – Ahora, que sabes quién es tu amado futuro esposo, espero que pienses bien dónde te metes. Yo te esperaré, por si decides cambiar el rumbo de tu sino. Yo jamás haría algo así. Yo siempre te protegería. Y creo que tú sabes muy bien que él no. Has vivido con él. Sabes de qué hablo. Te dejo para que medites. No lo olvides, Ángela, estoy enamorado verdaderamente de ti. – Guillermo se va y me deja consternada y envuelta en un amargo llanto en mi habitación.

No estoy segura de qué siento ahora mismo. ¿Rabia? ¿Dolor? ¿Decepción? ¿Amargura? ¿Tristeza? ¿Odio? ¿Asco? Posiblemente una mezcla explosiva de todo eso. Me tiro a la cama y comienzo a llorar como si no hubiera un mañana. Jamás debería haber permitido que Alejandro se colara tan dentro de mí. Siempre supe quién era, y, a pesar de eso, le dejé enamorarme, le dejé ilusionarme, le convertí en el centro de mi mundo.

Ahora mi mundo se rompe bajo mis pies y, lo único que puede verdaderamente motivarme, es que Lourdes volverá a mi lado. Tengo que seguir con esto hasta que encuentre la forma de hacer que Lourdes y yo huyamos de aquí, de este maldito país. Tengo que salvarla a ella. Aunque sólo sea a ella. Yo no sé si podré volver a sentirme viva sabiendo que me he entregado en cuerpo y alma a un maldito, despiadado, y a la vez pasional y deseado monstruo como Alejandro Mendoza.

Alejandro está frente a mí. Veo a su monstruo. Lo veo asomar por el verde iris de sus ojos, que me miran con malicia. Se acerca y no puedo moverme. Estoy paralizada por el magnetismo de su mirada. Implorándole con mi mirada que me diga que él no es así, que me demuestre que no he entregado mi corazón a alguien que no lo tiene.

Se acerca. Puedo oler su voz. Quiero tocarlo, pero no quiero querer eso. Lo sigo deseando igual que siempre. También lo temo.

- Eres mía...

Me miro y veo que llevo puesto un vestido blanco de novia y una alianza en el dedo. Sí, soy endemoniadamente suya y me odio por sentirme en parte dichosa.

- Eres un monstruo. – Le digo con ojos llorosos.

- Sálvame.

¡¿Qué?! De pronto Alejandro está besándome de esa forma tan maravillosa y yo me dejo. “Sálvame”, sigue suplicándome pegado a mis labios. “Lo haré”, contesto y quiero creerlo. Entonces siento sus manos aferradas a mi cuello. Aprieta con fuerza. Con tanta fuerza que no puedo respirar. Hago un esfuerzo en vano por arrancarme sus manos de mi cuello. No puedo respirar. Noo... Alejandro, para. Mis ojos lo miran aterrados. Él me mira y llora.

- Para...

- No puedo evitar ser quién soy, ni tú, Aurora. – Me llama por mi nombre y yo estoy a punto de desfallecer por falta de aire.

De pronto una sacudida me despierta abruptamente de mi pesadilla. Me llevo las manos a mi cuello y siento un gran alivio al percatarme que puedo respirar con normalidad. Pero la realidad de mi última conversación con Guillermo me supera en seguida.

Están llamando a la puerta. ¿Qué hora es? Ya está amaneciendo. Me levanto con paso tembloroso y abro despacio la puerta. Tras ella me encuentro con una bonita sonrisa del monstruo Alejandro y con la maravillosa presencia de mi hermana.

- Buenos días, mi amor. ¿Estás lista para el desfile de hoy? – Lo miro y pestañeo. Miro a Lourdes. Ahora estoy convencida de que no estoy llevando a mi hermana a salvo para nada. – Eh, ¿qué pasa? – ¿Tan bien me conoce ya?

- Nada, he tenido una pesadilla. – Digo aturdida. – Dame unos minutos que me vista y en seguida salgo. – Alejandro taponaba la puerta con su mano cuando pretendo cerrar.

- Te esperaré dentro. – Dice con mala cara. – Lourdes, espéranos en mi habitación, ya sabes cuál es. – Ordena sin siquiera mirar a mi hermana. Yo me bloqueo al mirarlo tan decidido, tan insoportablemente serio y atractivo. Lourdes se va obediente y Alejandro cierra la puerta tras de sí. Me mira inquisitivamente. Me doy la vuelta porque no puedo aguantar mucho tiempo su mirada. – Ángela. Mírame. – Me giro y le dedico una sonrisa forzada. – Dime ahora mismo qué demonios sucede. – Me vuelvo a girar dándole la espalda. – Eh, mírame te digo.

- Nada, tendremos tiempo de hablar de ello cuando estemos de vuelta a casa. – Digo sin mirarle y sin obedecerle. Me quito el camisón de dormir de espaldas a él con la intención de vestirme rápidamente. Enseguida siento su respiración en mi cuello, tras de mí. Me paraliza.

- Deberías estar contenta, no estresada. – Sus palabras son un susurro en mi oreja mientras acaricia mis pechos desde su posición a mis espaldas. Tengo el vestido en mis manos y me hayo completamente desnuda y vulnerable. – Por favor, dime qué te sucede. – Besa mi cuello.

Antes de sucumbir a sus caricias decido darme la vuelta y enfrentarme a su mirada. Mis ojos están cargados de rabia y se asusta al verme así. Retrocede un paso.

- Dime que lo que me dijo anoche Guillermo es mentira. – Ordeno.

- ¿Anoche vino aquí ese desgraciado? – Oh, no. Está comenzando a

encolerizarse y yo no puedo perder el control de esta situación si quiero escuchar su versión. – ¡¿Qué cojones quería, Ángela?! ¿Intentó propasarse contigo?

- No. Quería que yo supiera con quién había decidido casarme.

- Explícame eso. – Frunce el ceño. Está nervioso.

- Quiero que me digas que no es verdad lo que me contó de ti. – Me envalentono y me acerco a él. Escupo con rabia mis palabras. Le apunto con mi dedo. – Quiero que me digas que tú no mataste a Isabel y al hijo que esperaba tuyo en su vientre. – Alejandro abre la boca. Sus ojos comienzan a dar vueltas por todos los rincones de la habitación. Después se cruzan con los míos, que están llenos de dolor, pero no puede aguantar mucho la mirada. Está avergonzado. – ¡Habla! ¡Maldita sea, habla Alejandro!

- Oye, escúchame. Eso está en el pasado... – Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

- ¿En el pasado? ¡¿En el pasado?! ¡Llevaba un hijo tuyo en su vientre, malnacido! – Descargo mi cólera y comienzo a llorar. – ¿Y yo me he enamorado de alguien así? ¿De alguien que es capaz de matar a la mujer que va a hacerle padre por tener unos pensamientos diferentes, por tener una educación diferente? – Comienzo a dar vueltas por mi habitación. Decido darle la vuelta y vestirme cuando vuelvo a darme cuenta de que estoy desnuda. Me pongo el vestido y Alejandro permanece callado, quieto y siento su mirada fija en mí.

- Yo... no lo sabía. – Dice al fin. – Cuando me lo dijo ya era demasiado tarde. – Termino de vestirme y me doy la vuelta. Varias lágrimas cubren su hermoso y atormentado rostro. – Ella me lo dijo cuando ya estaba sentenciada. ¿Qué podía yo hacer? No hubiera podido salvarla y me habría condenado a mí también si lo intentaba. – Vuelvo a acercarme a él. Ahora que está hablando no quiero que pare. Quiero que lo escupa todo.

- Pero tú la delataste. Tú la entregaste. – Alejandro me mira y las lágrimas no dejan de salir de sus ojos.

- Sí. – Dice muy flojito.

- ¿Cómo pudiste? – Agacha la cabeza y su llanto se hace más fuerte.

- No me odies... La entregué porque pensé que hacía lo correcto. Estaba nublado y cargado de rabia. Ella me desafió hasta llevarme al límite. Quería que la hiciera mi esposa y, al ver que no cedí, me provocó hasta límites que no podrías imaginar.

- Bueno, pues ya ha tenido su merecido, ¿no? ¿Era la muerte lo que merecía? ¿Y tu hijo también?

- Ya, para Ángela. – Aprieta los ojos con fuerza. No quiere escucharlo, pero lo hará.

- Ahora ya están los dos devorados por los gusanos. Es eso lo que merecen los simpatizantes de la República para ti, ¿no?

- Por favor, te lo ruego, no sigas. – Se frota los ojos, estresado.

- Porque es verdaderamente un delito de muerte tener una ideología diferente, ¿verdad Alejandro?

- ¡¡¡Te he dicho que pares!!! – Me grita completamente enfurecido y me mira con ganas de cometer alguna locura. Yo me quedo congelada ante su grito. – ¡Créeme que hay condenas peores que la muerte! ¡Yo llevo sufriendo la mía desde que eso pasó y no pude hacer nada, nada Ángela, para frenar lo que había hecho! ¡La delaté, sí, pero porque la encontré intentando follarse a un guerrillero de la resistencia tras discutir conmigo porque me acusó de no amarla lo suficiente! ¡Me sentí culpable y la encontré en la maldita caseta de mis empleados completamente desnuda y a punto de follarse a ese cabrón asesino al que escondía a mis espaldas en mi propio techo! ¡Enloquecí, ¿vale?! El cabrón ese se me escapó, pues al verme salió corriendo. Pero a ella la agarré del brazo y la saqué de casa así, tal cual, desnuda, y me la llevé. La subí a caballo y simplemente salí de casa con ella.

- ¿A dónde la llevabas?

- No lo sabía. Simplemente quería ridiculizarla. Pero ella se asustó y bajó del caballo tratando de huir. Corrí tras ella y la volví a atrapar. Le grité. Le grité con toda la furia del mundo. Estaba completamente fuera de mí. Mi hermano Adolfo y un amigo suyo nos encontraron, pasaban por allí, y me

escuchó gritarle roja traidora. Adolfo me preguntó qué pasaba y le escupí todo lo que había visto con rabia, mucha rabia, tanta que estaba cegado y no pensé en lo que estaba haciendo. Se la llevó de allí, frente a mis narices, mientras Isabel me gritaba que estaba embarazada, que no dejara a nuestro hijo morir. – La voz de Alejandro se vuelve débil. Vuelve a llorar y se tapa la cara. – Ya no había marcha atrás. Si pudiera volver atrás... yo... – Lloro con fuerza.

- ¿Tú qué? ¿Piensas que conseguirías sacar bondad de algún rincón de tu cuerpo?

- No me odies, por favor. – Se acerca a mí con los brazos abiertos y yo retrocedo. – Te daría todo lo que me pidieras, Ángela. Te he traído a esa chica, cómo me pediste. Dime qué más quieres y lo haré. Pero olvidemos ese episodio del pasado. Olvidémoslo todo y cástate conmigo. – Sigue avanzando y yo retrocediendo. – No te alejes de mí, te lo ruego. No tengo a nadie más. Y no quiero a nadie más. Quiero hacer una familia contigo y hacerte feliz a ti y los hijos que tengamos. – Trago saliva. Hijos con una Republicana... No. No le haría eso a mis hijos jamás. Nunca me había sentido tan afín a la República como ahora. Nunca me habían preocupado tanto las ideologías como en este momento que me siento perseguida, humillada y amenazada de muerte por simpatizar con una postura contraria a la impuesta. Ahora de Alejandro sólo quiero una cosa; salvar a mi hermana. – Cástate conmigo y te haré feliz, Ángela.

- ¿Casarme contigo? Ahora mismo soy incapaz de pensar en eso, Alejandro. – Alejandro se mueve con rapidez y consigue atraparme, pillándome desprevenida. Me agarra de la cintura con una mano y con la otra de la barbilla para que lo mire.

- Sé que me amas. Yo te amo. Tenemos todo el tiempo del mundo para cambiar nuestros destinos.

- Hay ciertas cosas que no se pueden cambiar. No se puede revivir a los muertos.

- Tú me has revivido a mí. – Me besa, pero no le devuelvo el gesto. Sin embargo, siento que mi cuerpo está deseando hacerlo, pero mi mente lo aborrece en estos momentos. – Dame una oportunidad. Déjame demostrarte

que jamás haría algo así de nuevo.

- Quizá no exactamente igual. Pero me entregaste a un burdel por mucho menos. – Respondo desafiante. Alejandro aprieta los ojos.

- Ya te pedí perdón por eso.

- No es suficiente.

- ¿Qué quieres que haga? No voy a perderte a ti, Ángela. Eso no va a pasar. Haré lo que me pidas para que vuelvas a casa, conmigo. – Lo que él no sabe es que volvería de todas maneras, porque lleva a mi hermana consigo. No obstante, me aprovecharé de su ignorancia.

- Volveré a casa si me prometes que tu hermano mayor, tu padre, Alfredo Ayala y todos los altos mandos militares que conozcas estarán apartados de nuestras vidas, de mí. – Pido convencida. Es lo mejor para Lourdes y para mí si queremos trazar algún plan de escape. – Ellos son los responsables máximos de lo que hiciste. Ellos son los asesinos y los que te hicieron creer erróneamente que matar a una mujer indefensa y embarazada resolvería algo en esta cruenta contienda. Sólo así me iré contigo a casa. – Alejandro asiente levemente. Seguramente está intentando pensar en cómo darles largas en los eventos importantes. – Pero si veo alguno de ellos acechar nuestra vivienda me iré para siempre. Aunque con ello haga que tú me acuses de traidora y me fusilen.

- Jamás haría eso. – Apoya su frente en la mía. – No volveré a dejar que eso suceda.

- Te creeré cuando lo vea. – Me separo de él y cojo mi maleta. – Así que vámonos.

- ¿Cómo? ¿Dónde? – Pregunta confundido.

- A casa. – Contesto rotundamente, con la maleta en mi mano.

- ¿Ahora? Hoy es el desfile militar de...

- ¡No me importa una mierda ese maldito desfile ni sus endemoniados militares!

- Baja la voz, cariño, por favor. Este hotel está lleno de ellos. – Dice

asustado. Tiene razón. Se acerca y me acaricia para aplacarme.

- Pues vámonos. Vámonos ahora mismo si no quieres que ponga en peligro el desfile y nuestra integridad física. – Alejandro suspira.

- Bien. Vamos a mi habitación. Recogeremos mis pertenencias y a la chica que me pediste.

Sin esperar un segundo más vamos juntos hasta la habitación de Alejandro. Suspiro, aliviada al ver a Lourdes allí, sentada sobre la cama. Se extraña cuando le informamos de que nos vamos, pero sé que está tan feliz como yo de esa decisión. Alejandro hace rápidamente su maleta. De vez en cuando me mira preocupado.

- Sabes que mi hermano mayor y mi padre pondrán el grito en el cielo cuando no me vean en ese desfile. Será muy complicado evitar una próxima visita de ellos pidiéndome explicaciones, Ángela. – Dice mientras cierra su maleta.

- Ya se nos ocurrirá algo. Tenemos una boda que preparar, ¿no? – Alejandro suspira aliviado cuando le informo que no tengo planes de deshacer la boda. La verdad es que ser la esposa de un hombre importante del régimen me posibilitará muchas cosas cuando decida maniobrar. Cuando quiera huir.

- Lourdes, lleva tú las maletas, por favor. – Le pide a mi hermana que obedece. Lourdes parece aliviada a pesar de no ser más que la sirvienta de otro monstruo. Al menos ahora me tiene a mí. – Cógete de mi brazo. – Me pide Alejandro. Lo miro inmóvil. – Por favor. Si alguien nos ve salir de aquí a estas horas tendrás que fingir un desmallo o algo así. – Le cojo del brazo porque me ha convencido. – Eso es. No me tengas miedo, Ángela. Ya no soy la persona que conociste. – Me dice cuando ya le he cogido acariciando mis nudillos.

- ¿Un monstruo puede dejar de ser un monstruo? – Me mira perturbado. Y creo que con ganas de dejar salir al monstruo interno.

- Por amor sí. – Dice y sus ojos parecen sinceros.

Al bajar a recepción, justo al lado de la puerta de entrada al hotel, nos

encontramos con su hermano Adolfo, que nos mira enfadado al ver que nos marchamos.

- Pequeña, te toca interpretar. – Me susurra Alejandro aferrándome con fuerza. Yo comienzo a fingir un mareo y me abanico con la mano. – Mi amor, tranquila, buscaremos un médico. – Finge Alejandro cuando ve a Adolfo acercarse.

- ¿Qué sucede, hermano? – Pregunta el mayor de los Mendoza.

- ¡Es Ángela! ¡No se encuentra bien! Por favor, Adolfo, discúlpame con papá y los demás. Pero no puedo dejarla así, sola. – Adolfo pone mala cara y yo intensifico mis dotes teatrales fingiendo un desmayo. – ¡Nena! – Alejandro me coge en brazos. – Lo siento, Adolfo, tengo que llevarla corriendo al médico.

- Sí, sí... claro... ¿quieres que te lleve? Tengo unos cuantos coches a mi disposición.

- No es necesario. Gracias. He llamado a un taxi. – Alejandro avanza conmigo en brazos y salimos del hotel.

Me sienta en la parte trasera de un taxi y se sienta él junto a mí.

- ¡Alejandro! – Abro los ojos. ¿Quién le llama?

- ¡Mierda, es Guillermo! – Dice Alejandro. – Espérate un momento ahí dentro. Sigue fingiendo que estás mal. – Me susurra y sale del taxi. Lourdes se sienta junto a mí y contempla la escena sin entender nada.

- ¡Alejandro! ¡¿Qué le pasa a Ángela?! ¡Déjame hablar con ella!

- Ya has hablado demasiado con mi futura esposa, ¿no te parece, “hermano”? – Refunfuña Alejandro.

- ¡Ella tenía derecho a saberlo! – Se defiende Alejandro. – ¡Ángela, si no quieres ir con él sólo dímelo! – Me dice y yo lo miro con cara de estar realmente enferma.

- ¡¿Qué coño te crees que haces, Guillermo!! – Brama Alejandro sujetando a su hermano por el brazo. – Ángela está conmigo, ¡imbécil! ¡No me la vas a quitar! ¡Ella sabe que la amo y que no volveré a equivocarme otra

vez!

- ¡Ella merece a alguien que realmente la cuide, se preocupe de ella y la quiera de verdad! – Guillermo lloriquea. – Tú no eres nada de eso.

- Guillermo. – Digo cuando veo a Alejandro levantar su brazo para golpear a su hermano. Ambos me miran. – Estoy con tu hermano. Tienes que respetar que nos amamos. – Ojalá me crea. Necesito a Guillermo lejos, por ahora.

- ¿Tú amas a este despiadado?

- Tú no eres mejor que él. Tú has intentado hundir a tu propio hermano para conseguir un capricho. – Le digo. – Porque eso soy para ti, un capricho. Ni siquiera me conoces. Yo no te amo. Estoy con él. – Le informo pidiendo al cielo que se rinda y me deje al fin irme de ese apestoso lugar. Al fin he convencido a Alejandro para volver a casa. No quiero estar en otro lado ahora mismo.

- Ya la has oído tú mismo. – Guillermo agacha la cabeza y se va. Alejandro entra en el taxi poniéndose a mi lado y dejándome justo en medio de él y mi hermana. – Bien. Vámonos de una vez a casa.

Es una sensación extraña la que sentí al volver a casa. Me alegré mucho al ver a Antonia y a los muchachos. Me sentí en paz al ver a mi hermana al fin a salvo y me emocioné al ver que Alejandro le había concedido una habitación para ella sola en la casona donde viven los muchachos. Me siento a salvo. Me siento en casa. Pero no puedo perdonar a Alejandro. Él lo sabe y no me presiona. Lo peor de todo es verlo sufrir por mi aislamiento y sentirme mal y culpable por ello. No debería.

Llevamos días así. Yo paso prácticamente el día a veces recluida en mi habitación con Lourdes, peinándonos, maquillándonos, mimándonos y evitando hablar de nuestros padres y otras veces doy largos paseos para estar todo el tiempo posible lejos de él, lejos de Alejandro. Algunos de esos paseos han sido productivos y he conocido a personas que pueden ayudarme a salir del país con mi hermana y creo que eso es lo que haré, aunque me sigue doliendo la idea de separarme de Alejandro para siempre, y no entiendo por qué.

Pero he prometido a mi hermana que haré lo que esté en mis manos para salir juntas del país, aunque primero necesitaré casarme con Alejandro para conseguir los permisos pertinentes. Ser la esposa de un Mendoza tendrá sus ventajas a nivel administrativo y burocrático. Lourdes está contenta con todo; tanto si nos vamos como si nos quedamos con Alejandro. Ha debido pasar una auténtica tortura con el cabrón de Ayala.

Está anocheciendo y Lourdes y yo estamos jugando a disfrazarnos en mi habitación. Ella bailotea y canturrea mientras luce uno de mis bonitos vestidos. Me emociona verla así.

- ¿Hoy tampoco vas a cenar conmigo? – Escucho a Alejandro desde la puerta de mi habitación. Lo miro y me odio por sentir lástima de su aspecto. Creo que ha bebido y tiene los ojos vidriosos. Mira a Lourdes y sonríe. – Al menos veo que vosotras os divertís. Bueno, yo estaré abajo cenando. Si te apetece acompañarme serás bienvenida. – Se va.

- Hermana, deberías ir. Él no es tan malo como los demás. – Me dice Lourdes al ver mi cara de debate interno. – Yo he visto a otros de su bando y él no es así.

- No me llames más así, Lourdes. – Le reprocho. – A partir de ahora soy Ángela. Y ese de ahí es un monstruo sin escrúpulos que hará cualquier locura si descubre que tú y yo somos hermanas.

- Él sabe que yo sí soy hija de papá y no me ha tratado mal. – Dice mi hermana y me noquea con su respuesta.

- No puede haber cambiado tanto... – Pienso en voz alta mientras miro la puerta por la que se ha marchado y me lo imagino solo, cenando con su pena.

- Si alguien puede averiguarlo eres tú, Ángela. – Dice Lourdes. La miro.

- Bueno. Cenaré con él. Vete tú a la casona. Ya es tarde. – Lourdes asiente y ambas bajamos a la planta baja.

Alejandro ni siquiera se ha dado cuenta de que he entrado en la cocina hasta que muevo la silla que hay frente a él. Me mira intrigado mientras se queda paralizado justo cuando iba a darle un buche a su vaso de licor.

- Has venido...

- Eso parece. – Le quito el vaso de licor y me bebo de un buche lo que le queda. No quiero verlo aniquilado del todo.

- ¿Ya no me odias?

- Yo no he dicho que te odie.

- He buscado un acercamiento contigo día y noche desde que llegamos y has estado huyendo de mí. Llevas cuatro días sin apenas dirigirme la palabra. Tan sólo pasas el día con la chica esa. Estoy comenzando a estar realmente celoso de su presencia en esta casa. – Maldita sea. Eso es lo que menos necesito ahora. Que sienta celos o cualquier sentimiento negativo por Lourdes.

- Ella ha sido quien me convenció para que bajara y cenara contigo. –

Echo más licor en el vaso y vuelvo a tragar todo de golpe. Necesito más valentía de la que tengo ahora mismo para estar a solas con él. Alejandro me mira mal, pero no me detiene.

- Aparte de beber como una loca, ¿piensas cenar algo? Te pondrás mala si sigues así.

- ¿Te preocupa mi salud?

- ¡No seas estúpida! ¡¿Cómo no me va a importar?! – Está desesperado. Lo veo en su cara. Pero no sabe disimular un ápice su enfado. Supongo que no está muy acostumbrado a sentirse rechazado.

- Necesito beber. – Le digo.

- ¿Para qué? ¡No voy a obligarte a acostarte conmigo! Si es por eso no te sientas intimidada. – Continúa comiendo y deja de mirarme. Se siente rechazado por mí. Ahora lo tengo completamente claro.

- No necesito beber para eso. – Vuelve a mirarme.

- ¿Entonces para qué?

- Tenemos una boda que preparar.

- No hay ninguna boda que preparar. – Suelta sin más y sigue comiendo. Me quedo boquiabierta. ¡Mierda! ¿Ya no me ama? Ahora siento un vacío enorme en mi pecho y una tristeza terrible.

- ¿Ya no me amas? – Me mira un segundo y vuelve a fijar la mirada en su plato. Come sin más. – Alejandro. ¡Alejandro, mírame!

- ¡Qué quieres!

- ¡Quiero que me contestes!

- Creo que sabes muy bien la respuesta. Te estoy dando todo cuánto quieres. ¿Crees que un monstruo como yo haría algo así si no te amara? – Da un puñetazo a la mesa. Lo miro sin siquiera pestañear, bloqueada. – Como no contestas supongo que es porque sabes bien la respuesta.

- ¿Y cuál es el motivo por el que no habrá boda?

- Para eso deberías amarme tú también, ¿no crees? No lo haré sólo para

protegerte. Ya tienes mi protección sin tener que casarte con un cabrón asesino. Tienes tu habitación en mi propia casa, tienes una sirvienta particular, tienes todos los vestidos que quieras, tienes...

- Creo recordar que yo también te dije que te amaba. – Contesto rabiosa.

- Eso era antes de averiguar que yo era un monstruo, Ángela. Así me llamaste. ¿Es que acaso amas a un monstruo? – Suelta los cubiertos y me mira fijamente. – Contéstame.

- Puede...

- Eso no es una respuesta.

- Estoy aquí, ¿no?

- Cómo si tuvieras otro lugar al que ir. – Se ríe irónicamente y echa otro vaso de licor y da un largo trago.

- Sabes que sí lo tengo. – Cojo de nuevo el vaso cuando lo ha soltado y me bebo lo que queda del licor que hay en él. Me mira y parece que echa humo por la nariz.

- ¿Quieres irte con el ridículo de Guillermo? ¡¡Adelante!! – Se levanta del asiento y me indica con su mano la puerta de salida. – ¡Hoy mismo ha venido preguntando por ti! – Me levanto yo también y me pongo frente a él.

- No me iré a menos que sea eso lo que desees.

- ¿Te quedarás para mortificarme más con tu presencia? Muy amable, Ángela.

- Estás realmente enfadado conmigo, ¿verdad? – Nos desafiamos con la mirada. No sé cuál de los dos está más lleno de ira y rabia.

- Tú me odias. Yo te odio por odiarme. – Sisea.

- Tienes razón. No deberíamos casarnos si nos odiamos. – Su respiración comienza a entrecortarse, al igual que la mía.

- No. No deberíamos.

- Entonces, ¿qué hacemos? – Doy un paso más y me acerco más a él. –

Quizá debería irme de una vez de aquí.

- Quizá debieras hacerlo. – Da él otro paso hasta quedarse completamente pegado a mi cuerpo. Su respiración es ruidosa. Sus ojos sueltan llamaradas. – Alejarte de un bastardo como yo...

Mi cuerpo reacciona a su rabia y me atrapa como un imán a su cuerpo. Estrello mis labios en los suyos y me aferro con fuerza a su pelo, apretándolo con fuerza hacia mí. Aprovecho su gemido para entrelazar mi lengua a la suya. Jamás he sentido esta ansia salvaje en mi interior. Es un fuego que me quema desde dentro, que me devora, que necesita de él, de Alejandro y su pasión, para ser extinguido.

Alejandro me agarra con fuerza y responde a mi ataque. Enseguida noto su dura erección contra mi vientre. Sin pensar que estamos en mitad de la cocina me desabrocho el vestido y lo tiro al suelo. Después abro la camisa de Alejandro rompiendo los botones de un solo tirón. Él tira todo lo que hay en la mesa al suelo y me sube sobre ella. Su rabia se camufla con su pasión cuando me mira. Salvaje, intenso, apasionado. Sus verdes ojos me atraviesan y su boca entreabierta por la excitación me hace bullir todavía más.

- Házmelo. Ahora. Aquí. – Le ordeno. Alejandro arranca mi ropa interior y de un segundo al otro lo siento en mi interior. Siento toda su rabia, todo su rencor. Y sé que es en parte el monstruo que lleva dentro el que me está poseyendo por primera vez, pero, sin embargo, ya no le tengo miedo. Su ataque es durísimo mientras me besa ansioso. – Ahhhh. ¡Sí, no pares! – Le ordeno. Puedo con el monstruo. Puedo con él. Ahora mismo está bajo mi control. Me siento poderosa.

- No. No pararé porque eres mía. Porque no te irás. Nadie más que yo te ha poseído y nadie más lo hará. ¿Me oyes? – Agarra mi pelo con fuerza obligándome a mirarlo mientras sigue su dura invasión en mi interior. – Mírame. Esto es lo que quieres, ¿verdad? Quieres que te haga mía con fuerza, con rabia. Mmmmm. – Gruñe.

- No soy tuya. – Le reto entre jadeos y él me agarra de la barbilla con fuerza.

- Tú no amas a nadie más. Sólo a mí. Nadie te va a tocar mientras yo

siga respirando. Grrrr ¡Nadie! – Alejandro se vuelve todavía más impasible en mi interior y yo siento todo mi cuerpo temblar. En ese momento Pedro, Diego y Antonia entran a la cocina y se sorprenden al vernos así, sobre la mesa, pero Alejandro no se detiene.

- Ale... Ahhhhh... Alejandro, nos ven. – Estoy a punto de alcanzar un intensísimo orgasmo.

- ¡Grrrr, me da igual! ¡Que todos vean que eres mía! ¡Sólo mía! ¡Ahhh!
 – Los chicos se marchan apresuradamente entre risas y bastante avergonzados. – Que todos vean que tú me amas, aunque sea un monstruo. – Me mira y tiene los ojos al borde del llanto.

- Ahhh, síiiii, te amo, maldito cabrón. ¡AHHHH! – Gritamos los dos a la vez al alcanzar un intensísimo orgasmo. Siento las palpitations de mi corazón en todo mi cuerpo. Tengo pequeñas réplicas del intenso orgasmo una y otra vez y escucho a Alejandro gemir suavemente una y otra vez mientras lo abrazo hasta conseguir aplacarme.

Él hunde la cara en mi cuello. Sus gemidos disminuyen y de repente lo escucho sollozar. ¿Está llorando? Me quedo perpleja. Alejandro comienza a llorar más y más fuerte. Intento mirarlo a los ojos.

- ¡No! ¡Déjame! – Me impide hacerlo.

- Alejandro... – Su llanto está cargado de amargura y dolor.

- Yo no quería, yo no sabía que ocurriría eso. Nunca quise matar a Isabel y menos a un hijo mío. – Noto un pellizco en mi pecho y le dejo hablar sin saber qué decir. Sin que Alejandro haya salido de mi interior. – Sólo fue una discusión. Una maldita discusión que tuvo un desgraciado desenlace porque estábamos en una jodida guerra. Si la situación hubiera sido normal eso no habría pasado. Ella seguiría viva y yo no habría muerto de dolor noche tras noche desde hace más de un año. – Vuelvo a intentar cogerle del rostro para mirarlo a los ojos. Al fin se deja y muero de dolor de verlo así, aniquilado. Agacha la mirada. Se siente horrible.

- Ya no importa. – Digo para aplacar su pena y a él le sorprende tanto como a mí mis propias palabras.

- Sí, sí que importa. Me odias y me merezco tu odio por aquello. No hice nada para impedirlo. Me quedé bloqueado mirando cómo se la llevaban y después me emborraché hasta perder el sentido. No hice nada para impedirlo.

- No lo habrías conseguido. – Digo suspirando. – Cómo bien has dicho, fue sólo una amarga discusión que no habría terminado en tal tragedia si no estuviésemos en guerra. Y tu hermano Adolfo parece tener bastante interés en separarte de las mujeres que él considera inapropiadas para ti y para la familia. Le diste la excusa perfecta. – Alejandro deja de llorar, aunque su rostro sigue lleno de lágrimas. Me mira sin querer creerse del todo mi perdón. Pero lo he hecho. Una vez más me he dejado vencer por él y por lo que siento a su lado.

- No permitiré que nada te pase a ti. Te lo juro por lo más sagrado. – Me besa con fuerza y le devuelvo el beso. – Te amo demasiado. Sé que puedo ser mejor de lo que fui, créeme, Ángela, te lo ruego. No te apartes de mí.

- Prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. – Alejandro abre la boca sorprendido. – Prometo amarte, respetarte y permanecer a tu lado todos los días de mi vida. – Termino los votos matrimoniales notando las lágrimas surcar mi rostro. Él aprieta los ojos y después me mira y me sonríe.

- ¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo, Ángela?

- Lo haré. – Asiento. – No voy a dejarte solo en esto. Me quedaré y me dejarás cambiar tu oscuridad por luz. – De pronto toda su amargura desaparece. – Creo que tienes razón, has cambiado. Al menos has aprendido. Has dejado a Lourdes en esta casa y le has dado una habitación a pesar de ser hija de un Republicano bastante activo. Y lo has hecho por mí. Porque sabías lo feliz que me haría tenerla aquí, conmigo.

- Ella es sólo una niña. No puede ser Republicana. Ni siquiera sabrá qué es eso. Sólo espero que la dejen tranquila. Sé que Alfredo Ayala tenía planes de deshacerse de ella cuando ya se aburriera de ella. – Se me encoge el pecho al oír eso.

- ¿Pensaba fusilarla? ¿A una niña? – Alejandro asiente mientras me

tiende mi vestido que está por el suelo. – ¡No permitas que nadie la toque, Alejandro!

- Ángela no tengo tanto poder. Si un tribunal militar decide fusilarla no puedo impedirlo. – Me pongo el vestido y me sirvo otro vaso de licor que me trago de un solo buche. – No bebas más, pequeña, por favor. – Me agarra el brazo antes de que termine el contenido del vaso. – ¿Tanto significa esa niña para ti?

- No voy a permitir que la maten. – Me suelto de su brazo y me termino el vaso. Tendré que irme con mi hermana finalmente y... no sé si podré alejarme de Alejandro para siempre. Lo amo. ¡Maldita sea, lo amo con todo mi ser! Vuelvo a echarme más licor y me lo bebo de golpe. Ya estoy más que mareada. ¿Qué hago dios mío? Miro a Alejandro que no comprende mi consternación. – Hazme tuya otra vez. – Le pido y se extraña. Pero quiero sentirlo en mí mientras pueda. – Quiero que me hagas el amor hasta que no podamos más. ¡No quiero pensar en toda esta mierda más! ¡Estoy cansada de sangre, dolor y muerte por todos lados! – Alejandro me mira sin comprender. – Fóllame otra vez, por favor. Haz que se me olvide todo lo demás.

Alejandro me sube a la habitación sin mediar palabra y hace lo que le pido. En una noche larga e intensa en la que he vuelto a conectar con él y he vuelto a constatar que no hay lugar en el mundo para nuestro amor en estos momentos.

Hoy es el día de mi boda con Alejandro. Han sido tres largos meses de preparativos en los que Alejandro y yo hemos conseguido conectar verdaderamente como pareja. Se ha convertido en el hombre más increíble, con el que siempre soñé desde que era niña, y sólo porque sabe que lo amo y que no lo abandonaré.

Y no lo haré. En este tiempo he hecho grandes amistades a sus espaldas. He conocido a un pequeño grupo de la resistencia que, al ver que ya no hay forma humana de ganar la guerra por parte del gobierno de la República, se está enfocando en sacar a simpatizantes del antiguo régimen del país. Y yo voy a sacar a Lourdes como sea de aquí.

He conseguido algunos documentos de Alejandro a escondidas y ya sé imitar su firma. Haré que mi hermana vaya a Francia. Gracias a mis nuevas amistades he averiguado que una tía materna nuestra vive allí, mi tía Julia, y sé que la acogerá gustosa. Yo no voy a dejar a Alejandro. Cuando hoy prometa los votos matrimoniales lo haré sabiendo lo que hago y digo. Sé que puedo condenarlo a muerte si me voy y averiguan así quién soy. Sé que también puedo condenarlo si me quedo, pero así, al menos, no morirá solo. Yo estaré hasta el último día con él.

Él ha hecho todo lo que yo deseaba para hacerme más o menos feliz. Ha esquivado a su familia como ha podido, me ha consentido cualquier deseo, incluso ha consentido a Lourdes porque sabe que ella significa mucho para mí... Lo único que no ha podido evitar es que a la boda asistan sus familiares y algunos altos mandos del ejército franquista. Pero, ¿qué más da a estas alturas? Yo he prohibido a Lourdes asistir a la boda. No quiero verla rodeada de tanto facha enloquecido por hacer rodar cabezas republicanas.

Voy en la carroza guiada por caballos hasta la iglesia de la Victoria, donde Alejandro y yo nos casaremos en unos minutos, y me acuerdo también de mis padres. Alejandro tampoco sabe que he falsificado algunos papeles a su nombre para averiguar donde fueron fusilados y en qué fosa común están

enterrados. Alejandro ni siquiera sabe que sé leer y escribir, así que dudo mucho que sospeche de mí si algo sale mal. Pensará que es algún error burocrático. Yo sólo quiero dar digna sepultura a mis padres para cerrar ese oscuro episodio de mi vida y que nada de mi pasado empañe mi felicidad junto al hombre de mi vida.

Me gustaría poder ver a mi madre y a mi padre una última vez. En un momento tan importante para mí como este sería una auténtica alegría. Pero ellos ya no existen y no creo que ninguno de los dos aprobara mi matrimonio con Alejandro. Sí lo ha hecho Lourdes, para mi sorpresa, y eso ha hecho que identifique su bendición como si fuese la de mi mismísima madre. Por eso voy en parte feliz hacia el altar, mi única tristeza son mis padres y su dolorosa ausencia.

El carruaje se para frente a la iglesia de la Victoria y Juan Diego, el mejor amigo de Alejandro y la persona que me consiguió los papeles de mi nueva identidad, abre la carroza para ayudarme a bajar. Él será mi padrino de bodas por petición mía. Estos meses también he tenido el placer de conocerlo y es un buen hombre. Lo mejor que tiene es que no habla de política, porque no simpatiza con ningún bando. Y por lo tanto no odia a nadie por ser de ideas de un lado u otro. Le sonrío y me sonrío cuando me tiende la mano para ayudarme a bajar.

- Estás espectacular. – Me dice cuando me agarro a su brazo para subir la enorme escalinata. – Si te arrepientes de casarte con ese cabrón suertudo yo puedo ocupar su lugar. – Bromea. Me rio con fuerza.

- Gracias. Si Alejandro decide escaparse en el último momento prometo casarme contigo. Con lo que me ha costado encontrar el vestido perfecto hay que aprovecharlo. – Me guiña. Cada escalón que subo siento que mi pecho truena más y más fuerte.

- ¿Nerviosa?

- Demasiado. – Resoplo.

Ya hemos llegado a la puerta principal. Se escucha el órgano interpretar la melodía nupcial. ¡Madre mía estoy loca! ¡Voy a cometer una locura! Debería irme. Debería escapar. ¡Puedo irme a Francia! Ya tengo la

solicitud firmada por mí como si fuese un permiso de Alejandro. Me voy a desmayar.

Se abren las puertas y lo primero que veo es una enorme cantidad de gente que no conozco con el atuendo militar franquista. Tengo ganas de vomitar sobre todos ellos. Es posible que alguno de ellos apretase el gatillo que asesinó a mi padre, o a mi madre... Sin darme cuenta he entrado y voy pasando agarrada del brazo de Juan Diego por mitad de un pasillo de gente que odio con todo mi ser. Los miro uno a uno, preguntándome quién de ellos será el hijo de puta que nos dejó a Lourdes y a mí huérfanas. Pues aquí estoy, delante vuestra, siendo el centro, la estrella, la protagonista principal de este festejo al que vosotros sólo sois unos míseros invitados. Os habéis puesto vuestras mejores galas sólo para verme a mí. Habéis comprado carísimos regalos para una Roja, para la hija del mismísimo Diego Martín, que escondía y protegía a los miembros más peligrosos de la guerrilla de la resistencia.

Tengo ganas de gritarles todo eso al pasar, pero de pronto mi mirada se topa con la de Alejandro, radiante y feliz, que me espera en el altar. Y ya no existe nada más. Me sonrío y le sonrío. Aquí estás. Aquí estamos.

Me refugio en su verde mirada e ignoro lo que está sucediendo alrededor hasta que alcanzo sus dedos. Él me aprieta con fuerza la mano. No sé si porque ha notado mi nerviosismo o porque él está igual de nervioso que yo.

Ambos pronunciamos los votos matrimoniales y procedemos a colocarnos las alianzas. No puedo parar de sonreír. Ambos nos hemos salvado el uno al otro de esta guerra y hemos conseguido permanecer juntos a pesar de todo, cada vez más fuertes, cada día amándonos más y liberando los fantasmas del pasado que nos han perseguido día y noche.

- Puede besar a la novia. – Dice el cura y Alejandro me da un fortísimo beso al que yo respondo con igual intensidad. Se escuchan los aplausos.

- Lo conseguimos. – Me dice con alegría.

- Sí. Lo conseguimos.

Sonreímos a los invitados y por primera vez me fijo en la primera fila,

donde me encuentro con la mirada del padre de Alejandro que no parece nada conmovido, el hermano mayor que me sonríe como si estuviese complacido y Guillermo que me lanza una mirada que no consigo descifrar y me inquieta.

Poco despu es, en el banquete de celebración en un lujoso cortijo no muy alejado de Málaga, Alejandro comienza a beber y a brindar con todos y cada uno de los invitados, tan feliz que cuesta no contagiarse de su alegría. Cuando llega la hora del baile está comenzando a notarse su embriaguez.

- Doña Ángela López señora de Mendoza, está usted asombrosamente arrebatadora hoy. – Me dice con la voz achispada.

- Eso es porque estoy feliz. – Confieso aferrada a su cuello mientras bailamos.

-  Lo est s?

- Mucho. – Le doy un rápido beso.

- Estoy deseando llevarte a la cama y hacer nuestras diabluras, pero no se lo digas a nadie, aquí todos piensan que eres virgen. – Suelto una carcajada. Entonces veo al único invitado que sabe que no soy virgen mirándome seriamente.

- Alejandro.

- Dime preciosa. – Me besa con dulzura.

- Guillermo viene hacia aquí. – Alejandro se tensa y busca a su hermano con la mirada.

- Hola hermano. – Dice Alejandro con frialdad.

- Hola Alejandro. Mis felicitaciones a ambos. – Nos besa en un momento de bastante tensión.

- Gracias. – Respondemos Alejandro y yo a la vez.

-  Me podrías conceder el placer de bailar con mi cuñada, Alejandro? No te la robar  mucho, sólo serán un par de minutos. – Alejandro me mira porque no sabe qué contestar.

- Claro, cuñado. – Resuelvo yo. Alejandro da el visto bueno

indicándonos con su mano la pista de baile, pero sé que se quedará observante durante el tiempo que esté entre los brazos de Guillermo.

- Estás impresionante, Ángela. – Sonríó con tensión.

- Tú también estás muy guapo. Gracias por venir, Guillermo. – Intento congraciarme con él. Me gustaría que al menos, con Guillermo, la situación no fuese tan tensa. Es el único de la familia de Alejandro que no me parece despreciable.

- Una lástima que tu hermana no haya podido asistir a una fiesta tan hermosa. – Palidezco. – Una boda tan bonita es digna de celebrar. Cuánto más si quién se casa es un hermano o hermana tuyo, ¿no crees? – ¿Le ha contado Alejandro que tengo una hermana? Lo dudo. Él y Alejandro apenas se han hablado desde que estuvimos en Sevilla. Miro a Guillermo y no contesto. No quiero decir nada que empeore la situación. – Una pregunta, ¿sabe mi hermano quién eres realmente, “Aurora”? – Intento zafarme de sus brazos al escuchar mi verdadero nombre, pero Guillermo me sujeta con fuerza. – Shhh, no montes un espectáculo. Deduzco que no lo sabe si continúas aún viva.

- ¿Qué quieres, Guillermo?

- Quiero que te alejes de mi hermano, estúpida mentirosa. – Susurra en mi oído. Contengo como puedo el llanto. Miro a Alejandro que me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa con mucho esfuerzo. – Él se ha enamorado como yo de alguien que no existe. He comprendido que Ángela no es para mí, pero tampoco es para él, porque Ángela López de la Cruz simplemente no existe.

- Guillermo, Alejandro y yo nos queremos. Por favor, él ya ha sufrido mucho. – Le imploro conteniendo las lágrimas y un nudo en la garganta.

- Vas a ser delatada, Aurora. Las rojas estafadoras como tú no aman a personas como Alejandro ni como yo. Es imposible que lo ames siendo hija de quien eres. – Vuelvo a mirar a Alejandro, creo que se ha dado cuenta de mi estrés, porque está nervioso. – Aun así, creo que es posible que sientas algo parecido al amor por él y te dejaré vivir si te vas y lo dejas tranquilo. Porque cuando se sepa quién eres en realidad conseguirás que lo maten a él también y, a pesar de todo, es mi hermano y no consentiré que le pase nada, y

menos por una insensata como tú. – Me escape con rabia. – No te deseo la muerte, Aurora, yo no soy así, pero no vas a acabar con la vida de mi hermano. – Alejandro se acerca.

- Por favor, Guillermo... – Suplico cuando se separa de mí.

- Tienes un mes para desaparecer. – Sentencia. – Aquí tienes mi regalo, cuñada. – Dice alegremente cuando está Alejandro a nuestro lado. Miro el libro que me regala, Bodas de sangre de Lorca. ¿Es un aviso? Lo escondo como puedo antes de que Alejandro lo vea.

- Eh, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras? – Me pregunta Alejandro con mirada preocupada.

- Nada, que le he dicho a tu mujer que os deseo la mayor de las felicidades a ambos de corazón y se ha emocionado. – Dice Guillermo sonriente. – Cosas de mujeres... En serio, hermano. Sólo quiero que seas feliz y que nada malo te ocurra. – Guillermo le da un fuerte abrazo a Alejandro y éste, extrañado, se lo devuelve. Siento un nudo asfixiante en la garganta y muchas ganas de vomitar. A duras penas consigo contener el llanto.

- Vaya, gracias hermano. Me alegra oír eso. – Guillermo me dedica una endemoniada mirada y se va. Dios mío... Miro a Alejandro y no me creo que tenga que dejarlo finalmente y romper mi promesa de permanecer a su lado. – ¡Eh! ¡Vamos tonta, no llores! – Me abraza y mi llanto se hace más fuerte entre sus brazos. – Al fin seremos felices. Nuestras penurias emocionales han acabado. Este será el principio de una vida mejor para los dos, llena de amor y devoción. – Sujeta mi barbilla y me besa. – Vamos, no me gusta verte así. Tendremos hijos y envejeceremos juntos. ¿No estás feliz? – Asiento porque no puedo hablar. – Vamos, no me llores. – Sonríe al pensar que lloro de felicidad y me abraza. Yo le aprieto con fuerza, con mucha fuerza. – Ya está bien, Ángela, me estás preocupando. ¿Seguro que Guillermo no te ha dicho nada más? ¿Estás bien, pequeña? – No puedo parar de llorar, aunque me controlo como puedo para poder hablar.

- Sí, estoy bien. Vámonos, por favor. Quiero irme contigo a casa.

- Claro, mi amor. Vámonos. Espera un segundo aquí. – Alejandro se

separa de mí para despedirse de nuestros invitados y yo lo aprovecho para deshacerme del libro que Guillermo me ha dado tirándolo a un cubo de basura.

- Un mes. – Escucho la voz de Guillermo a mi espalda y me sobresalto. Me vuelvo para mirarlo.

- Lo amo... por favor... Renegaré de mis padres, haré lo que me pidas, pero no me pidas que lo deje. No tengo a nadie más. Y él sólo me tiene a mí. – Guillermo suspira y me mira con lo que parece tristeza. Creo que ha mostrado rabia hacia mí porque era lo que él creía que debía mostrar. Pero este hombre siente algo por mí y no puede mostrarse tan insensible de un momento a otro.

- Aurora, no soy el único que lo sabe. Yo estoy intercediendo para que no maten a mi hermano, para que no os maten a los dos, créeme. – Abro los ojos. – Sabías muy bien dónde te metías. ¿Por qué carajos le dejaste llegar tan lejos? No puedo hacer nada. He conseguido que te den un maldito mes para huir. He conseguido salvaros a ambos el cuello. Pero no voy a dejar que le arruines la vida a Alejandro. Tampoco me hace ilusión verte a ti tiroteada en el suelo, ¡que dios me perdone por no desearte la muerte! No... no tú... Así que, si aprecias algo la vida de tu hermana, de Alejandro y la tuya vete. Vete y no vuelvas. No existe otra salida, Aurora, lo sabes tan bien como yo. – No puedo creer que tenga que irme así, sin despedirme siquiera de Alejandro. Mi cabeza da vueltas. Entonces oigo unos gritos y todo se vuelve oscuro.

- ¡Eh! ¡Ángela! ¡Ángela, mi amor, abre los ojos, pequeña! – Siento unas sacudidas en la cara. Parpadeo y veo a Alejandro muy preocupado acunándose.

- ¿Dónde estamos?

- En el coche, vamos al hospital.

- No, no, estoy bien. – Me incorporo y me siento junto a Alejandro. – Vamos a casa.

- ¿Estás segura?

- Sí, sólo he bebido demasiado. Pero quiero estar con mi marido a

solas, todo el tiempo que pueda. – Me subo al regazo de Alejandro y me abrazo a su cuello.

- De acuerdo. Pero no me asustes más.

- No lo haré. Te amo. – Le digo y vuelvo a llorar.

- Oye, ¿qué demonios te pasa? ¿Por qué estás tan rara? – Me sujeta la cara.

- Nada. Hazme el amor. – Abre los ojos.

- Ángela, el chófer nos va a ver. Estamos dentro del coche de novios...

- ¡No me importa! ¡Eres mío! ¡Yo soy tuya! ¡Házmelo! ¡Hazme el amor aquí y ahora! – Levanto como puedo las telas de mi vestido y me siento a horcajadas sobre él. Le acaricio el rostro y lo beso por todas partes.

Mi amado niño perdido, mi deseado monstruo... He conseguido hacer de él otra persona gracias al amor que siempre le he procesado, a pesar de que me negara en rotundo a sentir todo esto por él, pero no he podido evitarlo, porque él, a pesar de todo lo malo, es maravilloso. Me ha salvado, ha salvado a Lourdes, no ha preguntado por mi pasado, no me ha juzgado por haberme entregado en pecado a él y sé que no es tan tonto para pensar que todo lo que hay en mí es trigo limpio. Sabe muy bien que si he huido todo este tiempo será por algo realmente fuerte. Pero no le importa, porque me quiere. Porque ha aprendido gracias a lo que vivió con Isabel que la rabia no cura nada y, sin embargo, el amor sí. El amor lo ha podido todo. Ha podido hacer que dos personas destinadas a odiarse se amen con toda su alma, con toda su piel, con toda la maldita intensidad del mundo. Y yo... ya no sé vivir sin él. Pero tengo que hacerlo para que no corra peligro. Un mes... un endemoniado mes para retener en mi mente todos los grandes momentos a su lado que pueda.

Le beso con desesperación y siento un agujero abrirse en mi pecho con ese beso. Cuántas veces he planeado mi huida de su lado y nunca me había dado cuenta lo doloroso que sería, que simplemente ya no soy nada sin él.

Alejandro me aplasta contra su boca y comienza a gemir cuando

siente mi cuerpo frotarse contra el suyo, contra su erección. Intento desabrocharme el vestido en un acto espontáneo, salvaje y primitivo, obviando la presencia del chófer, pero Alejandro me lo impide sujetando mis manos.

- No... no traspases esa línea. Te lo haré aquí mismo, porque me estás volviendo loco, pero no quiero que nadie te vea. – Susurra y comienza a desabrocharse los pantalones. Asiento mientras decido ayudarlo con su tarea. Cuando ha liberado su miembro ambos nos miramos. – Te amo, Ángela.

- Te amo, Alejandro. – Digo y aprieto los ojos mientras lo siento hundirse lentamente en mí. Le beso para aplacar mis gemidos y él también acalla los suyos apretando su boca contra la mía.

Me muevo sobre él deleitándome en esa bendita sensación de su cuerpo dentro del mío, invadiéndome, colmándome, llenándome de sensaciones mágicas, incandescentes y ardientes, que a su vez se convierten en desgarradoras cuando vuelvo a recordar que no me pertenecerán por mucho tiempo más. Que su amor dejará de ser para mí y que al final, por mucho que hayamos conseguido cambiar el uno junto al otro, no ha servido para que amarnos tanto sea suficiente. Ojalá el no vuelva a ser el de antes cuando yo me vaya, ojalá haya conseguido reemplazar toda esa rabia interna por otras emociones más bonitas y esperanzadoras.

Su respiración es cada vez más ruidosa. Sus manos se aferran a mis caderas para marcarme su despiadado ritmo en mi interior. ¡Por dios, no quiero perderlo! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué no puedo estar toda la vida así, con él?!

- Dios... No aguanto mucho más, nena. – Arruga la frente para concentrarse.

- Pues no lo hagas. Lléname de ti. – Le imploro acariciando su cara y besándolo con ternura. Entonces me mira como si fuese una revelación divina, aprieta sus labios contra los míos y su miembro en mi interior y estalla en un fuerte orgasmo, acallado por mis labios. Sentirlo así hace que yo también pueda culminar en otro orgasmo. Y, automáticamente, la pena y la tristeza me invade. Lo abrazo con fuerza. – Eres lo mejor que me ha pasado. – Lloro. Lo escucho suspirar.

- Ángela, dime de una vez que te pasa. Te lo suplico. No me dejes más así. – Me obliga a mirarlo. No puedo decírselo. Aún no llevamos ni un día casados. Sólo tengo un mes. Después, mi matrimonio con él quedará anulado cuando Guillermo demuestre que la persona que se ha casado con Alejandro no existe.

- Que estoy sensible. – Me encojo de hombros y él sonrío. Se lo ha tragado. – Y, emocionada. Que te quiero mucho y al fin soy lo que deseaba ser, tu esposa.

- Sí, eso eres. Y no sólo eso. – Levanto una ceja. – Eres mi vida entera. Y también serás la madre de mis hijos. La compañera perfecta de mi vida. – Ay no, otra vez la tristeza. – Bueno, ya veo que no es un buen momento para ponerse romántico. Estás completamente hecha un alma en pena. – Besa mi frente.

- No. Estoy feliz. – Miento y le sonrío.

Llegamos a nuestra casa y propongo darnos un baño juntos en su enorme bañera. Accede encantado. Caliento unos cubos de agua y él me ayuda a verterla. Le gusta la idea.

El baño consigue relajarme y disfrutar mejor de mi marido. Nos lavamos mutuamente y doy rienda suelta a mi imaginación practicándole las técnicas orales que me enseñó el primer día que dormí aquí, con él, justo después de que me lavara él a mí. Es embriagador verle rendido ante tal sensación de lujuria.

Lo más sorprendente viene después, cuando, tras un gran esfuerzo me aparta de él y me lleva en brazos hasta nuestra cama, para pagarme con la misma moneda allí. Su lengua experta hace que me olvide de todo por unos minutos y que me hierva la sangre y aumenten mis gritos de pasión aferrada a su pelo mientras me saborea injusta y deliciosamente. Cuando lo vuelvo a sentir en mi interior estallo en gritos de ardiente pasión y me duermo en sus brazos, en su fuerte abrazo.

Después de una semana viviendo una vida de casada de sueños con Alejandro me siento un poco más serena y con más fuerzas para hacer lo que voy a hacer. La forma en que me ama, me mira, me cuida me hace creer que, de algún modo, cuando toda esta pesadilla de guerra termine, encontraremos la forma de volver a estar juntos.

Se ha vuelto demasiado protector conmigo, pero tiene motivos. Me ha costado un mundo que Alejandro me dejase salir a pasear hoy con Lourdes. Dice que ha habido revueltas en los alrededores y no quiere que salga de casa sin protección. Yo le he convencido como he podido de que no tiene de qué preocuparse. Bueno, no lo he convencido. Más bien le he hecho caer exhausto tras tener una larga sesión de sexo con él y se ha dormido. He aprovechado que dormía para salir de casa y lo he hecho sola, sin Lourdes. No quería ponerla en peligro.

He venido hasta la taberna de Chicón, donde sé que se esconden Luis y Mario, dos chicos de la resistencia republicana que conocí cuando llegué de Sevilla con Alejandro mientras daba largos paseos fuera de casa de Alejandro porque estaba tan enfadada con él que no quería verlo.

Hoy hace un frío infernal. La sierra del Torcal está nevada y el aire es gélido y corta la respiración. Cuando entro a la taberna de Chicón pido para tomar un “café au lait”, que es el término francés para pedir café con leche y también es la contraseña de que quiero hablar con Luis y Mario. El tabernero me mira de arriba abajo una sola vez, sé que me reconoce de otras veces anteriores que he venido y me pide que le acompañe. Eso hago. Le sigo por un pasillo oscuro que conduce hasta una trampilla de madera en el suelo. Se abre y me dice que baje. Lo miro asustada. La última vez que estuve aquí no tuve que entrar por este recoveco.

- Las cosas se están poniendo cada vez más feas, si quieres realmente hablar con ellos tendrás que bajar, ellos no van a salir.

- Comprendo. – Digo mientras me levanto la falda para descender los escaloncitos de madera que hay frente a mí.

- No abriré hasta dentro de media hora más o menos y, cuando lo haga, sólo tendrás unos minutos para salir o tendrás que permanecer ahí dentro hasta que llegue la madrugada.

- De acuerdo. – Contesto cuando ya estoy a medio descender.

Tengo la sensación de estar bajando al mismísimo inframundo. Una tenue luz de un candil me señala el camino a seguir. Alrededor solo oscuridad.

Es una estancia amplia y al fondo escucho el cuchicheo de unos hombres. Se cierra la trampa por la que he entrado y los hombres se escaman, percatándose de la presencia de un extraño.

- ¿Quién anda ahí?

- ¡Hola! ¡Soy Aurora Martín, hija de Diego Martín! – Mi nombre ahora me suena tan raro... Estoy tan acostumbrada a ser Ángela que me siento extraña al identificarme como Aurora. – ¿Eres Luis o Mario? Nos conocimos hace unas cuantas semanas. – Digo tratando de identificar al sujeto que me habla. Hay cuatro hombres, que yo pueda ver.

- ¡Ah, eres tú! ¡Pasa! – Me adentro con paso tembloroso. Apenas conozco a estos hombres, pero son la única salida que tengo ahora mismo. – Siéntate. – Me dice el tal Luis cuando ya estoy cerca de ellos. Sobre una mesa improvisada de tablas de madera donde tienen lo que parece unos planos de escape hasta Francia. Un tipo que no conozco de nada los tapa cuando ve que los miro fijamente. – Tranquilo Enrique, ella es la hija de un buen hombre de los nuestros que fue fusilado. No creo que haya ahora mismo en este lugar alguien que pueda odiar más a los fachas. – Dice Luis para tranquilizar al tal Enrique y yo confirmo con mi cabeza, a pesar de estar enamorada hasta los huesos de uno de ellos y de saber que jamás antepondría la vida de ningún republicano a la de mi marido.

- No tengo mucho tiempo, Luis. Necesito que me saques cuanto antes del país a mi hermana y a mí. Te pagaré lo que me digas. – Le informo con la sensación de estar vendiéndole mi alma al diablo al pronunciar esas palabras.

Las he estado evitando cuando rondaban por mi cabeza desde que me casé con Alejandro. Pero ahora tengo que hacerlas una realidad en mis labios.

- ¿Cuánto antes? ¿Crees que pueden encontrar tu escondite?

- Eso creo. Creo que me siguen la pista y no quiero arriesgarme a que más gente caiga por mi culpa.

- ¿Te refieres a los que te esconden?

- Sí, a ellos mismos. Dime. ¿Hay alguna posibilidad de salir en una o dos semanas de aquí? – Pregunto aterrada.

- Hay un tren que lleva fruta a Francia dentro de tres días. Si quieres puedo haceros un hueco a tu hermana y a ti, aunque ya seríais las últimas en entrar en ese porte. – ¿Tres días? ¡Joder! No puedo irme en tres días. No estoy preparada mentalmente para separarme de Alejandro para siempre. Todavía no.

- ¿Y más adelante? – Luis y sus acompañantes me miran raro.

- Creí que era urgente. No hay nada más en lo que podamos intervenir hasta dentro de dos meses. Si lo hacemos muy seguido nos cogerán. – Mierda, no dispongo de dos meses.

- Pues saldremos en tres días. – Confirmo. – ¿Cuánto pides por ello?

- Por ser tú lo dejaremos en trescientas pesetas. – ¡Joder! ¡¿Tanto?! Lo miro estupefacta y lo descubro contemplando mi anillo de bodas. Por eso piensa que tengo dinero. – No sabía que estabas casada. – Me cubro el dedo.

- Es el anillo de bodas de mi madre. Me lo dio cuando estábamos escondidos para que los tuviese presentes a ambos si algo ocurría. – Miento. Ya me estoy acostumbrando a mentir.

- Entonces quédatelo y no lo vendas. ¿Puedes conseguir el dinero? – Ahora parece preocuparse por mí.

- Haré lo que pueda, aunque no tengo mucho plazo. Si no pudiera te pagaré de otra manera. – Los hombres allí presentes ríen. – ¡Me refería con joyas o algo de valor! – Escucho la trampilla por la que entré abrirse y miro hacia atrás. No ha pasado media hora, o eso creo, pero tengo que irme. –

¡Tengo que irme! ¡Dime dónde te veré! – Apremio.

- ¡Un hombre llamado Hilario os recogerá a tu hermana y a ti en la fuente de la Yedra de madrugada! – Me informa mientras me acerco de nuevo a la trampilla. – ¡A la una en punto! ¡No te retrases o tendrás que esperar dos meses más!

- ¡No lo haré! – Confirmo mientras subo de nuevo las escaleras de madera. Al salir, el tabernero me mira con cara de amargado y cierra de golpe la trampilla. – Gracias. – Le digo.

- A mandar. – Se da la vuelta y le sigo.

Salgo a toda prisa a la calle y me pongo rumbo de vuelta a casa de Alejandro.

Tres días. Tres malditos días y tendré que abandonarle, herirle, aniquilarle de nuevo. Ahora que estaba empezando a recuperar la alegría. Trescientas pesetas... ¿de dónde saco tanto dinero? ¡Si yo no tengo nada! Puedo intentar vender algunos vestidos que me compró Alejandro, pero apenas tengo tiempo y no conozco a nadie que pueda pagarme esa suma. De pronto lo veo. Ya sé. Y cambio mi rumbo para dirigirme a otro lugar.

Llego rápidamente porque he acelerado mucho el paso. Estoy helada. Llamo a la puerta y me abre él. Me mira sorprendido, sé que no me esperaba allí.

- Ho... hola.

- Hola, Guillermo. – Saludo con aspereza. – Necesito hablar contigo. – Guillermo mira a todos lados, supongo que en busca de su hermano. Cuando se percata de que realmente estoy sola me hace pasar. Me conduce hasta su enorme salón y me ofrece asiento junto a la chimenea. Me acerco a las llamas y siento un enorme alivio en mis huesos doloridos por el frío.

- Estás helada...

- Créeme, es la menor de mis preocupaciones ahora mismo. – Le miro con melancolía. Sin querer trato de apelar al chantaje emocional otra vez, por si decide indultarme y permitirme quedarme junto a Alejandro.

- No me mires así. No está en mis manos. – Contesta leyendo mis pensamientos. Vuelvo a hundir la cabeza y la mirada en dirección al suelo. – ¿Has venido por eso? ¿Para que te deje quedarte con él?

- No. Pero no me había dado cuenta de que no había perdido del todo las esperanzas.

- ¿Tanto le amas? – Su voz suena dolida. Creo que él me ama también. Eso me dijo una vez. Me levanto y me pongo frente a él.

- Necesito tu ayuda para irme de aquí, con mi hermana. Necesito que me prestes el dinero de los pasajes y desapareceré de tu vida, para siempre. Ya no me verás más. Nunca. – Digo seriamente frente a él. Aprieta los ojos.

- No me hagas esto. – Ruega con la voz muy baja y sacude la cabeza.

- Es lo que querías, ¿no? Y es lo que tendrás.

- No es lo que quería, Aurora, pero me obsesioné contigo y, tratando de investigar más sobre ti y sobre tus gustos para tratar de conquistarte, averigüé lo que no quería averiguar. Y, sin quererlo, hice que lo averiguara también un burócrata de prestigio del nuevo régimen. – Le contemplo tratando de parecer impasible ante su relato. Él me mira lleno de dolor. – Se alarmó muchísimo y encolerizó cuando descubrimos quién era tu padre realmente y me fue jodidamente complicado convencerlo de que te dejase ir viva si abandonabas a mi hermano. Lo convencí porque le dije que Alejandro no sabía nada y tendría suficiente castigo con que le partieras el corazón cuando lo averiguara. – Unas enormes lágrimas salen de mis ojos cuando oigo eso. Alejandro enloquecerá de tristeza y dolor cuando lo averigüe. No... – Lo siento de veras. Créeme que me partirás el corazón a mí también y enloqueceré junto a mi hermano de pena. Será mi castigo. – Agacha la cabeza y comienza a llorar al ver mi llanto.

- Bien. ¿Puedes ayudarme con lo que te pido o no?

- Sí, sí. Lo haré. – Dice afligido. – Dime cuánto necesitas.

- Trescientas pesetas. – Le informo mientras me seco las lágrimas. Guillermo se acerca hasta una caja fuerte, introduce una combinación y se vuelve a acercar a mí con un fajo de billetes. Lo cojo.

- Aquí hay más. – Le digo.

- Necesitarás dinero para sobrevivir. Quédatelo. En cierto modo creo que te lo debo. – Se encoge de hombros haciéndose el inocente. ¿Que me lo debe? ¡Que se vaya a la mierda!

- No quiero tu sucio dinero, Guillermo. Cogeré trescientas pesetas porque no hay forma de salir de aquí hasta dentro de dos meses y porque no tengo otra opción si quiero proteger a Alejandro. Lo tomo porque prefiero pensar que esas trescientas pesetas las estás gastando en proteger a tu hermano, no a mí. – Cuento el dinero, cojo las trescientas pesetas y le tiendo el resto. Me mira asustado y no hace el menor gesto para cogerlo. – ¡Tómalo, no lo quiero! – No se mueve. – ¡¡Toma tu sucio dinero, maldito hijo de puta!!! – Comienzo a llorar como una estúpida y de repente todos mis miedos vienen a mí para hacerme sentir que caigo en un abismo. Guillermo trata de consolarme. – ¡¡No me toques!! ¡No quiero que me toques! ¡Te odio! ¡Pensé que eras distinto, pero eres cómplice de todo el dolor que se está generando en este país! – Guillermo abre los ojos y retrocede un paso al ver mi ira, que me domina. – Vais a acabar con todo lo bonito. Con el amor, con la familia, con la vida... Os odio a todos los que contribuís a esto, seáis del bando que seáis. Espero que realmente exista el infierno que los creyentes describís, porque no merecéis acabar en otro lado. – Tiro el resto del dinero de Guillermo al suelo y salgo a toda prisa de su casa.

No puedo contener el llanto por el camino y necesito hacerlo. Bastante tendré con el enfado con el que me esperará Alejandro si está despierto cuando llegue como para tener que explicarle los porqués de mi congoja.

Me detengo en el escaparate de una licorería y tengo una idea. Tomaré prestado algo de dinero de Guillermo y ya lo repondré con dinero de Alejandro. Entro en la tienda, compro lo que quiero y ya más tranquila vuelvo de vuelta a casa.

Me encuentro a Alejandro a punto de subir a caballo para ir en mi búsqueda cuando atravieso la verja principal. Cuando me ve se queda congelado. Y yo también. Viene hacia mí. No puedo creer que en tres días no volveré a ver esa preciosa cara de enfado.

- ¿Dónde cojones estabas? ¿Por qué sales sola y con este frío? ¡Te dije que ha habido problemas por los alrededores! ¿Y si te hubiera pasado algo? – No digo nada. Sé que está muy enfadado y ya no me da miedo verlo así. Sé que me quiere de verdad y que no me haría daño. – ¡Contesta, joder! ¡¿No estarás viéndote con otro?! ¡Como seas capaz de...! – Comienzo a reír a carcajadas. Él me mira todavía más enfadado. – ¡No le veo la maldita gracia, Ángela! – Me agarra de la cintura y me aprieta contra su cuerpo. – No se te ocurra hacerme algo así, ¿me oyes? – Sigo sonriendo y le miro a los ojos con profundidad.

- Jamás estaría con nadie que no fueses tú, mi amor. – Su mirada se ablanda. – Para mí no habrá nunca nadie más, sólo tú. Te amo, tonto celoso y posesivo. – Le acaricio la cara y le beso con dulzura. Él gruñe en mis labios.

- No te rías de mí. Es normal que me preocupe. Te vas sin decir a dónde, sola y sabiendo que la situación está tensa.

- Lo sé, lo sé, lo siento. – Vuelvo a besarlo. – Pero me ahogo a veces encerrada tanto tiempo.

- ¿Dónde has ido? – Frunce el ceño. – Bueno, si es que a la señora le da la gana de decírmelo. – Levanta las manos haciéndose el inocente.

- A comprar esto. – Le enseño una botella de vino de las caras, su preferida. Me mira extrañado. – Hace mucho frío para salir a ningún lado, pero hoy hacemos una semana casados y me apetecía celebrarlo contigo. – Abre la boca sorprendido.

- Me parece una idea perfecta. – Sonríe de vuelta por fin y me besa con fuerza.

- La he dejado fiada, me tendrás que prestar el dinero para pagarla.

- ¿Prestar? – Suelta una carcajada. – Lo mío es tuyo. Además, ¿cómo vas a devolvérmelo?

- En carne. – Contesto de forma seductora y me agarro a su cuello. Alejandro me levanta del suelo entre sus brazos para llevarme a casa.

- Trato hecho, señora de Mendoza. Pero busquemos un lugar más calentito para que me pague.

- Me parece bien, esposo mío. – Me aferro a su cuello mientras cruzamos el umbral de nuestra vivienda y le beso con urgencia.

Me despierto con un fuerte dolor de cabeza y con los dulces besos de Alejandro en la punta de mi nariz. Abro un ojo y sonrío al verlo. Me encanta cuando me mira así, feliz y relajado. Gracias al vino he dormido esta noche por fin de maravilla y gracias al vino hoy me siento morir.

- Tómate esto. – Me da un vaso de leche caliente y me la bebo. Me sienta de maravilla. – ¿Te sientes muy mal? Anoche estabas tan borracha que escandalizaste a todo el personal. – Se burla de mí.

- Tú no estabas mucho mejor. – Le reprendo.

- No. Pero disfruté muchísimo de tu osadía. Cuando estás borracha eres una salvaje en la cama, me gusta. – Su cara de satisfacción no tiene precio. – Deberíamos celebrar todas las semanas de casados así.

- Te dije que te pagaría la carísima botella. – Contesto con picardía. – Espero haber saldado la cuenta con usted, señor Mendoza.

- No me tientes. Tenemos que arreglarnos para salir.

- ¿A dónde? – Pregunto curiosa.

- Mi hermano Guillermo nos ha invitado a almorzar en su casa. – Trago saliva. – Quiere arreglar las cosas con nosotros y ahora que te tengo única y exclusivamente para mí, me gustaría arreglar las cosas con él, Ángela. Es el único de la familia en quien podría confiar. – Nadie sabe la poca ilusión que me hace compartir las pocas horas que me quedan junto a Alejandro al lado de Guillermo, pero él tiene razón. Guillermo es el único con el que Alejandro podría encajar una vez que yo no esté aquí y necesitará un hombro en que llorar. Y, además, creo que Guillermo no le hablará tan mal de mí como los demás.

- Es una buena noticia. Vamos entonces. – Alejandro sonrío y me da un rápido beso en los labios que yo convierto en largo al apretarlo contra mí y tirarlo a la cama.

- ¡Serás abusadora!

Hoy también hace muchísimo frío. Cuando llegamos a casa de Guillermo es Mercedes, su sirvienta, la que nos abre la puerta esta vez. Nos hace pasar hasta el enorme salón de la enorme vivienda y allí, mirando a la chimenea fijamente, nos encontramos a Guillermo absorto en sus pensamientos sin percatarse siquiera de nuestra presencia. Ojalá lo esté pasando realmente mal por lo que ha hecho.

Alejandro carraspea para que se dé cuenta de que estamos ahí y se da la vuelta bruscamente. Tiene los ojos rojos. ¿Qué le pasa a éste ahora?

- ¡Alejandro, hermano! – Lo primero que hace es darle un fuerte abrazo a Alejandro. Muy emotivo. Alejandro se queda como yo, paralizado. Pero después se lo devuelve.

- Hola, Guillermo.

- Cuñada... – Se acerca hasta mí con más tiento. Seguramente sabedor del poco entusiasmo que me proporciona verlo en estos momentos.

- Buenas, Guillermo. Gracias por la invitación.

- Sentaos. – Nos señala la mesa en la que hay lugar para cuatro comensales. ¿Quién es el cuarto? ¡Espero que no me haya tendido una emboscada!

- ¿Esperamos a alguien más? – Pregunta Alejandro confundido.

- Sí, a Leonor. Ya os la presentaré cuando venga. No tardará. – Alejandro se sienta junto a mí y Guillermo de frente, después de servirnos una copa de vino a cada uno. – Y bien, ¿cómo os va la vida de casados? – Pregunta para romper el hielo y yo espero la contestación de Alejandro.

- Si me permites decirlo, Guillermo, no había sido tan feliz en mi insulsa vida. – Le informa Alejandro apretando mi mano y sonriéndome como un niño. Mi amor... – Ahora creo firmemente que ni el dinero ni el poder te dan la felicidad. Yo tenía de todo eso antes y me sentía completamente desdichado. Ahora, con Ángela a mi lado, todo eso ha cambiado. – Miro a Guillermo. ¿Lo escuchas bien, estúpido? Mira lo que vas a conseguir cuando yo me vaya. Guillermo hunde la cabeza.

- Me alegra mucho oír eso. – En ese momento una joven guapa y simpática irrumpe en el salón. Alejandro y yo nos levantamos. Esa debe ser Leonor. Le da un fuerte beso en la mejilla a Guillermo y nos mira sonriente. – Querida Leonor, déjame presentarte a mi hermano mediano, Alejandro Mendoza, y su esposa, Au... Ángela López. – Alejandro y yo la saludamos con la mano.

- ¡Qué alegría conoceros! Guillermo me habló mucho de ustedes dos en estas dos o tres semanas que llevamos conociéndonos, sobre todo de ti, Alejandro. Tu hermano te tiene gran estima.

- Me alegra oír eso. – Dice Alejandro y volvemos a sentarnos todos. – ¿Dónde os conocisteis?

- En Sevilla. – Responde rápidamente Leonor. – En el acto de celebración de nuestro queridísimo Caudillo Francisco Franco. – Casi espurreo el vino que estoy bebiendo al oír eso. Guillermo me mira y aguanta una risa. – Gracias a ese hombre alcanzaremos la paz. – Sigue diciendo esa malnacida.

- Es posible. – Le sigue el juego Guillermo.

- ¿Qué opinas tú, Alejandro? – Pregunta Leonor. Alejandro me mira y a mí se me corta la respiración aguardando su respuesta. Dilo, Alejandro, dilo. Di que tú también piensas igual y me harás más fácil mi partida.

- A mí me ha dado la paz el amor, no la guerra. – Contesta Alejandro y yo me sumerjo en sus verdes ojos. – La verdad es que estoy cansado de pelear con todo el mundo que piense diferente. España es una gran nación, aquí hay espacio para todos, piensen como piensen. Aunque sí es cierto que, en mi humilde opinión, hacía falta controlar ciertos sectores que se estaban descontrolando. Como la expropiación de tierras y de bienes de la Iglesia y su reparto indiscriminado entre la población. No me parece justo que se pase algo de manos de unos a otros sin ningún tipo de evaluación previa. Aunque se podía haber resuelto todo eso de una forma más pacífica. Esa es mi opinión, Leonor, después de llevar casi tres años de larga y sangrienta guerra.

- Los salvajes sólo aprenden a balazos. – Dice la muy hija de puta y la fulmino con la mirada. Mercedes aparece con la comida.

- Leonor, no hablemos de política en la mesa. – Pide Guillermo discretamente. – Disculpáda, su tío es un alto cargo del Generalísimo y ella es muy efusiva para tratar este tema. – Está bien adiestrada, pienso.

- ¿Y tú qué piensas, Ángela? – Me pregunta. Guillermo se me queda mirando y Alejandro parece tenso. ¿Tenso por qué? Él no sabe lo que pienso, pero seguramente teme que mi respuesta no se amolde a la de las élites más sádicas.

- Yo pienso que el vino este es excelente. Y que soy muy afortunada por vivir con una persona con un corazón tan bueno y noble como Alejandro. Y por eso pido un brindis. Por el amor entre personas de bien. – Levanto mi copa. Alejandro sonrío aliviado. Guillermo también parece esconder una sonrisa. Todos brindamos y al fin se termina la conversación sobre la guerra y nuestras posturas.

La sobremesa se hace más distendida y Alejandro parece que al fin ha encontrado el camino para comunicarse más libremente con Guillermo. Eso me reconforta. Sé que necesitará algún apoyo cuando yo no esté.

Cuando yo no esté...

No puedo parar de pensar en cómo podremos ambos seguir adelante sabiendo que nos amamos de esta manera y no podremos volver a mirarnos a los ojos tan siquiera.

Es duro. Muy duro.

Mis padres ya no están. Tengo una tía en París que yo sepa a la que tendré que acudir cuando Lourdes y yo lleguemos allí, pero ni siquiera sé cómo es ella. Creo que la he visto en alguna celebración de navidad en casa, antes de que se marchara a Francia, pero de eso hace muchísimo y sólo tengo ráfagas de recuerdos de ella nada esclarecedores sobre su personalidad.

Lourdes lo tendrá más fácil. Ella es joven y podrá hacer una vida normal allá donde vaya. Todavía no sabe lo que es amar a un hombre y podrá hacerlo libremente, cuando el hombre adecuado irrumpa su mundo de inocencia para convertirla en mujer. Así como lo hizo Alejandro conmigo.

Lo observo hablar y me enciende. Es tan viril, tan guapo y tan

extraordinario cuando quiere... cuando no le domina la bestia interna. Ya no temo a su bestia desde hace tiempo. Desde que me hice consciente de lo importante que soy para él y sobre todo desde que él fue consciente de ese hecho, todo ha cambiado entre nosotros. Ahora puedo decir que confío plenamente en él. Porque a mi lado ha aprendido que hay necesidades más básicas y más importantes que cubrir a nivel personal. Más allá de ideales políticos y de dogmas austeros que te priven de tu libertad como individuo.

- ¿Verdad, Ángela? – Me pregunta y despierto de mi ensoñación. No he estado escuchando nada de la conversación. Creo que se da cuenta. – ¿Estás bien?

- Eh, sí. Estaba pensando en nuestra boda y lo bonita que fue. – Le miento.

- Ya sólo faltan seis días para nuestro segundo aniversario. – Responde de forma seductora en mi oído y tiemblo. Al final no fue tan mala idea celebrar nuestra primera semana de casados. Será la única celebración que hagamos. – Le estaba diciendo a mi hermano que tenemos que viajar a Madrid algún día. – Me vuelve a introducir en la conversación. Asiento. – Allí tengo una casa preciosa que hace mucho que no visito.

- ¿Una casa? – Me extraño. No había oído hablar de ella.

- Tenemos, Alejandro. – Añade Guillermo.

- Sí, bueno. Era de mi abuelo materno, ¿sabes? – Me informa. – Ninguno de los tres ha hecho mucho uso de ella, pero es bastante imponente.

- Me gustaría conocer Madrid contigo. – Pienso en voz alta mirando sus bonitos y redondeados labios. Alejandro sonrío y muestra satisfacción.

- Si quieres podríamos vivir allí. Si quieres criaremos a nuestros hijos allí. – Hijos... No, mi amor. No los tendremos. Se me hace un nudo en la garganta que me impide respirar.

- Disculpad. Tengo que ir al baño. – Me levanto precipitadamente. Tratando de contener las lágrimas hasta que encuentre un lugar más privado. Pero en cuanto salgo del enorme salón comienzo a llorar como una desgraciada, que es lo que soy. Me encierro en el primer lugar que veo, me

arrodillo en el suelo y me deshago de mi amargura enterrando la cara en mis manos. No puedo con esto.

- Aurora... – Levanto la mirada y veo a Guillermo en la puerta.

- Lo... lo siento. Necesitaba recomponerme un momento. – Me levanto y recoloco mis ropas. – Tenemos que volver. Alejandro vendrá a buscarme en seguida. – Trato de salir pasando junto a Guillermo, pero él me detiene agarrándome del brazo.

- Lo he mandado a elegir un licor a la bodega que tengo en el sótano de casa. Puedes llorar tranquila unos minutos. – Lo miro atolondrada.

- No voy a darte ese placer. – Tiro de mi brazo que Guillermo tiene bien sujeto, pero no consigo zafarme.

- Yo también me odio por esto. Lamento mucho el daño que os estoy causando a ambos. Jamás había visto a mi hermano tan feliz. – El amargo llanto acude a mí de nuevo en forma de torbellino y no puedo controlarlo. Guillermo me abraza y, aunque lo aborrezca con toda mi alma, necesito un abrazo y le dejo. Me hundo en su hombro y descargo todas las lágrimas que me caben en los ojos. – Lo lamento muchísimo. De veras que sí.

- Cuídamelo, Guillermo, por favor. – Suplico todavía enterrada en su hombro. – No le dejes caer de nuevo.

- Lo haré. Te prometo que lo haré. Pero quiero que me aceptes este dinero, Aurora. – Me separa y me ofrece un sobre. Lo miro desafiante.

- No quiero tu jodido di...

- Por favor. Es mi manera de pedir perdón. No pensé jamás que encontraría de ti lo que encontré. Le he estropeado la vida a mi hermano y a su mujer sólo por un estúpido capricho. Acéptalo, Aurora. Necesito saber que de alguna forma te estoy ayudando.

- Ayudándome a morir lentamente... No lo quiero, Guillermo. No estoy aquí por dinero. Al principio llegué por supervivencia y después me quedé por amor. Pero me voy sin ninguna de las dos cosas, con los bolsillos vacíos. ¿Para qué quiero tu maldito dinero? ¿Crees que así olvidaré todo lo que he vivido? ¿Crees que olvidaré que mis padres fueron asesinados, mi hermana

pequeña violada y yo arrancada de los brazos de mi marido por ser de ideología distinta? ¿Crees que podré recomponer mi corazón de ese horror por un puñado de billetes? No. Sería como rendirme moralmente. Y no estoy dispuesta a hacerlo. No quiero tu perdón, ni tu compasión. Quiero mi libertad. Quiero vivir sin miedo. Y quiero que me devuelvan a mis padres y la inocencia a mi hermana. ¿Puedes darme eso? Porque es lo único que quiero y al parecer nadie puede devolverme todo eso ya. – Guillermo llora. – No me importa que tengas que vivir con remordimientos. Algo tendrás que aprender de toda esta mierda. Quédate tu dinero, a ti te ayudará a limpiar los feos pensamientos, a mí no.

Salgo y esta vez Guillermo no me detiene. Entro en el aseo y trato de recomponer mi rostro para que no se note que he llorado.

- Ángela, mi amor, ¿estás ahí? – Escucho a Alejandro desde el otro lado de la puerta.

- Sí, sí, ya salgo. – Abro la puerta y le sonrío ampliamente.

- No sé si te apetece beber. – Se encoge de hombros. – Guillermo ha insistido en invitarnos a unas copas.

- No me importa. Pero me gustaría volver contigo a casa pronto. Tengo ganas de mi marido en privado. – Le abrazo y le beso con devoción.

- No sabía que la vida de casado era tan dura. Vas a acabar conmigo. – Me abraza de la cintura y me besa con sus suaves labios y su aterciopelada lengua. – No beberé mucho entonces. – Sonríe.

- Beberé yo por ti. – Le digo con picardía.

- La verdad es que no te pondré impedimento alguno si luego me haces lo que me hiciste ayer. – Ambos reímos. Echaré esto de menos. El matrimonio lo ha convertido en el hombre perfecto, en mi hombre perfecto.

Pasamos un ratito más en compañía de Guillermo y la estúpida de Leonor. Guillermo nos mira con tristeza y yo me alegro que se sienta mal por ello.

En cuanto Alejandro me ve achispada decide llevarme de vuelta a casa y continuar allí con nuestro plan de perdernos el uno en el otro.

Al llegar a casa de Alejandro por fin de vuelta de la visita a Guillermo, apenas bajamos del caballo, me tiro al cuello de Alejandro y enrosco mis piernas a su cintura.

- Mujer, déjame al menos que meta al caballo en el cobertizo. – Farfulla en mis labios.

- Que lo haga Francisco o Pedro. – Digo entre beso y beso. – Te quiero dentro de mí ya. – Le agarro con fuerza del pelo y hundo mi lengua salvaje en su boca. Alejandro deja escapar un gruñido de pasión. – Te necesito, esposo mío.

- Joder, pequeña, te amo. – Sus manos me aprietan fuertemente del culo contra su cuerpo y noto su creciente erección en mi entrepierna. – ¡Pedro! – Grazna como puede en medio de mi invasión a su boca.

- ¡Señor! – Pedro llega en seguida y deja escapar una risita al encontrarnos así.

- Mete el caballo en la cuadra. – Le permito hablar y me concentro en besar su cuello. – Yo voy a domesticar a la fiera de mi mujer. – Pedro deja soltar una carcajada.

- ¡Eh! ¡Quién es fiera! – Me quejo mientras Alejandro ya va subiendo los escalones conmigo en brazos y en dirección a su habitación. Me mira y me sonrío con la sonrisa más arrebatadora del mundo.

- Tú no, desde luego. – Se burla de mí. – ¿Cómo se me ocurriría sugerir tal cosa?

- No te hagas el inocente. Sé que lo has dicho por mí. – Alejandro me deposita en la cama y comienza a quitarse la ropa. Yo también hago lo mismo con la mía sin esperar a que me lo sugiera él.

- Ha sido una osadía por mi parte, señora de Mendoza. – Se inclina hasta mí con una mirada muy seductora y se acopla entre mis piernas,

mientras nos fundimos en un acalorado beso. – Está claro que el osado soy yo. – Resbala una mano por mi pecho y gimo de placer. – Es evidente que tengo que obligarte para hacer el amor conmigo. – Su mano sigue descendiendo y llega hasta mi sexo. Gimo más fuerte cuando introduce dos dedos en mi interior. – Madre mía, estás mojadísima. Mmmmm. ¡Me vuelves loco! – Vuelve a besarme con más fuerza.

- No me hagas esperar más, Alejandro, por favor. – Suplico en sus labios.

- Te estás volviendo muy exigente, ¿no te parece, mujer? – Ahora es su miembro el que masajea mi sexo desde el exterior. La sensación es apoteósica y eleva a niveles astronómicos mi sed de él. Me arqueo tratando de reconducir su virilidad hacia mi interior. – Shhh, quieta.

- No. Por favor, no me hagas esperar más. – Vuelvo a sentir la caricia de sus dedos en mi interior y me desespero. No me queda tiempo con él y quiero todo el poco tiempo que me queda sintiendo la fuerza de su amor por mí.

- Tenemos toda la vida para amarnos y desearnos, mi preciosa mujer. – Tiro de su pelo y aprieto mis labios contra los suyos. Nada, no funciona, quiere tomarse su tiempo y quiere desesperarme. Se divierte así. Su sonrisa pícaro me lo rebela. – Eres tan deseable cuando te comportas así... tan desquiciantemente seductora. – Frunzo los labios y cambio de táctica. Libero una de mis manos de su cuello y voy en busca de la parte de su anatomía que extraño en mi interior y que se rebela contra mí. Gime ante la sensación de mis dedos presionando la punta de su sexo. No lo esperaba. – ¡Ahhh! ¡Estás jugando sucio! – Lo masajeo de arriba abajo y vuelve a aplastar mis labios con los suyos.

- Deja de resistirte. – Le insisto. – Mira cómo estás. – Sigo masajeando su sexo y Alejandro echa la cabeza hacia atrás para descargar un ronco gruñido de placer.

- Está bien, tú lo has querido, esposa rebelde. – Toma posesión sobre mí y me dedica una mirada llena de lujuria y malicia. – Espero que estés preparada para mi ataque. – Coloca su miembro en la entrada de mi sexo y suspiro apretando los ojos ante su inminente ataque. – Mírame. – Me pide y

abro los ojos. – No dejes de mirarme. Has despertado a la bestia y vas a tener que hacerle frente. – Me sorprenden sus palabras.

- No temo a la bestia.

- Y ya no debes hacerlo más. Esta bestia está completamente doblegada a ti, tú eres su cazadora, su ama, por siempre. Pero necesito de ese contacto visual que me recuerde que eres de verdad. ¿Preparada? – Asiento impaciente. – Bien. ¡Siiiiii! – Entra en mí de un solo movimiento y el placer que siento es tan grande que no puedo evitar echar la cabeza atrás y gritar de placer. – ¡Que me mires! – Me ordena y me obligo a mirarlo. Vuelve a salir lentamente de mí. – Eso, así. – Entra de nuevo de golpe y esta vez consigo mantener el contacto visual, pero descargo un gemido aún mayor. Sonríe. – Mmmm, mi esposa es una valiente por osar ponerme en este estado sin temer las consecuencias.

- Podría morirme así, Alejandro.

- No te me mueras hoy, pequeña. – Sale de nuevo lentamente de mí y vuelve a entrar con fuerza. – Ahhh. – Gemimos a la vez. – Necesitaré más de esto durante un tiempo. – Repite la misma operación.

- ¿Durante cuánto tiempo, esposo mío?

- Toda la vida.

De pronto su ataque se vuelve más fuerte y sus besos más voraces. Entra y sale de mí con la misma fuerza que también tiene todo el torrente de emociones que ambos sin duda sentimos el uno por el otro.

Me hace rodar en la cama y me sube sobre él. Ayudándome con sus manos en mis nalgas para marcarme el ritmo que ambos necesitamos de estocadas.

Después vuelve a subirse sobre mí y me pone de espaldas a él en la cama. Agarrándome la melena para hacerme mirarlo. No quiere perder el contacto visual por nada del mundo y a mí tampoco me apetece dejar de mirarlo.

Gime.

Gimo.

Grita en mi cuello.

Grito en sus labios.

Hunde la cabeza en mi hombro y es él al final el que rompe el contacto visual cuando sé que está concentrándose con todas sus fuerzas para no sucumbir por completo a la pasión hasta no arrastrarme primero a mí a ese torrente de emociones placenteras que cada vez son más conocidas para mí; mi ansiado orgasmo entre los brazos de Alejandro.

- Nena... – Dice casi sin aliento.

- Ahhh, dime amor mío.

- Te necesito. Necesito hacerte sentir lo que tú me haces sentir. No aguanto más. Córrete conmigo, por favor. – Tiene las manos apretadas en un puño sobre la almohada y la frente apoyada en mi espalda, concentrado para no ceder hasta que le dé mi visto bueno. – Vamos, nena, por favor.

- Estoy a punto Alejandro. – Le informo sin aliento.

- ¡Vamos, dámelo, ya! – Su aliento en mi oreja me eleva a las alturas y exploto de placer entre sus brazos. – ¡Ahhhh, siiiii, joder, siiiii! – Explota él también conmigo y deja caer el peso de su cuerpo sobre mí. – Dios. Vas a matarme. – Dice con respiración ruidosa.

- Te amo. – Susurro sin fuerzas.

- Y yo a ti, pequeña diabla. – Comienza a repartir besos por toda mi espalda, se separa de mí y atrae mi cabeza junto a la suya. Me la acuna entre sus manos y me besa con una enorme sonrisa de satisfacción. – Eres una auténtica maravilla. Jamás me cansaré de ti. Al final vas a conseguir que te deje embarazada antes de lo que me gustaría. Si es que todavía no lo estás... – Abro los ojos sorprendida. La verdad es que esa posibilidad existe. Pero no lo estoy. Lo sabría. Sé cuáles son los síntomas y no tengo ninguno de ellos. Es una pena. Desearía poder llevarme algo de Alejandro tan poderoso como eso. Una muestra de nuestro amor.

- Le llamaría Alejandro, como su papá. – Pienso en voz alta dejándome

llevar por mi ensoñación. Sonríe complacido.

- ¿Y si fuera una señorita? – Pregunta acariciándome el rostro.

- Elige tú.

- Mmm cómo su mamá. – Me besa con fuerza. – Aunque me daría igual que tú quisieras ponerle otro nombre. La perfección no tiene nombre. Un hijo tuyo y mío, nuestro, sería simplemente perfecto se llamase cómo se llamase. – Y vuelve el nudo a mi garganta.

- Se llamará cómo lo más perfecto que he conocido en la vida; Alejandra. – Vuelve a sonreír.

- No me dejes nunca Ángela. Te quiero demasiado. – Tengo que bajar la mirada ante sus palabras. No puedo soportar mirarlo a los ojos mientras me pide la única cosa que no puedo darle. – ¡Eh! ¡Qué pasa! ¿No eres feliz? – Vuelve a acariciarme. Lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

- Jamás lo he sido más.

- ¿Entonces? ¿Por qué no me dices tan sólo que siempre me amarás y listo?

- Siempre te amaré. – Eso sí que puedo decirlo con rotunda sinceridad.

- Eso es otra cosa. Seremos felices, Ángela. Tú me has enseñado el camino de la luz.

- No abandones nunca ese camino, Alejandro. Prométemelo.

- Te lo prometo pequeña. Cree en mí, por favor.

Me amilano a su cuerpo y lo abrazo con fuerza. Quiero tanto a este hombre que duele. Duele decir adiós a esta vida de ensueño.

Siempre te amaré, Alejandro. Pase lo que pase. Aunque tú me odies y me desprecies por abandonarte. Serás siempre la luz que iluminará mi camino. Serás siempre la meta que volveré a conseguir tarde o temprano.

Hoy es el dichoso día. Me he levantado de golpe, sobresaltada y muy, pero que muy perturbada. ¿Dónde está Alejandro? Me levanto y me visto, después me aseo y me miro en el espejo. “¡Vamos, Ángela, sé fuerte!”, me digo y soy consciente de que ya no me llamo ni por mi nombre. Alejandro tenía razón, Aurora murió la noche que me encontró y me trajo a casa con él. Pero, aun así, Aurora sigue presente de muchas maneras; tengo una hermana, tenía unos padres con una reputación y tengo al jodido burócrata que ayudó a Guillermo a recabar información sobre mí y mi pasado haciéndome la vida imposible.

Me peino y me maquillo a conciencia. Hoy quiero estar guapa. Hoy quiero saborear hasta el último minuto con mi marido. Porque sé que no lo volveré a ver. Porque sé que no me volverá a amar. Y sólo el tiempo dirá si consigue perdonarme o no, aunque también recuerdo que en muchas ocasiones él simplemente ha obviado hablar del tema, ha reusado hablar de mi pasado y de mi procedencia. ¿Es posible que sepa algo o que lo intuya? No lo creo... Conociendo su forma de pensar, estoy convencida de que no habría llegado tan lejos nunca conmigo. La prueba es Isabel... Aunque, en lo que respecta a ella, cada día estoy más convencido de que no tuvo más opción que dejarla morir dadas las circunstancias.

Y he visto el dolor y la culpa en su mirada desde el primer momento que se cruzaron sus bonitos ojos verdes con los míos. He visto como aquello que sucedió con esa chica le desgarró por dentro y avivó al monstruo en su interior. Y ahora sé que ese monstruo no existe. Que Alejandro sólo es un humano más, atrapado en los vestigios de una guerra que no es su guerra, tampoco la mía, pero en la que ha tenido que decantarse como yo por una opción: la supervivencia. Somos de bandos contrapuestos porque ninguno de los dos hemos tenido opción alguna a escoger cuál sería nuestro bando. Aunque yo sé y creo que él también, que el tiempo dará la razón a los míos.

Pero por ahora tengo que dejarlo ir. Tengo que separarme de él y

proteger así su vida. No estoy segura de que él pudiese soportar la muerte de otra pareja por conflictividad ideológica y no creo que él se quedara esta vez expectante si los fascistas me arrestan. Sé que haría lo que pudiera para protegerme. Eso es lo que le atormenta de la muerte de Isabel, el hecho de que no hizo nada para impedir su muerte, aunque supiera que nada podía hacer para detener tal angustioso suceso. Pero ella era la madre de su futuro hijo y yo, ahora, soy su mujer.

Una mujer que va a abandonarle y le herirá el orgullo y los sentimientos de forma traicionera, porque nunca sabrá por qué me fui. Pero el despecho es más fácil de soportar que la muerte. Mientras hay vida hay esperanza, ¿no? O eso dicen...

Bajo las escaleras y me encuentro con Antonia y con mi hermana Lourdes en la cocina. Los muchachos del servicio no están por ninguna parte. Sonríe a mi hermana de incógnito para saludarla y después saludo a Antonia.

- Buenos días, chicas. – Digo y Antonia me saluda con una gran sonrisa y con un beso.

- Buenos días, señora Ángela. Siéntese, le sirvo el desayuno. – Sacudo la cabeza.

- Antonia ya te he dicho mil veces que sigo siendo la misma de siempre. No tienes que tratarme de usted ni tienes que servirme el desayuno. – Me pongo junto a ella y le ayudo a preparar el café y las tostadas. Ella me sonríe.

- Yo estoy más que feliz de tener una señora como usted. – Entrecierro los ojos. – Bueno, pues como tú. – Y se ríe.

- Así mejor. Por cierto, ¿dónde está Alejandro? – Antonia se encoje de hombros.

- El señor salió temprano sin desayunar. Yo lo vi. – Comunica mi hermana y Antonia y yo la miramos intrigadas. – Vinieron unos hombres a preguntarle algo sobre un cadáver y él salió con ellos. – Mierda. Me quedo helada. Yo mandé algunas cartas a nombre de Alejandro con su firma falsificada para intentar dar con el paradero de los cuerpos de mis padres. ¿Será eso?

- ¿Él no te dijo que me comunicases nada, Lourdes? – Le pregunto y ella sacude la cabeza. – ¿Nada de nada?

- Nada.

- Bueno, hazme un favor. Ve a tu habitación y prepara una maleta para dos o tres días. Después iré a hablar contigo. – Lourdes asiente y se va.

- ¿Maleta? ¿Es que se van a alguna parte? ¿Vais a hacer finalmente la luna de miel? – Me pregunta Antonia curiosa.

- Mmmm, no. Verás, Antonia, tengo que contarte algo. Algo muy importante. – Digo mientras coloco mi desayuno en la mesa de la cocina y miro para todos lados para cerciorarme de que no hay intrusos escuchando. Antonia se sienta delante de mí, preocupada. – Te rogaría que me escucharas y que fueses discreta.

- ¿Qué sucede, Ángela? Dime, soy todo oídos.

- La historia es un poco larga y... no te va a gustar. – Confieso mirándome las manos.

- ¡Ay, Virgen María y el Espíritu Santo! – Antonia se persigna. – ¡Cuéntame qué sucede!

- No sé cómo empezar... yo... me gustaría que entendieses bien las razones. – Miro a Antonia y sigue callada, a la espera de mis noticias. – No soy Ángela López de la Cruz.

- Eso ya lo sé. ¿Qué más?

- No soy analfabeta. – Antonia traga saliva y asiente, animándome a seguir. – Mi padre no me maltrataba ni quería abusar de mí.

- Ay Dios...

- Él era un hombre bueno, el más bueno que he conocido. Era un profesor amante de la República que ayudó a mucha gente y entre esa gente se encuentran republicanos de la resistencia a quienes el ejército nacional considera peligrosos. Un profesor asesinado por fusilamiento junto a mi madre, su amada mujer.

- ¡Oh...! – Antonia está petrificada. Yo la miro con culpabilidad. Ella

ha sido la amiga, hermana mayor y la confidente que nunca tuve. Le debo tanto...

- Alejandro no lo sabe. Me consiguió una identidad falsa que yo he estado dispuesta a aceptar como verdadera a cambio de una esperanza en la vida. Me he enamorado de él, como una loca. Y sé que él de mí también. Ha cambiado. Ha hecho cosas que no pensé jamás que llegaría a hacer y todo gracias al amor que sé que me tiene. – Esta vez no puedo contener más mi gesto y sendas lágrimas comienzan a recorrer mis mejillas. – He estado dispuesta hasta a olvidar quién soy y de dónde vengo por él.

- ¡¿Y?! ¿Cuál es el problema? Si has decidido hacer eso, Dios sabe que es lo mejor para ambos, lo mejor para todos. Niña, yo no te delataré jamás. Por fin tenemos un poco de paz en esta casa y es gracias a tu aparición en la vida del señor. ¿Por qué te mortificas? Déjalo estar. Tus padres ya no están, Ángela. No tienes a nadie, sólo al señor. ¡Podéis formar una familia nueva, maldita sea! ¡No se te ocurra contarle eso jamás! ¡Jamás! Sólo Dios sabe lo que significaría otra pérdida como la de Isabel para ese hombre torturado...

- No se lo diré. Pero tengo que abandonarle, Antonia.

- ¡¿Qué?! ¡¡Ni hablar!! ¡¿Me oyes?! ¡Ese hombre te ama como no he visto a un hombre amar a nadie en mi insulsa vida! ¡Sé que es un jodido, enrevesado y endemoniado a veces, pero está cambiando! ¡Ha sufrido mucho, Ángela! ¡Tienes que comprenderle! – Sonríe con las lágrimas todavía bañando mi cara cuando escucho la estima que le tiene Antonia a Alejandro.

- No puedo quedarme. – Antonia pretende gritarme de nuevo, pero le freno con mi mano. – Escúchame, Antonia. Guillermo me ha descubierto. No sé cómo, pero lo ha hecho. – Antonia abre la boca y se la tapa para ahogar un gemido. – Sí. Y me ha amenazado. Por lo visto no es el único que lo sabe. Me ha dado un mes de plazo para irme y... bueno... me iré esta noche. Mi tren a París sale de madrugada.

- Mierda, Ángela...

- Sí, lo sé Antonia. – Vuelvo a agachar la cabeza. – No me queda más remedio que partir. No entiendo por qué Guillermo me ha dejado con vida, seguramente sea porque no quiere herir más a su hermano, pero voy a

aprovechar que lo ha hecho, porque también está Lourdes, que es mi verdadera hermana. – Antonia está en shock. – Y es lo único que queda con vida de mi familia, junto con una tía que vive allí, en París, a la que apenas conozco.

- No sé qué decir...

- No digas nada, Antonia. Sólo prométeme que le cuidarás. Que cuidarás al único hombre que he amado y amaré hasta el fin de mis días. – Creo que Antonia asiente levemente. – Y también necesitaré tu ayuda para salir de aquí con Lourdes esta noche sin que Alejandro se percate ni pueda impedirlo.

- ¡¿Yo?! ¡¿Cómo?!

- Aún queda éter para sedar de cuando Alejandro estuvo tan mal. Tenemos que sedarlo, Antonia.

- ¡Estás loca! ¡Si se da cuenta de que pretendemos sedarlo nos matará a correazos!

- ¿Qué otra cosa se te ocurre? – Levanto los hombros exasperada. Ella me mira durante un buen rato.

- Está bien. Lo sedaremos. ¡Ay Virgen Santísima! – Se vuelve a persignar.

- Gracias. – Sonrío con tristeza. – Y, por favor, finge normalidad cuando vuelva Alejandro. Quiero disfrutar de estas últimas horas a su lado.

- Ese hombre va a enloquecer cuando te vayas. – Dice y se levanta con los hombros hundidos.

- Lo sé. Yo también enloqueceré.

Las horas pasan y no tengo noticias de Alejandro y comienzo a desesperarme. ¿Qué habrá pasado? A lo mejor no es nada grave y estoy exagerando, pero no quería pasar el último día que me quedaba en esta casa acusando su ausencia.

No paro de deambular por la casa intentando distraer mi torturada

mente con cualquier cosa y no lo consigo ni por un instante. He hecho mi pequeño petate y lo he dejado en la habitación de Lourdes, pero sigo pensando en él. ¿Estará bien? ¿Habrá averiguado algo? ¿Lo habrán apresado? ¡Oh, Dios mío, no! Cojo mi abrigo y me dirijo decidida hacia la puerta.

- ¿Dónde vas? – Me pregunta Antonia asustada.

- Ya ha pasado la hora del almuerzo y Alejandro no ha venido. Estoy segura de que algo malo ha pasado. – Enseguida salgo y voy a salir en busca de Guillermo. Sí, sé que es mi enemigo, pero no tengo a nadie más a quién acudir. Justo cuando estoy saliendo me choco con el duro cuerpo de un hombre, que me coge con fuerza para evitar que me caiga.

- ¿Dónde vas?

- ¡Alejandro! ¡Me tenías preocupada! – Le espeto con lágrimas en los ojos. – Iba a buscarte.

- ¿A buscarme? ¿Y dónde pensabas buscarme? – Parece cansado.

- No lo sé. ¿De dónde vienes? – Me mira profundamente.

- Tenía asuntos por resolver. ¿Qué te pasa? – Me aferra del rostro.

- Te lo he dicho, me asusté.

- No tienes de qué asustarte. – Me sigue mirando fijamente y noto algo extraño en su mirada. – Nada de nada.

- ¿Pues a qué esperas para besarme? – Me dedica media sonrisa y deposita sus labios con suavidad en los míos. Cierro los ojos para saborearlo y suspiro.

- No sabía que tenía una esposa tan posesiva. – Sonríe.

- Alejandro, te quiero tanto...

- Ahora me estás preocupando tú a mí. ¿Por qué estás tan rara, Ángela? – Lo miro sin saber cómo explicar algo de lo que siento. – ¿Has comido? – Niego con la cabeza. – Entonces ven, comamos juntos. – Me lleva de la mano hasta la cocina en donde Antonia respira aliviada también de verle de nuevo en casa. Se sienta y me pide que me siente frente a él. Eso hago. Lo miro. Está tan guapo. Intento capturar su imagen en mi mente para no olvidarla

nunca. Nunca. – ¿Me vas a decir qué te pasa?

- No es nada. Supongo que me tiene que bajar el periodo. – Finjo.

- ¿Tengo que preocuparme? – Y no sé por qué lo dice. Sacudo la cabeza. Lo último que quiero es que hoy esté preocupado.

- No. Lo que tienes que hacer es estar con tu esposa toda la tarde. – Me levanto, rodeo la mesa y me siento sobre él. Me mira intrigado.

- Últimamente estás insaciable. – Dice posando una mano sobre mi muslo y noto su mano ascender por mi piel.

- ¿Tiene alguna queja el señor? – Se ríe. Ahora ríe con facilidad y es maravilloso ver su risa.

- En absoluto. Lo único que puede pasar es que seamos papás antes de tiempo. – Me besa con ternura y yo aprieto los ojos para no llorar. No, mi amor. No seremos papás juntos. Gimo en sus labios para ahogar un lamento y él lo interpreta como excitación. Antonia, que está en la cocina con nosotros, sale precipitadamente cuando nos ve tan acaramelados. Entonces Alejandro me sube a la mesa. – ¿Siempre será así? – Dice con su frente pegada en la mía?

- ¿Cómo? – Digo casi sin aliento al sentir sus labios acariciando mi cuello.

- Así. – Responde en mi piel. – Sintiendo que entro en combustión cada vez que rozo tu piel. – Baja los tirantes de mi vestido y descubre mi pecho. Después lo succiona y yo siento que mis músculos se tensan y mi pezón se endurece en sus labios.

- Siempre seré tuya. – Prometo. Él se incorpora y me mira con mirada oscura y siniestra.

- Por supuesto. Jamás permitiré que nadie te toque. – Saca mi ropa interior de un tirón, se baja el pantalón y siento como entra en mí de un solo movimiento. – Mmmmm. – Gruñe. – Pase lo que pase serás mía. Para siempre. Mi esposa. – ¿Pase lo que pase? ¿Por qué ha dicho eso? Me aferro a su cuello y le beso con virulencia mientras lo siento entrar y salir de mí. Creo que algunos mozos de Alejandro han entrado, pero han vuelto a salir

precipitadamente.

- Dime que me amas. – Le pido mientras siento que cada vez estoy más cerca.

- Te amo.

- Otra vez.

- Te amo. Te amo. Te amo. ¡Maldita sea, te amo! Ahhhh. – Y siento cómo se vierte en mí mientras yo gimo en sus labios y me dejo llevar también por un potente orgasmo.

Pasamos el resto de la tarde junto a la chimenea jugueteando y entre risas. El tiempo pasa rápido. Veloz. Las últimas horas a su lado se me resbalan de las manos y no sé cómo detener el maldito tiempo.

Después de hacer el amor una vez más se queda dormido acurrucado junto a mí, tumbados sobre una enorme alfombra de pelo de vaca que tiene en el suelo y tapados por una colcha.

Ya está anocheciendo. Acaricio su cara y lo miro embobada.

- Siempre te querré. – Prometo mientras lo observo dormir y le beso tiernamente con los labios temblorosos. – Eres lo mejor que me ha pasado. Has hecho que mi vida sea bonita entre tanta guerra y sangre. – Levanto la cabeza y veo que Antonia se asoma tímidamente por la puerta del salón. Asiento para hacerle saber que es el momento. Ella sabe dónde está el éter y, obediente, se dispone a subir por él. Mientras tanto yo sigo acariciando el rostro de Alejandro. – Mi amor. Mi único amor. Antonia vuelve con la mascarilla para el éter y el frasquito. Hago un gesto con la mano frente la cara de Alejandro. Sigue totalmente dormido. Le pongo la mascarilla y esparzo dos gotitas de éter sobre ella. – Con esto será suficiente. No quiero que mañana se despierte con dolor de cabeza. – Me incorporo y me siento a su lado. No puedo dejar de mirarlo. Me abrazo a su cuerpo y comienzo a llorar como una condenada.

- Vamos Ángela, ahora no puedes flaquear. – Me anima Antonia abrazándome. – Te espera un largo camino por delante.

- No quiero perderlo, Antonia. – Me abrazo con fuerza a ella y me

deshago en lágrimas. – No sabes cuánto le quiero.

- Estará en buenas manos. – La aprieto con fuerzas y sigo contemplando el rostro dormido del amor de mi vida. Tengo tanto miedo...

- Alejandro. No me odies. – Suelto a Antonia y me tiro sobre el cuerpo inconsciente de mi marido. Soy un mar de lágrimas. – Aunque no pueda quedarme, nadie podrá impedir que te ame por siempre, que nos amemos, mi amor. No me olvides. – Lo beso con ternura y con el rostro lleno de lágrimas. Alejandro gruñe en sueños y se mueve.

- Es hora niña. Lourdes está lista ya en la puerta. Los muchachos se están aseando. Será mejor que te vayas ahora antes de que se dé cuenta alguien. – Asiento. Me levanto y me visto.

Después subo a la que ha sido nuestra habitación y la ojeo por última vez para recordarla siempre. También la habitación en la que viví los primeros meses aquí. Ha sido un largo camino el que hemos recorrido juntos. Sonrío con tristeza.

Antes de bajar, decido llevarme una camisa usada por Alejandro. Recuerdo que dormir con ella puesta solía aplacarme cuando tenía miedo. Vuelvo a bajar y le doy a Antonia una nota que he manuscrito para Alejandro, a modo de despedida. Veo a Lourdes mirándome con ojos muy abiertos. No dice nada. Sólo aguarda a que yo le dé la orden de irnos. Lo hago justo después de mirar desde la puerta por última vez el cuerpo dormido de Alejandro, todo lo que tengo en la vida es él y lo pierdo para siempre.

- Adiós, mi amor. – Me giro, me pongo mi abrigo y salgo con Lourdes de la mano sintiendo que mi mundo se hace pedazos bajo mis pies.

El camino es largo hasta llegar a nuestro objetivo. Agradezco el petate que Antonia nos ha preparado con agua y comida para el camino y, después de más de una hora andando, decido que Lourdes y yo vamos a hacer una parada bajo un árbol para beber agua.

Ha comenzado a llover un poco y hace frío. Pero tenemos que aprovechar los resquicios de luz que aún quedan del día para poder ver por dónde vamos. Así que enseguida apremio a mi hermana para que prosigamos con nuestro camino.

Cada paso que doy y que me distancia un poco más de Alejandro y de mi vida junto a él duele como si me rajaran la piel con una cuchilla. No obstante, consigo anteponer la necesidad de que Alejandro, Lourdes y yo continuemos vivos a cualquier grito de desesperación de mi cerebro que me grita que vuelva.

Espero que Alejandro no haya despertado todavía. Me imagino su cara al hacerlo solo y ver que no estoy, que me he ido, que le he abandonado. Él sabía que algo me pasaba. Qué bien me conoce ya.

Hemos llegado a la fuente de la Yedra al fin tras una larga caminata y le digo a mi hermana que será mejor que nos escondamos mientras esperamos al tal Luis y a sus acompañantes para que nos recojan. Escogemos el grueso tronco de un olivo para situarnos tras él. Me siento y no paro de suspirar.

Cierro los ojos y trato de recordar todas y cada una de las palabras que he escrito a Alejandro en mi despedida.

“Mi amado Alejandro,

A estas alturas, cuando leas esto, ya estarás despierto y yo poniendo rumbo a un lugar lejano, muy lejos de ti. Espero que no pienses que es porque no te quiero, porque no puedo amarte más. Simplemente no soy quién

tú crees que soy y sé que me odiarás cuando sepas de mi verdadera identidad.

A pesar de eso seguiré sintiéndome tu esposa, tu feliz esposa, pues he pasado los mejores momentos de mi vida junto a ti. Ojalá no me odies. Ojalá no me olvides. Yo no te olvidaré jamás. Lo siento. Te amo con toda mi alma.

Tu Ángela.”

Doy toquecitos en mi alianza de boda mientras recuerdo la nota. ¿La habrá leído ya? ¿Habrá despertado? ¿Qué hora es? Ya deben estar al llegar a por nosotras.

Lourdes y yo nos levantamos al escuchar el rugir de un vehículo. Le indico con la mano que permanezca escondida mientras yo me asomo con precaución.

- ¡Aurora! ¡Aurora Martín! – Me quedo pensativa. ¡Sí, esa soy yo! – Mierda, no está. Pues tendrá que esperar al próximo envío.

- ¡Aquí! – Digo al final. Intentando sacar las fuerzas de cualquier lugar para hacer lo que voy a hacer. Veo dos sombras que están giradas hacia mí.

- ¡Vamos! ¡Es la hora! – Lourdes sale de detrás del árbol y se agarra con fuerza a mí. Ambas descendemos del pequeño montículo en el que estamos y nos aproximamos a los hombres, que sujetan la puerta del vehículo para que entremos. – ¿Hilario? – Pregunto.

- No, soy Miguel. Hilario no puede salir de su escondite en estos momentos. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! Tenéis que tomar el tren en la parada que tenemos concertada. ¿Traes el dinero?

- Sí. – Contesto aturdida. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y veo que tengo dos sobres con dinero. ¿Cómo? Quizá me lo introdujo Guillermo durante la comida en su casa. Cuento trescientas pesetas y se las doy al tal Miguel. – Aquí tienes. – Las cuenta.

- Bien. Vamos.

Al entrar en el coche veo una joven más, muy asustada. No le pregunto,

no hace falta. Sé que ella también huye de esta barbarie y sé que tiene el mismo miedo que yo tengo de hacerlo.

Por el camino en coche, los cinco permanecemos en un incómodo silencio. ¿Qué será de mí a partir de ahora? ¿De Lourdes y de mí? Alejandro... No paro de pensar en él mientras observo por última vez el paisaje de mi amada tierra. Mi tierra en llamas, teñida de sangre y de terror.

La carretera está solitaria, apenas veo un coche más a lo lejos. Nada más. Me concentro en sus luces mientras sigo pensando en qué habrá pasado con Alejandro. Va a enfurecer. Y con razón.

Nuestro coche para de repente en una zona boscosa y Miguel y el otro hombre nos apremian para que bajemos del vehículo. Bajamos y me parece ver un par de vehículos más en la oscuridad.

- ¿Dónde estamos? – Pregunto asustada a Miguel.

- Es el punto de recogida de personas. Tenemos un pacto hecho con el maquinista del tren. – Me explica con poca emoción. – Él tiene que hacer que el tren pare aquí unos minutos y los que hayáis pagado el peaje a algún contacto subiréis. Seguidme.

Miguel es quien nos guía hasta una zona oscura y de difícil acceso en mitad de la nada, donde parece que hay unas vías de un tren. Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que hay más personas escondidas en los matorrales, que seguramente están tratando de escapar del país como nosotras.

- ¿Cómo te llamas? – Pregunta la chica que venía con nosotras en el coche.

- Ángela. – Digo convencida. Esa soy yo.

- Yo soy Trini. ¿Y tú, bonita? – Pregunta a mi hermana y ella le contesta. – Me han dicho que vamos a París. – Dice con la voz temblorosa. Asiento. – Tengo un poco de miedo, tengo que admitir. – Dice con una risa nerviosa.

- Yo también. – Le contesto. Lourdes nos coge a cada una de la mano para serenarnos.

- Vamos a estar bien. – Dice mi hermana.

- Por supuesto que sí, hermana. ¿Vienes sola, Trini?

- Sí. – El estrepitoso sonido del tren comienza a oírse a lo lejos y también más coches que llegan a las proximidades. Miro a Miguel y parece nervioso.

- Bien. Yo os dejo aquí. Cuando pare el tren subís. ¿Vale? – Las tres asentimos aturdiditas y Miguel desaparece rápidamente de nuestra vista. El tren llega y con un chirrido insoportable indica que está parando.

- ¡Vamos! ¡Tenemos que subir rápido! – Grita Trini para que se la oiga. Ella es la primera en subir y le tiende la mano a mi hermana, a la que ayudo a subir empujándola desde abajo. Siento la voz de Alejandro gritando mi nombre como un puñal en la sien. Me estoy volviendo loca. Miro levemente hacia atrás, no hay nadie. – ¡Vamos! ¡Sube! – Me grita Trini. Le tiendo mi mano a ella y otra a Lourdes y de repente siento una mano aplastándome la boca. Intento gritar. Me impulsa hacia atrás y veo la mano de mi hermana separarse de la mía y desaparecer en el silencio de la noche.

- ¡Aurora! ¡Nooo! – Mis ojos pesan.

- ¡Idos! – Grita la voz a mi espalda. Esa voz...

Los párpados me pesan y sé que he sido drogada. Todo da vueltas y sólo puedo escuchar el ruido del tren al partir y la voz cada vez más lejana de Lourdes clamando mi nombre con todas sus fuerzas.

Todo ha acabado para mí...

Es el día de mi boda. Entre los invitados veo a mis padres, mi hermana, Antonia, Enrique... Alejandro me espera con una enorme sonrisa en el altar. Le amo. Le sonrío con todas mis fuerzas. Pero... de pronto sé que Enrique y mis padres están muertos. Muertos. Los miro y no comprendo qué pasa. ¿Estoy muerta? Vuelvo la vista hacia Alejandro de nuevo y me mira con mirada asesina.

- Querías reunirte con tus padres, ¿no? Pues eso harás. – Dice con tono desafiante.

- Alejandro... No...

- Eres una traidora. Prometiste ser mi esposa hasta que la muerte nos separase. – Ahora estamos él y yo solos en un lugar oscuro y siniestro. No hay nadie más. Todos han desaparecido. Mi vestido blanco está teñido de sangre por todos lados.

- Lo siento. – No puedo decir nada más. Las lágrimas me encogen el pecho. Le acaricio y lloro.

Abro los ojos de golpe. ¿Dónde estoy? Todo está oscuro y frío. Estoy tumbada sobre algo blando, un colchón, creo, y tengo una especie de manta sobre mí. Estoy en una habitación donde no entra la luz. ¿Estoy sola? De pronto escucho unas pisadas a mi alrededor y me fijo en la llama de un cigarrillo encendido, que va y viene por la habitación al compás de los pasos que resuenan. Está aquí. Pero, ¿aquí dónde? ¿Dónde me ha metido? ¡¿Y Lourdes?! ¡Dios mío! Da una calada y la llama del cigarrillo prende más y consigo ver su cara, endemoniada.

- Alejandro. – Pronuncio bajito y asustada. Escucho como su respiración se corta. – Alejandro, por favor, habla conmigo. – Se aleja. – ¡No, por favor, no te vayas! ¡No me dejes aquí! ¡Deja que te explique! – Pero no se va, sino que va a encender un candil y cuando lo enciende al fin la luz me

permite ver el sótano en el que me tiene encerrada. Sólo hay un sillón y el colchón en el que estoy, ahora sentada. Alejandro se sienta en el sillón, frente a mí, y continúa fumando observándome. Sus ojos parecen los del mismísimo diablo. – Mi amor, necesito que me escuches. – Sigue sin hablar. Me mira sin siquiera pestañear. – No quería hacerte daño, no quería traicionarte. Estaba dispuesta a renunciar a ser quien soy por ti. Quería hacer mi vida junto a ti y olvidar mi pasado. – No me atrevo a acercarme a él hasta que dé señales de su humor. – Di algo, por favor.

- ¿Abandonar a tu marido no te parece una traición? Yo diría que sí. Te ibas dios sabe a dónde para no volver, dejándome vacío y aniquilado con una simple carta que... ¡Maldita sea, no dice nada!

- Dice la verdad, que te amo. – Digo en un hilo de voz mientras me levanto decidida al fin a acercarme a él y acariciarlo. Pero me doy cuenta de que estoy atada de un pie a un gran tronco que hay junto a mi colchón. Oh, no, esto no pinta bien.

- No vas a acercarte a mí. No vas a engañarme más. ¡No te voy a dejar que destroces lo poco que queda de mi jodido corazón! – Sus gritos son ensordecedores.

- Alejandro. No quería hacerlo. Te juro por lo más sagrado que...

- ¿Qué? ¡Dime! – Se levanta él y se acerca dos pasos hasta a mí. Tiemblo. Pero no puedo dejarme llevar por el miedo. – ¿Me vas a jurar que no te querías ir con tu hermana para no volver? ¡¡Dilo!! ¡¡Prueba suerte!! Quizá sea tan estúpido de creerte de nuevo y de pensar que no me has usado todo este tiempo para salvar tu precioso culo de republicana.

- No es así, ¡escúchame! Yo tuve que...

- ¡Ni se te ocurra! – Alejandro descarga su rabia golpeándome la cara. No me ha dado tan fuerte como él sin duda quería hacerlo, por eso sigue su rabia intacta en la mirada. – Me he enamorado de ti con todo mi ser, ¡estúpida! ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡¿Qué voy a hacer ahora?! ¡Has aniquilado mi vida! Yo... no soy nada sin ti. – Comienza a llorar y a gritar como un poseso. Está demasiado enfadado para poder hacerle entrar en razón. De pronto me aferra con fuerza el rostro y me besa con toda la rabia de

su ser. Es un beso casi doloroso por cómo presiona sus dedos en mis mejillas. No me quejo. Trato de devolverle el beso, pero se separa. – No vas a irte de aquí. Eso no va a pasar. Te juro por la tumba de mi madre que no te dejaré irte sin más dejando mi corazón hecho trizas mientras tú rehaces tu vida con cualquier hombre por ahí. – Lloro con más fuerza e introduce una mano por debajo de mi vestido hasta alcanzar mi sexo. Está desesperado. Introduce dos dedos en mi interior y ahogo un gemido. Jamás había sido tan brusco conmigo. – No. Eso no va a pasar. – Tira de mis bragas que se deshacen en su mano, me empuja y me dejo caer sobre el mugriento colchón.

- Mi amor, no hagas esto...

- ¡Calla! – Se cierne sobre mí y desabrocha sus pantalones. – Cállate, maldita sea. Eres mía. Mi esposa. No te irás. – Gruñe con fuerza mientras su carne invade con dureza la mía. – Ahhh, no me vas a dejar. – Vuelve a llorar mientras me posee y yo le dejo hacer sintiéndole cada vez con más fuerza en mi interior.

- Te amo, Alejandro. Por favor, créeme. – Le acaricio para intentar aplacar su rabia.

- ¡Que te calles! – Aprisiona mis manos a ambos lados de mi cabeza para evitar que le acaricie y nuble su razón. – Siente esto. Siente como tu cuerpo me necesita. Estás húmeda y es por mí. Sólo yo puedo tocarte. Sólo yo sé lo que tu cuerpo necesita. – Hunde su cabeza en mi cuello y continúa embistiéndome. Yo cierro los ojos y trato de disfrutar de su bendito contacto que creí que jamás volvería a sentir. Mis gemidos se hacen más fuertes hasta que llego al orgasmo. Pero él no se detiene. Continúa embistiéndome hasta que se vacía en mi interior con un grito lleno de rabia y desesperación. Levanta su mirada para buscar la mía. Sus lágrimas son mi mayor martirio.

- Ya está, mi amor. – Le sonrío con tristeza para calmarlo inútilmente. Él se levanta, se abrocha los pantalones y deja de mirarme. Se gira y se aleja de mí y yo, por un momento, lo observo paralizada. Si me hubiese ido a París me habría odiado por siempre. Habría pensado que siempre le utilicé. Aunque eso mismo es lo que está haciendo ahora mismo. Su odio hacia mí es un puñal para mi corazón. – ¡Alejandro! ¡Saben que estoy aquí! ¡Si me encuentran contigo te matarán! ¡Nos matarán a los dos! – Su silueta se ha

perdido en la oscuridad, pero sé que me oye. – Por favor, entiéndeme. – Me desplomo en el colchón y lloro. Lloro hasta que mis ojos pesan.

Me despierto de golpe. Tardo unos instantes en recordar que estoy en alguna especie de sótano, encerrada y atada, y que Alejandro es el causante porque ha descubierto que le he traicionado. Me froto la frente. Necesito hablar con él. Si me escuchara comprendería muchas cosas. Podría intentar al menos que me odiara un poco menos.

Está oscuro. El candil se ha apagado, pero entra algo de luz por los tablones del techo. ¿Dónde estoy? Siento unas pisadas sobre mi cabeza, en la parte superior del sótano en el que estoy. ¿Dónde me encuentro? ¿Es la casa de Alejandro? Intento llegar hasta el sillón en el que él se sentaba cuando desperté por primera vez y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para mover el gigante tronco al que estoy atada. Consigo moverlo un poco y puedo rozar uno de los brazos del sillón con mis dedos. Me estiro un poco más. ¡Vamos, tú puedes! Consigo asirlo y tirar de él hasta acercarlo lo suficiente y me pongo de pie sobre él.

Casi llego al techo y puedo ver un poquito a través de un huequito entre los tablones. ¡Estoy bajo el salón de la casa de Alejandro! Pero, ¿cómo se accede a este lugar? ¡Lo veo! ¡Veo a Alejandro y veo que Antonia se acerca a él con mirada gacha!

- Señor, le he preparado algo de comer a la señora Ángela, pido permiso para bajárselo. – Dice Antonia.

- Nadie puede bajar ahí más que yo mismo, ¿es que no me he expresado con claridad?! – Alejandro sujeta a Antonia del cuello. ¡Oh, no! ¡El demonio ha vuelto! Lo siento, Antonia.

- ¡Suéltala! – Grito y veo que me oyen, porque ambos miran al suelo. – ¡Ella no tiene la culpa de nada, Alejandro! – Alejandro la suelta y se da la vuelta. Creo que ha salido de la casa por la puerta trasera. Antonia se agacha al suelo para hablarme.

- ¡No hables, Ángela! ¡Te lo suplico! ¡No lo hagas enfurecer más!

- Antonia, trata de explicarle, tú puedes. – Escucho abrirse alguna compuerta al fondo del gran sótano donde estoy. – Creo que viene. – Antonia se aleja corriendo del suelo. Unos segundos después veo a Alejandro aparecer con un trozo de pan y un vaso de leche. Los deposita junto a mi colchón sin dejar de mirarme. Después se acerca hasta mí. Muy cerca.

- Si te vuelvo a oír gritar vas a lamentar haber nacido. – Me amenaza.

- Si quieres matarme puedes hacerlo, nada te lo impide. – Le reto. – Pero eso no cambiará lo muchísimo que te quiero. – Alejandro levanta la mano para golpearme de nuevo y yo aprieto los ojos, pero nada pasa. Vuelvo a abrirlos y veo su miedo en su mirada. Miedo a creermelo y que le destroce del todo. – Es la verdad, Alejandro. Guillermo me descubrió y me amenazó con matarte si no me iba. – Aprieta los labios para aguantar el llanto. Me mira y busca en mis ojos la verdad así que le sostengo la mirada. – Mi amor, no me odies. No quería que nada malo te sucediera. Fue para protegerte. – Levanto una mano y me alegra ver que recibe mi caricia sin apartarse. Aprieta los ojos de nuevo y unas amargas lágrimas salen de sus ojos. – Alejandro, mírame. – No quiere hacerlo. – En el fondo de tu alma sabes que lo que siento por ti es sincero. Tú me conoces. – Él niega con la cabeza. – Sí, me conoces. Pero tienes miedo de creermelo y que todo sea mentira. ¿Qué piensas hacer? No puedes dejarme aquí encerrada para siempre.

- No te irás. No me abandonarás y harás tu vida lejos de mí. – Sigue sacudiendo la cabeza.

Lo único que se me ocurre para aplacarlo es besarle y tratar de traspasarle con mi beso todo mi amor. Me acerco lentamente a sus labios y le beso con dulzura y cariño. Un quejido ahogado sale de sus hermosos labios, pero me responde y después me rodea con sus brazos para apretarme contra él. Yo enredo mis manos en su pelo y lo aprieto también. Ambos estamos llorando. Pensé que no volvería a sentirlo y lo tengo frente a mí, de nuevo, muriendo de amor por mí.

- Te amo tanto, loco insensato...

- Por favor, no me dejes. – Suplica envuelto en llanto. – No lo hagas. No me obligues a vivir sin ti.

- ¿No entiendes que lo que he querido hacer es salvarte y no dejarte? ¿Cómo crees que me he sentido yo? – Me mira y no sabe qué creer. – Tú lo eres todo para mí. Mi mundo está contigo, entre tus brazos. Pero nos hemos conocido en la época equivocada, Alejandro.

- Tú... ¿no me odias por ser hijo de quién soy?

- ¿Me odias tú a mí por ser hija de quién soy? – Pregunto sin deslazar mis brazos de su cuello. Él niega con la cabeza. – No elegimos a nuestros padres, pero sí a nuestras parejas y tú y yo nos hemos elegido el uno al otro, obviando la maldita realidad. Lamento mucho no haberte dicho quién era yo en realidad, pero...

- Sé quién eres. Eres mi esposa. Mi ángel de la guarda. – Al fin se ha relajado y ve la realidad, o, eso creo. – Siempre supe que ocultabas algo de tu pasado por miedo a una persecución, Ángela. O... debo llamarte Aurora.

- Soy Ángela. Esa soy desde que dejé atrás el lugar del que procedo y decidí quedarme contigo. ¿Lo sabías entonces? – Asiente sin dejar de mirarme fijamente.

- Lo deduje hace tiempo y averigüé quién eras en realidad. Sé que sabes leer. En alguna ocasión tú sola te has delatado. Sé que buscabas el paradero de tus padres y falsificaste unos documentos a mi nombre. Ayer por la mañana mismo tuve que ir a testificar por unos documentos firmados con mi nombre solicitando saber el paradero de tu padre, Diego Martín y de tu madre Matilde Aguilar. Sé que los falsificaste tú con mi firma. – Abro los ojos perpleja. – Tranquila, no te descubrí. Pero dudo mucho que se pueda saber en qué fosa los han enterrado. – Trago saliva. – Además, te he escuchado muchas veces blasfemar, y eso es síntoma de que no eres creyente, y tú y yo sabemos que hoy en día las únicas personas que hablan libremente contra la Iglesia sin ningún tipo de temor son los Republicanos. Así que descubrí que escondías más de lo que querías hacerme creer y, con la ayuda de mi amigo Juan Diego, supe de tu verdadera identidad y de la de tus padres. Sabía que Lourdes era tu hermana y por eso la cuidé, por ti. Pensé que al menos te debía eso si te iba a robar tu verdadera identidad para siempre y te iba a hacer mi esposa. – Confiesa abatido. Estoy perpleja.

- ¿Por qué no me has dicho nunca que lo sabías?

- Porque nunca me ha importado todo eso. Sólo me ha importado lo que eres a mi lado. Lo que yo te hago sentir y cómo me siento cuando estoy contigo. Me importaba que fueras feliz y no desdichada y, sobre todo, que olvidaras tu pasado porque sabía que te hería y sobre todo porque podía matarte. – Más lágrimas salen de mis ojos al escuchar eso. – La vida durante estos últimos años y tú me habéis enseñado a no odiar a los republicanos, Ángela. Mi posición en esta guerra ahora mismo es de mero espectador. Ya no me considero parte de ella. Te he visto sufrir, vi el sufrimiento de Isabel cuando la llevaban a la línea de fusilamiento, clamando mi ayuda entre lágrimas. Te he visto a ti herida, sola, perdida, mugrienta y teniendo que luchar por no morir de la pena al pensar en los tuyos y todo lo que dejabas atrás. – El nudo en mi garganta se hace gigante. – Yo no soy como mi padre, no quiero serlo, pero soy consciente de qué lado tengo que aparentar estar si quiero mantenerme a salvo a mí y a los míos. A ti, mi amor, mi esposa. Por eso te entrené para que te hicieras pasar por uno de ellos. Porque es la postura que considero más inteligente. Y... ahora... dices que te han descubierto. – Apoya su frente en la mía y aprieta los ojos. – ¿Cómo ha sucedido eso? ¿Qué has hecho para delatarte? ¿De verdad no hay manera de arreglarlo?

- No, Alejandro, no la hay. Tu hermano Guillermo indagó sobre mí. Él... él ha intentado varias veces un acercamiento conmigo. – Alejandro me mira con los ojos entornados. – Y yo siempre he sido muy clara con él respecto a lo que siento por ti. Pero parece que no le bastó y quiso indagar sobre mí, quizá para amenazarme y conseguir algo de mí, no lo sé. La cuestión es que me confesó que un amigo burócrata suyo averiguó sobre quién era mi padre y según Guillermo, consiguió convencerlo para que me dieran un mes para escapar. De lo contrario me fusilarían a mí y a Lourdes y posiblemente a ti te apresarían o... correrías la misma suerte que yo. Como comprenderás mi única opción era irme.

- Pero... no quiero que te vayas. – Traga para aclarar el nudo de su garganta. – Guillermo... ese hijo de puta. – Se separa de mí y comienza a pasarse las manos por el pelo mientras da vueltas. – ¡Lo sabía! ¡Sabía que se había encandilado contigo! ¿Por qué me hace esto? ¡Voy a matarlo!

- Alejandro, es tu hermano...

- ¡Es un maldito malnacido, Ángela! – Me grita encolerizado. – ¡Por su

culpa ha pasado todo esto!

- Alejandro, dime una cosa. ¿Dónde está mi hermana?

- Está de camino a donde quiera que fuerais en ese tren. – Dice sin mirarme, todavía dando vueltas por la cólera que le concome. – Se quedó con esa chica, la dejé ir. – Al menos mi hermana está a salvo. Pero... sola. Ojalá Trini la cuide hasta que se encuentre con mi tía Julia. – Lo siento, nena.

- ¿Por qué?

- Por separaros de nuevo. – Me sujeta la cara y me besa depositando su alma en ese beso. – Encontraremos la forma de seguir. La encontraremos. – Vuelve a besarme. ¿Cuál? ¿Qué forma? Estoy segura de que si decide venir conmigo su hermano o su amigo nos denunciará y nos pondrán en búsqueda y captura. Debería haber subido a ese tren.

- ¿Cómo sabías dónde encontrarme? – Alejandro me mira con culpabilidad. – Dímelo, Alejandro. ¿Qué has hecho para averiguarlo?

- Presioné a Antonia. La amenacé. Sé que os lleváis muy bien. Supuse que ella sabría algo.

- ¿Sólo la amenazaste? – Agacha la cabeza. – ¡Mírame! ¡Dime que no le has pegado!

- ¡Estaba desesperado, Ángela! ¡Desapareciste! ¡Me desperté de noche y no estabas por ningún lado! ¡Leí tu carta y enloquecí!

- ¡Maldita sea, Alejandro! ¡¿Cuándo vas a dejar de ser un maldito bruto insensible e inhumano?!

- ¿Eso soy? – Se acerca tanto que nuestras narices se tocan.

- ¡A veces sí!

- ¡De acuerdo! ¡Me disculparé con ella!

- ¡Bien! ¡Es lo que tienes que hacer! – Su rabia me contagia y acabamos dándonos un beso lleno de ella.

- Antonia, ¿dónde está mi hermano Alejandro? – Escuchamos la voz de Guillermo que ha entrado en la casa. Alejandro y yo miramos al techo.

Entonces Alejandro me suelta y se da la vuelta para irse.

- ¿Dónde vas? ¡No cometas una locura! – Alejandro se vuelve de nuevo hacia mí, me coge del cuello y me susurra en el oído. Por un momento me quedo helada, pero yo sé que él es incapaz de herirme.

- Ni se te ocurra hacer el mínimo ruido, Ángela. Yo solucionaré esto. – Me da un rápido y fuerte beso y se va.

Permanezco en silencio, escuchando la conversación que se producirá entre los hermanos. Subida en el sillón desde el que puedo observar parte del salón. Veo que Alejandro aparece con mala cara.

- ¡Ah, Alejandro! ¡Estás aquí! – Escucho decir a Guillermo. – Antonia no sabía decirme dónde estabas.

- ¿Qué quieres, Guillermo? – La voz de Alejandro suena asqueada.

- Quería saber... yo sólo... ¿Cómo estás?

- He tenido días mejores. Oye, preferiría estar solo. Así que, si no te importa, te acompaño a la puerta.

- ¿Ya me echas? Necesito hablar contigo, hermano. ¿Dónde está Ángela? – Ese malnacido ha venido a ver si he cumplido mi promesa y me he ido.

- Ella no es asunto tuyo. – Masculla Alejandro. – Quiero que te vayas. No quiero que vuelvas a esta casa.

- Hermano, necesito saber si ella está aquí... Van a venir a inspeccionar tu casa y necesito saber que no corres peligro. – Oh, joder. Si me encuentran aquí Alejandro tendrá que dar muchas explicaciones.

- Nadie va a entrar en mi jodida casa sin mi consentimiento. – Barrunta Alejandro.

- ¡Alejandro, dime dónde está Ángela! ¿Sabes que es roja? ¡Sí, por la cara que pones de perro rabioso entiendo que sí! ¿No entiendes que si la cogen la matarán a ella también, así como hicieron con Isabel? – Alejandro se queda de piedra. No contesta. – Sólo dime si está aquí.

- Se ha ido... – Dice Alejandro en voz baja. – No sé dónde está. –

Mierda. Tengo que salir de aquí. Tengo que protegerlo y protegerme. Sé que Alejandro no me dejará irme, pero ahora ya sabe mis motivos. Sabe que lo amo y que simplemente no puedo quedarme.

- Si es eso cierto no hay de qué preocuparse, hermano. Yo te protegeré a ti. Tengo contactos. – Guillermo trata de apretar el hombro de Alejandro, pero éste se separa.

- Ahora vete. Ya no tenemos más de qué hablar.

- Perdóname, hermano. Sé que me odias porque... bueno, tengo que reconocer que esa mujer es bastante deseable y yo...

- ¡No es “esa” mujer, es “MI” mujer! ¡Mi esposa! ¡Ni se te ocurra ningunearla o te destrozaré a puñetazos! ¡Y me dará igual que seas mi hermano! – Los gritos de Alejandro se elevan cada vez más.

- Es una roja, Alejandro, por el amor de dios.

- ¡¡¡Es mi mujer!!! ¡Dime! ¡¿Qué es lo que realmente te molesta, que sea republicana o que me ame a mí y no a ti?! ¡No podías dejarlo estar, ¿verdad?! ¡Tenías que destrozarme la vida y la de mi mujer para curar tu estúpido ego malherido!

- Lo siento de veras, hermano. De veras jamás pensé que ella era una de ellos...

- Ella es mía. Y yo de ella. Y no hay más actores que ella y yo en nuestra maldita historia. – Alejandro ha comenzado a llorar y yo me muero por abrazarlo y consolarlo. – Por favor, vete Guillermo. No quiero perder los estribos y matarte, porque lo haría.

- Está bien, me iré. Sólo déjame decirte que es cuestión de días, puede que de horas, para que papá se entere de todo esto y tendrás que hacerle frente.

- Yo sé cuidarme solito, Guillermo. Adiós. – Alejandro se gira y da la conversación por zanjada. Pero Guillermo permanece un rato más de pie clavado. Después se gira y finalmente se va.

Alejandro vuelve a mi lado pocos minutos después y me mira

seriamente.

- Tenemos que irnos, Ángela. Prepara una maleta con las pertenencias más importantes. – Termina de decir mientras se agacha para desatarme el pie que me tiene apresada.

- ¿Estás seguro? ¿Vas a dejarlo todo por venir conmigo? Tu casa, tus bienes... todo.

- Ángela. – Se vuelve a poner en pie cuando ya me ha desatado. – No tengo nada sin ti. Eres mi mujer y yo tu esposo. Tú eres mi todo. Mi único lugar está a tu lado y el tuyo junto a mí. Así que vámonos, no hay tiempo que perder. – Asiento conforme.

Nada quisiera más que no tener que separarme nunca de él, así que voy a convencerme de que no hay mejor opción que la de huir juntos y seguir con nuestro amor allí donde nos lleve el destino. Cogidos de la mano. Yo moriría sin él y él sin mí. Ahora ya sé que me ama por encima de todo. Ha averiguado mi verdad y no le ha importado. No quiero vivir sin él. Nunca.

Estamos en la estación de trenes de Málaga, a punto de poner rumbo a París, aunque el camino es largo y tendremos que hacer varias paradas. Es de noche. Hemos hecho las maletas de forma apresurada en casa de Alejandro, mientras nos lanzábamos miradas de complicidad, y hemos esperado al anochecer para salir de casa en su coche.

La despedida con los chicos ha sido apresurada pero emotiva. Alejandro está asustado y ha querido que nos fuéramos esta misma noche y no ha titubeado a la hora de dejarlo todo de mi mano. Si esto no es amor verdadero no sé qué otra cosa puede ser. Bajamos del coche y nos adentramos en la enorme verja de hierro de la estación cogidos de la mano, directos a la taquilla.

- Quiero dos billetes para el próximo tren con destino a París. – Le dice Alejandro a la chica que hay en la oficina.

- Señor, no hay billetes para París desde Málaga. Tendrá que comprar uno hasta Madrid y otro de Madrid a París.

- Bien, pues deme dos de cada. – Alejandro saca su cartera mientras yo le miro anonadada, sin creerme lo que va a hacer.

- Serán ciento sesenta y cuatro pesetas, señor. – Alejandro paga y recoge los billetes. – El próximo tren sale dentro de dos horas. Andén número tres. – Alejandro hace una mueca de disgusto.

- ¿No hay nada antes que eso?

- No, señor.

- Bueno, gracias. – Se gira hacia mí y suspira. – Vayamos a comer algo y luego volvemos, Ángela. – Asiento.

La cafetería que ha elegido está bastante solitaria a estas horas, pero Alejandro no para de mirar a todos lados.

- ¿Qué miras? – Pregunto. – ¿Piensas que vendrán a buscarnos?

- No lo sé. Pero no quiero que nos pille desprevenidos.

- ¿Estás seguro de esto, Alejandro? – Me mira mientras da un sorbo al café que ha pedido, posiblemente para mantenerse despierto.

- Completamente. – Sonrío y me devuelve la sonrisa. – Sólo espero que tu tía tenga sitio para uno más. Por lo menos hasta que yo encuentre algún trabajo. Pero llevamos dinero suficiente para pasar muchos meses cómodamente. – Dice y parece despreocupado.

- Hasta que ambos encontremos trabajo, dirás. Seguro que mi tía Julia se siente feliz de ayudar.

- Eso espero. ¿Tienes su dirección?

- Sí. La apunté en un papel que le di a Lourdes, pero aún la recuerdo. La apuntaré por si acaso...

- ¡No! – Grita Alejandro. – No apuntes nada ni tengas ninguna pista sobre ti. Nada que puedan interceptar si te registran. – Asiento. – Dime cuál es la dirección y así seremos dos mentes con dicha información. – Se la digo y Alejandro la memoriza rápidamente. – Estupendo. Come algo, Ángela. – Dice señalando el bocadillo que ha pedido para mí y que está en un plato frente a mí.

- No tengo hambre.

- No importa, come. Yo también lo haré. No sabemos cuántas horas nos esperan dentro del tren sin comer.

- Pero dentro hay cafetería, ¿no?

- No vamos a salir de nuestro compartimento en todo el camino a no ser que sea estrictamente necesario. – Me informa. – No quiero que nadie levante sospechas sobre nosotros. Tenemos que hacer una parada en Madrid y eso no me gusta nada. La policía puede estar ya buscándonos para cuando lleguemos allí.

- No deberías haber venido, Alejandro. – Pronuncio con miedo y me estremezco cuando él aprieta mi mano. – Deberías haber dejado que me fuera

en ese tren con Lourdes. – Él me mira serio y sabe que lo que digo es verdad, pero no quiere reconocerlo.

- Habría muerto, Ángela. Me habría destruido sin ti. – Se defiende. – Come. – Hago un esfuerzo y le obedezco. Pero tengo unas horribles ganas de vomitar de solo pensar que tengo que comer.

Cuando terminamos cada uno con su café y su bocadillo volvemos a la estación en busca de nuestro andén. El tren ya ha llegado. Alejandro me apremia para que suba. Sube tras de mí y buscamos nuestro compartimento. Él coloca las maletas en los estantes que cuelgan sobre nuestros asientos y se sienta, guiándome con su mano a sentarme junto a él.

Acuno mi cabeza en su hombro y contemplo nuestros dedos entrelazados. Ya sólo faltan unos minutos para poner tierra de por medio de todo este infierno.

- Pensé que me odiarías. – Le digo en un susurro. Ya están empezando a entrar pasajeros al tren que van tomando sus respectivos asientos.

- No sé hacer tal cosa, Ángela. – Dice y me acaricia la mano para después llevarla hasta sus aterciopelados labios y besarla. – Te amo demasiado. Tú tampoco has podido odiarme, a pesar de que te he hecho cosas horribles. – Busco su mirada.

- Sólo estabas perdido. Necesitabas que te iluminaran el camino. – Me besa con fuerza y suspira.

- Joder, que arranque ya el maldito tren. – Piensa en voz alta. Después comienza a mirar a su alrededor y por la ventanilla. Está nervioso.

- Guillermo no lo dejará estar, ¿verdad? – Pregunto y me mira muy serio.

- Quien no lo dejará estar es Adolfo. Es a ese al que verdaderamente temo. – Me informa y me da un repelús. – Creo que Guillermo ha aprendido la lección. O eso espero. Él ya te ha perdido definitivamente con la estupidez que ha hecho. – Vuelve a mirar para todos lados. – Mierda. – Farfulla.

- ¿Qué? ¿Qué pasa? – Miro por la ventana en la dirección que está mirando Alejandro y mi corazón da un vuelco al ver a varios hombres con

indumentaria militar mirando por los alrededores del tren. Reconozco a Adolfo entre ellos. – ¡Oh, no! – Me tapo la boca e intento no llorar. – Nos han descubierto. – Alejandro me mira con los ojos muy abiertos. Está aterrado.

- No aún no. Escúchame Ángela. No salgas de aquí por nada del mundo, ¿me oyes? – Me suplica sujetando mis hombros.

- ¿Cómo? ¿Qué estás queriendo decir? No nos moveremos ninguno de los dos, ¿es eso?

- Nena, yo tengo que salir y detenerlos. Sé que van a subir aquí a inspeccionar el tren, tengo que impedirlo. Conozco a Adolfo y no parará si piensa que tú estás aquí.

- ¡No! ¡No, no, no, no! ¡Alejandro, no me dejes! – Le suplico llorando. – Escúchame, sé que te dije que habría sido mejor que me hubieras dejado ir con Lourdes, pero eso es porque pensaba que me odiarías cuando supieras mi verdad. Ahora que sé que nuestro amor puede con todo no quiero separarme de ti. – Alejandro me sonrío y después vuelve a mirar por la ventanilla.

- Escúchame, tú vas a salir de aquí. Tienes que hacerlo. – Sacudo la cabeza. – Sí, Ángela. Y yo haré lo que esté en mis manos para reunirme contigo lo antes posible. Sabes que lo haré. – Hundo la cabeza y la sacudo negando la odiosa realidad. – Mírame. Mírame, mi amor. No nos queda tiempo. Tengo que salir e impedir que entren y te encuentren. – Lo miro con la cara repleta de lágrimas y veo sus benditos ojos verdes chispeantes conectar con los míos. – Iré a por ti. Sabes que lo haré. Nada ni nadie nos separará. Soy tu marido y tú mi esposa. Lo sabes, ¿verdad? – Asiento completamente derrotada.

- Por favor, ven por mí. Por favor, por favor...

- Lo haré. No te quepa la menor duda. – Me besa la frente con fuerza. Después besa mis labios y deja escapar un gemido de dolor ante la inminente separación. Me aferro a su pelo, pero él me separa. – He metido un sobre con dinero en tu maleta. Es tuyo. Úsalo con cabeza. Por lo que más quieras Ángela, prométeme que te mantendrás a salvo. – Dice mientras se levanta.

- ¡Has dicho que vendrás por mí en cuanto puedas! – Grito poniéndome

en pie cuando veo que va a salir de nuestro camarote.

- Y eso haré. Pero no sé cuánto tiempo pasará hasta que eso ocurra. Tengo que salir, mi amor. – Me dice cuando escucha la voz de unos militares entrando al tren. Vuelve a mirarme. – Te amo, con todo mi ser.

- Te amo. – Derramo mis palabras en un lamento mientras lo veo salir con su maleta en dirección a los militares.

Me tiro al asiento con el alma rota en mil pedazos y lo veo salir del tren con las manos en alto y acompañado de los militares. Adolfo lo mira de arriba abajo con asco. No los puedo escuchar, pero sé que Alejandro estará convenciendo a esos asquerosos de que iba solo en este tren, porque yo ya he conseguido escapar hace días. Seguro que está asegurándose de que no entren y me busquen. Cosa que ahora mismo, la verdad, me da igual que suceda. Estoy contemplando a mi marido desde la ventana y un escalofrío me recorre la espina dorsal y me dice que será la última vez que lo veré.

Los militares miran por todos lados, en busca de alguien que se parezca a mí. No saben si creerle. Le piden los billetes a Alejandro para ver a donde se dirigía. Entonces veo en el asiento que ocupaba Alejandro junto a mí que ha dejado su billete de Madrid a París. Llora con fuerza mientras lo acaricio con mis dedos. Les estará diciendo que iba a Madrid, pues él tiene una casa allí.

A lo lejos veo a Guillermo observando la escena. Se acerca poco a poco a los militares y a Alejandro, que sigue con las manos en alto mientras esos perros rabiosos lo cachean.

Guillermo pide permiso para hablar con Alejandro a solas y se lo conceden. Le dice algo en el oído a su hermano y Alejandro asiente. ¿Qué le estará diciendo? ¡Por dios, Guillermo! ¡Ayúdanos, aunque sea lo último que hagas en tu vida por nosotros! El tren pita, significado de que estamos a punto de salir. ¡No! Alejandro gira su mirada con cautela una sola vez hasta mí y nuestros ojos se cruzan por última vez. Vuelve a asentir a lo que sea que Guillermo le dice y el tren comienza a andar.

Veo a Alejandro descargar un largo suspiro de alivio y tristeza al ver que finalmente me alejo de él sin ser descubierta, pero, sobre todo, que me

alejo de él. Me levanto y me aprieto contra el cristal de la ventana.

- ¡Alejandro! – Grito aporreando el cristal. De pronto no me importa ser descubierta. Sólo quiero estar con él. La separación duele más que cualquier bala estrellada en mi frente. – ¡¡Alejandro!! – Grito mientras mi tren se aleja y lo vuelvo a ver mirarme por última vez.

Es el llanto más agónico que he tenido jamás. Esto no puede ser más doloroso. Mi alma está rota en millones de cristalitas imposibles de reconstruir. Siento un puñado de esos cristales en mi garganta, no me dejan respirar. Otro puñado en mi pecho, que punza mi corazón cada vez que late. Otro puñado en mis pulmones, abrasándome como si padeciese de una hemorragia interna. Y también en mis ojos, mientras dejo escapar esos cristales por mis ojos en forma de lágrimas. Me tiro en mi asiento y me deshago en un amargo llanto. ¿Qué voy a hacer sin él?

La oscuridad se cierne sobre mí y tengo un miedo angustioso y desolador aplastándome el pecho. Es la primera vez en mi vida que voy a rezar, y lo haré con todas las fuerzas que tenga. Arrodillada en el suelo de mi camarote miro al cielo y le imploro que me devuelva alguna vez a mi amor, que traiga a Alejandro de vuelta a mis brazos sano y salvo.

Ha sido un largo camino al infierno. Pero he cumplido mi promesa de mantenerme a salvo. Al menos en cuerpo. Mi alma está rota y desangrada.

He conseguido burlar un control de seguridad en la estación de Madrid e introducirme en el tren con destino a París sin levantar sospechas.

He pasado todo el camino a París llorando amargamente y vomitando, así como el primer tramo hacia Madrid.

Ahora estoy sentada en el taxi que he cogido en la estación de París. He conseguido que el chófer me entienda al darle la dirección a dónde me dirijo porque es un chico español quien lo conduce. Me doy cuenta de que no llevo francos, la moneda francesa, ¡maldita sea, los francos me persiguen! Pero el chico parece conmovido al ver mi estado, pues todavía no he dejado de llorar y me dice que ya le pagaré cuando me haga rica, pues dice que estoy en la tierra de las oportunidades. Para mí no hay oportunidad si Alejandro no viene a buscarme. Me dice su nombre; Vicente González. Por si volvemos a vernos alguna vez y las cosas me han ido lo suficientemente bien como para saldar mi deuda con él.

- Has sido muy amable, Vicente. Te recompensaré cuando volvamos a vernos. – Digo hundida en la miseria cuando llego a la dirección de mi tía Julia. Suspiro.

- Es un placer ayudar a uno de los míos. – Me dice. Lo miro por el espejo retrovisor. ¿Él también ha escapado de la guerra? – Tranquila, las cosas empezarán a mejorar ahora que estás a salvo de toda esa barbarie. – Me dice y sonrío levemente para ser amable. Para mí nada tendrá sentido hasta que vuelva a ver a Alejandro. – Alegra esa bonita cara. Ya ha pasado lo peor. – Aprieto los ojos y aunque creí que no me quedaban más lágrimas, vuelvo a dejar escapar unas cuantas. – ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Esos malditos te han arrebatado a alguien querido? – Entonces me acuerdo también de mis padres y mi corazón se rompe un poquito más.

- Me lo han arrebatado todo, Vicente, todo. Ya no habrá luz para mí. – Digo y hundo mi cabeza en mis manos. Vicente me sorprende saliendo del coche y ayudándome a salir. Me abraza, sin conocerme de nada, y deja que descargue mi amargo llanto en su hombro. Acaricia mi espalda. El frío infernal del duro invierno parisino me abrasa los pulmones, igual que mi dolor.

- Vamos, estás viva. Saldrás de ésta. Conocerás la felicidad de verdad aquí. – No es verdad. Yo conocí la felicidad de verdad en medio de la guerra. ¿Tendré algún tipo de síndrome postraumático? – Venga, te acompaño hasta donde sea que te diriges. – Dice y carga mi maleta con una mano y con la otra me agarra fuertemente de la cintura evitando que me desmorone y me caiga al suelo. Ya no tengo fuerzas. Llamo a la puerta de la casa que está frente a nosotros y veo que una mujer abre la puerta y me mira sin saber quién soy.

- ¿Puedo ayudarles? – Dice mi tía. Yo la he reconocido, pero creo que ella a mí no. Entonces veo a Lourdes asomar su cabecita tras su figura. ¡Lourdes! Tiene buen aspecto. Sonríe sin fuerzas.

- ¡Aurora! – Mi hermana sale como el rayo en mi dirección y yo ya no puedo más. He llegado. He cumplido mi promesa. Pero no puedo más. Me abandono sin fuerzas y siento que mi cuerpo se desploma sobre el frío asfalto de algún lugar de París.

- Aurora, abre los ojos muchacha. – Escucho una voz en la lejanía. No quiero hacerlo. Estoy soñando con Alejandro. Él me besa por todo el cuerpo y me dice que siempre estaremos juntos. – Vamos, abre los ojos. – Las voces de la realidad se confunden con la de Alejandro en mi ensoñación. ¡Cállate! ¡No quiero despertar!

- Hermana, por favor, no me abandones tú también. – Es Lourdes, está llorando. No quiero que llore. No quiero que se sienta así. Es suficiente con que yo me sienta así. Abro los ojos poco a poco. – ¡¡Aurora!! – Se echa sobre mí y comienza a llorar. – Di algo, por favor. – La miro. Me duelen los ojos. Me duele todo. – Dime algo Aurora.

- Soy... Ángela. – Consigo pronunciar. Un suspiro de alguien capta mi atención. Es mi tía Julia. – Tía. – Digo con mucho esfuerzo. – Ayuda.

- Sí, Aurora, sí. Pero tenemos que hablar.

- Soy Ángela. – Insisto. No quiero dejar de ser la esposa de Alejandro Mendoza de la Vega.

- No muchacha, esa no eres tú. Olvídate de eso.

- ¡No! – Grito y toso al hacerlo. El frío de este lugar ha colapsado mis pulmones. – Él vendrá a por mí. – Digo. – Lo prometió.

- Esta conversación la tendremos cuando te hayas recuperado del todo. ¡Pero no estoy dispuesta a consentir que la hija de mi querida hermana Matilde, asesinada por unos fachas de mierda, pretenda pisotear la memoria de su buena madre uniéndose a uno de ellos! – Miro a Lourdes. Ella se lo ha contado. Me incorporo y me siento con mucho esfuerzo.

- Él no es así. – Escupo.

- Querida, todos ellos son así. – Niego con la cabeza. Me comienza a dar vueltas todo otra vez. Siento ganas de vomitar. Es demasiado. Lanzo unas arcadas, pero, como no tengo nada en el estómago, no consigo vaciar esta sensación de agonía de mi interior.

- Él vendrá a por mí. – Mascullo.

- Vamos, tienes que comer algo. – Dice mi tía suspirando y tratando de ignorar lo que yo le digo. Aparece de nuevo con un cuenco con sopa caliente en sus manos. – Tómatela, estás helada. – Le hago caso con gusto. Pero sé que esta conversación no quedará aquí.

Después de tomarme el caldo, mi tía me ayuda a ir hasta su aseo para darme un baño caliente y ayudarme a entrar por completo en calor. Es increíble que haya fuentes por toda la casa. Con tan sólo activar una manivela sale agua en dirección a la gigante bañera, al lavamanos y también me asegura que hay otra fuente en la cocina de la casa. Mi tía se divierte con mi cara de sorpresa y me informa que a eso se le llaman grifos.

Cuando la bañera está llena de agua caliente me deja al fin a solas en el aseo y me introduzco poco a poco en ella, sin dejar de recordar cada baño que me he dado con Alejandro desde que lo conocí.

Recuerdo esa primera vez en su casa, cuando me bautizó con mi actual nombre, cuando me enseñó los placeres de la carne sin obligarme del todo a entregarme a él. Me sumerjo en el agua y trato de dejar de respirar durante unos segundos o minutos. Recuerdo el contacto de su piel, sus gemidos de placer, su caricia, recuerdo su mirada atormentada suplicándome que le dejara amarme. Y le dejé... desde luego que lo hice. Vuelvo a sacar la cabeza del agua para dejar escapar un gemido de dolor. ¿Dónde estará? ¿Qué le habrá pasado? ¿Vendrá a por mí? Dios mío, no puedo pensar en no volver a verlo nunca más. Lloro con agonía otra vez mientras los recuerdos de sus besos, sus caricias y su devastadora forma de hacerme el amor me colma las sienes de punzantes visiones.

- Por favor... vuelve a mí, Alejandro. – Suplico mirando al techo. Como queriendo traspasar con mi mirada hasta llegar al cielo, a ese cielo que nos cubre a los dos de amarga soledad, cada uno en una punta del mundo, pero, al fin y al cabo, bajo el mismo cielo estrellado.

Jamás olvidaré esa primera noche sin Alejandro. Fue como si el tiempo se detuviera y se quedase suspendido flotando en el aire. Desde esa noche, para mí fue como si el aire estuviese infestado de un gas venenoso que me destruía con cada respiración un poco más.

En el fondo sabía que probablemente nunca volvería a verlo. En el fondo sabía que la magia de nuestro amor se había quedado atrapado en mis entrañas y que, muy probablemente, para Alejandro sería prácticamente imposible salir de España por una larga temporada. Su padre y su hermano Adolfo no lo consentirían. Lo investigarán posiblemente por traición y él tendrá que hacer todo lo que esté en sus manos para defenderse y para demostrar que él no sabía con quién se casaba. Espero que Guillermo lo ayude en esto. Él tiene que vivir. Da igual cuánto tiempo pase hasta que pueda salir de allí, sólo quiero que vuelva a mí.

Mi tía ha preparado una habitación para mí y para Lourdes. Mi hermana insiste en dormir conmigo y yo la dejo. Necesito de su calor y su abrazo para sobrellevar un poco el dolor. Aunque paso cada segundo de la monstruosa noche llorando por mi gran amor perdido.

No lo olvidaré jamás, eso lo sé. Todavía no soy consciente de lo

durísimo que será vivir sin él, pero puedo hacerme una leve idea de lo irremplazable que él es para mí. Cuando no tenía nada, cuando sólo era un animal perdido y herido, él vino a mí y me sacó de todo ese dolor para hacerme la mujer más feliz de la miserable tierra, a pesar de la guerra, a pesar de mi gran pérdida, a pesar de su intenso dolor por lo que también había sufrido.

Alejandro averiguó mi identidad y no le importó. Me hizo su esposa y llenó mi pecho de un intenso amor que ni mi tía ni nadie puede comprender.

Me da igual que no lo hagan. Yo voy a sobrevivir, como le prometí a Alejandro. Me mantendré a salvo del dolor y trataré de construir un futuro sólido en este país para que, cuando al fin venga a buscarme, ambos podamos seguir adelante con nuestro sueño de amarnos y crear nuestra familia.

Han pasado dos meses y tres días desde que llegué a París. Cada día que pasa duele más, pero a la vez me siento más fuerte. Sólo pienso en una cosa; ya falta menos para volver a verlo.

Me lo comeré a besos cuando eso suceda. Me levanto hoy con una misión que hacer; he de ir a tramitar mis papeles como refugiada política y conseguir un documento acreditativo que me permita permanecer en este país y poder así llevar a cabo mi plan de negocio aquí. Alejandro me dejó una importante fortuna en la maleta para que pudiera mantenerme y sé que son gran parte de sus ahorros familiares. No puedo desperdiciarlos en simplemente vivir.

Además, mi tía y yo tenemos enormes peleas por culpa de Alejandro y las muestras evidentes de nuestro amor. No quiero seguir viviendo bajo su techo si voy a hacer lo que estoy decidida a hacer. Necesito encontrar algo con lo que poder hacer dinero, invertir en algo que me dé una estabilidad sólida a mí y a mi futuro con Alejandro, también a Lourdes, que se vendrá a vivir conmigo sin duda.

- Me voy, tía. – Le informo antes de salir por la puerta.

- Está bien, no tardes. No hables con desconocidos y sobre todo no nombres que te casaste con uno de esos desgraciados en la embajada. – Le dedico una mirada de rabia antes de salir. – ¡Ni se te ocurra mirarme así, jovencita! ¡Son todos unos desgraciados y pagarán por ello tarde o temprano!

- Tú no eres mejor que ellos si tanto odio guardas en tu corazón. – Le digo. Mi tía se acerca a mí y me propina una bofetada.

- No se te ocurra compararme con el monstruo ese de Ayala o con ninguno de esos verdugos. – Tiene razón, lo pienso mientras me frotó la mejilla que me acaba de golpear.

- Lo sé, lo siento. – Digo y agacho la mirada.

- Lo dejaremos así, muchacha. Pensaré que lo dices sólo porque estás encaprichada de uno. Aunque espero que lo olvides pronto. – Se vuelve de espaldas a mí.

- ¡Tía! – La llamo y vuelve a mirarme. – Él no es así, créeme, no lo conoces. – Vuelvo a sentir las lágrimas en mis ojos. Me ayudaría mucho a superar todo esto el saber que mi tía se deja convencer de que Alejandro no es así. Ella me mira con tristeza.

- No eres la única que ha perdido el amor, Aurora. Esos bastardos no sólo mataron a mi amada hermana pequeña, sino que también mataron al único hombre que he amado y no he podido tan siquiera enterrar su precioso cuerpo. – Abro los ojos ante su revelación. Ahora la comprendo un poco más. – Sí, así es. Mi marido, Rodolfo, murió a manos de los fachas.

- Creí que vosotros os vinisteis a París mucho antes de la guerra...

- Pero él se empeñó en volver para traerse a su hermana y a sus hijos aquí. Se enteró de que habían apresado a su cuñado y sabía que era cuestión de días que fueran a por su mujer también. Se fue por ella y no volvió nunca más. Así que no me pidas que perdone a ninguno de ellos.

- Lo entiendo, tía. Pero Alejandro no es uno de ellos.

- Tu hermana me asegura que sí...

- Él sabía quién era yo y quién era Lourdes y se casó conmigo. Me ha dejado su fortuna, me ha encubierto y me ha salvado la vida para que pueda vivir. ¿Un asesino haría eso con una republicana hija de Diego Martín? – Mi tía me mira sin saber qué decir. – Sé que sabes que no.

- Vas a llegar tarde y las oficinas aquí cierran temprano. – Se da la vuelta y sé que no quiere seguir hablando del tema. Pero creo que he conseguido ablandarla un poco con respecto a Alejandro.

Salgo a la calle y me aprieto con fuerza el abrigo al cuello. A pesar de que estemos en abril ya, el frío en esta ciudad es atronador y te cala hasta los huesos. Casi me caigo al suelo de un resbalón al llegar a la calle, pero unos brazos fuertes me sostienen y evitan que lo haga. Al mirar a mis espaldas veo una cara conocida.

- Hola. – Me dice sonriente.

- ¡Oh, hola Vicente! Gracias por sostenerme. ¿Has venido a por lo que te debía del taxi? – Echo la mano a mi bolso para pagarle. – Aquí lo tengo, ahora mismo te lo doy. Dime cuánto era, por favor. – Lo miro sosteniendo mi pequeño monedero. Estoy dispuesta a darle bastante más. Fue una ayuda para mí al llegar a esta tierra. Me mira con una sonrisa en el rostro.

- No, no vengo a por eso. Tu tía ya me pagó cuando le ayudé a meter tu cuerpo inerte a su casa. Tienes mucho mejor aspecto. ¿Me dejas invitarte a un café?

- Ehhhh, no sabía que mi tía te pagó. De todos modos, toma. – Le tiendo un billete de veinte francos puesto que ya he cambiado todo el dinero que me dio Alejandro, que era una fortuna. Aunque aún no he gastado nada de nada pues no quiero tirar su dinero por ahí.

- ¡No, no! – Levanta los brazos ofendido. – No vengo a por dinero. Quería saber si ya estabas mejor y si... si te apetecería tomar un café. – Hago una mueca rara y sé que nota mi reticencia para aceptar su invitación. – Echo de menos poder hablar mi idioma materno con alguien. – Intenta convencerme.

- Ahora me pillas un poco liada. Tengo que ir a arreglar mis papeles aquí. No quiero dejarlo más.

- Bien, pues, ¿puedo llevarte?

- Sólo si me cobras. – Respondo con una sonrisa. La verdad es que me viene bien que me lleve. En un coche de caballo se tarda una eternidad. Esta ciudad es inmensa.

- Te cobraré con un sí a mi invitación del café. – Me dice mientras me guía hasta su flamante taxi y me abre la puerta del copiloto para que entre. – Eres una privilegiada. Pocos son los afortunados de disponer un taxi a su disposición como tú. – Dice mientras me siento. Lo miro divertida y él da la vuelta por delante del coche y se sienta a mi lado. – Está bien, señorita, ¿a dónde nos dirigimos? – Me quedo un momento dubitativa, con ganas de corregirle y decirle que soy señora, no señorita. Pero, finalmente, le digo la dirección y nos ponemos en marcha.

Durante el camino me infla la cabeza a preguntas, a las que contesto con monosílabos a las que puedo y a las que no puedo contestar, porque el dolor de mi pecho me lo impide, simplemente hago caso omiso y desvío el tema de conversación.

- Gracias por traerme, Vicente. – Digo feliz al salir del coche.

- Ha sido un placer, señorita. – Sonríe con ganas. Mi sonrisa no es igual de sincera. Cada vez que me llama señorita me entran ganas de llorar. – ¿Podré invitarte mañana a ese café? – Abro la boca para contestar. – Por favor, dime que sí...

- Tengo cosas que hacer, Vicente. – Es la verdad.

- ¿Necesitas que te lleve a algún sitio?

- Tengo que ir a varios sitios.

- Dime a dónde y yo te llevo.

- Voy a tener que deberte muchos cafés. – Sonríe. – Las direcciones las tengo apuntadas en un periódico que tengo en casa.

- Te recogeré a las nueve en casa de tu tía.

- De verdad no hace falta, Vicente. Voy a estar ocupada porque quiero comprar un negocio y no creo que tenga tiempo de cafés.

- ¿Negocio? ¡Uhh! ¡Suena interesante! Quizá necesites un traductor de francés a español. – Se encoge de hombros. Sonríe.

- Pues eso es cierto. Y, ¿cuánto me costará tu servicio?

- Soy barato, sólo una cena. – Me río a carcajadas.

- Lo que eres es insistente.

- Sólo cuando lo que tengo frente a mí merece la pena. – Esta vez ambos nos quedamos mirándonos seriamente.

- Creo que te confundes conmigo. Yo...

- No voy a hacerte nada, señorita. Sólo una cena y una pequeña ayuda que sé que necesitarás en un país tan desconocido como éste. Nos vemos

mañana a las nueve. – Arranca el vehículo y se va, sin dejarme opción a réplica. Está bien. Sé que tiene razón y que necesitare su ayuda. Al menos hasta que aprenda francés como dios manda.

Hace tan sólo dos semanas que empecé a ir a clases de francés y todavía me siento una inútil con esa lengua. Sólo con las colocaciones de la boca me hago un lío tremendo.

La burócrata que está frente a mí está desesperada. Llevo una hora intentando explicarle mi situación en el país, con un diccionario en la mano y con un papel y un lápiz haciéndole croquis de todo lo que quiere saber. Creo que ha conseguido entender que estoy aquí porque el régimen franquista me perseguía por considerarme un fuerte opositor. También sabe mi edad, dónde estoy residiendo y con quién. Ahora sólo falta lo más importante y lo que hará por fin que tenga un carnet provisional que me permita ejercer mis derechos en este país como una ciudadana más.

- Comment tu t'appelles? – Me pregunta la mujer cuál es mi nombre. Esa pregunta la he entendido a la primera. Voy a responder, pero de repente me freno en seco. Me mira ansiosa.

- Ángela. Ángela María López de la Cruz. – Digo sin titubear. Me hace escribirlo en un papel y lo hago obediente. Acto seguido lo mecanografía en una gigante máquina de escribir, me pide las fotografías de tamaño de carnet que sabía que necesitaría y coloca una de ellas sobre el trozo de cartulina que me acredita como ciudadana con permiso de residencia en París. Me lo tiende y lo miro. Sigo siendo Ángela. Sigo siendo su Ángela, su esposa. Sonríe con la mirada empañada. – Merçi. – Le digo y me levanto dispuesta a irme.

Al salir a la calle el aire por fin me sabe distinto, menos contaminado y menos dañino. Suspiro una y otra vez mientras miro mi nueva acreditación en la que reza el nombre al que no quiero renunciar. Sería como renunciar a ser su esposa y no estoy preparada para ello.

Ya han pasado dos meses sin sentir su piel, sin saborear sus labios y sus caricias. Pero vuelvo a convencerme de que ya falta menos para poder

volver a hacerlo y, la próxima vez que eso suceda, nada ni nadie nos separará.

Llevo diez días dando vueltas por las calles de París de la compañía de Vicente, que ha resultado ser una compañía bastante grata a la par de funcional. Si no fuera por su fluido francés me habrían estafado más de una vez.

Está tan emocionado como yo de mi plan de negocio. Es algo que me vino a la mente en cuanto llegué a este país. Desde que vi que aquí no había censura y podían contarse las cosas tal y como acontecían. Tengo ganas de contarle al mundo que hay muchas más realidades ahí fuera que las que sus ojos ven. Cada individuo tiene la suya, su propia realidad, sus propias circunstancias, sus heridas y sus ilusiones. Y cada persona percibe la realidad de forma muy distinta.

Hoy el día va a ser productivo. Lo sé desde que Vicente para su taxi frente a la primera cita que tengo concertada. Es lo que estaba buscando. ¡Al fin!

- Bien, ¿nos vamos? – Me dice Vicente en cuanto ve el edificio que hay frente a mí. Yo le frunzo el ceño.

- Ni hablar. Quiero éste.

- ¿Éste? ¡Pero si está hecho polvo! Te va a costar una fortuna arreglarlo para que sea recuperable. – Miro a su imponente fachada y sé que es la señal que necesitaba.

- No importa. Es perfecto. – Vicente se pone detrás de mí y mira en la dirección en la que mis ojos apuntan, buscando mi perspectiva del lugar, cómo si desde donde yo estoy se vieran las cosas distintas. Yo sé por qué las veo distintas.

- Cinémas d'Alexandrie. – Dice leyendo el cartel de la entrada. – No sabía que te gustaran los lugares tan exóticos. – Se burla y me mira. – ¿Alejandría? – Sonrío.

- Será mío. Mi cine.

- Bien, pues vamos entonces. El dueño estará esperando dentro. Espero que no quiera columpiarse con el precio.

Entramos en el viejo cine y mis ojos se asombran al ver tanto lujo a mi alrededor. Bueno, un poco desgastado y maltratado por el tiempo, pero lo podré arreglar. Podré hacer un lugar bonito de esta monstruosidad, cómo lo hice con Alejandro.

Un anciano con una cara muy amistosa me recibe y se presenta como Jean, es el dueño.

Al cabo de pocos minutos ya me cae bien. Se esfuerza en pronunciar las pocas palabras que conoce del español conmigo, pues su esposa es española, como yo, y al parecer la adora.

Llegamos a un acuerdo con respecto al precio muy rápido. Jean no quiere lucrarse, sólo quiere que su viejo cine quede en manos de alguien que lo quiera y lo mime, como yo estoy dispuesta a hacerlo. Es mi proyecto de familia con Alejandro y con la muestra de su amor por mí que llevo en mi interior.

Al salir de las instalaciones de mi futuro proyecto empresarial respiro satisfecha. El aire cada día me resulta menos nocivo. Creo que me acerco cada minuto más a mi objetivo. Sé que Alejandro se sentirá orgulloso de mí cuando venga. Sí, lo hará.

- Bueno señorita, me debes un almuerzo. – Me dice Vicente a mi espalda. – Tendremos que ponernos manos a la obra con esto cuanto antes. Creo que mi primo y sus amigos podrán ayudarte con las obras, es un buen albañil. – Sonríó a Vicente.

- Vamos a comer, anda. Tengo cosas que hablar contigo. – A pesar de que lo conozco de hace unos días solamente, Vicente se ha convertido en la persona más importante de toda Francia para mí. Con mi tía no consigo conectar y Lourdes pasa los días en el colegio en el que está interna y sólo viene a casa de mi tía los fines de semana.

Vicente y yo nos sentamos a comer en un restaurante cercano a mi

futuro proyecto. Vicente me sostiene la silla para que me siente y después se sienta frente a mí.

- Tenemos que pedir champán. Hay que brindar por el futuro negocio. – Dice él emocionado.

- No debería beber alcohol. – Respondo evasiva.

- ¡Oh, vamos! ¡No seas tan puritana! ¡Estás de celebración! – Me propone animado.

- Bueno, pero sólo una. – Respondo a su entusiasmo.

- Ser una mujer de negocios te sienta bien. Estás más guapa y radiante que nunca. – Me dice y le miro mal.

- Apenas me conoces de unos días...

- Jamás olvidaré en el estado en el que llegaste a este país. Te dije que aquí tendrías nuevas oportunidades para ser feliz.

- Lo sé y tenías razón. Pero quiero recuperar cosas que dejé en España. Cosas que son el motor por el que aún estoy en pie.

- Supongo que con todo el dinero que te vas a dejar en ese viejo cine quiere decir que tenías grandes posesiones en nuestra amada y añorada tierra.

- Las tengo. El hombre al que amo se encuentra allí y me prometió venir por mí. Espero impaciente el día en que eso se produzca. – Vicente traga saliva.

- No lo sabía... ¿tienes novio?

- Estoy casada, Vicente. – Él abre los ojos como platos y agacha la cabeza, triste.

- Vaya. Un tipo con suerte...

- Suerte no es exactamente lo que hemos tenido Alejandro y yo. – Mis ojos se humedecen al pronunciar su nombre. Vicente me mira sin saber qué decir. – Vendrá a por mí. Lo sé. Jamás me abandonaría.

- ¿Y si no lo hace? – Sacudo la cabeza ante lo que Vicente dice. – Escucha, Ángela, tienes que pensarlo. Si no ha venido ya puede que sea

porque lo han cogido esos putos fachas y entonces...

- ¡No! ¡No digas eso! – Le paro en seco. – Alejandro es un hombre influyente y no va a dejar que nada ni nadie nos separe.

- Ojalá tengas razón. Por cómo te pones es evidente que le amas mucho y que sufrirías si no volvieras a verlo.

- Demasiado. – Lloro.

- Pero existe la posibilidad de que no pueda cumplir su sueño de volver a tu lado, Ángela. Y tú tienes que seguir. Yo podría cuidarte... tú... me gustas, mucho. – Lo miro espantada.

- Lo sé. Pero entiendo que no puedo pensar en eso ahora mismo. Y creo que tú tampoco querrías tener nada conmigo si supieras la verdad de todo. – Le digo.

- Cuéntamela. Soy todo oídos.

Después de que nos trajeran el champán y la comida, después de brindar por mi nuevo negocio y mi futuro en París, decido contarle a Vicente todo con pelos y señales. Es el único en este país que conocerá mi verdad. El único porque necesito ser escuchada y comprendida por alguien y sé que mi tía no lo comprenderá cuando se lo cuente. Pondrá el grito en el cielo y no sé cómo se lo tomará Lourdes tampoco, pero espero que ella se venga conmigo donde quiera que yo vaya.

Para mi sorpresa Vicente se muestra más comprensivo conmigo que nadie que haya conocido jamás en la tierra y parece comprender bien mi situación.

Pero creo que los motivos que le mueven a comprenderme son otros que mi enrevesada historia. Lo sé por lo que me propone al final de la conversación. Me pide que, si pasa un año y no tengo noticias de Alejandro, le conceda a él la oportunidad de hacerme feliz. No sé por qué he aceptado. Quizá porque no quiero espantar del todo a la única persona que me ha mostrado un poco de comprensión y afecto desde mi terrible pérdida. Él se ha ofrecido a hacerse cargo de mí y de lo que llevo en mi interior. No puedo más que estarle eternamente agradecida. También le he hecho esa absurda

promesa porque sé que si Alejandro no ha vuelto a mí en un año es porque definitivamente no está vivo. Porque él jamás se separaría voluntariamente de mí.

Al volver a casa, la policía ha taponado la carretera de entrada a la calle de mi tía. No sé qué ha sucedido. Pero según ha escuchado Vicente de los viandantes, por lo visto un loco ha montado una escena por los alrededores. No nos dejan acceder a la vivienda de mi tía y Vicente me propone quedarme en su pequeño apartamento, que comparte con su hermana y su prima, para poder pasar la noche. Accedo porque no tengo otro sitio al que acudir.

Por la noche, acostada en la cama de Vicente, porque él ha insistido en dormir en el sofá, pienso de nuevo en Alejandro, en todo lo que llevo conmigo de él y en la proposición que me ha hecho Vicente. Si pasa un año sin saber de él tendré que aceptarlo y tendré que hacerlo por el bien de todos. Vicente es guapo. Es un moreno, de ojos chocolate, alto, fuerte y con una sonrisa preciosa y limpia. Pero jamás podrá hacerme sentir lo que Alejandro me hacía sentir con una sola mirada.

Aun así, la vida sigue y mi amor por él también seguirá intacto. Pero prometí mantenerme a salvo y tengo un motivo más que poderoso para hacerlo.

Al día siguiente, cuando Vicente me deja en casa de mi tía, ésta dice no haberse enterado de nada de lo que sucedió el día anterior. Es raro, pero es posible. O quizá no quiere preocuparme. Y creo que es más bien esto último, porque insiste en que ahora que tengo mi negocio en marcha y un proyecto de futuro, tengo que buscar otro lugar donde vivir. Pues ella necesita algo de tranquilidad de nuevo en su vida. Es lógico. No la culpo por no quererme. No he traído más que problemas y quebraderos de cabeza a su vida y apenas nos conocemos. Tampoco nos dejamos conocer.

Lo que me sorprende es que no quiera que me lleve a Lourdes conmigo. Dice que ha hecho amigas y que en la escuela en la que está vive bien. También dice que le gusta mucho Vicente para mí. No le escucho. Simplemente asiento a todo y hago mi maleta. No me voy a mudar por ahora, pero en cuanto encuentre algo que pueda pagar lo haré.

Han pasado dos años sin él y por más que me mienta no consigo olvidarlo. No puedo si cada vez que cierro los ojos y me duermo sueño con él. A pesar de que Vicente y nuestro hijo Alejandro han supuesto un estímulo más que fuerte para olvidarme de mi amado Alejandro Mendoza no puedo hacerlo. Y tengo que dejarlo ir de mi memoria, al menos cuando esté consciente. Vicente es mi pareja, aunque no estemos casados. Él es demasiado bueno conmigo. Ni siquiera puso obstáculo a que llamara al hijo que criamos juntos con el nombre del único hombre al que amaré por siempre.

Hace un año que acabó la guerra en España y no he sabido nada de él. Lo más probable es que haya muerto o rehecho su vida al lado de otra mujer y no sé cuál de las dos opciones duele más.

El cine va viento en popa, aunque, ahora que ha estallado una guerra mundial, las cosas en París comienzan a complicarse. Vicente tuvo que dejar el taxi porque simplemente dejaron de usarse en todo el país, debido al encarecimiento de la gasolina por culpa de la guerra, así que lo he ubicado en el cine como encargado de proyectar las películas. Su hermana también echa una mano en la taquilla y yo me encargo del recibimiento de los clientes importantes y de los eventos. Mi francés ya es completamente fluido.

Hoy el evento es sobre la guerra civil española. He conseguido acumular bastante material y gracias a un reportero huido de España y refugiado en París hay material suficiente para hacer un documental que narre las penurias por las que muchos pasamos durante esa guerra. Yo aún no he querido ver el trabajo final, no me sentía con fuerzas. Pero hoy, en el estreno del documental, tengo que estar presente. Aunque gracias al cielo la sala no se ha llenado y puedo sentarme en la penúltima fila para contemplar lo que mis ojos van a ver en más o menos soledad.

Cuando todos los invitados han tomado asiento, hago la señal a Vicente para que active el reproductor y me acomodo en mi asiento preparada para

acabar destrozada después de ver lo que tengo que ver.

Mientras comienza la introducción del documental pienso en lo que hice hace un mes, cuando Vicente al fin me dijo que quería casarse conmigo y darle su apellido a mi hijo Alejandro. Tras meditarlo mucho hice lo que creo que tenía que hacer; pedir la nulidad de mi matrimonio con Alejandro Mendoza de la Vega por falsedad de identidad por mi parte. Sé que si Alejandro está vivo habrá recibido ya dicho documento. Sé que seguramente lo habrá firmado conforme y enviado a la Santa Sede para que den por aprobada la nulidad matrimonial. Sólo fueron días lo que duró ese bendito matrimonio y he esperado demasiado a que Alejandro aparezca de nuevo dispuesta a dejarlo todo por él, pero ya no puedo dilatarlo más o perderé también a Vicente y mi hijo perderá al único padre que ha conocido.

El documental todavía no ha mostrado nada duro y ya estoy empezando a llorar. Narra acciones bélicas, pero no muestra muertes. Hasta que de repente comienzan a proyectarse imágenes de cadáveres, víctimas de la guerra. No siento nada al verlas. En mi pecho hay un agujero gigante que se niega a sentir. No puedo sentir. Por más que he intentado amar a Vicente, porque lo merece, no lo he conseguido. Sólo puedo amar a mi hijo y dejarme querer por Vicente por querer a mi pequeño Alejandro casi tanto como yo.

De pronto, frente a mí, en la gran pantalla, veo una imagen que me saca del trance. Son imágenes de la fiesta que se celebró en Sevilla para ensalzar a Franco y reconozco perfectamente el hotel en el que yo estuve para conmemorar dicho acto de la mano de Alejandro. Recuerdo que había cámaras por todos lados. De hecho, de un momento a otro, veo la imagen de Alejandro proyectada frente a mí, aferrándome de la mano, bailando conmigo, sonriendo de esa forma tan encantadora que me hacía estremecer. Dios mío... Cómo escuece verlo otra vez. Aprieto con fuerza los labios para no gritar de dolor. ¿Estará vivo? ¿Se habrá olvidado de nosotros? Fue la noche en que me pidió matrimonio... Mis ojos se llenan de lágrimas y me quedo congelada. Sin poder siquiera pestañear para no perder un solo segundo de su bendita imagen.

- Alejandro... – Pronuncio su nombre bajito.

- Me sorprende que te acuerdes de mi nombre. – Aplasto mi boca con

mi mano para sofocar un grito cuando reconozco la voz que habla a mis espaldas, desde la oscuridad. No me atrevo a girarme, por si sólo es producto de mi imaginación. – Hola Ángela. – Siento su voz en mi cuello.

- ¿Eres tú? – Pronuncio con miedo sin todavía volverme para mirarlo.

- Sí, nena. Soy yo. Creo que has solicitado algo de mí, ¿no es así? – Trago saliva. – Dime, ¿quieres la nulidad matrimonial? ¿Quieres olvidarte de mí? – No puedo hablar, si lo hago lloraré. Ni siquiera me he girado para mirarlo. – ¡Contéstame, maldita sea! – Masculla en mi oído. – ¿Ya te has olvidado de lo que te hacía sentir? – Siento sus labios resbalar por mi cuello mientras su otra mano me acaricia la otra parte de mi cuello. Cierro los ojos con fuerza.

- No. – Derramo en un suspiro al sentir su calidez.

- ¿No? – Se separa sorprendido. Me giro y me encuentro con la mirada de mi esposo. Lleva barba de dos días y el pelo alborotado, pero está endiabladamente bello. Lo tengo frente a mí. ¡Por fin! ¡Frente a mí!

- No. – Repito. Me levanto y trepo por los sillones para poder ponerme frente a él. Está sentado en su butaca, observando cómo me acerco a él, aterrado. – Alejandro... Has venido. – Lo beso con fuerza y me subo sobre él, apretando mi cuerpo contra el suyo. El gime en mis labios.

- Te dije que lo haría. – Sus manos recorren mi espalda y mi culo para presionarme contra él.

- Has tardado demasiado. – Lloro en sus labios. – Demasiado.

- Fui a casa de tu tía cinco veces, Ángela. – Me dice obligándome a separarme de sus labios. Abro la boca sorprendida. ¡Esa zorra me lo ha ocultado todo este tiempo! De pronto viene a mi memoria la vez que la policía acordonó la casa de mi tía. Después me pidió que me fuera de casa. Apenas habían pasado dos meses desde que llegué a París y él vino a por mí. – Estuve deambulando durante meses por todo París buscándote como un loco.

- No... Dime que no es cierto. – Acaricio su rostro que me mira sin saber qué hacer y lo beso con ansias. – Dime que no es cierto. Que no he

perdido todo este tiempo a tu lado. Por favor...

- ¿No lo sabías? – Pregunta confundido.

- No. Mi tía te odiaba porque Lourdes le dijo que tú eras nacionalista. – Los ojos de Alejandro se llenan de lágrimas y vuelve a besarme descargando un largo suspiro en mis labios. Después se separa y apoya su frente en la mía.

- Me dijo que habías rehecho tu vida con otro hombre. – Arrastra sus palabras con intensísimo dolor en ellas. – ¿Es eso cierto? – Agacho la mirada. – Ángela. Mírame. ¿Has hecho eso?

- No nos acostamos. Es sólo una relación de necesidad. Ambos estamos solos aquí.

- ¡Pretendes decirme que no te has acostado con ese tipo! ¡¿Quién es?! ¡¿Dónde está?! – Grita encolerizado y continúa llorando. Yo lo miro asustada. No quiero que se vaya de nuevo de mi lado. No ahora, que vuelve a ser real todo lo que he reproducido en mi mente día y noche durante dos largos años. Ambos nos miramos asustados.

- Shhhh. – Se escucha de algún espectador que está viendo el documental.

- Vamos, hablemos fuera. – Le digo tirando de su mano. Alejandro obedece con la mirada perdida. Al salir a la luz del pasillo puedo al fin verlo mejor. Está frente a mí. No lo puedo creer. – Perdóname. Creí que estabas muerto o... que me habías olvidado. – Suplico apretándome a su pecho. – He vivido un martirio sin ti. – Lloro. Alejandro me levanta la barbilla para mirarme.

- Estás preciosa. Mi Ángela. – Lo miro embelesada y le beso con todo el amor de mi cansado y maltratado corazón. Siento su gemido de dolor y placer al mismo tiempo en mis labios. – Llevo dos malditos años soñando con este momento. Y tú... me pides la nulidad matrimonial. – Me aplasta contra la pared y me besa con salvajismo. – Vas a tener que pedírmelo a la cara, después de que te haga mía. – Me levanta del suelo y me hace rodearle con las piernas por la cintura. Después se introduce en el baño del cine conmigo a cuestas y cierra la puerta con pestillo. – Dime ahora que quieres librarte de mí, mi amada y preciosa Ángela.

- Hazme tuya. – Le imploro. Me mira y su respiración se hace ruidosa. Su pecho sube y baja con fuerza. Sólo quiero que me haga olvidar todo lo sufrido con sus caricias. Sólo quiero que borre a besos y a embestidas todo el dolor, toda la tortura mental que sin duda ambos hemos padecido. Me sienta sobre el frío mármol del lavabo y se desabrocha los pantalones. Después me arranca las bragas y se coloca entre mis piernas, agarrando con ambas manos mi rostro. – Eres una diosa, tu belleza no ha hecho más que crecer desde que te fuiste de mi lado. Mírame. Mira cómo soy el único dueño de tu cuerpo. – Pronuncia mientras entra despacio en mí.

- Ahhh. Te amo. Te amo. Te amo. – Declaro entre gemidos. Él gruñe.

- Dilo otra vez.

- Te amo, Alejandro. – Su baile en mi interior se acentúa y ambos subimos por una espiral de pasión incontrolada con los ojos repletos de lágrimas y sin dejar de mirarnos.

- ¿Me vas a dejar, mi Ángela? Eres mi ángel de la guarda, ¿no te acuerdas? Sin ti no soy nada.

- Ahhh, Alejandro.

- ¿Qué? Dime, mi amor. Pídeme lo que quieras, menos que te deje ir. No me pidas que me olvide de esto. Que viva una vida entera sin ti. – Aprieta con fuerza mi trasero y yo arañó su espalda mientras que ambos nos acallamos el uno al otro con un beso salvaje. Dejándonos la piel en nuestro acto de pasión. Después de haberlo extrañado una eternidad. Intento gritar. Estoy al borde de un cataclismo de pasión y lujuria en los brazos de mi hombre, en los brazos de Alejandro. – Córrete. Córrete conmigo. – Me pide y eso hago. Dejándonos la voz en nuestros gemidos, mirándonos a los ojos sin creernos estar al fin el uno frente al otro.

- Dios mío, Alejandro. – Recupero la sensatez cuando mi cuerpo se siente saciado. – Esto... no debería... yo... no puedo hacerle esto a Vicente. – Alejandro me mira serio.

- Necesitabas recordarlo, Ángela. Ahora sabes que nada ni nadie cambiará esto que sentimos aquí, en nuestro pecho. – Me dice mientras presiona mi mano contra su pecho. – ¿Vas a dejarme, Ángela? No lo hagas, te

lo imploro. Déjame hablar con el tal Vicente ese. No tiene ningún poder sobre ti. ¡Tú eres mi esposa! Ni siquiera te cambiaste el nombre porque no podías soportar dejar de serlo. ¿Vas a hacerlo ahora que acabas de comprobar que ni el tiempo ni la distancia ha podido con lo que sentimos?

- Pero... mi hijo... él necesita a...

- ¡Joder! – Grita y cierra los ojos. – ¿Tenéis un hijo? ¡Me has dicho que él y tú no intimáis! – Se tira del pelo exasperado.

- Alejandro, te he dicho la verdad. Pero yo...

- ¡Para! – Me sella los labios con sus dedos. – No me importa. Yo lo criaré junto a ti. Es un hijo tuyo, lo amaré como a ti. Como si su sangre fuese mía. Así como te amo a ti.

- Pero...

- Ángela. Piénsatelo, te lo ruego. No soy nada sin ti. Volvería a la oscuridad y he luchado mucho por no volver a sucumbir a ella. Lo hice por ti. Porque quería volver a tu lado y es lo que más quiero. Comprendo que ahora tu hijo está en el primer lugar para ti, pero quiero que lo pienses bien. Dime que sí, pequeña. – Me acaricia la cara. – Nada ni nadie nos separará si tú no quieres. Sólo te pido que lo pienses. – Asiento confundida. – Eso es, cariño. – Saca la carta de petición de nulidad matrimonial que yo le envié, la pone sobre el lavabo y la firma. – Si después de pensar en ello y de haber recordado lo que sientes por mí decides anular nuestro matrimonio aquí tienes, lo dejo en tus manos. – Me tiende el papel y lo sujeto con el pulso tembloroso. – Envíalo tú a la Santa Sede, yo no puedo. – Niega con la cabeza y sus ojos se llenan de nuevo de lágrimas. – Pero, si decides volver a mí, estaré esperándote en esta dirección. – Me da otro papel con una dirección escrita en ella. – Estaré ahí una semana. Esperando ansioso a que vuelvas a mí. – Varias lágrimas resbalan por su maravilloso rostro igual que por el mío. Asiento. No puedo hablar.

- Lo pensaré. Tengo que hacer lo mejor para todos.

- Ángela, mi amor. Yo amaré a ese niño como a los nuestros, te lo juro. No voy a culparte por haber querido vivir. Tú no has sabido de mis numerosos intentos de buscarte, pero nunca he dejado de hacerlo. Te amo con

todo mi ser. – Estallo en un llanto amargo y desesperado. Alejandro me abraza y me aprieta contra sí. – Para, no llores. No he venido a hacerte desdichada. Quiero que seas feliz y por eso voy a dejar que la decisión la tomes tú. – Me besa la frente. – Haz lo que creas que quieres para tu vida, pero créeme que no te juzgaré por nada. Sólo quiero que vuelvas conmigo. Pero ante todo quiero que seas feliz. No me hagas esperar mucho, pequeña. – Me besa con fuerza y después se abrocha los pantalones y abre la puerta del aseo. Yo lo miro anonadada.

- Hablaré con Vicente y en cuanto pueda te diré cuál es mi decisión. – Le digo con voz temblorosa. Él sonrío con tristeza.

- Esperaré ansioso. – Agacha la cabeza y se va.

¿Ya está? ¿Lo deja todo en mis manos? El Alejandro que yo conocí me habría llevado de los pelos con él. Pero estaba cambiando cuando lo dejé y sé que ha sufrido una transformación durante todo este tiempo separados porque no ha dejado de creer en nuestro amor.

Me recompongo como puedo del ataque de Alejandro y de su vuelta a mi vida y salgo en dirección a la sala de proyección. Vicente está ahí concentrado en su trabajo.

- Hola cariño. – Me dice. – ¿Te aburrías abajo? – Me besa y creo que nota mi rechazo a ese gesto que siempre encuentro bonito y tierno. Antes al menos lo hacía porque pensaba que Alejandro se había olvidado de mí.

- Quiero ir a casa. Tengo que hablar contigo. – Me mira y está preocupado porque conoce bien mi gesto cuando algo no va bien.

- ¿Qué pasa, Ángela? ¿Es por la nulidad matrimonial? ¿No te la han dado? No te preocupes, mi amor. – Me acaricia y yo retrocedo. – Eh, no pasa nada. Encontraremos otro camino. – Pobre, no se merece lo que estoy a punto de hacerle.

- La tengo aquí, firmada por Alejandro. – Se la muestro. A él se le ilumina la cara. Aún no sé cómo ha podido refrenarse Alejandro e irse, porque sé que le encantaría partírle la cara a Vicente por ser mi nueva pareja. Sé que no se ha creído la mentira de que no intimo con Vicente. Al menos, las pocas veces que lo hago siempre pienso en Alejandro.

- ¿La tienes? ¡Eso es genial! – Me abraza.
- Sí, Alejandro acaba de entregármela en mano. – Los brazos de Vicente se destensan a mi alrededor.
- Al final te ha encontrado. – Dice y yo me tenso.
- ¿Tú sabías que me ha estado buscando? – Me separo de él con brusquedad. No contesta. – ¡Dime que no me has hecho eso, Vicente! – Agacha la cabeza.
- Ángela, tú y nuestro hijo sois todo para mí.
- ¡Vicente, Alejandro es su verdadero padre, no tú! ¡¿Cómo has podido?! – Me comienza a dar un ataque de ansiedad. No lo puedo creer. Todo el mundo ha jugado en nuestra contra.
- Ángela, el sólo te folló. Yo estuve a tu lado para sacarlo adelante. – Me ruge.
- ¡Porque no le habéis dejado, maldita sea! ¡No le habéis dejado amarme ni amar a su hijo! – Vicente se acerca a mí y yo retrocedo. – ¡No me toques, joder! ¡Vete al infierno! – Salgo de la cabina de proyección y comienzo a correr. Vicente sale tras de mí.
- ¡Ángela, para, escúchame! – Me agarra del brazo. – Yo te quiero.
- Eso no te da ningún derecho a destrozarme la vida y la de mi hijo. – Me zafó de su brazo y caigo rodando por las escaleras. Toda mi vida junto a Alejandro pasa por mis narices. Después de un gran estruendo pierdo la conciencia y todo se vuelve oscuro.

EPÍLOGO

Voy con mi hijo de la mano paseando por los Campos Elíseos. Mi pequeño Alejandro de tan sólo un año y cinco meses es un calco de su precioso padre. Es un hijo de la guerra, pero él nunca sabrá lo que significa esa palabra. Yo no lo permitiré.

Creo que estoy llegando a mi destino. Miro el papel que tengo en mis manos y creo que estoy cerca.

Después de haberme pasado más de un día inconsciente por el gran golpe que sufrí y después de haberle rogado a Vicente que abandonara nuestro apartamento, creo que estoy haciendo lo correcto viniendo a buscar al único gran amor de mi vida.

Sé que Vicente y mi tía tienen razón cuando dicen que Alejandro está lleno de sombras, pero, ¿quién no lo está? Él ha sufrido tanto como yo en esta estúpida disputa de poder. Y él ha aprendido lo mismo que yo; el poder no da la felicidad. Nada puede compararse con el amor verdadero, aunque no sea perfecto, nada lo es. Pero es el único motor que te empuja a querer ser un poco mejor. No hablo de ser más rico, más guapo ni más poderoso. Hablo de ser mejor como individuo. Hablo de dejar atrás estúpidas etiquetas para clasificar a los seres humanos. Al fin y al cabo, todos estamos hechos de lo mismo; de sentimientos. Y el sentimiento que ha guiado mi camino se llama Alejandro Mendoza de la Vega, con sus luces y sombras.

- Ami. – Me llama mi hijo.

- Dime mi amor. – Me agacho para estar a su altura.

- ¿Ode ta papi? – Sé que me pregunta por Vicente, pero también sé que con el tiempo lo olvidará y llamará papi a quien realmente merece tal título. La persona que sé que ha sufrido el mismo infierno que yo durante todo este tiempo.

- Vamos a buscarlo. ¿Vale? Papi no es Vicente, ¿sabes? Papi se llama...

- ¿Ángela? – Escucho mi nombre de sus labios. – ¿Eres tú? – Me ha encontrado él de nuevo antes que yo.

- Ahí está el verdadero papi, Alejandro. – Me giro y mi hijo y yo nos encontramos de frente con Alejandro. Se ha afeitado y tiene mucho mejor aspecto. Es el hombre más bello del planeta. Al menos para mí. Me mira y me sonrío con el alma.

- ¿Vuelves a mí? He salido a comprar el periódico, no soportaba más la espera encerrado y... te vi, bueno... os vi paseando por los alrededores.

- Mi lugar está aquí, junto a ti, mi esposo. – Sus ojos se cristalizan. Hace el esfuerzo de apartar los ojos de mí y los enfoca en nuestro pequeño. Se agacha y lo mira estupefacto. Sí, Alejandro. Es un clon tuyo. Me mira desde abajo con la boca abierta y asiento. No se lo puede creer. Sus ojos se llenan de lágrimas.

- Hola, pequeño. ¿Cómo te llamas?

- Aandro. – Dice mi pequeño. Alejandro vuelve a mirarme sin creerse lo que está viendo. – ¿Papi? – Pregunta nuestro hijo. Alejandro vuelve a mirarme y vuelvo a asentir.

- ¡Sí! ¡Sí, maldita sea, sí! – Lo aprieta contra su pecho y se levanta con nuestro hijo en brazos. Después me abraza y se deshace en un llanto incontrolado de infinito alivio. Después se separa y vuelve a mirarme, sin querer soltar a nuestro pequeño de su abrazo. – ¿Cuánto...

- Un año y cinco meses. – Respondo antes de que termine su pregunta. Hace cálculos mentales y sé que sabe exactamente que es a su hijo a quien tiene en brazos.

- Dios mío, Ángela. – Lo separa y lo mira. Mi pequeño le toquetea la cara. – No te ofendas, pero esta preciosidad es un puñetero calco del guapo de su padre. – Me río emocionada. – ¿Por qué no me lo dijiste? – Sé que no está enfadado, más bien emocionado. Me encojo de hombros.

- No me diste la oportunidad. Te hemos esperado mucho tiempo. – Acaricio su rostro y lo beso con ternura. – Perdóname, Alejandro. Sólo quería darle un hogar en condiciones a nuestro hijo. – Lo abrazo con fuerza.

- Lo sé. Pero ahora seré yo quien os cuide. Vamos, tenemos que ir a casa. – Me coge de la mano sin soltar a nuestro pequeño.

- ¿A casa? Decías que estarías solo una semana en ese sitio donde te hospedas.

- Te mentí. – Se encoge también de hombros. – Jamás me habría ido de aquí sin ti. Si no hubieses vuelto a mí me habría conformado con verte desde la distancia al menos. Ya he tenido que vivir demasiado tiempo separado de ti, Ángela. Ni un día más. – Me abraza con fuerza y besa mi pelo. – He comprado una casa que te encantará. Y a ti también pequeñajo. – Le da un fuerte beso en la mejilla a nuestro pequeño.

- ¿Qué pasó, Alejandro? – Quiero saber. Él se coloca a nuestro hijo sobre los hombros y coloca mi brazo alrededor de su cintura. Me mira.

- Estuve preso unas semanas. Me investigaron, pero gracias a Guillermo y a sus contactos me dejaron en libertad. Después me fui unos días a mi casa de Madrid, para intentar demostrar que no tenía intención de salir del país en tu búsqueda. Pero si me quedaba en Málaga tendría demasiados ojos puestos en mí. Así que desde Madrid me pude mover mejor sin ser visto y pasando desapercibido. Cogí el primer tren que pude hasta aquí y te busqué como un loco. – Le aprieto con fuerza y apoyo mi cabeza en su hombro mientras andamos. – Tu tía no fue muy amable las primeras veces. Después dejó de abrirme la puerta. Volví a España al cabo de varios meses de búsqueda infructuosa, pensando que, si yo no te encontraba, quizá me encontrarías tú a mí. – Me mira con melancolía.

- No podía volver, mi amor. – Alejandro se para y me mira con esa profundidad suya.

- Lo sé. Tengo aquí encima de mis hombros un motivo más que poderoso para que no lo hicieras. – Ambos miramos hacia arriba, hacia nuestro pequeño. Sonríe al verlo al fin junto a su padre.

- Sí, demasiado poderoso. Él ha sido mi único motor este tiempo.

- Vámonos a casa. Hay demasiado tiempo que recuperar. – Me coge la mano, la besa y, con sus dedos entrelazados a los míos, nos dirigimos a donde quiera que él quiera llevarnos.

Alejandro y yo vamos con nuestro hijo paseando por las calles de París y yo no puedo creerlo. Soy la mujer más dichosa de la tierra. Y, aunque otra guerra esté dando comienzo, no me importa. Para nosotros ya no habrá impedimentos para poder vivir la vida que se nos ha negado una y otra vez. Junto a nuestro hijo y ojalá vengan muchos más.

Mi pequeño cine, mi pequeña familia y mi enorme amor por Alejandro Mendoza saldrán adelante, con o sin la ayuda del resto de la humanidad. Porque no necesito que nadie me diga lo que nadie más que yo puedo saber. Él es tan digno de cariño como yo lo soy, independientemente de que hayamos nacido con la obligación de odiarnos, nunca hemos podido hacer tal cosa, nunca hemos podido hacer sino amarnos. Y ahora al fin, somos libres de hacerlo.

FIN